


M791s

1080005133

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

BIBLIOTECA PARTICULAR PROPIEDAD DEL
Lic.
Santiago
Roel
García

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

JAVIER DE MONTEPIN.

SU MAGESTAD EL DINERO.

CUARTA PARTE

LA CONDESA DE GORDES.

Edicion de "La Revista."

MONTEREY.
TIPOGRAFIA DEL COMERCIO
3—CALLE DE PUEBLA—3
1882

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

840.8
M791s
GR 28 nov 78
PQ 2366 M77
M7





FSRM
5133

LA CONDESA DE GORDES.

(CONTINUACION)

XXXI

Por las exigencias de esta historia, nos vimos precisados á dejar á un lado á nuestro antiguo conocido Héctor Begourde, desde el dia que fué expulsado por Julio Leroux del castillo de la Tour du Roy, y que, descorazonado y triste, se batió en retirada con la *vergüenza que hubiera podido experimentar una zorra presa por una gallina;* la falta de Lazarine á la cita que le habia dado, le echó por tierra la mas querida de sus ilusiones.

Se volvió á Paris el artista en yerba para empezar de nuevo su vida de bohemio, trabajando únicamente cuando las necesidades de la vida le exigian de una manera imperiosa sa-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lir de aquel dulce *far niente* que tanto le agradaba, y aun en medio de estas circunstancias trabajaba todo lo menos que le era posible; ayudaba un poco á Lorenzo Videl cuando estaba este último agobiado de trabajo, y hacia algunas caricaturas de hombres políticos para que aparecieran en periódicos ilustrados.

Este, como es consiguiente, le proporcionaba alguna que otra ocasion de embolsarse algun dinero, y entonces nuestro buen Begourde declamaba contra el *capital*, y decia á voz en grito que Lorenzo Videl y los directores de los periódicos eran una cuadrilla de explotadores que debian desaparecer.

Tan pronto como el jóven sentia un poco de peso en el bolsillo, imitaba en su vida á los napolitanos lazzaroni, estaba contínuamente metido en las cervecerías, comiendo fiambre, bebiendo cerveza y fumando en pipa; asistia con frecuencia al baile de la *Reine Blanche*, y se dignaba alguna vez honrar con su presencia el *Elysée Montmartre* acompañando á la *señora Bobino*, que llevaba algunas señoritas que gozaban de libertad. De esta manera cicatrizaba la herida que habia hecho en su amor propio lo que él llamaba *la traicion* de Lazarine.

Continando esta vida, era muy fácil que nuestro Begourde descendiera hasta el límite de lo posible, porque estaba recorriendo insensiblemente ese camino peligroso que sigue la gente perezosa, y que Dumas ha trazado de mano maestra en su *Alfonso*.

Un resto de delicadeza que por fortuna le era ingénita le habia preservado hasta entonces de caer en el abismo, cuyo borde es siempre estrecho y resbaladizo; pero á pesar de esto, era muy fácil perder el equilibrio y caer.

Habia perdido su energía y toda su fuerza de voluntad, desarrollándosele en cambio cada dia mas su horror al trabajo, y recurriendo á los empréstitos para seguir en su ociosa existencia, ya rebajada, aunque no estaba todavia envilecida.

Si alguien extrañara que un jóven de su posicion, sin oficio ni beneficio, pudiera tener crédito, debemos prevenirle que Begourde no podia proporcionarse cinco duros de una vez, y que sus deudas eran siempre muy insignificantes, como contraidas en una casa de comidas, en un café, con la planchadora y otras de este jaez.

Algunos meses despues de haber sido arrojado bruscamente del castillo de la Tour du Roy, no sabia Héctor Begourde donde poder meter la cabeza á pesar de su natural desenvoltura.

Su deuda flotante crecia, y sus acreedores, que eran ya muy numerosos, le asediaban y le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acometian en todas partes, apostrofándole con malas palabras al ver que no podian sacarle un cuarto, llegando hasta el extremo de tener que intervenir los agentes de la autoridad en tales escándalos; porque es sabido que, á medida que la deuda es mas insignificante, es mayor y mas insoportable la exigencia del acreedor: un carbonero que pierde un duro, grita mucho mas que el banquero que haya perdido cien mil francos.

Pero Begourde no tenia miedo á los escribanos: su domicilio era incierto, y sus efectos personales eran insuficientes para exponerle á los rigores de una demanda, y por esto tenia miedo únicamente á las exigencias que le formulaban en alta voz y en plena calle, porque, escudado en su buena intencion, no queria pasar la plaza de tramposo.

—¡Por vida de!—decia muchas veces con verdadera indignacion—yo no sé qué es lo se han figurado esa trahilla de perros que me asedia por todas partes.... soy una persona decente, que si no pago es porque no puedo, pero lo haré en cuanto me sea posible.... ¡que esperen!.... ¡oh!.... ¡el capital, el odioso capital explotando siempre!—Su Magestad el Dinero, que es un rey como otro cualquiera, y que merecia ser destronado.....

De todo esto resultaba que el guardaropa de

Begourde no se renovaba segun era necesario, y disminuia gradualmente.

Aquellas americanas de terciopelo negro tan coquetonas, se iban haciendo raidas y manifestaban alguno que otro agujero por los codos.

Los pantalones blancos no eran ya ni su sombra, y la falta de cuidado por parte de una lavandera hacia difícil averiguar su color primitivo que pudieran haber tenido.

Pero no era esto todo: nuestro amigo Begourde estaba imposibilitado por completo papoder transitar libremente por muchas calles á causa de los *ingleses*, y no tenia ni aun el consuelo de poder sentarse siquiera un rato para fumar una pipa y tomar un bok, porque era casi seguro que al momento se habria de presentar algun acreedor que con aire furibundo le dijera:

—Está bien; parece que hay para tomar cerveza y fumar buen tabaco, y cuando se trata pagar á un honrado padre de familia una bicoca, ni hay un céntimo.

Por otra parte, Begourde se habria visto en gran aprieto si hubiera tenido necesidad de dar las señas de su casa: sabia que algunos de sus acreedores le vigilaban por la noche para cobrarse en injurias ya que no les era posible hacerlo de otra manera, y él por su parte, imi-

tando á un tirano que menciona la historia, mudaba de domicilio casi todos los dias.

Cuando tenia algun dinero se iba á dormir á alguno de los hoteles que estaban situados en los barrios extremos, pagando anticipadamente, puesto que en todos era ya conocido.

En las demas situaciones se acostaba en casa de algun amigo ó amiga, y tambien en la de la señora Bobino, que militaba en las filas del género *Fretillon* de Beranger.

Pero en medio de estas borrascas y de estos embates de la vida, nuestro amigo no perdia jamas el apetito ni su buen humor.

Solamente se incomodaba el dia en que era necesario trabajar so pena de ayunar al siguiente.

Pero llegó una mañana en que no pudo salir la caricatura, y no hubo mas remedio que ir á buscar á Lorenzo Videl: éste tenia necesidad de buscar á su discípulo para pintar una habitacion para un agente de cambio en Ville d'Avray: se llevó á aquel punto á Héctor, vigilándole lo mismo que pudiera haberlo hecho con un prisionero, y no le soltó hasta despues de una semana en que le entregó veinticinco luises.

¡Veinticinco luises!.... Casi una mina del Perú.

Quizá supongan algunos que, al verse Héc-

tor con semejante cantidad, emplearia, si no toda, al menos una parte de ella en pagar alguna cosa á buena cuenta á aquellos acreedores que mas le apremiaban; nada de eso: partidario decidido de la máxima del pobre Murger, que decia *que el acreedor á quien se le daba algo se convertia en tigre*, no dió un céntimo á nadie, pensando únicamente en darse buena vida hasta que se le concluyera el dinero, despues de haberse vestido de piés á cabeza en una tienda de ropas hechas.

En el boulevard de Batignoles hay una cerveceria alsaciana, situada no muy lejos del teatro, á la cual asisten cuotidianamente, componiendo la mayoria de sus parroquianos, jóvenes desconocidos y viejos apergaminados que tienen la pretension de pertenecer al arte bajo cualquier aspecto.

Allí se reunen literatos inéditos que no han conseguido publicar un artículo de cuatro cuartillas; autores dramáticos en ciernes, que están siempre esperando les admitan en Montmartre una obra en un acto, y críticos de gran talla que forman parte de la redaccion del periódico *Furet des Coulisses*, que nadie conoce, aunque se dice que es de utilidad general; despues vienen músicos que nadie ha clasificado, cómicos de la legua con su compañía, porque ninguno de estos astros deja de tener satélites

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y aduladores; y por último, y en gran tropel, pintores, dibujantes, grabadores que, aunque son desconocidos por completo, esperan confiados en que el porvenir les hará justicia, en lo cual es muy posible que no se equivoquen.

Todo esto formaba un abigarrado conjunto lleno de vida, poco distinguido pero decente. Allí se hablaba mucho y muy alto, sin que la discusion llegara nunca á ser agresiva ni se convirtieran los argumentos en puñetazos.

Por la noche iban señoras.... que Dios me libre de pensar que fuesen mujeres de mala vida, no! pero me imagino que el dueño del establecimiento no se habria atrevido á sostener que su clientela femenina era esencialmente aristocrática; bien es verdad que el establecimiento alsaciano no podia tener otra cosa.

Las señoras que allí concurrian pertenecian casi todas á esa famélica tribu de vírgenes locas que van con la esperanza, algunas veces fallida, de encontrar alguno que las pague algun fiambre y un poco de cerveza, pasándose la noche en estos sitios.

Otras eran modelos, no de virtud, sino de estudio, y algunas, por último, figurantes en teatro de último órden.

Entre esta gente era parroquiano habitual Héctor Begourde, y tambien la señora Bobino,

que se dignaba concurrir algunas veces como figura principal.

Decimos esto, porque la señora Bobino, despues de haber puesto por bastante tiempo los calzones de punto para cantar *couplets* en las revistas de Luxembourg, y de haberse contentado por espacio de algunos años con los aplausos que habia recibido con el cuerpo coreográfico en la Closerie de Lilas y en Valentino, habia resuelto volver al teatro para hacer un papel de dama jóven ó de gran coqueta.

La señora Bobino no habia cumplido aun los treinta años y era bastante bella; no sabia casi presentarse en escena, pero poseia un buen vestuario (cosa inaudita para un director de compañía de cómicos de la legua), y sus pretensiones en cuanto á sueldo no eran exageradas: estas razones fueron bastantes para que la recibieran con los brazos abiertos en el teatro de Batignolles, donde trabajaba entonces con buen éxito bajo el pseudónimo pretencioso de *Celanire*.

Penetremos en la cerveceria alsaciana una noche del mes de Junio, á eso de las nueve.

Héctor, que habia vuelto la víspera de Ville d'Avray con sus veinticinco luises, estaba en francachela desde por la mañana rodeado de media docena de amigos y de *Celanire*, que, como nueva estrella, presidia la fiesta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el teatro de Batignolles se representaba aquella noche un drama que se habia repetido cien noches seguidas en el del Ambigú Cómico.

En este drama hacía la señora Bobino un papel de marquesa, y todos los personajes de esta comedia hablaban sucesivamente de su noble porte y aire de gran señora.

Un peloton de jóvenes penetró en la cerveceria, llevando á Héctor á la cabeza. Este grupo salió del teatro, aprovechando un entreacto, para solazarse un poco.

—¡Ehe! patron—gritó Begourde al dueño del establecimiento,—cuatro copas en seguida.

Héctor pagó el gasto; y como todos conocian la íntima amistad que le unia á la comedianta, le pagaron su escote deshaciéndose en alabanzas para la cómica.

—¡Soberbia!—dijo uno de ellos,—admirable ha estado la señora Bobino.

—Inimitable—dijo otro—como mujer de mundo y aire distinguido.

—¡Vaya! si era una marquesa verdadera—añadió un tercero.

Begourde dió un violento puñetazo sobre la mesa, rompiendo el mármol y haciendo caer los vasos.

—¡Una mujer de mundo! ¡una marquesa!—dijo á carcajadas,—me haceis reir: ¡yo he conocido mujeres de mundo! ¡yo he conocido marquesas! pero esto no hace al caso.

XXXII

La declaracion que Héctor acababa de hacer por sus últimas palabras, fué acogida con una risa estrepitosa.

—¿Conoces pues el barrio de Saint-Germain?—dijo uno de los comensales.

—¿Y de Sai..t-Honoré?—dijo otro.

—¿Y por qué nó?—contestó Begourde,—me parece que mi aire me permite presentarme en cualquier parte. Tengo buenas condiciones, y hasta me atrevo á decir sin fatuidad que puedo inspirar envidia á cualquier gomoso.

—¿Y por lo tanto te persiguen las condesas? —dijo un tercer interlocutor.

—Yo he hablado de marquesas.... y sobre todo de una.....

—¿Auténtica?

—Con treinta y seis cuarteles en el escudo; os lo aseguro á fé mia.

—Que se nos cuente esa aventura.... Te escuchamos, empieza.

—¡Ni una palabra mas!—dijo Begourde,—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el teatro de Batignolles se representaba aquella noche un drama que se habia repetido cien noches seguidas en el del Ambigú Cómico.

En este drama hacía la señora Bobino un papel de marquesa, y todos los personajes de esta comedia hablaban sucesivamente de su noble porte y aire de gran señora.

Un peloton de jóvenes penetró en la cerveceria, llevando á Héctor á la cabeza. Este grupo salió del teatro, aprovechando un entreacto, para solazarse un poco.

—¡Ehe! patron—gritó Begourde al dueño del establecimiento,—cuatro copas en seguida.

Héctor pagó el gasto; y como todos conocian la íntima amistad que le unia á la comedianta, le pagaron su escote deshaciéndose en alabanzas para la cómica.

—¡Soberbia!—dijo uno de ellos,—admirable ha estado la señora Bobino.

—Inimitable—dijo otro—como mujer de mundo y aire distinguido.

—¡Vaya! si era una marquesa verdadera—añadió un tercero.

Begourde dió un violento puñetazo sobre la mesa, rompiendo el mármol y haciendo caer los vasos.

—¡Una mujer de mundo! ¡una marquesa!—dijo á carcajadas,—me haceis reir: ¡yo he conocido mujeres de mundo! ¡yo he conocido marquesas! pero esto no hace al caso.

XXXII

La declaracion que Héctor acababa de hacer por sus últimas palabras, fué acogida con una risa estrepitosa.

—¿Conoces pues el barrio de Saint-Germain?—dijo uno de los comensales.

—¿Y de Sai..t-Honoré?—dijo otro.

—¿Y por qué nó?—contestó Begourde,—me parece que mi aire me permite presentarme en cualquier parte. Tengo buenas condiciones, y hasta me atrevo á decir sin fatuidad que puedo inspirar envidia á cualquier gomoso.

—¿Y por lo tanto te persiguen las condesas? —dijo un tercer interlocutor.

—Yo he hablado de marquesas.... y sobre todo de una.....

—¿Auténtica?

—Con treinta y seis cuarteles en el escudo; os lo aseguro á fé mia.

—Que se nos cuente esa aventura.... Te escuchamos, empieza.

—¡Ni una palabra mas!—dijo Begourde,—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un hombre decente como yo me precio de ser, no debe propalar el secreto de ciertas debilidades, cuyo fruto ha recibido.

Nueva explosion de risa general, seguida de esta pregunta:

—¿Entonces es decir que te haces fuerte con el *órden moral?* No comprendo.

—Me figuraba que tus opiniones políticas te prohiben transigir con la nobleza.

Begourde, haciendo un gesto de desden, contestó:

—La política no tiene nada que ver con las mujeres; ademas, como la marquesa de que se trata tiene el pelo rojo, entra en mi programa y podria muy bien servir para hacer un retrato de la Libertad.

—Y entre tanto que ella puede servirte de modelo, te mofas de nosotros.

—Nó, en verdad; callémonos, porque si la señora Bobino se enterara sería capaz de arañarme.

La conversacion quedó interrumpida por la llegada de un amigo de Begourde, á quien éste habia pedido hospitalidad algunas veces por los motivos que ya conocemos.

—¿Tú por aquí?—exclamó el recien llegado, que se llamaba Victor Petit, estrechando la mano de Héctor—¿Qué es de tí? Hace ocho dias que no te veo por ninguna parte.

—He estado en el campo.

—Tengo una carta para tí.

—¿De quién?

—No lo sé; un jóven no muy bien vestido y con trazas de curial la dejó en la porteria, diciendo al portero que hiciera el favor de entregarla. Aquí la tienes.

Begourde cogió la carta que su amigo le presentaba.

El sobre llevaba puesto en un ángulo las palabras *muy urgente;* rompió el sello, y desdoblando una hoja de papel azulado que encerraba, leyó el menbrete, que decia:

"Agencia Roch y Fumel. Rue Montmartre, número 131 (cerca de la Bolsa y el boulevard)."

Debajo habia escritas las palabras siguientes:

"*Los señores Roch y Fumel—(centencioso, cobros)—ruegan al señor Begourde (Héctor), de profesion pintor, tenga la bondad de pasar por su despacho en propio beneficio, tan luego como reciba la presente.*

"*Urgente.—Todo retardo sería lamentable.*"

Héctor arrugó el papel, y torciéndole en forma de torcida, le acercó á la luz, y prendiéndo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le fuego se sirvió de él para encender un cigarro.

—¿Será una carta de alguna marquesa?—preguntó riéndose uno de sus camaradas.

Begourde se encogió de hombros y contestó:

—Una carta de los señores Roch y Fumel, que seguramente están ecargados por alguno de mis acreedores para perseguirme; buen negocio han hecho, segun la comision que van á cobrar; pero, ¿como es que estos señores saben que soy amigo de Victor Petit?

Aún no habia tenido tiempo suficiente para responderse esta pregunta, cuando entraron del brazo dos jóvenes que se encontraban respecto de Héctor en la misma situacion que Victor Petit, puesto que no hacia mucho tiempo que aquel habia pasado algunas noches acostado en los divanes de sus talleres.

—¿De donde sales, querido Totor?—dijo uno despues de estrechar su mano.—Te hemos buscado inútilmente por todas partes.

—Hé estado fuera.... ¿queríais alguna cosa de particular, mis queridos amigos?

—Entregarte tu correspondencia.

—¡Una carta!—exclamó Begourde.

—Mas que eso todavia, Totor: dos cartas, una cada uno con las señas á tu nombre, y la indicacion de muy urgente; pero aunque preguntábamos por todas partes, nadie nos daba razon de tí.

Y con aire gracioso presentaron á Begourde las dos cartas con sobre grís, exactamente iguales entre sí y al parecer tambien á la que acababa de recibir, y que aún estaba á sus piés en el suelo de la cerveceria.

Héctor rompió el sobre, y sacó los azulados papeles; y desplegándolos y confrontándolos, leyó en alta voz:

"*Agencia Roch y Fumel:* rue Montmartre, núm. 131 (cerca de la Bolsa y el boulevard)."

—Bueno; ¿qué os parece de esto?

—¡Es raro!—dijeron los allí presentes.

Pero fué mucho mas raro todavia cuando se vió llegar un poco despues á tres amigos de Begourde, llevando cada uno de ellos una carta igual á las anteriores y dirigidas tambien al mismo.

La extrañeza de Héctor se convirtió en mal humor.

—¡Ah!—dijo uno,—Roch y Fumel, por lo que se vé, son unos tunantes de marca mayor; ¿acaso tienen á sus órdenes una policia tan buena que haga perder la pista á todos tus amigos? ¡Desconfía, Totor! si tienes cualquier cosa donde quiera que sea, esa gente quiere hacerte alguna jugarreta.

—Yo creo—dijo Begourde para sí,—que es-

ta gente me ha olido los quinientos francos (un poco desfigurados ya) que tengo en el bolsillo, y tratan de entrar en conocimiento con ellos. Los desafio á que lo hagan.

Los vasos estaban vacios, habian fumado un cigarro y se terminaba el entreacto; la banda artística y bohemia abandonó la cerveceria para volver al teatro, porque era menester aplaudir en el quinto acto á la nueva estrella de Batignoles.

Este y la actriz tuvieron un éxito ruidoso, y los improvisados alabarderos se volvieron á la cerveceria, donde debia juntárseles la ex-señora Bobino, hoy Celanire, despues de desnudarse para tomar en su compañía una ligera cena.

Hacia mas de un cuarto de hora que un nuevo personaje, completamente desconocido de todos los parroquianos, se habia instalado en el fondo de la sala fumando en una pipa de barro y bebiéndose un bock á pequeños tragos.

A este personaje no le abonaba su traza; tendria unos treinta años próximamente y era de mediana estatura, muy flaco y vestido de una manera miserable.

Su rostro, pálido y apergaminado, le daba un aspecto de cínico y astuto; y su cabello, que pudo ser en otro tiempo casi negro, tenia al presente un color indefinible.

Su conjunto era tan característico, que Héc-

tor, apenas le vió, dió un codazo en la espalda al compañero que tenia mas próximo, diciéndole en voz baja:

—¡Mucho cuidado! ese caballero que se encuentra allí me dá muy mala espina y no me deja ninguna duda de que es nn agente de los los señores Roch y Fumel.

—No digais mi nombre delante de él.

—Basta.

—Y tú, Victor—continuó Begourde,—ten la bondad de llegarte al teatro y decirle á la señora Bobino que la consigna es callarse.

—Al momento.

La cena estaba pedida anticipadamente, y estaban ya puestos los cubiertos en la mesa; la sopa de cebolla arrojaba un penacho de vapor desde la gran sopera en que estaba servida: la cerveza de Strasburgo estaba espumante en los vasos.

Se esperaba únicamente á la cómica.

Se sentaron los comensales, teniendo muy buen cuidado de dejar el puesto de preferencia á la derecha del anfitrion.

No bien se hubieron sentado, cuando el desconocido, de aspecto sospechoso, se levantó sin abandonar su pipa, y acercándose al coro saludó colectivsmente, y preguntó con voz algo acatarrada:

—Tendreis la bondad de indicarme cuál es el señor Héctor Begourde, de profesion pintor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los jóvenes se miraron entre sí.

—¡Begourde!—dijo uno de ellos,—está en Roma con un inglés.

—Nó—dijo otro,—está en Turquía con un ruso.

—Estais equivocados—dijo un tercero,—porque está en Egipto con un griego.

—Y tardará algun tiempo en volver—dijo el mismo Héctor,—ha alquilado un piso entresuelo en la mas pequeña de las pirámides, y piensa permanecer allí una temporada.

El desconocido escuchó con bastante seriedad esta lluvia de bromas, saludó nuevamente con mucha cortesia, y continuó:

—Gracias por vuestra atencion, señores; bien veo que está muy lejos el señor Begourde; pero si por casualidad le viéseis esta noche, tened la bondad de decirle que se pase mañana sin falta por la agencia Roch y Fumel, rue Montmartre, 131, cerca de la Bolsa y el boulevard, para negocios muy importantes y que le conciernen. Es en su propio interés.

Y el agente se volvió á sentar, encendió otra pipa, y pidió un segundo vaso de cerveza.

En este momento se produjo un sordo rumor, y fué acogida la entrada de la señora Bobino con una triple salva de aplausos, seguida de un hurra frenético.

La que en otro tiempo habia sido la estrella

coreográfica del Luxembourg, y que al presente lo era del drama de Batignolles, era una morena hermosa, de buenas formas, espléndida cabellera, mirada penetrante y boca sonriente, con aire insolente y modesto á la vez.

En el tiempo en que usaba el calzon de punto y el corsé regente, se hablaba ya de su aire esbelto y de la belleza de sus formas.

Aunque estas perfecciones plásticas iban viniendo á menos, no por esto dejaba de ser la señora Bobino un bocado muy agradable, que de buena gana hubiera comido el bebedor desconocido, segun brillaron sus pupilas al verla entrar.

La señora Bobino habia conservado hábitos de crápula de los tiempos del barrio latino y de la Closerie, muy en boga en la época de sus debuts, pero que contrastaban terriblemente con su nueva pretension de figurar en *un género distinguido*.

Durante la cena guardó mucha formalidad, representando el papel de gran señora con una admirable seriedad y con íntima conviccion, imponiendo trabas á la alegría que experimentaban aquellos jóvenes comensales; pero á los postres (y con ayuda del Champagne) se dejó llevar de su natural manera de ser, y empezó á gritar, bebebiendo en todos los vasos, tuteando á todo el mundo y dando golpecitos en todos

los vientres que encontraba al alcace de su mano; se subió en la mesa, y enseñando las ligas se puso á bailar un paso de cancan, acompañándose con una cancion algo picante que estaba en boga en sus buenos tiempos.

—Yo he conocido mujeres de mundo—decia Begourde,—he conocido marquesas, pero eso no es serlo.

Y en efecto, tenia razon; aquello no era serlo.

XXXIII

No nos atrevemos á decir lo que la señora Bobino comió y bebió, porque queremos encerrarnos dentro del límite de lo verosímil; pero sí indicaremos que los demas convidados, estimulados por el ejemplo, la imitaron en su conducta y hasta la aventajaron.

Los inanimados restos de Gargantúa debieron estremecerse de alegria en su ignorada tumba.

La cena duró hasta la una, en que Begourde tomó la palabra y dijo antes de salir:

—Queridos amigos y buenos compañeros: no hay buen libro ni fiesta buena que no tenga

una segunda edicion; quedais todos citados para mañana, ó mejor dicho para hoy, puesto que ya han dado las doce: á las tres de la tarde en la isla de la *Grand-Jatte*. Este es el programa: oid, divertimiento musical á toda orquesta, paseo en barquilla por el rio, pesca con caña y un magnífico baño los que gusten, para lo cual me encargo de los calzones; festin de Baltasar en casa de de *Canard*, buenos vinos y licores variados á discrecion, y como fin de fiesta irrupcion general en la *Reiue Blanche*, mientras que nuestra hermosa Celanire entusiasmará al público con su papel de marquesa, en el cual se muestra tan dramática y tan distinguida.

La invitacion de Héctor tuvo un éxito colosal.

Salieron todos de la cerveceria, y Begourde dió el brazo á la señora Bobino para acompañarla á su casa, viendo con disgusto que el bebedor desconocido se disponía á seguirle; á punto estuvo de empuñar su boj é irse derecho hácia el importuno para darle una leccion de prudencia; vió pasar un coche desalquilado, y teniendo en cuenta que su bolsillo estaba por entonces bien repleto, no titubeó en hacer este nuevo gasto, haciendo subir á la señora Bobino; y haciéndolo él trás ella, dió unas señas fingidas al cochero.

Si era en verdad un espía aquel hombre, no

los vientres que encontraba al alcace de su mano; se subió en la mesa, y enseñando las ligas se puso á bailar un paso de cancan, acompañándose con una cancion algo picante que estaba en boga en sus buenos tiempos.

—Yo he conocido mujeres de mundo—decia Begourde,—he conocido marquesas, pero eso no es serlo.

Y en efecto, tenia razon; aquello no era serlo.

XXXIII

No nos atrevemos á decir lo que la señora Bobino comió y bebió, porque queremos encerrarnos dentro del límite de lo verosímil; pero sí indicaremos que los demas convidados, estimulados por el ejemplo, la imitaron en su conducta y hasta la aventajaron.

Los inanimados restos de Gargantúa debieron estremecerse de alegria en su ignorada tumba.

La cena duró hasta la una, en que Begourde tomó la palabra y dijo antes de salir:

—Queridos amigos y buenos compañeros: no hay buen libro ni fiesta buena que no tenga

una segunda edicion; quedais todos citados para mañana, ó mejor dicho para hoy, puesto que ya han dado las doce: á las tres de la tarde en la isla de la *Grand-Jatte*. Este es el programa: oid, divertimiento musical á toda orquesta, paseo en barquilla por el rio, pesca con caña y un magnífico baño los que gusten, para lo cual me encargo de los calzones; festin de Baltasar en casa de de *Canard*, buenos vinos y licores variados á discrecion, y como fin de fiesta irrupcion general en la *Reiue Blanche*, mientras que nuestra hermosa Celanire entusiasmará al público con su papel de marquesa, en el cual se muestra tan dramática y tan distinguida.

La invitacion de Héctor tuvo un éxito colosal.

Salieron todos de la cerveceria, y Begourde dió el brazo á la señora Bobino para acompañarla á su casa, viendo con disgusto que el bebedor desconocido se disponía á seguirle; á punto estuvo de empuñar su boj é irse derecho hácia el importuno para darle una leccion de prudencia; vió pasar un coche desalquilado, y teniendo en cuenta que su bolsillo estaba por entonces bien repleto, no titubeó en hacer este nuevo gasto, haciendo subir á la señora Bobino; y haciéndolo él trás ella, dió unas señas fingidas al cochero.

Si era en verdad un espía aquel hombre, no

debió agradarle mucho aquella estratagema que le hacia quedar solo en aquel sitio; pero en el momento en que el coche se puso en movimiento, hizo un porta-voz de sus dos manos, y gritó:

—Agencia Roch y Fumel, 131, rue Montmartre, cerca de la Bolsa y el boulevard. Negocio urgente é importante. No dejeis de ir.

Héctor se echó á reir.

—Esas son unas gentes que le van á costar algun dinero á mis acredores.

*
* *

La isla de la *Grand-Jatte* es bien conocida de lo que podemos llamar parisienses domingueros; está situada cerca del puente de Courbevoie.

Su encantador y verde follaje se destaca delante de los terrenos del antiguo parque de Luis Felipe en Neuilly, donde existe esa casa de salud, única en su clase, por ser en ella donde se prestan tiernos cuidados no al hombre, sino al perro, que es un ser inteligente y bueno, que vale cien veces mas que el hombre.

El autor de este libro adora á su perro (que

es perra), y cree que al noventa y cinco por ciento de sus lectores les pasa lo mismo.

En medio de la isla está instalado un rastaurant, ó mejor dicho, una casa de comidas, que en realidad es verdaderamente rústica.

Encima de la puerta se ostentaba un letrero que decia:

A LA GRAND-JATTE.

Suspendidas á lo largo de la pared habia bastantes redes puestas allí para que se secasen, y una gran cantidad de mesitas, provistas de banquillos, fijos en el suelo.

Allí era donde se servia á los pescadores aficionados, á los barqueros, y á los amantes de los placeres del campo, los cuatro invariables platos que constituían el suministro diario, evitando, por consiguiente, la molestia de poner siempre la lista del dia.

Las comidas que allí se realizan van siempre bien acompañadas de sendos tragos de vino de Suresnes ó de Argenteuil, servido en jarros de barro, aunque los grandes gastrónomos pueden pedir y obtener una botella de vino lacrado, cuyo precio es siempre de un par de francos.

El patron, á quien los barqueros llaman el padre Canard, es un hombre grueso y peque-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ño, muy activo, puesto que guisa y sirve por sí mismo, y que tiene energia bastante para imponer silencio sin necesidad de ningun agente cuando llega el caso en que una disputa está á punto de degenerar en riña.

En derredor de la isla hay una flotilla de pesadas barcas amarradas, que ordinariamente sirven para pescar por la mañana y dar un paseo despues del medio dia.

Una mala barraca, sin cristales en las ventanas, sobresalia de entre un bosquecillo de sáuce que habia á la orilla.

En este sitio era donde se desnudaban y vestian los aficionados al baño frio, sin que pudieran molestarlos miradas indiscretas y sin hacer ofensa á la moral.

El dia era magnífico y hacia mucho calor.

La isla de la *Grand-Jatte* estaba muy concurrida, y el padre Canard habia ya sacado un gran número de jarros cuando llegaron los amigos de Begourde en distintos grupos: poco despues llegó éste acompañado de la señora Bobino, que llevaba con mucha coqueteria un traje de muselina á rayas blancas y rosa.

Se trataba de divertise todo lo posible hasta que llegara la hora del anunciado festin.

Se puso á votacion el órden y la marcha de la fiesta, aceptándose por votacion unánime que lo primero que habia que hacer era tomar

un baño para refrescarse, aunque luego despues se habian de templar demasiado.

Tres jóvenes que nadaban bien poco se instalaron en una barca presididos por la señora Bobino, que no quiso de ninguna manera descomponer su tocado, mientras que los otros entraron en la barraca para salir al momento vestidos con los calzones que imponen para baño los reglamentos de policía y el sentido del pudor.

Al llegar á la orilla, y siguiendo la voz de mando pronunciada por Héctor: *Flanco derecho, media vuelta á la derecha, march*, se arrojaron al Sena con gran alegría, á donde les habian precedido cinco ó seis bañistas que lucian su habilidad.

Begourde nadaba como un pez, y causaba admiracion general en los espectadores, los distintos ejercicios que ejecutaba, que en realidad son únicamente consecuencia de la costumbre y de un peco de serenidad.

Acababa de recorrer ua gran trecho debajo del agua y reapareció un momento para respirar, cuando se encontró frente á frente con el apergaminado semblante del espía, que el dia antes habia estado en la cerveceria, y que nadando con la mano izquierda le hizo un saludo militar con la derecha, diciéndole lo mismo que la víspera:

—¿El señor Héctor Begourde, de oficio pintor?

—Ha salido—contestó éste echando la zancadilla á su interlocutor, y haciéndolo sumergirse lo menos diez piés.

Pero el desconcido nadaba tan bien como Héctor, y volvió á aparecer en la superficie casi al momento, sin perder nada de su calma habitual; pero conservando siempre una buena distancia que pudiera precaverle de una nueva zancadilla, reanudó la conversacion.

—Es inútil que oculteis vuestro nombre, señor Begourde—dijo,—porque vuestros amigos os han nombrado varias veces, y sobre todo la señora del vestido de color de rosa (que es muy guapa).

—Estoy cogido—dijo Héctor para sí,—pero en último resultado me es igual, porque despues de todo, ¿qué peligro hay? El que no tiene, el tirano le hace libre.

Las ideas políticas que profesaba le obligaban á sustituir la palabra *rey* con la de *tirano*.

Despues continuó en alta voz:

—¿Con que es decir que sois vos el que me está asediando á cartas en casa de mis amigos por cuenta de la agencia de la calle de Montmartre?

—Ciento treinta y uno, cerca de la Bolsa y

el boulevard—añadió el desconocido—yo soy, señor Begourde.

—Sois un buen sabueso, señor mio.

—No es culpa mia, señor Begourde; me pagan para eso.

—Bueno; pero vamos á ver, ¿qué quereis?

—Suplicaros que vayais á visitar, por vuestro interés, á mis principales Roch y Fumel, que tienen necesidad de hablaros para un asunto importante y urgente.

—Pues decid de mi parte á esos caballeros que aunque pusieran sobre mi pista todos los alguaciles que hay en Paris y en los departamentos, no conseguirian nada absolutamente, porque soy insolvente.

—¡Ah! señor Begourde, ya sabíamos eso.

—¡Lo sabíais!—repitió el jóven lleno de asombro.

—¡Ya lo creo! Mis principales no obran para nada por cuenta de vuestros acreedores, y no se les ha pasado por las mientes el pediros un cuarto.

—Entonces es que tienen intencion de dármelo—dijo Héctor con sorna.

—En efecto, creo que esa es su intencion.

—¿Os burlais de mí?

—Soy incapaz de hacerlo, señor Begourde.

—Pero á santo de qué van ellos á ofrecerme nada?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mis principales no me dan nunca conocimiento de los secretos de la agencia, pero estoy convencido de que si os tamáseis la molestia de ir á verlos, tomaríais una cantidad decentita.

—¿Pero eso es verdad?

—Palabra de Sta–Pi.

—¿Como habeis dicho?

—Me llamo Estanislao Picolet, por abreviar Stani, y por contraccion Sta–Pi; así me llaman mis compañeros de agencia, y me he acostumbrado á ello.

—¿Y qué es lo que se hace en vuestra agencia?

—De todo un poco.

Y Sta–Pi empezó á decir lo mismo que un papagayo:

—Roch y Fumel; asuntos litigiosos, contenciosos; cobro de créditos incobrables; negocios particulares y reservados; investigacion de deudores y herederos; informes de todo género que interesen á las familias y al comercio; requisitorias para proyecto de matrimonio. Visibles todos los dias, excepto los domingos, de nueve á once de la mañana, y de dos á cinco de la tarde, rue Montmartre, 131, cerca de la Bolsa y el boulevard.

—Bueno, hombre—dijo Héctor,—respirad un poco, que os vais á ahogar.

—No me ahogo, señor; porque, aunque estoy delgado, tengo buenos pulmones. ¿Ireis á la agencia, señor Begourde?

—Si estuviese seguro que no se trataba de una reclamacion.....

—Os he dicho *palabra de Sta–Pi.*

—Está bien, iré.

—¿Cuando?

—Mañana.

—¿Por la mañana, ó por tarde?

—Por la mañana, de nueve á once.

—Perfectamente: voy en seguida á avisar á los señores Roch y Fumel, y tendreis que confesar conmigo en que me he ganado en conciencia alguna gratificacion.

Begourde convino en lo que oía.

Todo cuanto acabamos de narrar fué dicho, haciendo unas veces plancha y otras nadando. Sta–Pi saludó con la mano derecha, alcanzando la orilla en muy poco tiempo; se vistió, y atravesó la isla precipitadamente y con el aspecto de un hombre satisfecho que ha cumplido un gran deber y espera una recompensa bien merecida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIV

—¿Pero qué diablo será lo que quieren de mí esas gentes?—se preguntaba Begourde á la mañana siguiente, un poco antes de las diez, dirigiéndose con bastante ligereza hácia el número 131 de la rue Montmartre.—¿Por qué me van á ofrecer dinero? ¿Con qué pretexto van á convertirse en banqueros sensibles, y me van á conceder un crédito que todo el mundo me rehusa con una unanimidad que asombra? Por mas que diga este Sta-Pi, esto es muy inverosímil.... ¡qué original es ese tipo! Le voy á pedir que me sirva de modelo para un cuadro que podrá valerme muy bien un par de napoleones.

Así hubiera continuado Héctor por mucho tiempo en su monólogo, si la fuerza de las cosas no se lo hubieran interrumpido.

Habia llegado.

Nuestros lectores conocen ya la oficina de policia secreta particular, y los tenebrosos asuntos en que se ocupaban los asociados Roch y Fumel para explotar á Paris sin ningun escrúpulo, lo mismo que si fuese una mina de California. Esto por lo tanto nos dispensa entrar en detalles curiosos é interesantes, puestro que ya son conocidos.

Héctor subió al piso principal, y levantando el pestillo de la puerta, franqueó el umbral de un recibimiento espacioso y limpio, en el que cerca de una ventana habia un viejecillo copiando en una mesa interminables legajos con automática regularidad.

El viejecillo saludó con un movimiento de cabeza, y segun la costumbre de siempre preguntó:

—¿Deseais ver al señor Roch personalmente, ó á la agencia Roch y Fumel?

—Estos señores me han escrito colectivamente—respondió Héctor.

—¿Entonces es decir que teneis una carta?

—Una, dos, tres, seis, diez, no sé cuantas—dijo el jóven riéndose,—solo que con unas he encendido la pipa y he roto las otras.

El viejecillo pareció admirarse de esta manera de obrar tan poco respetuosa tratándose de la agencia, y preguntó:

—¿Teneis la bondad de decirme vuesrro nombre?

—Héctor Begourde.

El autómata abandonó su asiento, atravesó el recibimiento casi á saltos, y desapareció por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una puerta secreta, volviendo al cabo de un minuto y diciendo:

—Hay mucha gente en el salon de descanso, pero el Señor Roch os vá á recibir al momento; tened la bondad de seguirme.

Y por un pasillo interior condujo á Begourde hasta el gabinete del agente; el mobiliario era sério y de buen aspecto, todo de ébano y de terciopelo verde, digno de un abogado á la moda.

En un magnífico sillon y rodeado de papeles, estaba sentado el señor Roch trabajando en su mesa ministro, con aquel aire de importancia que era en él tan habitual.

El señor Roch era siempre el mismo, porque nunca se hacia viejo, y conservaba su buen aspecto de agente de cambio, y no habia tampoco decaido en su elegancia, tan coqueta como severa.

Sus largas patillas, aunque algo gríses, sentaban muy bien á su fisonomía redonda y fresca, que estaba siempre afeitada de una manera esmerada; sus ojos eran vivos, penetrantes, ayudados por unas gafas de oro.

El cuello de su camisa, vuelto como siempre, dejaba ver un cuello de fraile, y su negra levita, muy bien entallada, dejaba ver el chaleco blanco que á su vez permitia admirar una camisa de blancura sin igual, que no tenia jamás una arruga.

En el momento de entrar Héctor, el señor Roch se levantó las gafas hasta la frente, sonrió con aire de amabilidad, y saludando afectuosamente, le señaló una butaca puesta en un ángulo del gabinete para los clientes.

—Sois el señor Begourde, de profesion pintor; ¿no es verdad?.

—Sí, señor.

—Tomad asiento, querido señor, os lo suplico; tengo muchísimo gusto en conocerle. Las cosas que son mas difíciles de conseguir son las que mas se aprecian, y nosotros hemos realizado un gran trabajo en hacerle venir hasta aquí.

—¡Dios mio!—contestó Begourde un poco confuso,—yo no sabia que.....

—Lo comprendo perfectamente—interrumpió el señor Roch sonriendo,—nuestra calidad de hombres de negocios que se dedicaban á cobrar valores os inspiraba poca confianza, y me apuesto cualquier cosa á que os imaginábais que se trataba de alguna reclamacion ó de apremiaros en nombre de algunos acreedores, puesto que teneis varios, aunque muy bien pudiera decirse que muchos. Los informes que tenemos acerca de vuestra persona, y que innegablemente pueden tenerse como exactos, de-

muestran que sois un artista de verdadero mérito, lleno de esperanzas para el porvenir, pero que cultiva las deudas con tan buen éxito como el pincel.

—¡Como! señor—dijo Héctor amostazándose.

—Tened presente—dijo con viveza el señor Roch—que yo no veo en esto ningun mal: lo mas natural del mundo es que le gusten á uno los placeres; no se puede pagar hoy, pues se pagará mas adelante, cuando sea posible; ¿tiene esto algo de particular? Ademas, es necesario que la juventud se distraiga; ¡es tan hermosa la juventud! yo tambien he sido jóven en otro tiempo y todavia me acuerdo de aquella primavera de la vida.... pero no es para esto para lo que la agencia Roch y Fumel se ha tomado la libertad de molestaros, y voy derecho al objeto: ¿sois efectivamente Héctor Estanislao Dionisio Begourde?

—Sí, señor.

—¿Hijo legítimo de Juan Dionisio Begourde, empleado que fué en la alcaldía del segundo distrito, y de la señora Ursula Leber, su esposa, de profesion encajera?

—Sí, señor.

—¿Habeis nacido el 10 de Octubre de 1850, en la calle de la Boule-Rouge, número 8?

—Sí, señor; os puedo traer mi partida de bautismo.

—No hace falta, la tengo aquí.

—¡Ah!—exclamó Begourde.

—Acompañada de otros dacumentos muy interesantes que os conciernen—continuó el señor Roch.—Aquí, en la agencia, teneis un gran legajo.

—Pero, en fin, sepamos por qué os ocupais tanto de mí.

—Por vuestro interés, señor, por vuestro interés.

—Y por el vuestro tambien, segun me figuro—dijo Héctor riéndose.

—Es verdad.... obrar de otra mauera sería necio, y ademas que todo trabajo merece un pago; ¿no pensais como yo?

—¡Ya lo creo! pero soy bastante curioso, y confieso ingénuamente que tengo ganas de saber de qué se trata.

—Es una curiosidad muy justa, y voy á satisfarcerle en el momento todo cuanto me sea posible. ¿Os sería agradable poseer un modesto capital que os produjese una renta suficiente para gozar de la vida y trabajar holgadamente?

—Me sería mucho mas agradable todavia que el capitál no fuese modesto, y que la renta que produjese me dispensára de trabajar poco ni mucho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Moderad vuestra ambicion, amigo mio; es necesario saber contentarse con poco.

—Como no espero nada absolutamente, estoy dispuesto á contentarme con lo que me den.... pero ¿de donde viene ese modesto capital?

—No vayamos muy de prisa—dijo entonces el agente, dejando aquel aire jovial que hasta entonces habia usado, entrando de lleno en el negocio,—ante todo es preciso que nos pongamos de acuerdo.

—Esto será muy fácil.

—Así lo creo; ya sabeis, mi querido señor, que soy un letrado que se ha puesto al frente de una agencia que pasa con razon por ser la mas importante y mas acreditada que hay en Paris. Los negocios ajenos son los nuestros, y una série de investigaciones que no es del caso mencionar han hecho que sea yo hoy el poseedor de un secreto que os interesa y de que me encuentre en situacion de poder proporcionaros una cantidad muy aceptable, con la cual no contábais, segun acabais de manifestarme, y que habria estado sin llegar á vuestsas manos á no ser por la agencia Roch y Fumel; ¿habeis comprendido?

—Sí, señor, he comprendido perfectamente; pero todo esto me hace el efecto de un cuento.

—La vida es una novela, querido señor—dijo en tono sentencioso el agente Roch; y despues continuó:—si nos ponemos de auerdo me encargaré de todos los pasos que haya que dar (y bien sabe Dios que serán muchos), adelantaré los gastos que sean necesarios, y para que no podais materialmente dudar de mi buena fé ni suponer que os tiendo un lazo, me obligaré como querais á no pediros ninguna indemnizacion por mis trabajos presentes y futuros hasta que hayais tomado el dinero de que se trata. ¿No encontrais que hay lealtad en mi ofrecimiento y que mi lenguaje es el de un hombre verdaderamente decente?

—Señor—contestó Begourde, viendo ya con el pensamiento como relucia el oro y amontonaba biletes de Banco,—os aseguro que me inspirais una ilimitada confianza.....

—Confianza que me honra, y de la cual soy acreedor; pero decidme ante todo de una manera clara y terminante, si estais dispuesto á remunerar de una manera razonable los pasos, adelantos, idas y venidas, consultas, pruebas judiciales, demandas, trabajos de muchas especies, útiles, necesarios é indispensables para llevar á término feliz el asunto de que he tenido la honra y el placer de hablaros.

—Señor—dijo Begourde,—no dudeis de mi gratitud, y creed que soy hombre generoso.

El asociado de Fumel movió la cabeza sonriéndose.

—¡Oh! estoy muy convencido de vuestras buenas intenciones—dijo,—pero tengo alguna experiencia, y sé que mas de un cliente que prometia á lo último montes y maravillas, escatimaba un céntimo tan pronto como tenia el dinero en el bolsillo y le llegaba el cuarto de hora de que nos habla Rabelais; á mí sin ir mas lejos, me cogieron alguna vez en otro tiempo, y he prometido evitarlo desde entonces; por lo tanto, creo que ante un negocio sério, y que en último resultado vá á redundar en vuestro beneficio, no estarian demas algunas garantías.

—¿Y qué garantía puedo prestaros si no poseo nada absolutamente? Por lo demas estoy á vuestra disposicion y podeis decirme lo que deseais.

—Una cosa muy sencilla.

—¿Cual?

Una obligacion en forma, asegurándome una parte de la cantidad, cualquiera que esta sea, y que cobrais gracias á mi intervencion.

—Bueno, ¿cuanto quereis?

—El veinticinco por ciento.

Begourde se llenó de asombro.

—¡Veinticinco por ciento!—dijo,—¿es decir

que, si tuviese que tomar veinte mil francos, os corresponderian cinco mil?

—Positivamente.

—¡Eso es demasiado, es demasiado; vuestra exigencia es insensata!

—Yo por mi parte la encuentro mucho mas que razonable, puesto que pudiera haber pedido la mitad.

—Os ofrezco el diez por ciento.

—El veinticinco ó nada; ¿aceptais? sí ó nó.

—¡Nunca!

—Como gusteis, señor; únicamente me queda el sentimiento de haberle molestado inútilmente; si mudais de parecer, podeis venir á verme, pero os advierto que entonces será el treinta por ciento.

El señor Roch estrechó la mano de Begourde, sonriéndole y dando á entender con esto que, por su parte, habia terminado la conversacion.

Héctor dió algunos pasos hácia la puerta, y se volvió rascándose la oreja.

—La verdad es que me poneis un cuchillo al cuello.

—Mas razon tendríais en decir que quiero meteros dinero en el bolsillo.

—¡Pero esos escudos no los veo todavia!

—Eso quiere decir que, no poseyendo nada,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nada tendreis que darme; un veinticinco por ciento sobre cero no os arruinará.

—Y si me decidiese á hacerlo ¿tendria que esperar mucho tiempo para recibir el dinero?

—No creo que sea mucho, pero no puedo fijar un plazo.

—¿Y me podreis entre tanto adelantar alguna cosa?

—¡Ah! ¡ah! ¡Un anticipo!

—Sí.

—¿Es de absoluta nececidad?

—Lo es.

—Sois una persona á quien no hay medio de negar nada. Os haré un adelanto tan pronto como hayais firmado una obligacion; y como la cosa es muy eventual, creo que no me pedireis una cantidad de importancia.

—Dos mil francos—dijo Héctor algo asustado, porque le daba miedo una suma tan enorme.

—¡Hum! ¡hum! ¡Dos mil francos!

—Sí, dos mil francos.

El agente hizo como que reflexionaba y contestó.

—Me gusta terminar pronto los negocios, lo haré.

—¿Y me dareis el dinero en cuanto firme?

—En oro ó en billetes, como querais.

—¿Hoy mismo?

—En el momento.

—Redactad el acta, que voy á firmarla.

XXXV.

El señor Roch, antiguo abogado y uno de los directores de la agencia Roch y Fumel, se encontraba respecto de Héctor en la misma situacion en que pudiera estar un diestro jugador de *ecarté* qué tuviera la seguridad de volver siempre el rey y tener triunfos bastantes para dar bola. Conócia perfectamente que Begourde no resistiria á la tentacion de un anticipo.

Se extendió por duplicado el contrato en papel timbrado.

—Ya estaba yo persuadido de que nos sería muy fácil ponernos de acuerdo—dijo el señor Roch con una pequeña sonrisa,—por lo tanto, y para no perder tiempo, tenia ya redactados los puntos principales, y os los voy á leer.

Pocas eran las cláusulas, pero eran muy claras y no dejaban ninguna duda que pudiera producir discucion en adelante.

—Ya veis lo muy fácil que es todo esto—

nada tendreis que darme; un veinticinco por ciento sobre cero no os arruinará.

—Y si me decidiese á hacerlo ¿tendria que esperar mucho tiempo para recibir el dinero?

—No creo que sea mucho, pero no puedo fijar un plazo.

—¿Y me podreis entre tanto adelantar alguna cosa?

—¡Ah! ¡ah! ¡Un anticipo!

—Sí.

—¿Es de absoluta nececidad?

—Lo es.

—Sois una persona á quien no hay medio de negar nada. Os haré un adelanto tan pronto como hayais firmado una obligacion; y como la cosa es muy eventual, creo que no me pedireis una cantidad de importancia.

—Dos mil francos—dijo Héctor algo asustado, porque le daba miedo una suma tan enorme.

—¡Hum! ¡hum! ¡Dos mil francos!

—Sí, dos mil francos.

El agente hizo como que reflexionaba y contestó.

—Me gusta terminar pronto los negocios, lo haré.

—¿Y me dareis el dinero en cuanto firme?

—En oro ó en billetes, como querais.

—¿Hoy mismo?

—En el momento.

—Redactad el acta, que voy á firmarla.

XXXV.

El señor Roch, antiguo abogado y uno de los directores de la agencia Roch y Fumel, se encontraba respecto de Héctor en la misma situacion en que pudiera estar un diestro jugador de *ecarté* qué tuviera la seguridad de volver siempre el rey y tener triunfos bastantes para dar bola. Conócia perfectamente que Begourde no resistiria á la tentacion de un anticipo.

Se extendió por duplicado el contrato en papel timbrado.

—Ya estaba yo persuadido de que nos sería muy fácil ponernos de acuerdo—dijo el señor Roch con una pequeña sonrisa,—por lo tanto, y para no perder tiempo, tenia ya redactados los puntos principales, y os los voy á leer.

Pocas eran las cláusulas, pero eran muy claras y no dejaban ninguna duda que pudiera producir discucion en adelante.

—Ya veis lo muy fácil que es todo esto—

continuó el agente cuando concluyó la lectura, —solo falta que pongais al pié vuestra firma, diciendo antes que aprobais el acta anterior.

—¿Y su entrega?—contestó Begourde—¿donde está el dinero?

El señor Roch, que seguia sonriéndose, se acercó á su bufete de ébano, abrió un cajon y sacó dos rollos, rompiendo la envoltura y haciendo caer sobre la mesa cien luises completamente nuevos, que produjeron un ruido sonoro, acompañado de brillantes reflejos que afuscaban la vista.

—¡Qué sonido tan agradable tiene el oro!—murmuró el jóven,—es rubio como las mujeres del Ticiano y como la cerveza alemana.... Dadme la pluma si teneis la bondad.

—Aquí la teneis.

Héctor firmó en ambos papeles, y se metió en el bolsillo los cien luises con gran satisfaccion.

—¿Debo esperar vuestro aviso para volver?

—No es menester; venid pasado mañana á esta misma hora, y os diré todas las noticias que se relacionen con vuestra nueva fortuna.

—¿Teneis seguridad de saberlo tan pronto?

—Tan seguro estoy de ello, que ya las poseo.

—Entonces, ¿por qué no me las decís ahora mismo?

—Porque el acta no puede pasarse por el registro hasta mañana, y quiero asegurarme antes de revelar mi secreto, ó mejor dicho el vuestro.

—¿Desconfiais de mí?—exclamó Begourde.

—Desconfio de todo el mundo, y me vá muy bien así; hasta pasado mañana, y no me falteis.

Héctor no faltará; hubiera dado cualquier cosa por poder suprimir las horas que le faltaban para entrar en una nueva vida y ser dueño de una fortuna; porque, aunque ésta no pasase de veinte mil francos, esto para él era ser rico, al menos durante un año.

Begourde se dirigió hácia la salida del despacho, y el señor Roch, contra su costumbre, fué á acompañarle ceremoniosamente hasta la puerta.

En el recibimiento estaba únicamente el viejo copista y Estanislao Picolet, que le aguardaba.

Nuestro jóven, que, á pesar de sus muchas esperanzas, era un buen muchacho, le dió los buenos dias de una manera bastante agradable.

—Señor Begourde—le preguntó Sta-Pi,—¿estais contento?

—No me quejo—contestó Héctor.

—Ya habreis visto que no os engañaba.

—Me apresuro á haceros esta justicia, señor Sat-Pi.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Perdonadme la indiscrecion, señor Begourde; ¿ha aflojado la mosca mi patron?

—Me ha dado algo á buena cuenta.

—Señor Begourde—continuó el empleado con tono humilde y tierna voz,—soy un hombre feliz por lo que os sucede, aunque me ha costado mucho trabajo el llegar á ello; no os podeis imaginar lo mucho que he tenido que correr para haceros llegar las cartas de la agencia y lo que me he cansado, ademas de los gastos que he tenido rompiendo zapatos, tomando cerveza y yendo en ómnibus desde el Arco de la Estrella hasta Courbevoie, en baño, alquiler de calzones y otras cosas. Ademas, os quiero decir en confianza que Roch y Fumel son los primeros roñosos del mundo, y que el total de mi paga se reduce á cero, sin darme la mas pequeña gratifiaacion.

—¡La explotacion del trabajo por el capital siempre!—murmuró Begourde, segun tenia por costumbre.

—Y aquí entre nosotros. debo deciros—continuó Sta-Pi,—que estoy ya cansado, pero muy cansado.

—¿A donde vais á parar?—dijo Héctor riendo,—concluid.

—Ya termino.

—Los artistas son generosos, tienen un corazon de oro; vos los sois, señor Begourde.... Tengo necesidad de veinte francos.

—Tomad—dijo el jóven sacando un luis del bolsillo y dejándole caer en la descarnada mano que le presentaba el agente, significándole su gratitud de una manera exagerada.

Aquella noche y el dia siguiente, hubo como era consiguiente, gran diversion; solo que en lugar de realizarse en la cerveceria, fué en un restaurant del boulevard Clichy. Próximamente á la una se retiraron los convidados, tan completamente alegres que no podian casi tenerse de pié, porque el Champagne habia sustituido á la cerveza; y como la magnificencia del anfitrion no reconocia límites, pagó media docena de coches para que cada uno se volviese á su domicilio.

A la mañana siguiente, á las once en punto, llegaba Héctor á la agencia de la rue Monmartre con la cabeza algo pesada con los vapores de la víspera.

La consigna estaba dada, y penetró en el despacho del señor Roch apenas se hubo presentado.

—Querido señor—le dijo éste con una benévola sonrisa, que tenia reservada especialmente para clientes distinguidos.—Querido señor, ¿teneis buena salud?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Nunca he estado enfermo, y ademas estoy vacunado.

—Armaos de todo vuestro valor—continuó el socio de Fumel,—porque vais á necesitar toda vuestra energia.

Héctor cambió de color.

—Dios mio—murmuró,—¡qué! ¿teneis que darme alguna mala noticia? ¿Es acaso que no se realizan mis esperanzas? ¿Se convierte todo e:. humo?

El señor Roch le interrumpió con un gesto y dijo;

—Precisamente porque sucede todo lo contrario, es por lo que os he querido prevenir para que recibais una fuerte emocion.

—Entonces podeis decirlo sin ambages—dijo Héctor tranquilizado,—porque la alegria no hace daño.

—Voy, pues, á decirlo sin rodeos, segun habeis dicho con tanta elegancia. Con seguridad os habreis preguntado muchas veces en estos dos dias, querido señor, de donde os podia venir el dinero que yo os ofrecia; ¿no es verdad?

—Teneis razon, y todavia no la he encontrado.

—Vendrá de una herencia.....

—Imposible—respondió Héctor.

—¿Por qué imposible?

—Por que soy el último de los Begourde, soy único y no tengo familia.

—¿Pero es absolutamente necesario ser Begourde para pertenecer á vuestra familia?

—Entonces esto es para mí un enigma; dadme la solucion.

—Aquí la teneis: vuestra señora madre se llamaba Ursula Leber ántes de casarse.

—En efecto, era huérfana y pasaba muchos trabajos para mantenerse con su profesion de encajera; ¿como es posible que por esta parte me venga ninguna fortuna?

—Tenia un hermano.....

—Sí, un mal sujeto segun parece, que se marchó no se sabe donde, antes de que yo naciera, y del cual no hemos vuelto á saber mas.

—Efectivamente, ha muerto hace algunos meses, habiéndose antes enriquecido.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Begonrde, interesándose ya en esta revelacion, hasta el extremo de acercar la butaca maquinalmente á la del señor Roch.

—Vuestro tio se llamaba Juan Justin Leber, y tenia, en efecto, muy mala reputacion. A los diez y ocho años le hicieron comparecer ante un tribunal correccional por unos pecadillos de poca importancia, puesto que se trataba de unos botellazos que hubo en el ambigú de un baile; se marchó de Francia, refugiándose en

América, donde vegetó por largo tiempo para ganarse el pan cuotidiano con bastantes trabajos, hasta que encontró la suerte siendo ya viejo; se metió en una pequeña especulacion que dió buen resultado, y dedicó tres ó cuatro mil dollars á la compra de terrenos incultos en Pensylvania.

—Hubiera preferido los dollars—dijo Héctor.

—Esperad un poco; ¿habeis oído hablar de Peabody?

—Nunca.

—Pues bien, vuestro tio siguió su mismo camino. Bien fuera por instinto ó por casualidad, mandó hacer trabajos de escavacion y encontró pozos de petróleo, que son hoy todavia de los mas abundantes de América.

—¡Pozos de petróleo!—repitió Begourde—¡ya, ya! ¿y valen algo los pozos de petróleo?

—Y no poco: desde que vuestro tio hizo este descubrimiento, vivió ya como hombre rico.

—Sin pensar en su familia—interrumpió Héctor.

—Sí, sin pensar en su familia, afortunadamente para vos, puesto que se acordó próximo á morir, otorgando un testamento cuya cópia legalizada tengo el honor de presentaros, y por el cual lega todos sus bienes á su hermana Ursula Leber, si vive todavia, ó á sus hijos si los

tuviese, por haberse casado; añadiendo que, en el caso que Ursula hubiese muerto sin descendencia, hereden en su lugar los hospicios de Paris, su ciudad natal. Dejó por albacea testamentario á un *solicitor* de New-York, en quien tenia puesta su confianza, recomedándole que enviase al Banco de Francia las sumas que constituían parte de la sucesion, y vigilase la explotacion de los pozos por cuenta del heredero ó herederos. Pero como sois hijo único y representais los derechos de vuestra difunta madre, sois, sin ninguna duda, el único heredero de vuestro tio. ¿Se os ocurre alguna duda?

—Ninguna absolutamente—contestó Begourde,—¡virtuoso tio! ¡digno tio! ¡excelente tio! ¡No puedo resucitarle, pero le tendré eterna gratitud! ¿A cuanto asciende la suma de la herencia?

El señor Roch sacó del bolsillo y puso sobre el bufete un frasco de sales inglesas.

Despues, con voz solemne, pronunció estas palabras:

—En este momento en que os hablo, existe en el Banco de Francia la cantidad de ocho millones de francos, que ha sido depositada segun la voluntad de vuestro tio.

—¿Qué habeis dicho?—balbuceo Begourde.

—He dicho ocho millones de francos.

—¡Ay Dios mio! ¡un síncope!

—Os habia recomendado un poco de valor, querido señor.... Respirad esto con fuerza.

A oir pronunciar la enorme suma de ocho millones, Héctor se puso repentinamente encendido y palideció despues, haciendo inútiles esfuerzos para respirar; le temblaban los párpados y tenia la vista desvanecida y la cabeza caida; para terminar, diremos que se habia desmayado por completo.

El señor Roch se mostró lleno de celo.

Acercó á la nariz del jóven el frasco que habia preparado, y tirándole de los brazos, murmuró:

—Me lo figuraba, porque esto era inevitable, comprendo que semejante noticia dada de repente produce efecto, aunque este caballerito pretendia hace muy poco tiempo que la alegría no hacia daño. Gracias á Dios que ya vuelve en sí. ¿Estais mejor, querido señor?

Héctor movió la cabeza en señal de afirmativa.

—¡Qué diablo, tened valor!—continuó el agente,—ya sois rico y no hay ningun motivo para ponerse malo.

—Ha sido un momento de debilidad—balbuceó Héctor,—la sorpresa, la emocion... ¿pero de verdad no os habeis burlado de mí? ¿Es cierto lo que me habeis dicho?.....

—Os juro que es verdad, y os debo añadir que no sabeis todo.

—¡Como!—exclamó el heredero completamente reanimado,—¿hay mas todavia?

—Sí, ¿puedo continuar? ¿No os producirán mis palabras un segundo desmayo?

—Nó, no temais nada, ya estoy fuerte. Hablad corriendo.

—He hablado únicamente del dinero líquido que está depositado en el Banco, y no he dicho una palabra de la propiedad que teneis en los pozos de petróleo de Pensylvania.

—¿Y cuanto representan esos pozos?

—Un capital tan grande que solamente podria reemplazaros una compañía que me ocuparé en constituir si lo creyeseis conveniente. Las rentas anuales pasan de un millon, segun cuentas demostradas de una manera rigurosa, y pueden aumentarse en mucha cantidad porque los pozos están muy mal explotados.

Héctor experimentó una viva alegria, exclamando:

—Es decir que poseo un millon y cuatrocientas mil libras de renta á lo menos.

—Dispensadme, querido señor—dijo Roch sonriendo,—las rentas que poseeis, aunque son muy crecidas, llegan únicamente á un millon y cincuenta mil francos; porque, segun el contrato que habeis hecho con los señores Roch y

Fumel, á quien represento, tienen estos derechos á la cuarta parte del capital, y por consecuencia á trescientas cincuenta mil libras de renta.

—¡Ah!—dijo Begourde con algun sentimiento,—os felicito por veros rico.

—Acepto la enhorabuena—contestó el agente saludando con aire modesto.

—Pero entonces—dijo el jóven,—¿por qué sabiendo lo que sabíais, no me adelantásteis anteayer mas que la miserable cantidad de dos mil francos?

El señor Roch se frotó las manos.

—Para persuadiros—respondió—de que se trataba de un asunto insignificante; si hubiérais sabido lo contrario, no me habríais firmado la obligacion, y me habríais revuelto cielo y tierra para prescindir de nuestra intervencion.

—Os doy otra vez mi parabien; ¡sois ducho en estos asuntos!

—Seguramente que éste será el último—dijo el señor Roch,—á no ser que se presente uno que sea lo bastante bueno para hacernos caer en tentacion, aunque esto me parece un poco difícil. A los pescadores de caña les satisface una trucha; nosotros tenemos necesidad de un pescado mayor, y vos para nosotros habeis sido un salmon de primer órden.

XXXVI

¿De qué medios se habian valido los señores Roch y Fumel para realizar un negocio tan redondo, que de ricos que eran les hacia de repente archimillonarios?

De la manera mas sencilla del mundo y sin que para nada interviniese la casualidad. La agencia se ocupaba con preferente predileccion en buscar herederos á herencias sin sucecion, y esto habia sido orígen de bastantes productos.

Con media docena de empleados mal vestidos y peor alimentados, pero que en cambio tenian mucha necesidad, y se pasaban las tres cuartas partes de su vida en recorrer las alcaldías copiando actas de nacimiento y de defuncion y partidas de matrimonio. Lo demas de su tiempo lo empleaban en ordenar aquella profusion de notas en cuadernos que llevaban con este objeto.

La agencia por su parte sostenia una activa correspondencia con las provincias.

Fumel, á quien represento, tienen estos derechos á la cuarta parte del capital, y por consecuencia á trescientas cincuenta mil libras de renta.

—¡Ah!—dijo Begourde con algun sentimiento,—os felicito por veros rico.

—Acepto la enhorabuena—contestó el agente saludando con aire modesto.

—Pero entonces—dijo el jóven,—¿por qué sabiendo lo que sabíais, no me adelantásteis anteayer mas que la miserable cantidad de dos mil francos?

El señor Roch se frotó las manos.

—Para persuadiros—respondió—de que se trataba de un asunto insignificante; si hubiérais sabido lo contrario, no me habríais firmado la obligacion, y me habríais revuelto cielo y tierra para prescindir de nuestra intervencion.

—Os doy otra vez mi parabien; ¡sois ducho en estos asuntos!

—Seguramente que éste será el último—dijo el señor Roch,—á no ser que se presente uno que sea lo bastante bueno para hacernos caer en tentacion, aunque esto me parece un poco difícil. A los pescadores de caña les satisface una trucha; nosotros tenemos necesidad de un pescado mayor, y vos para nosotros habeis sido un salmon de primer órden.

XXXVI

¿De qué medios se habian valido los señores Roch y Fumel para realizar un negocio tan redondo, que de ricos que eran les hacia de repente archimillonarios?

De la manera mas sencilla del mundo y sin que para nada interviniese la casualidad. La agencia se ocupaba con preferente predileccion en buscar herederos á herencias sin sucecion, y esto habia sido orígen de bastantes productos.

Con media docena de empleados mal vestidos y peor alimentados, pero que en cambio tenian mucha necesidad, y se pasaban las tres cuartas partes de su vida en recorrer las alcaldías copiando actas de nacimiento y de defuncion y partidas de matrimonio. Lo demas de su tiempo lo empleaban en ordenar aquella profusion de notas en cuadernos que llevaban con este objeto.

La agencia por su parte sostenia una activa correspondencia con las provincias.

Siempre que moria alguna persona que dejaba alguna cosa y que no tenia herederos, ó no habia hecho testamento, los señores Roch y Fumel ponian en movimiento á sus sabuesos, que de diez veces ocho encontraban, á fuerza de investigaciones, un heredero que no habia soñado nunca en tener ningun parentezco con el difunto.

Tan pronto como se encontraba el heredero, el señor Roch hacia el mismo papel que habia hecho con Héctor Begourde, aunque el punto de partida no era en este caso el mismo, puesto que existia un testamento.

El albacea testamentario habia confiado este asunto á un notario de Paris, que se habia contentado únicamente con anunciar en el *Boletin oficial*, durante tres dias, llamando á Ursula Leber ó sus descendientes para que se presentasen en su estudio, donde se les comunicaria una cosa de interés.

Este anuncio no llegó á conocimiento de Héctor, y ademas, como nadie sabía que la señora Begourde se llamaba *Leber* antes de casarse, nadie por lo tanto pudo dar noticia al heredero.

El señor Roch se puso en movimiento sin pérdida de tiempo, entreviendo un buen negocio, cuyo resultado conocemos.

No dejó de la mano el asunto de Héctor,

que tambien era suyo, y fué muy útil para este último otillando dificultades, adelantando enormes derechos de sucesion, poniéndose de acuerdo con el ejecutor testamentario de Nueva-York, y consagrándose exclusivamente al servicio de un cliente que le pagaba de una manera tan espléndida.

Por fin llego el gran dia de la toma de posesion, que hizo de Begourde uno de los mas ricos habitantes de Paris, en que por tanto tiempo habia sido, segun sus mismas palabras, un *ciudadano* de los mas *bohemioe*,

Mentiríamos si asegurásemos que Héctor no se enfatuó un poco con su nueva fortuna; pero debemos decir que no se significó por ninguna excentricidad que mereciera criticarse.

Empezó por pagar sus deudas, avergonzándose de la pequeñez de su importe, y pensando que no habia encontrado el medio de proporcionarse un crédito de mas importancia. Habria sido á sus ojos un merecimiento encontrarse deudor de algunos cientos de miles de francos.

Como todos ó casi todos los jóvenes que se hacen ricos de repente y que no son avaros, Begourde sintió un deseo imperioso de demostrar su fortuna gastando mucho dinero, mostrándose espléndido y generoso como un príncipe con sus antiguos amigos, abriéndoles su

bolsa; pero las necesidades y las exigencias de estos bohemios eran tan pequeñas, que todas juntas constituían un gasto bien insignificante.

Era natural que la señora Bobino fuese un poco mas cara, porque las mas modestas ambiciones de las hijas de Eva son siempre mucho mayores que las de cualquier jóven alegre.

La estrella de Batignolles se instaló en un cuarto principal de la rue Lafayette, tuvo un coche y una victoria, tres caballos, diamantes y crédito abierto en casa de una modista, pero tambien tenia rivales que la decidieran á tomar un partido lleno de una gran filosofía.

Héctor por su parte, cenaba en casa de Bretant, y se presentaba en los teatros acompañado de todas aquellas mujeres que son conocidas del mundo galante.

Begourde no se tomaba ningun cuidado en averiguar la edad ni el talento, ni aun la belleza de estas mujeres, no teniendo en cuenta mas que su celebridad.

Recordaba haberlas visto pasar en otro tiempo en direccion al Bois de Boulogne, mientras que él, a pié y sin un cuarto, seguia caminando por los Campos Elíseos en medio de la turba que le decia sus nombres.

Con seguridad en aquel tiempo, no le habrian hecho la merced de mirarle ninguna de

estas pecadoras, cuyo orígen se perdia en la noche de los tiempos.

Entonces le parecian divinidades misteriosas, resplandecientes é inaccesibles, sentadas en un trono rodeado de nubes y voluptuosidades.

Una distancia infranqueable separaba á nuestro desconocido artista de aquellas grandes sacerdotisas de Venus Meretriz, pero la herencia del tio habia hechado un puente sobre este abismo, habia puesto rails, y sobre ellos un wagon en que podia caminar á gran velocidad.

Begourde se habia provisto de las fotografías de estas señoras, comprándolas en los pasajes y coleccionándolas en un album incendiario.

Quiso tenerlas en realidad, las puso precio y las tuvo.

En una calle próxima á los Campos Elíseos, en la de Francisco I, habia un hotel no muy grande, constituido para un bolsista millonario por un arquitecto muy famoso.

El hotel era suntuoso, aunque de dudoso gusto, y tenia todo el aspecto de un café de lujo.

El bolsista habia visto desaparecer su fortuna con la misma facilidad con que la habia improvisado, y puso en venta el hotel con su mobiliario.

Héctor fué á verle, y experimentó un gran entusiasmo viendo la magnificencia de su decorado.

—Esto es lo que me hacia falta—pensó para sí,—desde el momento en que se penetra en esta casa se comprende á primera vista que se entra en la habitacion de un hombre muy rico que ama el placer y las mujeres. Cualquiera diria que el arquitecto lo ha hecho siguiendo mi inspiracion; no perdonaré la ocasion de quedarme con esta alhaja.

Y se dirigió á casa del notario encargado de la venta, pagando al contado lo que le pidieron sin regatear.

Le quedaba unicamente montar su casa y comprar un buen tren.

Héctor, que no tenia ningun conocimiento sobre este punto, se hizo buscar un corredor que le condujo á casa de un vendedor de caballos y coches de lujo.

Le hicieron pagar bastante caros unos caballos, cuyo único mérito consistia en tener buena apariencia.

En cuanto á los carruajes y á los arreos, dió Begourde rienda suelta á sus inclinaciones.

Bajo el especioso pretexto de que habia sido colorista cuando profesaba el arte de la pintura, escogió unos carruajes de caja amarilla y adornos rojos, con faroles de plata recargados

de labores, las manecillas de las portezuelas muy abultadas y muy grandes, y relucientes los cubillos de las ruedas.

Los arreos favorecian la exhibicion de una cantidad asombrosa de metal, desapareciendo el cuero completamente bajo tanto adorno de de plata.

Héctor vistió á su servidumbre con librea completamente de capricho: calzon amarillo, chaleco á rayas blancas y encarnadas, levita azul con cuello y solapas encarnadas, con galones de plata y botones de lo mismo, con las iniciales H. B. entrelazadas.

Apenas se habia instalado nuestro amigo, pensó que el dichoso propietario de un hotel tan magnífico debia hacer maravillas y llenarlo de admiradores y envidiosos, para lo cual invitó para una série de comidas á sus antiguos amigos y á sus nuevas amigas. Estas aceptaron con gusto la invitacion de un hombre que era el solo tan rico como pudieran serlo media docena de banqueros, presentándose con la sonrisa mas agradable y sus mejores vestidos, pintadas hasta la exageracion desde los ojos hasta los labios, muy bajo el descote y cargadas de alhajas como el escaparate de un joyero.

Sus antiguos amigos se presentaron en su traje habitual, haciendo, como es consiguiente, un gran contraste al lado de aquellas *cocottes*,

y no pudiendo acostumbrarse, á pesar de su natural desembarazo, á sentir detras de su asiento aquellos criados de calzon amarillo, en que adivinaban un aire desdeñoso y una sonrisa burlona.

Las señoras, por su parte, se encontraban fuera de su centro en aquel sitio que consideraban indigno de ellas por los comensales, y se mostraron altivas, casi impertinentes é intolerables.

Los jóvenes se cansaron de aquella aptitud hostil, empezaron á lanzar punzantes epigramas y palabras picantes, que irritaban tanto mas á las señoras cuanto que no las comprendian completamente, porque desconocian el lenguaje de los talleres de los artistas.

La influencia de Begourde no logró apaciguar los ánimos, que siguieron en completo antagonismo á pesar de la profusion de vinos que se consumió. Para terminar: diremos, valiéndonos de una frase puesta en boga entre la gente que allí se reunia, la comida hizo un fiasco completo.

Pero fué mucho peor cuando, al levantarse de la mesa, pasaron al salon. Grandes bandejas contenian magníficos tabacos habanos, que estaban á disposicion de los convidados, segun expresa recomendacion de Héctor, recomendacion que aceptaron con mucho gusto los amigos de éste; pero llevados de la fuerza de la costumbre, encendieron sus viejas pipas, que nunca abandonaban, subiendo en densas espirales el humo hasta los dorados artesonados.

Aquello fué ya escandaloso para las señoras.

—¿Estamos en el *Rat-Mort?*—preguntó una de ellas.

—¿O en el *Crapaud-Volant?*—dijo otra—entonces que nos traigan *Rabagas.*

Empezó la desercion.

Héctor se habia hecho la ilusion de tener un poquito de baile libre; pero cuando llegó el pianista, acompañado de un cornetin de piston y un violin, no habia mas que hombres tumbados en los muebles de satin de China, que pedian á gritos cerveza.

—¡Dios mio!—pensó Begourde, á quien la influencia de Su Magestad el Dinero habia cambiado las ideas,—¡qué ordinarias son estas gentes! ¡casi me parece que no los he conocido nunca! ¡éste es un mundo imposible! que vayan benditos de Dios y que no vuelvan mas; mi sitio está en otra parte.

Dos dias despues de esta comida, que fué la única que dió en tales condiciones, el ayuda de cámara del jóven millonario se presentó á las diez de la mañana para decirle que un caballero, cuya tarjeta le entregaba, solicitaba una audiencia.

Héctor pasó la vista por ella. El visitador matinal era el fundador de una hoja impresa bastante violenta, *El Escorpion Independiente*, para la que nuestro Begourde habia hecho caricaturas en otro tiempo á razon de cuatro duros.

—¿Qué me querrá este pobre diablo?—se preguntó Héctor.

—Hacedle entrar en el saloncito—añadió en alta voz,—voy dentro de cinco minutos.

Y dejando que trascurriese todo este tiempo, pensaba de esta manera:

—En último resultado me conviene asustarle un poco con mi lujo.... es un bicho de la peor especie, que me ha rehusado mas de una vez el adelantarme diez francos.

Y con esta buena disposicion de ánimo entró Héctor en el salon, no imaginándose ni remotamente que una conversacion que era para él de tan poca importancia, pudiera influir de una manera tan grande en su porvenir.

XXXVII

Pánfilo Godard, propietario y redactor en jefe de *El Escorpion Independiente*, esperaba en

un saloncito revestido de brocatel boton de oro, contemplándose con satisfaccion en los cuatro espejos venecianos que adornaban las paredes.

Su larga é inculta cabellera; la barba, que se asemejaba mucho á un mano de virutas, con el gaban abrochado hasta el cuello y roido en muchos sitios, presentaba un contraste bien raro en medio de aquel sitio en que todo estaba nuevo y resplandeciente.

Sus fuertes botas habian impreeso su huella, llenando de barro los arabescos de aquella alfombra persa. Las manos, que aún estaban vírgenes de guantes, eseñaban unas uñas algo negras.

Habia puesto su mugriento sombrero de anchas alas sobre una hermosísima mesa de ébano con incustaciones de marfil y cobre.

De cuando en cuando se acercaba á una ventana, y alzando las cortinas de encaje miraba en el patio á los mozos de cuadra lavando uno de aquellos carruajes tan llamativos que conocen ya nuestros lectores.

—¡Qué bien me vendria todo esto!—decia para sí—¡qué suerte ha tenido ese títere de Begourde! Con seguridad que no tendré yo nunca esta suerte.

Se habrió la puerta y apareció Héctor en traje de casa: una camisa de *foulard* color ro-

Héctor pasó la vista por ella. El visitador matinal era el fundador de una hoja impresa bastante violenta, *El Escorpion Independiente*, para la que nuestro Begourde habia hecho caricaturas en otro tiempo á razon de cuatro duros.

—¿Qué me querrá este pobre diablo?—se preguntó Héctor.

—Hacedle entrar en el saloncito—añadió en alta voz,—voy dentro de cinco minutos.

Y dejando que trascurriese todo este tiempo, pensaba de esta manera:

—En último resultado me conviene asustarle un poco con mi lujo.... es un bicho de la peor especie, que me ha rehusado mas de una vez el adelantarme diez francos.

Y con esta buena disposicion de ánimo entró Héctor en el salon, no imaginándose ni remotamente que una conversacion que era para él de tan poca importancia, pudiera influir de una manera tan grande en su porvenir.

XXXVII

Pánfilo Godard, propietario y redactor en jefe de *El Escorpion Independiente*, esperaba en

un saloncito revestido de brocatel boton de oro, contemplándose con satisfaccion en los cuatro espejos venecianos que adornaban las paredes.

Su larga é inculta cabellera; la barba, que se asemejaba mucho á un mano de virutas, con el gaban abrochado hasta el cuello y roido en muchos sitios, presentaba un contraste bien raro en medio de aquel sitio en que todo estaba nuevo y resplandeciente.

Sus fuertes botas habian impreeso su huella, llenando de barro los arabescos de aquella alfombra persa. Las manos, que aún estaban vírgenes de guantes, eseñaban unas uñas algo negras.

Habia puesto su mugriento sombrero de anchas alas sobre una hermosísima mesa de ébano con incustaciones de marfil y cobre.

De cuando en cuando se acercaba á una ventana, y alzando las cortinas de encaje miraba en el patio á los mozos de cuadra lavando uno de aquellos carruajes tan llamativos que conocen ya nuestros lectores.

—¡Qué bien me vendria todo esto!—decia para sí—¡qué suerte ha tenido ese títere de Begourde! Con seguridad que no tendré yo nunca esta suerte.

Se habrió la puerta y apareció Héctor en traje de casa: una camisa de *foulard* color ro-

sa, pantalon de franela blanca, y una americana con adornos de agreman encarnado.

Pánfilo Godard se acercó apresuradamente con la sonrisa en los labios y alargando su mano.

Héctor la estrechó siguiendo una costumbre, pero sin demostrar ningun entusiasmo.

El redactor en jefe de *El Escorpion Independiente* no reparó en esta frialdad, á que no estaba acostumbrado.

—¿Como estás, amigo mio?—preguntó.

—Ya ves. .—respondió Héctor, no atreviéndose á rechasar aquella familiaridad que tanto le halagaba en otro tiempo.—¿Y tú?

—¡Oh, yo tengo esperanzas! pero tú, zarrámplin, te has puesto ya en seguro. Tienes un magnífico hotel, que vale bastante dinero, y yo conozco alguno que te tiene envidia al verte subir como la espuma; pero, por mi parte, te aseguro bajo mi palabra que me alegro mucho, porque la mayor parte de las veces, vá la fortuna á quien no se la merece, y no está tan acertada como ahora, que es lo que yo digo todos los dias á nuestras camaradas cuando te critican; pero esto te debe tener sin ningun cuidado, ya que has tenido la suerte de pescar tan buena trucha.

—No me quejo—dijo Héctor.

—¡Pues no faltaba mas, ya lo creo! ¿Y qué

has hecho con el arte? ¿Qué es de los lápices y los pinceles? ¿Tienes algun estudio en la casa?

—En verdad que no.

—Eso no está bien, porque tenias en esto un porvenir, y me has hecho dibujos que han llamado la atencion, y esto era ya alguna cosa.

—A razon de veinte francos.

—Es verdad que valian el doble; por eso esperaba aumentarte el precio cuanto fuera mayor el número de abonados.... pero por ahora no tienes necesidad de nada, ¿no es verdad? Te doy otra vez la enhorabuena, y estaba preparado á hacerlo porque siempre me estaba diciendo: él vendrá á verme.

—Estoy muy ocupado.

—¡Ya lo creo! los millones dan mucho que hacer: es necesario ir siempre á casa del banquero ó á la del agente de cambio, ó á la del notario, y ésto, segun dicen, exige mucho tiempo, porque tú sabes que de todo esto yo no sé nada prácticamente. Para acabar, como tú no ibas á la montaña, la montaña ha venido á tí para felicitarte de todo corazon.

—Mucho te lo agradezco; pero ¿no has venido mas que á eso?

—Para eso y para otra cosa.... Tengo que decirte dos palabras acerca de un negocio muy bonito.

—¡Ah! ¡ah!

—De un negocio que me has de agradecer, y por el cual me vas á dar las gracias.

—¿De qué se trata?

—De una idea que es tuya exclusivamente, pero una idea magnífica, completamente nueva y original, que no ceso de enaltecer á todos nuestros camaradas diciéndoles á cada momento: *Ese Totor no es un advenidizo ni un tonto del todo, tiene una idea.*

—He tenido muchas—contestó Begourde,—¿á cual te refieres?

—Me refiero á tu idea monumental.... tú soñabas con hacer un cuadro alegórico que fuese una obra gigantesca, representando al infame capital explotando al desgraciado obrero.... ¿te acuerdas?

—Ya lo creo; tenia la fórmula, pero me era difícil expresarlo de una manera clara.

—En pintura, porque el pincel materializa de una manera incompleta las ideas abstractas —respondió Godard vivamente,—pero es muy fácil para la pluma.... he aceptado tu idea y pienso explotarla, es decir, la explotaremos juntos; ¿me comprendes?

—Ni una palabra.

—Pues es bien sencillo, fundando un periódico diario con un título rimbombante.

—¿Qué título?

—El título tuyo, caramba.

—*El capital explotador*.... ¿Qué te parece?

—No está mal.

—Tengo hecho mi programa y he formado una redaccion completa; hay un corresponsal en Neuméa, otro en Ginebra y un tercero en Lóndres, y artículos de sensacion todos los dias; al cabo de una semana voy á tirar cincuenta mil ejemplares.

—Te doy la enhorabuena.

—La acepto, porque el éxito es seguro: ya ves, pienso dirigirme á los que no tienen ninguna posicion, á los que no están clasificados, á los incapaces, á los descontentos, á los envidiosos y perezosos, á todos los que desean placeres sin trabajar, entonando á favor de todos estos una nueva Marsellesa del pequeño contra el grande, del que no tiene nada contra el que posee, gritándoles: *"¡Sus al capital explotador! ¡la propiedad es el robo!* el dinero de los ricos es vuestro dinero y vuestros son sus palacios, sus hoteles y sus castillos!.... Puelo, rescata tu fortuna y sé rico á tu vez. Aunque la música es una, la letra tiene muchas variantes que le dan novedad.

—Pero te van á perseguir y te van á condenar.

—No hombre, condenarán al regente; desde el primer dia cuento andar á vueltas con el tri-

bunal, la prision y la multa; éste es precisamente el medio de llegar á una tirada fabulosa. Para concluir, tengo hecha mi fortuna y la debo á tu idea.

—Está muy bien, ¿cuando empiezas la publicacion?

—En el momento en que tenga lo único que me hace falta.

—¿Y qué es ello?

—El alma de la guerra.

—¿Dinero?

—Tú lo has dicho.

—¿Cuanto te hace falta?

—Una bagatela.... doscientos mil francos.

—¿Y sabes donde puedes encontarlos?

—Naturalmente que lo sé—respondió Godard con voz cariñosa,—acaso me juzgas capaz de hacerte la ofensa de dirigirme á otra persona que no fueras tú, mi antiguo camarada y mi buen Totor; ¡eso no lo haria yo nunca! ademas este negocio te corresponde de derecho; puesto que es tuya la idea, para tí será la popularidad y un puesto en el Parlamento, si sientes vocacion por la política, y los beneficios serán para los dos. Fírmame un cheque.... un cheque de doscientos mil francos.

—Sí, con esto creo que habrá bastante.

Héctor se puso á reir con todas sus fuerzas,

—Vamos—dijo,—no me cabe duda que me has tomado por un imbécil.

El periodista se estremeció, y exclamó luego muy escandalizado:

—¿Qué has dicho?

—Pues la cosa mas razonable—continuó Héctor,—que vienes á pedirme una parte de mi capital para fundar con éste un periódico en contra mia, y que éste periódico, para el cual habria pagado el papel, la redaccion, la composicion, la tirada, el plegado, las fajas y las multas, dirá en sus columnas á voz en grito: "Ya sabeis que ese animal de Begourde ha heredado á un tio que se habia enriquecido con el petróleo y que tiene algun dinero; pues ese dinero estaria mucho mejor en vuestro bolsillo que en el suyo, y teneis mas derecho que él; ¡tómaselo, valiente pueblo! Tambien tiene un hotel, pues tómaselo tambien; y si hace el mas pequeño gesto, demuéstrale que el petróleo del difunto tio es de un uso agradable y fácil No, amigo mio, no soy tan simple como todo eso.

—¡Pero es á tí á quien escucho!—murmuró Pánfilo Godard desconcertado completamente.

—Nó.... no puede ser, tienes gana de divertirte con tu antiguo camarada, y cuando nos hayamos divertido un poco los dos, me firmarás el cheque.

Héctor hizo una mueca de pilluelo de Paris, y luego replicó:

—Escarba por otra parte.

—¿Es decir que rehusas subvencionar á *El Capital explotador?*

—En absoluto.

—Y los principios... aquellos grandes principios, ¿qué vá á ser de ellos?

—Aquellos principios son buenos para gente de poco pelo.

Pánfilo con aire solemne le dijo:

—¡Desgraciado apóstata! estás en muy mal camino.

—Pero si por él atraviesan los carruajes, será cuenta de mi cochero el llevarme adelante.

—Reniegas de tus convicciones.

—Vaya, dejame tranquilo con mis convicciones; te compro la tuya por cien escudos; ¿te acomoda?

—Esto será sin duda un gran negocio, aunque no lo es para mí.

El periodista barbudo continuó en tono profético, sin hacer caso de esta impertinencia:

—¡Vuelves la espalda á tus hermanos, á tus amigos! ¡Rehusas prestar tu apoyo á una causa justa! Bueno, muy pronto querrás tratarte con los aristócratas, y acuérdate bien de lo que te digo: los aristócratas se burlarán de tí y te darán con sus puertas en las narices, porque tú

vienes del pueblo, y los lazos que á él te ligan son indisolubles; te llamas Begourde, y con ese apellido no se puede causar efecto en las duquesas. Al buen entendedor, etc. ¡Hasta la vista, ciudadano!

Y encajándose su inmenso sombrero, salió Pánfilo Godard con aire imponente, dejando á Héctor pensativo y triste por la flecha que acababa de clavarle en medio del pecho.

El jóven se sentó con aire melancólico, diciendo para sí:

—Seguramente es un galopin de la peor especie, pero lo peor es que tiene razon. Begourde es un hombre ridículo, que podia pasar cuando era un cualquiera y cuando todo el mundo me conocia únicamente por Héctor; pero hoy Begourde es imposible con mis millones, y me hace el mismo efecto que una mancha de aceite sobre una túnica de seda. Pero se dice que Su Magestad el Dinero es todopoderoso; pues bien, que lo demuestre proporcionándome el medio de cambiar de nombre.

Y desde este dia Héctor se repetia sin cesar el monólogo que acabamos de estenografiar, llegando á ser en él una idea fija que no tenia solucion.

El ex-radical se habia vuelto conservador desde el momento en que tuvo algo que conservar, y se habia apresurado á inscribirse á las

publicaciones de la *hig life*, tal como la *Vie parisienne*, y á los mas reaccionarios que se publicaban en París.

Naturalmente, *El Fígaro* figuraba en primer término entre todos ellos.

Un dia que Héctor leía por casualidad los anuncios de la cuarta plana, tropezó con las líneas siguientes:

Un caballero de avanzada edad, sin hijos, que tiene un nombre histórico y un título de primer órden, que veria con pena desaparecer con él, trasmitiria ambos, por medio de la adopcion, á un jóven que poseyera una gran fortuna. Escribir en lista, X. Y Z. 2.113."

Héctor dió un salto.

—¡Un nombre histórico!—dijo en alta voz.—¡Un título de primer órden! ¡una adopcion! ¡esto me hace falta! Lleno la única condicion que se exige, puesto que poseo una gran fortuna. ¡Estoy salvado! ¡salvado seguramente! no me atrevo á esperar en un título de duque, porque esto, á la verdad, seria demasiado; pero aunque no sea mas que marqués ó conde me contento, y es bastante bonito. ¡Soy guapo y rico! si llego á ser noble, ¿qué me faltara entonces? ¡Verdaderamente tengo mucho que agradecer á mi estrella!

XXXVIII

Un refran dice que *es necesario golpear el hierro cuando está caliente*, y Héctor no quiso dejar para el dia siguiente lo que podia hacer en aquel momento; tomó la pluma y un pliego de aquel hermoso papel que tenia con iniciales encarnadas y azules con filetes de oro, y escribió lo siguiente:

"Señor:

"Acabo de leer con el mayor interés el anuncio que habeis insertado en *El Fígaro* correspondiente á esta mañana, en el cual manifestais el deseo de trasmitir por medio de adopcion vuestro histórico nombre y vuestro título de primer órden á un hombre jóven y rico.

"El nombre de Begourde, que me han dejado mis padres, se aviene muy mal con mis instintos distinguidos.

"Nos será, segun creo, muy fácil entendernos, y espero que no encontrareis otra persona que tenga mejores condiciones.

publicaciones de la *hig life*, tal como la *Vie parisienne*, y á los mas reaccionarios que se publicaban en París.

Naturalmente, *El Fígaro* figuraba en primer término entre todos ellos.

Un dia que Héctor leía por casualidad los anuncios de la cuarta plana, tropezó con las líneas siguientes:

Un caballero de avanzada edad, sin hijos, que tiene un nombre histórico y un título de primer órden, que veria con pena desaparecer con él, trasmitiria ambos, por medio de la adopcion, á un jóven que poseyera una gran fortuna. Escribir en lista, X. Y Z. 2.113."

Héctor dió un salto.

—¡Un nombre histórico!—dijo en alta voz.—¡Un título de primer órden! ¡una adopcion! ¡esto me hace falta! Lleno la única condicion que se exige, puesto que poseo una gran fortuna. ¡Estoy salvado! ¡salvado seguramente! no me atrevo á esperar en un título de duque, porque esto, á la verdad, seria demasiado; pero aunque no sea mas que marqués ó conde me contento, y es bastante bonito. ¡Soy guapo y rico! si llego á ser noble, ¿qué me faltara entonces? ¡Verdaderamente tengo mucho que agradecer á mi estrella!

XXXVIII

Un refran dice que *es necesario golpear el hierro cuando está caliente*, y Héctor no quiso dejar para el dia siguiente lo que podia hacer en aquel momento; tomó la pluma y un pliego de aquel hermoso papel que tenia con iniciales encarnadas y azules con filetes de oro, y escribió lo siguiente:

"Señor:

"Acabo de leer con el mayor interés el anuncio que habeis insertado en *El Fígaro* correspondiente á esta mañana, en el cual manifestais el deseo de trasmitir por medio de adopcion vuestro histórico nombre y vuestro título de primer órden á un hombre jóven y rico.

"El nombre de Begourde, que me han dejado mis padres, se aviene muy mal con mis instintos distinguidos.

"Nos será, segun creo, muy fácil entendernos, y espero que no encontrareis otra persona que tenga mejores condiciones.

"Tengo veintiseis años, y me atrevo á decir sin inmodestia que tengo el aspecto de un hombre bien educado, y que mis amigos, y alguna que otra vez las señoras, alaban mi buen porte y mis modales; para ser breve, puedo llevar cualquier título sin estar fuera de carácter.

"Soy un buen muchacho, del cual no puede decirse nada de desagradable, respecto de su pasado, porque, cuando heredó de mi tio, pagué religiosamente lo poco que debia.

"Como es natural, hoy no me ocupo en nada, puesto que mis recursos me lo permiten, aunque antes de nadar en la opulencia ejercitaba con buen éxito una profesion liberal. Era artista y empezaba á abrirme camino: los señores Jawosky y Lorenzo Videl, que son pintores de grande reputacion y de los cuales fuí discípulo y colaborador, pueden daros informes respecto á mí. Poseo un millon y cincuenta mil francos de renta, no de capital; mi notario es el señor de Fovard, que vive en el boulevard Haussmann, y puede demostraros la exac titud de la cifra que he indicado anteriormente.

"Vivo en la calle de Francisco I, número... en un hotel de mi propiedad, cuyo mobiliario no deja nada que desear, y en el que podria muy bien dar magníficas fiestas á las personas del gran mundo desde el momento en que pertenezca á esa clase, gracias á vuestra adopcion.

"Os suplico tengais la bondad de decirme cuando y donde tendré la satisfaccion de poderos hablar, y os aseguro que podeis contar con mi completa discrecion y con la seguridad del afecto de vuestro servidor, que desea vivamente no firmar mas,

HECTOR BEGOURDE.

Despues de leer varias veces esta carta, que le dejó satisfecho (lo cual nos demuestra que nuestro amigo no era muy difícil), escribió el misterioso sobre con las señas de "Sr. X. Y. Z., 2.113, en lista."

Y salió en seguida para echar por su propia mano en el buzon mas próximo aquella importante carta que no queria confiar á ningun criado.

Pasaron cuatro dias, y Begourde no tenia ninguna respuesta y empezaba á impacientarse, presa de una violenta inquietud.

—¡Pura mortificacion todo esto!—se decia así mismo,—¡he caido en la trampa! éste debe ser algun farsante que ha hecho poner este anuncio para divertirse á su gusto con las respuestas de todos los estúpidos que, como yo, hayan respondido; ¡cómo le hechára la mano

encima, habia de hacerle pasar nn mal rato.

Al llegar el dia quinto, se presentó por la mañana temprano un criado para entregarle un pliego de papel inglés, fuerte como el pergamino.

Un escudo con corona resaltaba sobre el lacre rojo que le cerraba, y un carácter de letra antiguo campeaba en el sobre.

Como Héctor habia ejecutado algunos trabajos de pintura decorativa en casas grandes, conocia el valor relativo de los principales signos heráldicos, sabiendo en que se diferenciaba una corona de baron de otra que fuera de conde.

Estuvo á punto de desmayarse.

—¡Corona de príncipe!—balbuceó,—el anuncio era formal.... es extraño como me late el corazon.

Y su mano se agitaba con tal violencia que apenas podia romper el sobre.

La carta tenia el mismo escudo y contenia las siguientes palabras:

"El príncipe Godefroy de Castel-Vivant tendrá el gusto de recibir al señor Héctor Begourde mañana miércoles á las doce.

"El príncipe saluda al Sr. Begourde afectuosamente.

"Calle de Caumartin, núm....."

Héctor se encontraba solo y podia hablar alto.

—El príncipe de Castel-Vivant—dijo con una sonrisa de íntima satisfaccion.—esto es magnífico, conozco al príncipe Godefroy porque era el amigo íntimo de Julio Leroux, y me parece que nos vamos á entender; que nombre tan hermoso y que viejo tan simpático y tan púlcro; lo menos diez veces me ha visto en el boulevard Haussmann, en aquel tiempo en que le hacia yo el amor á Lazarine.

El jóven dió un prolongado suspiro y continuó:

—¿Se acordará de mí? mucho lo dudo, porque yo entonces era muy poca cosa; pero puesto que me responde es señal innegable de que me acepta.... ¡seré príncipe de Castel-Vivant, mientras que la ingrata Lazarine es solo marquesa de la Tour du Roy! Me desdeñó, y voy á tomar la revancha, á no ser que, arrepentida y vencida, se dé por satisfecha con volverme á amar.

Y Héctor suspiró de nuevo.

Nuestros lectores habrán ya comprendido por qué Godefroy habia tardado en dar la respuesta.

Apenas el príncipe habia cogido de la administracion de la calle de Jean-Jacques Rous-

seau la carta de Begourde, procedió á hacer sus informaciones.

Deseaba un hijo adoptivo para darle su nombre y su título, pero queria que fuese un jóven de pasado irreprochable y que poseyese una fortuna grande y sólida.

Godefroy de Castel-Vivant fué á enterarse de Jawoski, Lorenzo Videl, el notario y otras personas mas que Héctor no habia mencionado, hasta el extremo de ir á la prefectura para adquirir informes, que no pudieron ser mas favorables, puesto que acreditaban que el jóven, aunque habia tenido costumbres algo ligeras, no por eso dejaba de ser una persona honrada á carta cabal.

En cuanto á la fortuna no dejaba nada que desear.

—Bueno—dijo Godefroy frotándose las manos,—el que sabe esperar encuentra; me parece que tengo lo que buscaba.

Entonces fué cuando escribió.

Al dia siguiente, y á la hora indicada, se presentó Héctor con toda puntualidad lleno de emocion.

El señor de Castel-Vivant, fiel á su principio de gastar lo menos posible en lo necesario para tener bastante para lo supérfluo, vivia en la calle de Caumartin en un entresuelo, cuyo

dueño, amigo suyo, hacia cuarenta años le dejaba casi de balde.

A pesar de sus modestos recursos, este entresuelo, que se componia de tres ó cuatro piezas, estaba amueblado de una manera elegante con los restos de su antigua opulencia.

A entrar en aquel cuarto se comprendia en seguida que no estaba en la casa de un cualquiera.

Las cosas mas insignificantes tenian un aspecto de antigüedad y exquisito gusto que llamaban la atencion.

Cada mueble tenia un mérito especial, haciendo de aquella estancia un museo de verdadero valor. Arañas de cristal de roca, adornos de chimenea de la buena época, y los mil distintos objetos que allí se reunian, hubieran producido una buena cantidad si se hubiesen puesto á la venta; pero el príncipe no queria deshacerse de ellos por ningun precio.

Algunos buenos cuadros de la escuela francesa adornaban el muro de aquel pequeño salon, sobresaliendo una abuela del príncipe, pintada por Nattier, que era una obra maestra.

Pero lo que en realidad era un verdadero museo, era la alcoba en que dormia Godefroy, llena de recuerdos de amor, ó mejor dicho de galanteria.

La cama, del estilo Luis XVI, con sus corti-

nas de un verde pálido, exhalaban un perfume que ya no estaba de moda.

Retratos de mujeres hechos al óleo, al pastel, al lápiz, en todas actitudes y en todos trajes, hasta en los mas ligeros, cubrian las paredes, teniendo el príncipe siempre alguna anécdota picante qne referir de cada uno de ellos.

En una multitud de cajoncitos tenia guardada la correspondencia femenina en papelitos sujetos por cintas de seda que ya habian perdido el color.

Tambien conservaba mechones de cabellos de todas clases, que aun conservaban un resto de olor voluptuoso, dentro de un papel doblado, numerado, y rotulado con nombre y una fecha.

Godefroy gozaba en medio de aquellas reliquias, que tenian mucho mas de sensuales que de sentimentales.

—Si quisiese escribir mis memorias—se decia algunas veces,—dejaria muy atras á Santiago de Casanova de Seintgalt.

—¿Por qué no las escribís?—le preguntaban alguna vez.

—Me hace falta tiempo; pero es muy posible que las escriba el dia en que la edad no me permita añadir nada como actor.....

Los años pasaban en balde sin conmover

aquella naturaleza robusta, y continuaban aumentándose los capítulos inéditos.

Las ventanas del príncipe daban á la calle.

Cinco minutos antes de la cita estaba de pié detras de una de ellas, levantando las cortinas con la punta de los dedos.

—Supongo que este Begourde será exacto, aunque esto sería lo de menos.

Sonaron las doce.

Una berlina arrastrada por dos caballos negros bastante hermosos, se paró en la puerta.

El príncipe hizo un gesto que le era muy característico apenas vió la caja amarilla del coche, los faroles cincelados y los arreos sobrecargados de plata, y aquellas libreas azules, amarillas y encarnadas del cochero y del lacayo.

—¡Mucho lujo—dijo entre dientes—y de muy mal gusto! Parece mas bien un mercader de lápices ó un sacamuelas; me parece que me vá á dar algo que hacer; pero en fin, es rico y jóven, y quizá se pueda hacer algo de él.

Entre tanto subía Héctor.

Se paró en el entresuelo y llamó.

Le abrió la puerta un criado de unos quince años, vestido de negro, muy limpio y muy almidonado.

—¿El señor príncipe de Castel-Vivant?—preguntó Begourde con voz algo cortada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIX

Estaba dada la órden de que el príncipe recibia, lo cual era una cosa excepcional, porque ni aun los amigos íntimos penetraban apenas en su cuarto.

Abrió el criado la puerta del salon, y con la dignidad que pudiera emplear un portero de un ministerio, dijo el nombre:

—El señor Héctor Begourde.

Godefroy de Castel-Vivant esperaba de pié y miraba á través de su *lorgnon*.

Con una sola mirada midió al recien llegado, apreciándole y avaluándole.

—Es un buen muchacho—pensó para sí,—un poco vulgar y que no sabe vestirse, pero que tiene buen aire, como dicen algunos gomosos que yo conozco; á poco que ponga de buen deseo é inteligencia será fácil hacer de él algo que valga, á pesar de esos trenes de mercader suizo.

Durante este corto monólogo saludó Begourde de una manera mucho mas desconcertada de lo que él se hubiera querido confesar.

El príncipe le presentó la mano sonriendo y

diciéndole de aquella manera que él tenia de gran señor, y que le hacia tan simpático:

—Tengo mucho gusto en veros, querido señor.... lo mismo el uno que el otro sabemos el objeto de vuestra visita, y no tenemos por lo tanto necesidad de andarnos con rodeos, pudiendo ir derechos á nuestro objeto y hablar como antiguos amigos.

—Eso es lo que yo deseo, señor príncipe—murmuró Begourde.

—Llamadme únicamente señor—replicó Godefroy,—y sabed que el mundo en que quereis entrar usa muy poco de los títulos en el diálogo.

—Gracias por la leccion, señor.

—Es posible que os tenga que dar algunas.

—Que yo agradeceré mucho, y que aprovecharé cuando me sea posble, porque tengo grande necesidad de ellas.

—Estoy seguro de que las aprovechareis—dijo el señor de Castel-Vivant, que no quedó disgustado de la respuesta de Héctor.—¿Os causaria extrañeza—dijo despues de una breve pausa—si os dijese que os conocia tan bien como os podeis conocer vos mismo?

—Convengo en ello, me llamaria algo la atencion.....

—Antes de escribiros—continuó Godefroy—y antes de deciros el nombre que se ocultaba

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

en las iniciales X. Y Z., me he enterado detalladamente de vuestro pasado, y vuestra presencia en este salon os dirá claramente que lo que he sabido os honraba. Cuando érais pobre como Job, habeis vivido mejor ó peor de vuestro trabajo, llevando una existencia anómala que yo no os criticaré, puesto que, viviendo en el medio en que os arrojaba vuestro nacimiento y vuestra pobreza, no habeis cometido una mala accion que os pudiera hacer sonrojor hoy; pero tan luego como os ha llegado la fortuna, se han despertado en vos las aspiraciones y los instintos de buena sociedad que abrigábais en estado látente sin sospecharlo. ¿No es verdad?

—Teneis razon; sí, señor.... solo que me equivocaba cuando empecé á manifestar esas aspiraciones y esos instintos de que hablais; el mundo me atraia como á las mariposas la luz....

—Muy bien—dijo el príncipe riéndose,—¿y no os habeis quemado por casualidad en las llamas de algunos hermosos ojos de marquesa ó de condesa?

Begourde se puso encendido.

—Quizá haya algo de eso—balbuceó.

—Me gusta esa franqueza—continuó Godefroy,—y vuestra confesion me explica mucho mejor todavia el que querais borrar hasta el menor vestigio de aquella existencia sin dignidad, entrando en el verdadero mundo para tratar de igual á igual con las duquesas, y quien sabe si para hacer algun dia un brillante matrimonio á que podeis aspirar por vuestra fortuna. ¿Tengo razon tambien en esto?

—Sí, señor; exceptuando lo del matrimonio, en el cual no pienso por ahora.

—¿Ni aun con la marquesa ó condesa de que hablábamos ahora?

—Está casada, señor; ademas la persona de que se trata obró conmigo con alguna ligereza.

—Pero, ¿os amaba?

—Puedo asegurar que no me detestaba.

—¿Os dió algunas pruebas.... sérias?

—¡Nunca!

—En cuanto seais príncipe un poco, vereis.

—¡Ah! señor, ya me lo figuro; pero ¿seré príncipe? ¿Me honrareis dándome un nombre que llevaré con orgullo?

—Esto depende de vos únicamente—contestó sonriendo Godefroy,—os aseguro que me sois simpático, y tengo la creencia de que se puede hacer de vos un Castel-Vivant muy presentable. Por mi parte no hay ningun inconveniente.

—Pues si es así—contestó Begourde,—es cosa hecha.

—Perdonad, amigo mio, vais un poco de prisa; es menester que habremos antes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Hablemos, señor; eso es precisamente lo que deseo.

—Voy, pues, á esplicarme—continuó el príncipe,—y lo voy á hacer de una manera clara y terminante. Hace poco mas de media hora que os conozco, y no es posible por lo tanto que un cariño vivo y profundo sea el que me impulse á tomaros por hijo adoptivo; ¿no es verdad?

—Tan claro como el agua—respondió Begourde.

—Me han dicho que teneis talento—continuó el príncipe,—y comprendereis por lo tanto perfectamente que aquí no se trata de un negocio, sino de un cambio de buenos procedimientos, y de atenciones mútuas y delicadas. Entre mi nombre y el vuestro existe la misma diferencia que entre vuestro capital y el mio; yo soy un gran señor y vos sois de la clase del pueblo; pero en cambio vos sois muy rico y yo soy muy pobre. Todo esto se puede equilibrar haciendo una transaccion equitativa, sin que vayais á pensar por esto que trato de venderos mi nombre; porque aunque esto pudiera ser legal, mi delicadeza no se conformaria con un negocio de esta especie, y creo que la vuestra tampoco lo aceptaria. Os adopto, sois mi hijo, y por lo tanto príncipe de Castel-Vivant, sin que nadie pueda disputaros este derecho. El

sentimiento de las conveniencias sociales está bien desarrollado en vos para consentir el que, siendo vos un príncipe millonario, viva vuestro padre vegetando en oscura mediania, como yo vivo ahora. ¿Verdad que no cosentiriais en esto? ¿Me equivoco?

—Nó—exclamó Begourde con verdadera expansion,—cien veces no. Nunca ni por ningun pretexto: voy inmediatamente á proporcionaros una existencia que sea digna de vos, rodeándoos de ternura y de lujo.

—Ese es un pensamiento propio de un buen hijo que os honra: de mi hijo puedo aceptarlo todo, aunque no consiento que se toque en un céntimo al capital que constituye vuestra fortuna, y que será un dia la de los Castel-Vivant venideros, para sostener el lustre de su nombre.... Disminuirla, seria cometer un crímen.

—Sin embargo—dijo Begourde.

—¡No insistais!—interrumpió el príncipe.—Me dareís una renta vitalicia.

—Os la ofrezco de todo corazon; fijad vos mismo el importe.

—Cien mil francos anuales me serán suficientes.

—No es mucho.

—Tengo gustos muy sencillos.

—Pero.....

—No insistais—contestó Godefroy,—he di-

cho mi última palabra y no conseguireis nada.

—Me someto á vuestra voluntad; sean, pues, cien mil francos, aunque encuentro esta cantidad muy insignificante.

—Os repito, querido hijo, que tengo bastante con eso, con tal de recibirlo puntualmente.

—Podeis confiar en mi exactitud.

—Cuento con ella, con tanta mas razon puesto que vais á depositar en casa de un notario el capital que sea necesario para producir esa renta, y éste será el que me la entregue; ademas, no estaria bien que nosotros tuviéramos que pedirnos y darnos dinero, y hasta sería enojoso pedir recibo á un padre ó dárselo á un hijo.

—Teneis, como siempre, razon; depositaré el capital. ¿Estamos conformes?

—De todo; pero aún quedan por tratar algunos puntos incidentales que no pueden ser rechazados por vuestra parte, puesto que se trata de que yo salga airoso al presentaros al mundo.... No me deis las gracias, porque esto es puro egoismo. Para que tengais buena acogida he de corregiros alguno que otro defecto que teneis, aunque sois un buen muchacho. ¿Teneis alguna duda?

Estaba bien convencido de ello.

—¡Sois modesto! mucho mejor; decididamente me vá á ser muy fácil haceros un cumplido

caballero.... El terreno es bueno.... ¿Montais á caballo?

—Sí y nó.

—¿Como es eso?

—Monto á caballo sin caerme, pero desconozco los principios de la equitacion, porque siempre lo he hecho en los alquilones de la Porte-Maillot y de Montmorency.

—Ireis al picadero, y dentro de dos ó tres meses os encontrareis en situacion de competir con cualquier *sportman*. ¿Sabeis guiar un coche con dos ó cuatro caballos?.

—Ahora estoy tomando lecciones.

—Bueno; vamos á la esgrima; ¿sois buen tirador?

—Ni bueno ni malo: he tirado como se tira en los talleres de pintor; pero tengo buen ojo y el pulso fuerte.

—Ya eso es algo, aunque no es bastante; tomareis lecciones de Vigeant, que os hará un buen floretista. Y á la pistola, ¿tirais algo?

—Regularmente; rompia los huevos y las pipas en las fiestas de Saint-Cloud, Bougival y Neuilly.

—¿Habeis tenido duelos?

—Nunca..

—Seria muy conveniente tener uno lo mas pronto posible, pero un duelo con alguien de la *high life*, que fuera por una causa bonita.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Supongo que esta idea no os causará repugnancia.

—Al contrario—respondió Begourde,—me seduce.

—Estaba seguro de ello—dijo Godefroy con marcada satisfaccion,—continuemos nuestro interrogatorio: ¿bailais?

—¡Ya lo creo! muy bien—murmuró él sonriendo.

—Comprendo; discípulo de Brididi, ¿no es verdad? representante autorizado de la escuela moderna del cancan. No es que yo no quiera apreciar como otro cualquiera el mérito que tiene un caballero solo bailando, ni que desconozca los inmortales principios en que descansa ese baile de pura fantasía; pero todo eso está muy bien en *Mabille* y en la *Closerie*, adonde voy algunas noches para pasar un rato. Un jóven del gran mundo se vé obligado en muchas ocasiones á bailar un rigodon con una vírgen de muchos blasones.... es menester que tomeis un maestro de baile. ¿Teneis aficion á la caza?

—No lo sé, porque no he cazado nunca.

—Os aficionareis.... ¿jugais?

—Me parece que ni tengo aficion, ni me disgusta.

—¿Y el whist?

—Lo conozco únicamente de oídas.

—Yo os lo enseñaré.

—¿Es muy útil?

—Es indispensable.... no quiero preguntaros, hijo mio, si sabeis entrar en un salon, porque hace poco habeis franqueado mi modesta vivienda, y sé á que atenerme.... para terminar, vuestra educacion debe empezarse por completo, y así lo haremos, porque, á Dios gracias, teneis buenas condiciones, y esto es lo principal. Queda decidida la adopcion, y sereis príncipe de Castel-Vivant; tratemos ahora de llegar á este resultado buscando el camino y los medios.

XL

—Queda decidida la eleccion, y sereis príncipe de Castel-Vivant; tratemos ahora de llegar á este resultado buscando el camino y los medios—habia dicho Gobefroy.

—Me parece que esto es la cosa mas sencilla del mundo—contestó Begourde.

—Pues os parece mal.

—Tengo un ardiente deseo en que me adop-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Supongo que esta idea no os causará repugnancia.

—Al contrario—respondió Begourde,—me seduce.

—Estaba seguro de ello—dijo Godefroy con marcada satisfaccion,—continuemos nuestro interrogatorio: ¿bailais?

—¡Ya lo creo! muy bien—murmuró él sonriendo.

—Comprendo; discípulo de Brididi, ¿no es verdad? representante autorizado de la escuela moderna del cancan. No es que yo no quiera apreciar como otro cualquiera el mérito que tiene un caballero solo bailando, ni que desconozca los inmortales principios en que descansa ese baile de pura fantasía; pero todo eso está muy bien en *Mabille* y en la *Closerie*, adonde voy algunas noches para pasar un rato. Un jóven del gran mundo se vé obligado en muchas ocasiones á bailar un rigodon con una vírgen de muchos blasones.... es menester que tomeis un maestro de baile. ¿Teneis aficion á la caza?

—No lo sé, porque no he cazado nunca.

—Os aficionareis.... ¿jugais?

—Me parece que ni tengo aficion, ni me disgusta.

—¿Y el whist?

—Lo conozco únicamente de oídas.

—Yo os lo enseñaré.

—¿Es muy útil?

—Es indispensable.... no quiero preguntaros, hijo mio, si sabeis entrar en un salon, porque hace poco habeis franqueado mi modesta vivienda, y sé á que atenerme.... para terminar, vuestra educacion debe empezarse por completo, y así lo haremos, porque, á Dios gracias, teneis buenas condiciones, y esto es lo principal. Queda decidida la adopcion, y sereis príncipe de Castel-Vivant; tratemos ahora de llegar á este resultado buscando el camino y los medios.

XL

—Queda decidida la eleccion, y sereis príncipe de Castel-Vivant; tratemos ahora de llegar á este resultado buscando el camino y los medios—habia dicho Gobefroy.

—Me parece que esto es la cosa mas sencilla del mundo—contestó Begourde.

—Pues os parece mal.

—Tengo un ardiente deseo en que me adop-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

teis, y por vuestra parte no os oponeis á ello; ¿qué dificultades pueden presentarse?

—La ley. ¿Conoceis el Código?

—Nada absolutamente; los grandes volúmenes me han asustado de una manera prodigiosa.

—Lo comprendo perfectamente; pero una vez planteado el proyecto que ya conoceis, ha debido preocuparme mucho el título VII del libro I del Código civil, y he llegado á imponerme en su contenido tan bien como puede estarlo un catedrático de la facultad de Derecho; ahora vamos á pasar revista á esos artículos sin tener necesidad de recurrir á un gran volúmen. ¿Qué os parece esto?

—Que me admiro.

—Pero no me pregunteis ni una palabra respecto de otra cosa cualquiera, porque no sé una palabra y no sabria que responder; mis conocimientos como jurisconsulto están encerrados en un círculo muy estrecho.

—Empecemos: "Código civil, libro I, título VIII. *De la adopcion y de la tutela oficiosa* (decretado el 23 de Marzo de 1803, promulgado el 2 de Abril).—Capítulo I. *De la adopcion.*—Seccion I. *De la adopcion y sus efectos.*—Art. 343. La adopcion se permite únicamente á las personas de ambos sexos mayores de cincuenta años que no tengan en la época de la adopcion

hijos ni descendientes legítimos, y que tengan á lo menos quince años mas que la persona á quien se propongan adoptar."

El príncipe habia dicho todo este artículo sin tomar aliento, lo mismo que un estudiante que estuviera respondiendo en un exámen.

—Por este lado -dijo en seguida—estamos completamente dentro de la ley, puesto que tengo mas de cincuenta años desgraciadamente, y no tengo hijos ni descendientes legítimos; bien es verdad que tampoco los tengo ilegítimos, y que vos sois menor que yo en mucho mas de quince años; por lo tanto, hasta aquí todo vá bien.

Continúo:

"Art. 344. "Ninguna persona puede ser adoptada por várias á no ser por ambos cónyuges.... Fuera del caso del artículo 366 (del cual no tenemos necesidad de ocuparnos), ninguno de los esposos puede adoptar sin el consentimiento del otro...."

—Tampoco se presenta ninguna dificultad respecto de este artículo, puesto que yo soy viudo.

Llegamos al artículo 345, que es muy importante para nosotros, y dice así:

"La facultad de adopcion no puede realizarse mas que respecto del individuo á quien se hayan facilitado socorros ó prestado asistencia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no interrumpida en la menor edad y á lo menos durante seis meses....."

El príncipe se paró.

—¡Caramba!—exclamó Begourde—¡caramba! ¡caramba! eso vá muy mal. No me habeis dado ningun socorro, ni me habeis prestado asistencia durante seis meses de mi menor edad.

—¿Me haceis un cargo por eso?—preguntó Godefroy sonriendo.

—¿Como había de hacerlo si os era desconocida mi existencia? Pero, á pesar de eso, existe una dificultad.

—Que sería insuperable—continuó el príncipe—si afortunadamente para nosotros no añadiese el mismo artículo: "O respecto del que hubiese salvado la vida al adoptante, bien fuese en un combate ó librándole de las llamas ó de las olas.

—¿Dice eso?

—Sí, de una manera textual, y notad al mismo tiempo, que el estílo es muy bueno.... las "llamas" ó "las olas," nuestros legisladores del año tres redactaban admirablemente.

—Pero—volvió á exclamar Begourde,—no veo en eso nada que nos sea agradable, puesto que no os he salvado la vida de ninguna manera.

—No cabe duda que esto ha sido por el mismo motivo que me impidió prestaros mi asistencia, pero desde este momento nada os impide el que hagais lo que hasta ahora no habeis hecho.

—¿Y de qué manera?

—Pronto lo veremos; vamos antes al artículo 346, que os concierne de una manera especial. "La adopcion en ningun caso podrá tener lugar antes de la mayoría del adoptado."

—Soy mayor de edad—dijo Héctor.

—"Si el adoptado—continuó el príncipe—tuviese padre y madre, ó uno de ellos, y no hubiese cumplido los veinticinco años, estará obligado á pedir el consentimiento para la adopcion á sus padres ó al superviviente, y si fuere mayor de veinticinco años á requerir su consejo."

—No tengo padres—replicó Begourde.

El señor de Castel-Vixant continuó:

"Art. 347. La adopcion confiere el nombre del adoptante al adoptado, añadiéndole al nombre propio de este último."

Esto es lo que os interesa. Paso por alto los artículos siguientes, que determinan los derechos de sucesion entre adoptante, y adoptado; porque, en el caso presente, el único que hay rico es el adoptado y no puede esperar nada del adoptante.

Llegamos á la seccion II. —*De formas de la adopcion.*—Art. 353. "La persona que se pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ponga adoptar y la que consienta en ser adoptada, se presentarán ante el juez de paz del domicilio del adoptante para extender el acta en que se mencione su mútuo consentimiento."

"Art. 354. Por la parte que fuere mas activa se enviará dentro de los diez dias siguientes una cópia del acta al procurador imperial del tribunal de primera instancia del distrito á que corresponda el domicilio del adoptante, para que sea aprobada por dicho tribunal."

"Art. 355. Constituido el tribunal, despues de haber adquirido los informes que juzgare convenientes, juzgará: 1º Si se han llenado todas las condiciones que marca la ley. 2º Si la persona que se propone adoptar goza de buena reputacion."

"Art. 356. Despues de oír al procurador imperial y sin mas fórmula de procedimiento, el tribunal, sin indicar los motivos, fallará en los términos siguientes: ¿há lugar ó nó há lugar á la adopcion?"

"Art. 357. Dentro del siguiente mes al en que se haya pronunciado el fallo por el tribunal de primera instancia, será sometido por la parte mas activa á la sancion del tribunal superior, para que éste, en la misma forma que el anterior, falle sin enunciar los motivos en los términos siguientes: Se confirma el fallo ó se

reforma el fallo; en su consecuencia, ¿há lugar ó no há lugar á la adopcion?"

"Art. 358. El fallo del tribunal superior que admita una adopcion se pronunciará en audiencia pública, fijándose el número de edictos que el tribunal juzgue conveniente."

"Art. 359. En los tres meses siguientes se inscribirá la adopcion á instancia de cualquiera de las partes en el registro civil del distrito en que esté domiciliado el adoptante."

Héctor escuchaba con gran recogimiento, pero no podia menos de decir interiormente:

—¡Dios mio, que fastidioso es todo eso! ¿no se concluye nunca?

—¡Uf! – dijo Godefroy, cuando pranunció la última frase.—Aquí se acabó ya toda mi ciencia de legista, amigo mio, y de hoy en adelante sabeis tanto como yo; pero habreis comprendido que para llegar á nuestro objeto se necesita que encontremos un medio para satisfacer la ley.

—¿Y cual es el medio?—preguntó Begourde.

—El artículo 345 exige imperiosamente que me hayais salvado la vida.... me la salvareis.

—¿Como?

—¿Nó habeis salido nunca de Francia?

—Nunca.

—Un jóven que tiene vuestra gran posicion,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debe haber viajado.... Nos pondremos en camino.

—¿Cuando?

—Tan pronto como hayais hecho vuestros preparativos de marcha, que deben ser muy reducidos. Yo os daré una lista de los objetos que os hacen falta y no llevareis nada mas, porque imitaremos á los ingleses y á los americanos, que son gente práctica, y para recorrer el mundo reducen su equipaje á la mas mínima expresion, ahorrándose con esto muchas molestias en las estaciones, en el ferrocarril, en las aduanas, en los hoteles, etc.... yo no llevo á nadie, porque tendremos bastante con vuestra ayuda de cámara.

—¿A donde iremos?

—A Italia, Alemania, Austria, Suiza.

—¿Y cuanto tiempo emplearemos en nuestro viaje?

—Unos tres meses próximamente, lo cual no me parece mucho para rehacer por completo vuestra educacion bajo el punto de vista del gran mundo.... Deseo que á nuestra vuelta seais un *gentleman* completo bajo todos aspectos.

—Lo conseguiré si llego á imitaros.

—Gracias por la galanteria—dijo el príncipe sonriendo,—pero no basta querer para parecerse á Godefroy de Castel-Vivant,

—Aprovecharé cuanto me sea posible vuestras lecciones y vuestro ejemplo—contestó Héctor.

—Perfectamente. A la vuelta nos detendremos algunos dias en Ginebra ó en Lausanne, ó en cualquier ciudad situada en las márgenes del Leman, y organizaremos algunas excursiones al lago, teniendo la atencion de invitar á algun compatriota de buena clase, cuyo conocimiento hayamos hecho en el hotel.... ¿Sois nadador?

—Sí.

—¿De primera, segunda ó tercera fuerza?

—De primera en absoluto; me las apuesto con cualquiera sin hacer excepcion á un terranova.

—Yo tambien nado, ó al menos no nadaba mal en otro tiempo, y creo que saldria adelante en cualquier apuro; pero nadie me conoce esta habilidad y me alegro mucho; ¿comprendeis?

—Algo.

—Escogemos un dia que haga bastante calor y en el que por lo tanto vamos vestidos ligeramente y acompañados de dos ó tres amigos que hemos escogido de antemano, marchamos á velas desplegadas con direccion á Chillon, Vevey, Coppet ó Evian, y se habla de natacion; yo aseguro que nado lo mismo que

un pez de plomo y recomiendo la mayor prudencia, aunque á pesar de esto me empeño en estar de pié en la proa con un anteojo en la mano para estudiar un punto de vista pintorezco.

El príncipe se interrumpió.

—Absorto en esta contemplacion—continuó Héctor—perdeis pié, ¿no es esto?

—Lo habeis dicho.... pierdo el equilibrio, vacilo y caigo al agua, pidiendo socorro y sumergiéndome como una piedra.

—Espanto general.... consternacion universal...—continuó Begourde,—aquí empieza mi papel. Grito como si estuviera en el ambigú:

—"¡Nó, no consentiré que perezca á mi vista sin socorro el noble anciano á quien quiero como á un padre!" y me arrojo, ¿no es así?

—Sí, solo que debeis suprimir unas palabras que sobran.

—¿Cuales?

—La de noble anciano.

—Suprimidas.

—Bueno, las suprimís. Me encontrareis á muy poca profundidad y me sacais á la superficie desmayado, ó al menos pareciendo estarlo, que para el caso es igual. Os echan remos ó cuerdas, y nos pescan á los dos; una vez arriba y gracias á vuestros cuidados, recobro el conocimiento á los cinco minutos, y los testigos de esta accion heróica redactan una acta entusiasta del hecho, que tanto nos interesa demostrar de una manera incontestable; legalizamos las firmas por la autoridad ginebrina y por el representante de la autoridad francesa; nos venimos á Paris provistos de una acta auténtica, ante la cual tiene que inclinarse el artículo 345, y procedemos inmediatamente á practicar las formalidades que acabais de saber tan detalladamente. ¿Qué os parece mi plan?

—Lo encuentro admirable—contestó Héctor,—y me parece de seguro éxito. Si no hubiéseis nacido gran señor y príncipe, podríais haber compuesto novelas y comedias con muy buen éxito.

—Creo lo mismo que vos—dijo Godefroy,—no me habria faltado ingenio ni quizá estilo. Vamos á otra cosa; segun creo teneis puesta casa; ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Me convido á comer mañana.

—¡Cuanta honra para mí! invitaré á todos mis amigos.

—Nada de eso, quiero que estemos solos, porque deseo enterarme de vuestra instalacion y daros consejos con entera libertad; ¿habeis comprendido?

—Perfectamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El señor de Castel-Vivant se dirigió hácia la ventana, y separando las cortinas se puso á mirar á la calle.

—¿Es vuestro ese coche tan brillante?

—Sí, señor; y tengo cinco mas en mis cocheras.

—¿Todos del mismo estilo?

—Todos iguales.

—Pues me parece mucho; á nuestra vuelta, cuando ya seais príncipe, será menester cambiar todo eso, y supongo que lo hareis de buen grado, porque entónces comprendereis ya que el verdadero lujo se espanta de lo charro.

—Mucho tengo que aprender—murmuró Héctor un poco contrariado.

—Mucho y algo mas todavia, pero podeis estar tranquilo, porque vais á estar en buena escuela, hijo mio.

XLI

Dos ó tres dias despues de la conversacion que acabamos de referir, se encontraba el príncipe de Castel-Vivant á Julio Leroux y le decia en términos ambíguos y con muchas reticencias que iba á emprender un viaje en compañía de una persona que no podia nombrar, indicándole tambien que era muy fácil se operase en un plazo breve un gran cambio en su fortuna.

A la semana siguiente Godefroy se puso en camino con Héctor.

Habian convenido en viajar haciendo el gasto á medias; pero el príncipe, movido por el sentimiento paternal que en él hablaba tan alto, dejaba sin el menor escrúpulo que su futuro hijo adoptivo pagase las siete octavas partes del gasto, lo cual era justo despues de todo, supuesto que el discípulo debe naturalmente sufragar las necesidades de la vida del profesor.

No les seguiremos en aquel viaje de recreo que hicieron por Europa, porque, aunque sean interesantes algunos detalles de la excursion, nos llevaria mucho tiempo al referirlos.

Visitaron juntos, Bruselas, Berlin, Viena, San Petersburgo, Roma, Venecia, Nápoles, Florencia y muchas mas poblaciones todavia, llegando por fin á Ginebra, última etapa antes de su vuelta á Francia.

En esta ciudad se instalaron en el mejor de los hoteles de primer órden, tratando de llevar á cabo lo mas pronto posible la farsa inventada por Godefroy y aceptada por Begourde.

Segun el plan trabaron conocimiento con al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El señor de Castel-Vivant se dirigió hácia la ventana, y separando las cortinas se puso á mirar á la calle.

—¿Es vuestro ese coche tan brillante?

—Sí, señor; y tengo cinco mas en mis cocheras.

—¿Todos del mismo estilo?

—Todos iguales.

—Pues me parece mucho; á nuestra vuelta, cuando ya seais príncipe, será menester cambiar todo eso, y supongo que lo hareis de buen grado, porque entónces comprendereis ya que el verdadero lujo se espanta de lo charro.

—Mucho tengo que aprender—murmuró Héctor un poco contrariado.

—Mucho y algo mas todavia, pero podeis estar tranquilo, porque vais á estar en buena escuela, hijo mio.

XLI

Dos ó tres dias despues de la conversacion que acabamos de referir, se encontraba el príncipe de Castel-Vivant á Julio Leroux y le decia en términos ambíguos y con muchas reticencias que iba á emprender un viaje en compañía de una persona que no podia nombrar, indicándole tambien que era muy fácil se operase en un plazo breve un gran cambio en su fortuna.

A la semana siguiente Godefroy se puso en camino con Héctor.

Habian convenido en viajar haciendo el gasto á medias; pero el príncipe, movido por el sentimiento paternal que en él hablaba tan alto, dejaba sin el menor escrúpulo que su futuro hijo adoptivo pagase las siete octavas partes del gasto, lo cual era justo despues de todo, supuesto que el discípulo debe naturalmente sufragar las necesidades de la vida del profesor.

No les seguiremos en aquel viaje de recreo que hicieron por Europa, porque, aunque sean interesantes algunos detalles de la excursion, nos llevaria mucho tiempo al referirlos.

Visitaron juntos, Bruselas, Berlin, Viena, San Petersburgo, Roma, Venecia, Nápoles, Florencia y muchas mas poblaciones todavia, llegando por fin á Ginebra, última etapa antes de su vuelta á Francia.

En esta ciudad se instalaron en el mejor de los hoteles de primer órden, tratando de llevar á cabo lo mas pronto posible la farsa inventada por Godefroy y aceptada por Begourde.

Segun el plan trabaron conocimiento con al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gunos franceses que vivian en el mismo hotel, los cuales, muy orgullosos con las atenciones que les dispensaba un personaje de la importancia del príncipe de Castel-Vivant, se apresuraron á devolverle su atencion.

Begourde equipó una embarcacion de recreo, que era un yacht muy cómodo y muy elegante, negociando alguna de las muchas letras que llevaba contra multitud de banqueros, y con las cuales podria haber hecho frente á gastos de mucha mas consideracion que los que hacia, y empezaron las excursiones por las célebres y hermosas riberas del Leman.

Todas las mañanas llevaba el yacht algunos invitados, durante el paseo hasta despues del medio dia, excepto cuando, por no querer bajar á tierra, almorzaban sobre cubierta sacando de la bodega toda clase de provisiones, sin que faltára el vino de Ivorne y de Champagne, y cubriéndoles un cielo hermoso y azul.

Estos pintorescos paseos tuvieron un éxito completo.

Muchos extranjeros buscaban recomendaciones para ser admitidos en la excursion, y el príncipe acogia casi siempre con agrado estas peticiones.

Por fin llegó el gran dia, escogido para el conmovedor episodio que habia de arrostrar el

príncipe, y el acto de abnegacion que habia de realizar Begourde salvándole.

El tiempo era muy hermoso, el sol brillaba radiante, y la atmósfera estaba tan trasparente que á simple vista se distinguia á larga distancia los menores detalles de las pintorescas montañas que reflejaban en el lago sus erguidos vértices cubiertos de nieve eterna.

Lo mismo el príncipe que Begourde, iban vestidos con trajes de hilo y sombreros de paja.

A bordo habia cinco convidados, de los cuales tres eran franceses y dos ingleses.

El viento era tan débil que apenas rizaba las velas, y el yacht marchaba tan despacio que apenas dejaba tras sí un pequeño rastro de estela.

Godefroy se inclinó para mirar hácia abajo.

—Mirad—dijo—eso no es agua, es cristal; se ven los peces lo mismo que al través del cristal de aquarium, y podria muy bien contar las piedras.

Despues añadió, dirigiéndose al piloto:

—Aquí hay muy poca profundidad; ¿no es verdad? cuatro ó cinco piés á lo sumo.

El piloto se echó á reir y contestó:

—Dispensad, os equivocais un poco en la cuenta; aquí lo menos hay quince ó veinte piés, si no hay mas.

—Mucho menos se necesitaria para ahogar-

me por completo—contestó el señor de Castel-Vivant,—no tengo nada de nadador, pero soy en cambio muy prudente.

—Nunca seais lo bastante—dijo en tono sentencioso el piloto.

Cinco minutos despues, el príncipe señalaba un punto en el horizonte, y preguntaba:

—¿Es una vela aquella mancha blanca que se vé allá á lo lejos?

Todas las miradas se dirigieron hácia el punto que habia indicado, y sin embargo no vió nadie.

El príncipe sostenia lo contrario, afirmando que la mancha era cada vez mayor, y viendo que los circunstantes no se convencian de ello, sacó del bolsillo unos gemelos de teatro.

—Vamos á ver quien tiene razon, porque este juguete tiene mucho alcance.

Y abandonando el sillon americano en que estaba sentado, fué á colocarse en la punta del yacht, dirigiendo hácia el horizonte los gemelos.

—Mi príncipe—le dijo el piloto,—tened cuidado, porque un accidente acaece muy pronto.

—Ya he dicho que soy prudente—contestó el príncipe con alguna impaciencia.

En este momento, una ráfaga de viento un poco mas fuerte que las anteriores, hinchó las

velas durante un segundo, haciendo que el yacht acelerase su marcha.

Por poco sensible que fuera este aumento de velocidad, fué sin embargo lo suficiente para que el príncipe, descuidado como estaba, perdiese el equilibrio.

Vaciló, y como al alcance de su mano no habia ningun objeto á que agarrarse para sostenerse, cayó al lago como una masa inerte, gritando:

—¡Socorro! ¡Amparadme!

El agua se juntó al desaparecer su cuerpo, interumpiendo aquel desesperado llamamiento.

A bordo del yacht se produjo una confusion inaudita, porque tripulantes y pasajeros hablaban á la vez, apretándose y codeándose, discutiendo, aconsejando, queriendo hacer y sin hacer nada.

Unicamente Begourde permaneció silencioso.

Se quitó con rapidez su americana, dando un salto por encima de todos se lanzó al agua.

—¡Ah!—dijo el piloto,—¡valiente jóven! Yo hubiera hecho lo mismo; pero nado como un pez de plomo.

Se siguió un profundo siiencio.

No se oía respirar, y todas las miradas estaban fijas presenciando con ansiedad el drama que tenia lugar en el agua.

Pero como nuestros lectores saben que todo

aquello era pura comedia, nos abstendremos de narrar las peripecias de este incidente, que para nosotros carece de interés.

Todo se realizó segun el programa convenido entre el falso ahogado y el fingido salvador.

Al cabo de algunos segundos, que parecian interminables á aquellos inocentes espectadores, apareció Begourde nadando con una sola mano, y sosteniendo con la otra el cuerpo del príncipe, que, con los ojos cerrados, no daba señales de vida.

Una nutrida salva de aplausos resonó en el puente.

—Amigos—dijo Begourde con voz entrecortada por la emocion,—ahora no es ocasion de aplaudir, sino de sacarnos de aquí. He tenido la dicha de salvar al príncipe con peligro de mi vida, pero no puedo subir con esta carga; ayudadme. ¡Rayos de Bougival!

Godefroy, con los ojos cerrados y la cabeza caída en la espalda de Begourde, pensaba en su interior:

—La cosa se ha hecho muy bien, aunque está de más eso de *Rayos de Bougival*. Este diablo de muchacho tiene siempre resabios de su antigua vida, y mucho me temo que no podré corregirlo del todo.

Mientras el ahogado monologaba de esta manera, el piloto y la gente de tripulacion organizaban el medio de salvar al libertador.

Lo dispusieron todo en un momento.

Héctor no tuvo mas que hacer sino coger las cuerdas que le arrojaban y apoyarse en el lazo que tenia una de ellas en su extremo, y que podia muy bien servir de escalon. Una vez colocado el pié en este apoyo, le subieron á bordo con la mayor facilidad.

—Bien veis que el príncipe está desmayado—dijo separando á los importunos que venian á estrecharle la mano,—solamente debemos ocuparnos del príncipe. ¿Quién tiene sales inglesas?

—Yo.... respondieron á la vez tres voces.

Y tres frascos salieron de tres bolsillos.

—Con uno solo es bastante—continuó Begourde cogiendo uno de ellos,—voy á hacer que lo respire el príncipe, y mientras tanto le golpeareis en las manos.

Al cabo de cinco minutos dió el resultado apetecido esta operacion.

El señor de Castel-Vivant hizo un ligero movimiento, dió un prolongado suspiro, levantó la cabeza, abrió los ojos mirando á los circunstantes, y con voz muy apagada dijo:

—¿Quién me ha salvado?

Begourde respondió:

—Yo, querido príncipe.

—Venid á mis brazos, hijo mio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Héctor se precipitó sobre el príncipe de Castel-Vivant, uniéndose aquellos dos hombres en un estrecho abrazo.

Aquello fué una escena conmovedora, que dió pasto á las conversaciones de la ciudad de Ginebra.

Como las excursiones en el yacht se prolongaban algunas veces veinticuatro horas, habia una maleta que contenia trajes para mudarse, y gracias á esta casualidad pudieron el príncipe y Begourde quitarse los vestidos que estaban chorreando.

La vuelta fué casi inmediata al suceso.

Despues de una emocion tan viva era menester no exponer la salud del príncipe, y probablemente sería necesario llamar á un médico.

Pero afortunadamente no sucedió nada al señor de Castel-Vivant, que tenia una naturaleza fuerte y estaba completamente bueno al dia siguiente:

A instancia suya se redactó una acta del caso en términos pomposos, que firmaron el piloto y los dos marineros con los convidados; se legalizaron estas firmas, y quedó convertida en documento público.

Provistos de aquel documento que era indispensable para la realizacion de su proyecto, no les quedaba ya nada que hacer en Suiza y se volvieron á Paris, donde desde el dia siguiente

al de su llegada empezaron á llenar las primeras formalidades que era necesarias para la adopcion, presentándose juntos en el juzgado de paz del distrito en que vivia el príncipe, declarando éste que deseaba adoptar y el otro que consentia en ser adoptado.

Hecho esto, tuvieron que esperar los plazos que marcaba la ley.

El príncipe aprovechaba el tiempo en completar la educacion de Begourde.

Este último, durante el viaje, habia progresado verdaderamente.

Sus antiguos modales iban desapareciendo, cediendo el puesto á los de un hombre de mundo elegante.

Es verdad que en algunos momentos de confianza volvia á las andadas, aunque afortunadamente estos momentos eran cada vez menos frecuentes y de poca importancia.

Begourde por su parte consagraba el dia á estudiar; montaba á caballo segun los verdaderos principios; tiraba á las armas con Vigeant, que estaba encantado con su discípulo, guiaba con dos y cuatro caballos de una manera irreprochable, y tomaba lecciones de baile sério.

Una gran porcion de obreros parisienses, que son verdaderos artistas, modificaban segun las leyes del buen gusto el decorado y mobiliario del hotel; las correas de los arreos no que-

daban ya oscurecidas debajo de los adornos de metal. Tintas oscuras reemplazaron los chillones colores de los carruajes, y la corona de de los príncipes de Castel-Vivant iba muy pronto á ostentarse en las portezuelas.

XLII

Por fin llegó el dia esperado con tanta impaciencia.

El tribunal de primera instancia, conformándose con el parecer fiscal, habia fallado diciendo: *Há lugar á la adopcion.*

El tribunal superior se enteró del fallo del inferior, y confirmó el fallo en audiencia pública con estas palabras: *Se confirma el fallo, y por lo tanto há lugar á la adopcion.*

Se fijaron los edictos que creyó conveniente el tribunal, y se inscribió en los registros del estado civil del distrito en que estaba domiciliado el adoptante.

Godefroy poseía ya una renta vitalicia de cien mil libras.

Héctor Begourde era de allí en adelante el príncipe Héctor de Castel-Vivant.

Debemos decir que esta adopcion no pasó desapercibida en la artística sociedad que el jóven frecuentaba en otro tiempo.

Los antiguos camaradas del café Frontin, del de Suecia, del de Madrid; las semi-tabernas del barrio latino; las cervecerias del boulevard de Batignolles, lanzaron á Begourde tantos epígramas como grande era la envidia que les inspiraba.

Le llamaron *el príncipe Totor*, y la frase tuvo éxito.

El noble de nuevo cuño llegó muy pronto á ser un tipo conocido en el boulevard y en el Bois.

Cuando le veian pasar en su victoria ó en faeton, manejando dos magníficos Orloff de cinco mil luses, nadie decia: *ése es el príncipe de Castel-Vivant*, sino *ése es el príncipe Totor.*

El príncipe Totor marchaba rápidamente á la celebridad.

Le habian concedido los honores de la caricatura aquellos mismos periódicos que él habia ilustrado en otro tiempo con sus dibujos á veinte francos.

Cuando aparecia en un palco cualquiera de un teatro popular, acompañado de alguna mujer galante, no dejaban de aplaudir algunos en las butacas y en las galerías de una manera es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

daban ya oscurecidas debajo de los adornos de metal. Tintas oscuras reemplazaron los chillones colores de los carruajes, y la corona de de los príncipes de Castel-Vivant iba muy pronto á ostentarse en las portezuelas.

XLII

Por fin llegó el dia esperado con tanta impaciencia.

El tribunal de primera instancia, conformándose con el parecer fiscal, habia fallado diciendo: *Há lugar á la adopcion.*

El tribunal superior se enteró del fallo del inferior, y confirmó el fallo en audiencia pública con estas palabras: *Se confirma el fallo, y por lo tanto há lugar á la adopcion.*

Se fijaron los edictos que creyó conveniente el tribunal, y se inscribió en los registros del estado civil del distrito en que estaba domiciliado el adoptante.

Godefroy poseía ya una renta vitalicia de cien mil libras.

Héctor Begourde era de allí en adelante el príncipe Héctor de Castel-Vivant.

Debemos decir que esta adopcion no pasó desapercibida en la artística sociedad que el jóven frecuentaba en otro tiempo.

Los antiguos camaradas del café Frontin, del de Suecia, del de Madrid; las semi-tabernas del barrio latino; las cervecerias del boulevard de Batignolles, lanzaron á Begourde tantos epígramas como grande era la envidia que les inspiraba.

Le llamaron *el príncipe Totor*, y la frase tuvo éxito.

El noble de nuevo cuño llegó muy pronto á ser un tipo conocido en el boulevard y en el Bois.

Cuando le veian pasar en su victoria ó en faeton, manejando dos magníficos Orloff de cinco mil luses, nadie decia: *ése es el príncipe de Castel-Vivant*, sino *ése es el príncipe Totor.*

El príncipe Totor marchaba rápidamente á la celebridad.

Le habian concedido los honores de la caricatura aquellos mismos periódicos que él habia ilustrado en otro tiempo con sus dibujos á veinte francos.

Cuando aparecia en un palco cualquiera de un teatro popular, acompañado de alguna mujer galante, no dejaban de aplaudir algunos en las butacas y en las galerías de una manera es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trepitosa, lo mismo que solian hacerlo en tiempo de Mangin.

—¡Ese es el príncipe Totor! ¡Ohe!

Pero Begourde era un buen príncipe que, aunque encontra la broma un poco extemporánea, se inclinaba hácia adelante, y con la sonrisa en los labios saludaba con la cabeza y con la mano al público que le aclamaba, aunque con un poco de sorna.

Lazarine no se habia enterado de nada de esto, porque la adopcion se habia realizado precisamente cuando estaba próxima á su alumbramiento y vivia en la soledad mas completa.

Julio Leroux estaba muy al corriente de lo que habia pasado, y su amistad con Godefroy era mucho mas íntima desde que éste era rico; hubiera, pues, podido enterar fácilmente á su hija de todo cuanto pasaba, pero no queria pronunciar el nombre de Begourde delante de la marquesa, fundado en los motivos que ya conocen nuestros lectores.

Un dia pasaba Héctor á caballo por la Avenida de las Acacias, en el Bosque de Boulogne.

Todo el mundo sabe que éste es el sitio en que pasean las señoras de buen tono, que dejan sin ningun sentimiento la orilla izquierda del lago para los coches de las mujeres galantes.

El príncipe se encontró con Lazarine, á quien

no habia vuelto á ver desde la aventura del castillo de la Tour du Roy.

La marquesa iba completamente vestida de negro, porque aún no se habia cumplido el luto, y estaba sola medio recostada de una manera graciosa é indolente cn el fondo de su elegante carruaje.

Su hermoso rostro presentaba una expresion séria y casi sombría.

Una ligera arruga se dibujaba en su blanca frente, terminando en el entrecejo, y parecia indicar el esfuerzo de un pensamiento triste ó de una preocupacion desagradable.

Sus magníficos ojos de profunda pupila miraban hácia adelante de una manera distraida y vaga, sin ver nada.

Al reconocer Héctor á Lazarine, sintió una viva conmocion.

Sabia que ésta estaba viuda, y la encontró mas hermosa y seductora que nunca.

Se agolparon en tropel á su memoria los recuerdos de aquellas entrevistas que habian tenido en la galería del hotel de Julio Leroux y en el sombrío pabellon del parque de la Tour du Roy.

Se evaporó como el humo la cólera que sentia contra Lazarine por haber faltado á la última cita.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se confesó en su interior que la marquesa habia tenido razon en no ir.

Por ínfimo que fuera el nacimento de este jóven, habia bastado un nombre y un título adquirido por dinero para desarrollar en él el orgullo de casta, llevándolo hasta la exageracion.

—Si es verdad—decia para sí,—ha hecho muy bien en no comprometerse con el insignificante personaje que yo era. Ya me habia atestiguado bastante atencion. Un artista desconocido no debia alzar la vista con insolencia hasta una Tour du Roy: las marquesas que llevan en su escudo diez y seis cuarteles, no pueden escuchar sin faltar á las conveniencias sociales á un Begourde; su corazon la impulsaba hácia mí á pesar suyo, y por esto la perdono una debilidad de que yo era la causa, pero apruebo y admiro el valor heróico con que supo resistir la fascinacion de un momento. ¡Ha luchado y ha vencido! ¡No me hizo caso, y esto era lo que yo merecia!.... Estoy contento; Lazarine es un ángel.

Habia puesto su caballo al mismo paso que llevaba el carruaje, devorando con la vista á la marquesa, que seguia distraida y absorta.

Despues de algunos minutos de estática contemplacion, prosiguió en su monólogo:

—¡Como cambian los tiempos!—decia para sí,—ya no existe el abismo que me separaba

de esa hermosa mujer, y el príncipe de Castel-Vivant es por lo menos igual á la marquesa de la Tour du Roy! Por otra parte, Julio Leroux no tiene ya ningun derecho sobre su hija, y no puede ser un inconveniente para nosotros; Lazarine es viuda y libre, no depende de nadie mas que de ella.... casi casi me amaba cuando yo era.... no era nada; ¿por qué no me ha de amar por completo ahora que represento algo en la sociedad?

Estos razonamientos y muchos mas se repitió Héctor bastantes veces, sin perder de vista á Lazarine durante las diez vueltas que dió el coche por todo lo largo de la Avenida de las Acacias.

Cuando el carruaje se separó de la fila para dirigirse rápidamente á Paris, el príncipe siguió todavia á alguna distancia, teniendo buen cuidado de no llamar sobre sí la atencion de la marquesa.

No queria ser reconocido en este momento, y deseaba sorprender á la hija mayor de Julio Leroux, apareciendo de una manera inesperada con su nueva posicion y con su nuevo nombre.

Héctor sabia perfectamente que su padre adoptivo era el amigo íntimo del ex-banquero y el confidente de Lazarine, y juzgaba por lo tanto la cosa mas fácil el que éste le presenta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se; pero Begourde no queria esto que parecia tan sencillo, y pensaba encontrar una ocasion inesperada para presentarse de una manera imprevista.

Para llegar á este resultado se hizo informar cuales eran las casas que con mas frecuencia visitaba la marquesa; y Godefroy, que conocia á todo el mundo, le presentó en ellas ó le hizo presentar por sus amigos.

Lazarine se llenó de asombro cuando un dia en el salon principal de la princesa Alvinzi; despues de oír anunciar al príncipe de Castel-Vivant, vió entrar un jóven en lugar de un anciano, y reconoció en él á su antiguo adorador Héctor Begourde.

Al principio creyó que era una ilusion ó un error, ó cuando mas un parecido vago y casual.

Pero no pudo caberle ninguna duda al escuchar que el recien llegado decia á la dueña de la casa:

—Princesa, ¿quereis tener la bondad de presentarme á la marquesa de la Tour du Roy, que con seguridad no me recuerda, aunque ya tengo el honor de no ser un desconocido para ella?

—Con mucho gusto—contestó la gran señora italiana, llevando á Héctor hasta el sitio de de Lazarine, y diciendo:

—Querida marquesa, el príncipe de Castel-Vivant.

Lazarine, sobrecogida de asombro, apenas tuvo fuerzas para responder, inclinando la cabeza al profundo saludo del jóven, y tapándose con el abanico el vivo carmin que por un momento apareció en sus mejillas.

Seguramente que Héctor no podia haber buscado un golpe teatral de mas efecto.

La impresion que produjo excedió á sus esperanzas.

Se sentó al lado de la marquesa.

—¿Me perdonais, señora—dijo con voz tan baja que se perdia en el murmullo de la conversacion general, porque el salon estaba lleno de gente,—me perdonais el que me haya hecho presentar sin haber solicitado préviamente este favor? Conozco que soy culpable: ¿no me será permitido esperar un poco de indulgencia?

Lazarine, en quien ya habia desaparecido la turbacion, miraba llena de asombro al cumplido caballero que le hablaba de esta manera. Encontraba su aire y sus modales tan incomprensibles é inverosímiles como el nombre con que le habian anunciado y aun presentado.

El improvisado príncipe, no tenia del Begourde que ella habia conocido mas que la voz y las facciones, y esto profundamente modifi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cado por la diferencia de inflexion en la voz: la metamórfosis del conjunto era completa.

—¿Es decir—murmuró la jóven cerrando su abanico, del cual no tenia necesidad, porque ya habia desaparecido el carmin que coloreaba sus mejillas—que sois el mismo Héctor en persona?

—¿No me habeis reconocido?

—Confieso que no; al menos dudaba mucho, porque la verdad es que me esperaba.....

Lazarine se detuvo.

—¿Encontrarme en un salon en que en otro tiempo habria estado fuera de cuadro?—añadió el príncipe,—he acertado; ¿no es verdad?

—Sí, casi, casi; ¡que variacion!

—¿Es en mi favor?—preguntó riendo el artista.

—No digo eso,

—¿Pero lo pensais?

—Ya sabeis que no..—contestó la marquesa dejándose llevar de un impulso involuntario.

Un momento de silencio se siguió á estas palabras.

Al cabo de un minuto dijo Héctor:

—Nunca podreis imaginar, señora, la impaciencia febril con que esperaba esta entrevista, que no tiene nada de casual. Si me he hecho presentar á la princesa, es porque ésta tiene el honor de recibiros; y viniendo á esta casa con

frecuencia, tenia la seguridad de encontraros alguna vez, como ahora por ejemplo, cuando ví vuestro coche en la puerta; ¡ah! ¡como me latia el corazon en el momento de entrar aquí sabiendo que iba á veros! Temblaba de emocion cuando el ugier de la princesa, habriendo la puerta, pronunciaba mi nombre.

—¿Vuestro nombre?—repitió Lazarine,—¿vuestro verdadero nombre?

—Sin duda alguna.

—¿Sois príncipe de Castel-Vivant?

—Tanto como se puede ser.

—Pero el príncipe Godefroy, á quien conozco mucho, no tenia hijos ni los ha tenido nunca. Acaso existiria otra rama de la misma familia.

—Ninguna, señora; el príncipe Godefroy es el único de su raza.

—¿Y vos sois su hijo?

—Legalmente sí, marquesa, y tambien por el cariño filial.

—No comprendo; todo eso me parece un enigma indescifrable.

—Voy á tener el honor de daros la clave.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLIII

Lazarine, llena de curiosidad y de interés, tomó una postura recogida, y la atenta fisonomia de Dido cuando escuchaba á Eneas, segun se representa en el famoso cuadro que lleva al pié la firma del baron Gerard.

Héctor empezó:

—Despues de aquella época que no me atrevo á recordar porque me trae á la memoria una cruel decepcion que sufrí en pago de un atrevimiento culpable, se han realizado en mi vida, señora marquesa, ciertos sucesos de gran importancia, al menos bajo el punto de vista de mi interés personal.

—¿Puedo saberlos?—preguntó Lazarine.

—Podeis y debeis, puesto que ellos os darán la razon de esta mudanza que tanto ha despertado vuestra curiosidad. No ignorais que yo era muy pobre.... pues recibí toda una fortuna.

—¿Por herencia?

—Sí, señora; un pariente que hacia veinti-

cinco años que estaba expatriado, y cuya existencia ignoraba, me dejó al morir todo cuanto poseía.

—¿Y era muy grande el importe de la herencia?

—Enorme, hasta llegar á lo inverosímil; poseo una renta de un millon de francos.

—¡Un millon de renta—dijo asombrada la marquesa de la Tour du Roy mirando á Héctor con los ojos muy abiertos.

—Lo menos señora marquesa.

—¿Pero eso es sério?

—Si hay alguien que pueda dudarlo, que se tome la molestia de enterarse de mi notario.

—¡Dios mio!—murmuró Lazarine—¡yo que me creia tan rica! mi fortuna al lado de la vuestra es un modesto pasar, únicamente.

—Tan pronto como tomó posesion de esta herencia inesperada—continuó el príncipe—comprendí que mi educacion no estaba á la altura de mi nueva posicion. No sabia nada ni habia visto nada; por otra parte, la profunda trizteza que me embargaba, y cuya causa es muy posible que adivineis, me inspiraron el deseo de alejarme y me marché de Francia paviajar por Europa, haciendo la casualidad que el príncipe Godefroy fuera mi compañero de viaje.

—¡Ah!—dijo para sí Lazarine,—éste era en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tonces aquel cuyo nombre ocultaba el príncipe á mi padre.

Héctor continuó:

—El señor de Castel-Vivant sintió por mí una viva simpatía, á que yo correspondia, y llegamos á ser inseparables. Vos sabeis lo mismo que todo Paris que no hay otro que sea mas cumplido caballero y que tenga mejores formas: como yo tenia mucho que aprender, solicité sus lecciones y tuve la honra de recibirlas.

—Mucho le honra su discípulo—dijo Lazarine en voz tan baja que pudo muy bien creerse que hablaba consigo mismo.

El jóven saludó sonriéndose.

—Cuando volviamos—continuó,—y antes de entrar en Francia, nos detuvimos en Ginebra por algunas semanas, haciendo frecuentes excursiones por el lago. Llegó un dia en que estuvo á punto de perecer: un movimiento en falso le hizo caer á la agua, sepultándole en su abismo. Yo soy buen nadador: mi deber bien claro, y mi corazon coincidia con él; quisieron sujetarme, y no escuché nada, me arrojé al agua vestido, y despues de grandes esfuerzos tuve la inmensa dicha de salvar al príncipe con peligro de mi vida.

Lazarine se golpeó una con otra sus diminutas manos.

—¡Ah!—dijo llena de alegria,—¡qué hermoso es eso que habeis hecho! ¡eso es grande, admirable! ¡Qué feliz y que orgulloso estaríais al ver el resultado de vuestra heróica accion!

—Es verdad que era muy feliz, señora—contestó Héctor con nobleza,—pero ¿por qué habia de estar orgulloso? Lo repito: habia cumplido con mi deber, y nada mas.

—¡Qué poco os conocia!—murmuró la marquesa entusiasmada.

—Una accion tan sencilla apenas merecia elogio—continuó el narrador,—y sin embargo, tuvo una brillante recompensa. El señor de Castel-Vivant, con una gratitud mil veces mayor de la que merecia, exagerando, lo mismo que vos acabais de hacerlo, la deuda que habia contraido conmigo, é impulsado, por otra parte, por el paternal cariño que me profesaba, quiso hacer de mí su hijo legalmente.

—¿Pero eso es posible?—interrumpió Lazarine de nuevo.

—Sí, señora marquesa, en ciertos casos, y precisamente el príncipe y yo estabamos dentro de las condiciones exigidas por la ley; tuvo, pues, lugar la adopcion, y soy príncipe de Castel-Vivant por medio de documento público.

—¡Qué cosa tan rara!—dijo la marquesa,—parece mas bien un cuento de novela.

—Una novela en que todo es verdad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No puedo explicaros lo mucho que me alegra vuestra felicidad, que me parece cien veces merecida. Ahora que sé ya que sois un héroe, estoy orgullosa de contarme en el número de vuestras amigas.

—¿Me perdonais?—dijo Héctor con viveza.

—¿Qué tengo que perdonaros?

—¡Algunas confesiones atrevidas que os hice en la época en que por mi posicion eran inexcusables!

—¿Inexcusables? ¿por qué? ¿acaso no eran sinceras?

—¡Si lo eran, bien lo sabeis! lo mismo que Ruy-Blas, "*Gusano de tierra enamorado de una estrella*," me sentia impulsado por una fuerza irresistible que me volvia loco y que puede servirme de disculpa.

—Eso que llamais vuestra locura no tiene necesidad de perdon.... ¿acaso para el amor existen diferencias sociales? ¿un corazon bien enamorado piensa en los obstáculos, ni repara en un título y un blason?

—¡Ah! teneis razon, yo no era culpable—dijo Héctor, cuyo corazon latia con violencia,—¡la absolucion que me dais me hace abrir los ojos! ¿podia yo acaso luchar contra la radiante hermosura que me fascinaba? ¡Nó, y cien veces nó! ¡habria sido una lucha imposible é insensata! y ademas, el instinto que me impulsaba hácia vos, me decia interiormente: "*Puedes amarla.... serás príncipe algun dia....*"

—En efecto, ¡quién sabe!—dijo Lazarine.

Algo mas de media hora duró esta animada conversacion, sostenida á media voz entre el nuevo príncipe y la sirena de cabellos de oro.

Nadie se escandalizó de la significativa disposicion de los dos jóvenes.

Las frases que habia dirigido Héctor á la princesa Alvinzi antes de su presentacion, demostraban que Lazarine le conocia ya algun tiempo.

Despues de todo, el príncipe era soltero y la marquesa estaba viuda.

Eran ambos libres y podian amarse delante de todo el mundo si ofender la moral.

Esta era al menos la creencia general.

La duquesa viuda de Sassetot-Langeais dijo á la señora de Alvinzi sonriendo, y señalando á Héctor y Lazarine:

—Harán una hermosa pareja, ¿no es verdad?

—La viuda es adorable y el príncipe es muy simpático—contestó la italiana,—quizá tengamos matrimonio.

—Será magnífico; ¿cuantos millones reunirán entre los dos?

—No se sabe, pero debe ser una cosa fabulosa.

—Y apenas tienen entre ambos cuarenta y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cinco años; será un casamiento feliz, como se vé poco; mucho me alegraria de que se realizára.

En este momento se levantó Héctor.

—Señora marquesa—preguntó,—¿tendré pronto la honra de volveros á ver?

—Cuando gusteis, querido príncipe.

—¿Me autorizais para que vaya á vuestra casa?

Lazarine, sin responder, se encogió de hombros, significando con este movimiento de una manera clara y contundente:

—¡Dios mio! ¡esa es una pregunta inútil!

Despues dijo en alta voz:

—Todos los dias, excepto los jueves, estoy en casa desde las tres á las seis para recibir á mis amigos.... sereis bien recibido.

—¿Como todos los demas?—murmuró el príncipe.

—¿Quién lo duda?

—¿Y si yo señora, diera en ser mas preferido? ¿si yo tuviese necesidad de deciros alguna cosa que nadie debiera oír, y quisiera hablaros del pasado y del porvenir?

—En resúmen; ¿es una cita lo que me pedís?—dijo riendo Lazarine.

—Sí, señora.

—Bueno, volveremos á hablar.

—¿Puedo al menos esperar?.....

—¿Por qué no? la esperanza no se puede prohibir.

—Hasta mañana, señora marquesa.

—Hasta mañana, querido príncipe.

Héctor, enamorado cien veces mas que lo habia estado dos años antes, y subyugado de una manera mucho mas séria que lo estuvo en el hotel del boulevard Haussmann y en el castillo de la Tour du Roy, se metió en su coche, ardiéndole el corazon y la cabeza, diciéndose con verdadera exaltacion:

—Decididamente la adoro con toda mi alma, y hemos nacido el uno para el otro, como lo demuestra la doble casualidad de haberse quedado viuda y ser yo príncipe. Está mucho mas hermosa que nunca, y estoy seguro de su virtud, pnesto que supo resistirme en otro tiempo. A no ser que ella rehuse, lo cual me extrañaria mucho, me parece que vá á ser muy pronto princesa de Castel-Vivant.

La marquesa no tenia cita aquella noche con el pobre Marcelo Laugier, que sentia por ella un amor que era su vida, y cuya posesion creia asegurada, si no para siempre, al menos por mucho tiempo.

Julio Leroux debia almorzar en casa de su hija con dos ó tres personas.

Este fué el que llegó el primero.

—¿Qué sucede, hermosa marquesa?—pregun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guntó despues de haber abrazado á su hija.

—¿Por qué esa pregunta, papá?

—Porque no tienes el aire de costumbre.

—¿Tengo mala cara? ¿soy menos bonita?

—Al contrario, hija mia, estás muy hermosa y tienes muy buena cara; pero me parece que tu sangre corre mas de prisa que de ordinario y en tu mirada se refleja una agitacion casi febril. No estás en tu estado normal.... ¿no ha sucedido nada?

—Nada que sea desagradable, papá.

—Entonces habrá sido agradable.

—No sé.... adivina á quién he visto en casa de la princesa Alvinzi.

—No puedo adivinarlo, ni quiero dar martirio á la imaginacion; ¿á quién has visto?

—Al príncipe de Castel-Vivant.

—¿Cual?—preguntó Julio Loroux con la mayor tranquilidad.

—¿Sabías que hay dos?

—¡Ya lo creo!

—¿Y no me habias dicho nada?

—¿Para qué hablarte de aquel Begourde, y despertar en tí recuerdos desagradables?

—Al contrario, ¡recuerdos encantadores!—exclamó Lazarine.

—¡Ah! ¡el viento está ahora por ese lado!—dijo el banquero filosóficamente.

—Sí, papá.

—¿Entonces es que te gusta el príncipe?

—Muchísimo, papá.

—¡Es gracioso! un muchacho que he echado á la calle dos veces.

—Aquel tiempo está muy lejos, papá, pero hoy no lo harias.

—¿Por qué no?

—¡Piensas hacerlo! el príncipe posee un millon de francos de renta.

—Y algo mas: un millon y cincuenta mil francos, segun me ha dicho mi querido amigo Godefroy, que es un tunante y ha colocado su nombre en muy buenas condiciones. ¡Qué listo es! ¡qué listo es! ya está rico por haber adoptado á un millonario; tambien lo haria yo en esas condiciones, si no fuera por este pícaro nombre de Leroux, que no envidia nadie desgraciadamente, al menos que yo sepa.

—Piensa—continuó Lazarine—qué fortuna tan hermosa si se juntáran esas rentas con las mias.

—¡Convengo en que eso seria deslumbrador!

—Sí, papá, asombroso.

—Y de marquesa pasarias á princesa, que tambien es adelantar.

—Sí, papá.

—Bueno, hija mia, cásate; serás princesa Begourde, digo, de Castel-Vivant. Te doy d

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

antemano mi consentimiento, y te prometo formalmente no echar á la calle al príncipe.

La llegada de los otros convidados interrumpió la conversacion.

XLIV

Al dia siguiente se presentó Héctor en el hotel de la rue Murillo, aprovechándose apresuradamente del permiso que le habia dado Lazarine la víspera.

La marquesa le recibió con una gracia exquisita, que no estaba exenta de coqueteria, y este recibimiento acabó de trastornarle la cabeza por completo.

Volvió al dia siguiente, y al otro, sin que tardára mucho en adquirir confianza, desapareciendo la timidez del principio; evocaba de una manera discreta y sentida los reduerdos del pasado, y así preparaba el porvenir.

Sin hacer una explícita declaracion á la viuda, le daba á entender que siempre la habia amado, que la amaba entonces mas que nunca, y que el solo objeto de su vida, su único deseo

y su mas querida ilusion, seria hacer de ella una princesa.

Lazarine no deseaba otra cosa.

La conversacion que habia tenido con su padre probaba hasta la saciedad que aceptaba gustosa la idea, fácil de realizar, de cambiar su título por otro mejor, y juntar su fortuna, que era ya bastante buena, á la fortuna inmensa del príncipe.

Bien es verdad que ella no estaba enamorada de su nuevo adorador (¿podia acaso amar aquella seductora y frívola criatura?), aunque Héctor le gustaba mucho.

A pesar de las lecciones de Godefroy y de sus propios esfuerzos, el ex-Begourde no se habia desprendido por completo de sus antiguos modales de artista bohemio, y habia algunos momentos en que volvia á aparecer el antiguo amante de la señora Bobino bajo la flamante apariencia del nuevo caballero.

Cuando por casualidad ó por distraccion cometia alguna de aquellas reminiscencias inevitables del tiempo pasado, Lazarine se echaba á reir y Héctor tenia en cambio un gran sentimiento.

Pero precisamente este aspecto de Begourde era el que mas seducia á la marquesa, cuyos instintos burlones se habian desarrollado con nueva intensidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

antemano mi consentimiento, y te prometo formalmente no echar á la calle al príncipe.

La llegada de los otros convidados interrumpió la conversacion.

XLIV

Al dia siguiente se presentó Héctor en el hotel de la rue Murillo, aprovechándose apresuradamente del permiso que le habia dado Lazarine la víspera.

La marquesa le recibió con una gracia exquisita, que no estaba exenta de coqueteria, y este recibimiento acabó de trastornarle la cabeza por completo.

Volvió al dia siguiente, y al otro, sin que tardára mucho en adquirir confianza, desapareciendo la timidez del principio; evocaba de una manera discreta y sentida los reduerdos del pasado, y así preparaba el porvenir.

Sin hacer una explícita declaracion á la viuda, le daba á entender que siempre la habia amado, que la amaba entonces mas que nunca, y que el solo objeto de su vida, su único deseo

y su mas querida ilusion, seria hacer de ella una princesa.

Lazarine no deseaba otra cosa.

La conversacion que habia tenido con su padre probaba hasta la saciedad que aceptaba gustosa la idea, fácil de realizar, de cambiar su título por otro mejor, y juntar su fortuna, que era ya bastante buena, á la fortuna inmensa del príncipe.

Bien es verdad que ella no estaba enamorada de su nuevo adorador (¿podia acaso amar aquella seductora y frívola criatura?), aunque Héctor le gustaba mucho.

A pesar de las lecciones de Godefroy y de sus propios esfuerzos, el ex-Begourde no se habia desprendido por completo de sus antiguos modales de artista bohemio, y habia algunos momentos en que volvia á aparecer el antiguo amante de la señora Bobino bajo la flamante apariencia del nuevo caballero.

Cuando por casualidad ó por distraccion cometia alguna de aquellas reminiscencias inevitables del tiempo pasado, Lazarine se echaba á reir y Héctor tenia en cambio un gran sentimiento.

Pero precisamente este aspecto de Begourde era el que mas seducia á la marquesa, cuyos instintos burlones se habian desarrollado con nueva intensidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Un marido con estas condiciones seria una cosa muy entretenida, perdonaria todas mis locuras y aceptaria mis excentricidades: ¡qué bien gastariamos nuestras repletas arcas en este hermoso Paris!

Al tiempo de hacerse Lazarine estas reflexiones, suspiraba profundamente.

Y era que entre ella y el príncipe existia, por culpa suya, un obstáculo de importancia difícil de vencer y casi imposible de superar.

Este obstáculo se llababa Marcelo Laugier.

¿Como concluir con aquel hombre, á quién en un momento de abandono habia adquirido nuevos derechos?

¿Como sustraerse á aquella pasion exigente, insaciable, nunca satisfecha, y que seguramente seria mas imperiosa y mas tenaz en el momento en que se sintiese amenazada?

No era posible pensar en romper de una vez; pero quizá pudiera conseguir algo apurando su paciencia á fuerza de pequeñeces y triunfar por este medio.

La marquesa resolvió plantear este sistema. Desde el dia en que Lazarine tomó esta resolucion, la existencia de Marcelo fué intolerable.

Nuestros lectores no habrán olvidado que por mandato expreso de Lazarine le estaba prohibido poner los piés en el hotel, y que tres ó cuatro

veces por semana salia ésta de su casa furtivamente como una mujer adúltera para buscar á su amante.

Para aprovechar estas ocasiones estaba Marcelo todas las noches esperando en un coche en la Avenida de la Reina Hortensia, frente al número 5.

Lazarine empezó por hacer menos frecuentes estas entrevistas, y despues muy raras.

Consentia que el ex-oficial se helase y se desesperase, esperando inútilmente durante cinco ó seis horas seguidas.

Si Marcelo trataba de quejarse cuando por fin venia la marquesa distraida y preocupada, ésta le respondia:

—No puedo remediarlo: iba á salir y llegó mi padre; ¿es este culpa mia? Vuestras quejas son injustas y me mortifican, amigo mio.

—¿Pero el señor Leroux viene ahora todos los dias?—murmuró Marcelo.

—Casi todos; viene cuando quiere. ¿Teneis acaso la pretension de que cierre la puerta á mi padre?

—Pero yo tambien estoy ansioso por veros: recibidme en vuestra casa.

—Ya sabeis que eso es imposible; cuando me hicísteis esa peticion os dije que rehusaba, y sigo rehusando y rehusaré.

A poco tiempo inventó un nuevo pretexto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habia terminado el luto, y los salones de Paris reclamaban su presencia.

La marquesa no podia ni queria desairar esas invitaciones y aparecer como aislada del mundo.

—Pero exclamaba Marcelo,—esas casas á que vais, ¿están cerradas para mí?

—Tratad de que os las habran si quereis—contestaba Lazarine con aire desdeñoso.—Pero no supondreis que seré yo la que os presente.

Durante una semana, no apareció ni una sola vez, ni dió noticias de su persona.

El ex-teniente no podia ya tener ninguna duda respecto de las intenciones de la marquesa.

Lazarine queria borrar el pasado y deseaba romper á todo trance, y Marcelo no se conformaba ni con lo uno ni con lo otro.

Los desdenes de la marquesa estimulaban su pasion hasta el delirio en lugar de amenguarla.

Estaba á la vez loco de amor, de rabia y de celos.

—Si solamente hubiera *ella* dejado de amarme—decia entre sí,—no llevaria tan adelante ese bárbaro desden y tendria un poco de lástima de mí; no martirizaria tan cruelmente á un amante que sabe la tiene una pasion intensa y profunda, y una adoracion sin límites; debe haber algo mas, y ese algo mas, es que me ha

quitado su corazon para dárselo á otro; pero, ¿quién es ese rival?

Marcelo empezó á espiar.

Se pasaba las tardes metido en un coche echadas las cortinillas delante de la puerta del hotel de la rue Murillo.

La puerta estaba abierta por completo, porque recibia Lazarine, y una multitud de carruajes llegaban hasta el vestíbulo.

¿Como era posible reconocer entre tanto hombre elegante el que distinguia con sus atenciones la marquesa?

¡Bien se sabe que Marcelo habria dado gustoso una parte de su vida por averigarlo! ¡con qué salvaje alegria le habria buscado para provocarle y desafiarse con él!

¡Matar ó morir! cualquiera de ambas cosas le importaba poco, porque si salia vencedor estaria vengado, y muerto dejaria de sufrir.

Algunas veces le faltaba muy poco para entrar, y subir.

—Los criados me conocen—decia entre sí,—y encontrarán muy natural su presencia; traspasaré ese umbral, y sabré qué es lo que se me oculta; todo esto es muy fácil.

Y sin embargo de que, en efecto, era muy fácil, Marcelo no subia.

Aquel soldado de vigoroso temple, enérgico y violento, que era muy capaz de herir á un ri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

val en el rostro y en el corazon, temblaba como un niño ante la voluntad de la mujer que idolatraba.

Lazarine le habia prohibido que se presentase en el hotel y no se atrevia á desobedecerla.

Pero exasperado un dia por esta espera que le desesperaba y le encendia la sangre, resolvió provocar una explicacion decisiva, y escribió les siguientes líneas:

"Hace mas de una semana que no os he visto. y no puedo vivir así. Esta noche os espero de seis á nueve en el mismo sitio en que os aguardo todos los dias, sin que hayais ido: es preciso que no falteis hoy, lo exijo. He bajado la cabeza durante mucho tiempo ante imperiosos caprichos que aceptaba sin dicutir; pero ha llegado el dia en que dejo de obedecer para empezar á mandar. Si no os venís á buscarme yo os buscaré, y si no os he visto á las nueve llamaré á vuestra casa y tendrán que abrirme; advirtiéndoos que si no estais en vuestra casa por haberos marchado á uno de esos salones por los cuales me sacrificais, os seguiré tambien hasta ellos entrando para hablaros, aunque de esto pueda resultar un escándalo. Creed lo que os digo, Lazarine; no me exaspereis diciendo que no teneis nada que temer, porque ha de faltarme el valor en el momento de obrar.

Desafiar á un loco es una insensatez, y yo soy irresponsable porque ya he perdido el juicio."

Marcelo metió en un sobre esta carta, que no tratamos de justificar, pero reproducimos en obsequio á la verdad, y la hizo entregar en casa de Lazarine por un mozo de cuerda.

Aquella misma tarde, á las seis en punto, lleno de su fria resolucion, á pesar de la ardiente fiebre que le consumia, llegó Marcelo y se paró frente al número 5 de la Avenida de la Reina Hortensia, esperando.

La espera fué bien larga.

Pasó una hora despues otra.

De cinco en cinco minutos miraba su relój á la luz del farol del gas y lo acercaba al oído, admirándose de que estuviera marchando, segun lo poco que se movian las hojas en la esfera.

Dieron las ocho.

La Avenida estaba casi desierta.

Un ruido de menudos pasos marchando de una manera apresurada sobre el asfalto, se escuchó acompañado del crujir de un vestido de seda.

El corazon de Marcelo cesó de latir, iba á bajarse y no tuvo tiempo.

La portezuela del carruaje se abrió de una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manera brusca y Lazarine se precipitó en el coche.

Su agitada respiracion indicaba claramente la rapidez de su carrera.

—¡Gracias á Dios!—murmuró el jóven, tratando de coger y estrechar la mano de la marquesa, que ésta retiró casi con cólera.

—¿Comereis conmigo Lazarine?—preguntó con voz conmovida y trémula por la emocion.

—Nó—contestó bruscamente la marquesa.

—¿A donde quereis que vayamos?

—Donde querais.... todo derecho; no dispongo mas que de una hora.

—Por la Avenida de los Campos Elíseos hasta la plaza de la Concordia—dijo Marcelo al cochero.

El coche se puso movimiento.

Al cabo de algunos momentos de un silencio enojoso, murmuró el ex-oficial:

—Bien veo que estais incomodada, Lazarine.....

La marquesa no contestó ni una palabra, y siguió el anterior silencio.

El reflejo de las luces iluminaba de una manera vaga el interior del carruaje, forrado de satin marron.

La jóven estaba sentada en el ángulo de la izquierda, con el velo echado y la cabeza hácia atrás. Su mirada era fija, y á pesar del negro

encaje y la penumbra que allí reinaba, podia notarse el brillo de sus pupilas.

El agitado movimiento de su pecho indicaba claramente la tempestad que iba á desencadenarse de un momento á otro.

Aquel silencio era su precursor.

Iba á entablarse una lucha extraña y sin cuartel entre aquellos dos séres que poco tiempo antes estaban unidos por los mas estrechos lazos.

Lazarine era de Marcelo: éste era el padre del hijo de Lazarine.

Todas las palabras que ha inventado el amor habian sido pronunciadas por aquellos labios en el momento de estar unidos.

Pero estos recuerdos, que eran los que evocaba Marcelo, eran precisamente los que Lazarine trataba de borrar.

Por un lado hablaba un amor impetuoso; por otro un ódio implacable.

Lazarine rompió el fuego disparando el primer tiro.

XLV

La señora de la Tour du Roy se cruzó de

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manera brusca y Lazarine se precipitó en el coche.

Su agitada respiracion indicaba claramente la rapidez de su carrera.

—¡Gracias á Dios!—murmuró el jóven, tratando de coger y estrechar la mano de la marquesa, que ésta retiró casi con cólera.

—¿Comereis conmigo Lazarine?—preguntó con voz conmovida y trémula por la emocion.

—Nó—contestó bruscamente la marquesa.

—¿A donde quereis que vayamos?

—Donde querais.... todo derecho; no dispongo mas que de una hora.

—Por la Avenida de los Campos Elíseos hasta la plaza de la Concordia—dijo Marcelo al cochero.

El coche se puso movimiento.

Al cabo de algunos momentos de un silencio enojoso, murmuró el ex-oficial:

—Bien veo que estais incomodada, Lazarine.....

La marquesa no contestó ni una palabra, y siguió el anterior silencio.

El reflejo de las luces iluminaba de una manera vaga el interior del carruaje, forrado de satin marron.

La jóven estaba sentada en el ángulo de la izquierda, con el velo echado y la cabeza hácia atrás. Su mirada era fija, y á pesar del negro

encaje y la penumbra que allí reinaba, podia notarse el brillo de sus pupilas.

El agitado movimiento de su pecho indicaba claramente la tempestad que iba á desencadenarse de un momento á otro.

Aquel silencio era su precursor.

Iba á entablarse una lucha extraña y sin cuartel entre aquellos dos séres que poco tiempo antes estaban unidos por los mas estrechos lazos.

Lazarine era de Marcelo: éste era el padre del hijo de Lazarine.

Todas las palabras que ha inventado el amor habian sido pronunciadas por aquellos labios en el momento de estar unidos.

Pero estos recuerdos, que eran los que evocaba Marcelo, eran precisamente los que Lazarine trataba de borrar.

Por un lado hablaba un amor impetuoso; por otro un ódio implacable.

Lazarine rompió el fuego disparando el primer tiro.

XLV

La señora de la Tour du Roy se cruzó de

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brazos, y volviéndose hácia Marcelo, le dijo en un tono de profundo desden:

—¿Con que es decir que habeis llegado hasta la amenaza?

El teniente se sintió herido, no de las palabras, sino del tono con que fueron dichas, porque él aceptaba la cólera, pero no queria el desprecio, y contestó con dureza:

—Ya veis que he hecho muy bien en amenazar puesto que habeis venido, y que he hecho muy bien en mandar puesto que habeis obedecido.

Lazarine hizo como si no hubiera oído esta respuesta, y continuó:

—Y en su consecuencia habeis escrito á una mujer: *Si no encontrais el medio de tener libertad cuando á mí me plazca, si no sacrificais las conveniencias sociales, el mundo, vuestra familia y todo, para venir cuando yo os llame, violaré vuestra casa, os daré un escándalo, os comprometeré y os perderé.* ¡Sí, me habeis escrito esto! Si no son precisamente las mismas palabras, éste al menos es el pensamiento. Os habia tomado por un caballero, y me he equivocado. ¿Teneis la bondad de decirme lo que sois, señor Marcelo Laugier?

—Soy un hombre que ha sufrido mucho y que no quiere sufrir mas—contestó friamente Marcelo.

—¿Y soy yo acaso responsable de vuestros sufrimientos?

—Sí, señora, puesto que sois vos quien me los proporciona.

—¿Y qué es lo que debo hacer para remediarlos?—preguntó Lazarine irónicamente.

—Volver á ser lo que érais hace algun tiempo, porque la vida que tengo hoy por culpa vuestra me parece imposible.

—¡Imposible!—repitió la marquesa.—Teneis razon; imposible; pero no para vos, para mí.

—¿Entonces, segun eso—preguntó Marcelo—soy yo el culpable?

—¿Pues quién lo es si no vos?

—¿Qué teneis que reprocharme?

—El ser conmigo mas tiránico que lo haya sido ningun marido con su mujer; el querer imponerme vuestra voluntad y jugar con mi posicion, con mi reputacion y con mi honra.

—¿Es acaso un crímen el que os adore y desee veros?

—¡Decís que me adorais! No quisiera que mi mayor enemigá fuese adorada de esta manera; sería mucho mas preferible vuestro ódio.

—Sois muy cruel, Lazarine; no teneis compasion.

—¿Porque tengo valor bastante para oponerme á vuestras exigencias, cada dia mayores y mas imperiosas? Vuestras pretensiones me ir-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ritan, y vuestras amenazas me sublevan. ¿Con qué derecho quereis perderme para con el mundo?

—Sabeis perfectamente que no quiero semejante cosa. Bien sabeis tambien que vuestra honra es para mí tan querida como para vos misma, y que mi mas ardiente deseo seria legitimar por el matrimonio los lazos que nos unen.

—¡Yo vuestra esposa! ¡nunca! ¡Aceptaros por dueño y hacer eterno un martirio que no tiene nombre! ¡Primero la muerte, la muerte al momento!

Los dos actores de esta escena que referimos, no levantaban la voz en este diálogo, en que cada frase de Lazarine era un dardo para Marcelo.

Pero no por esto dejaba de ser terrible el efecto.

Marcelo continuó:

—Lazarine, ya no me amais.

—¿Y si fuera eso?

—Es.....

—Pues bien; ¿qué hay despues?

—Que habeis dejado de amarme de una manera muy repentina, que me dicé la verdad de todo.... No solamente no me amais ya, sino que amais á otro.

—¡Falso!

—¡No lo negueis! ¿para qué? tengo la seguridad de ello.

—¡Ah! ¿teneis la seguridad?—dijo la marquesa con aire burlon.

—Sí.

—¿Os figurais acaso que voy á tomarme el trabajo de desengañaros? Me conoceis muy mal si habeis supuesto semejante cosa; pero puede muy bien suceder que lo que es falso hoy, sea mañana verdad.... tengo veinte años y aún he de amar.

—¡Callaos, Lazarine! os lo suplico.

—¿Por qué he de callarme? ¿os mortifican mis palabras? lo siento mucho y no puedo remediarlo; ¿para qué las habeis provocado?

—Os repito, Lazarine, que semejante existencia no puede durar por mas tiempo.

—Eso es lo mas razonable que habeis dicho desde que estamos hablando; concluyamos: ése es mi ardiente deseo.

Marcelo, estremeciéndose, preguntó:

—¿Qué quereis decir con eso?

—Lo que vos mismo habeis querido decir sin duda; esos estrechos lazos que queríais legitimar no son, gracias á Dios, indisolubles, y nuestra mútua voluntad será bastante para romperlos. No podemos ser amantes, pero podemos ser amigos; rompamos la cadena y seamos libres uno y otro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los labios de Marcelo se quedaron lívidos.

—¡Os equivocais!—dijo con sorda voz, que silbaba al pasar por entre sus dientes apretados.—Os equivocais señora, yo no quiero mi libertad ni os doy la vuestra; no sois libre.

—¡Como!—exclamó Lazarine.

—¡Nó! ¡nó! ¡y cien veces nó!—interrumpió el jóven con violencia,—no sois libre. ¿Acaso os conocia yo? ¿os he buscado? ¿soñaba por ventura en amaros, ni en ser el juguete de vuestro capricho? ¡Vos sois la que habeis venido hasta mí ofreciéndoseme y entregándoseme!... ¡y vuestro hijo es mi hijo! Habeis encendido en mi corazon un fuego que me abrasa, y correr por mis venas ardiente lava en lugar de sangre, para venir á decirme ahora como la cosa fácil del mundo y como la mas razonable que yo pudiera esperar: *"¡sed libre! ¡yo tambien quiero serlo!"* ¡Nó, eso no es tan fácil! ¡Yo os amo, Lazarine, y he creido tambien que me amábais porque me habeis dado derecho á creerlo; mi corazon es todo vuestro y seguirá siéndolo vuestro! ¡No quereis ser mi mujer!.... bueno, no puedo obligaros á llevar mi nombre, pero puesto que habeis querido que sea vuestro amante, seguiré siéndolo.

—¡Ah!—murmuró la marquesa estremeciéndose.—¡Me amenasais con ejercer violencia!

—Bien sabeis que no—respondió Marcelo,—

probablemente no me pertenecereis ya nunca; pero tambien es verdad que no pertenecereis á nadie. Ese corazon, que fué mio una noche á una sola hora, no ha de latir junto al corazon de un rival; porque si no me amais, no habeis de amar á nadie; y tenedlo entendido, sed mi mujer ó mi querida, porque mientras yo viva no tendreis mas marido ni mas amante que yo.

—¿Y como me lo impedireis?—preguntó la marquesa en tono provocativo de desafío.

—Me encontrareis siempre y en todas partes entre vos y el que hayais escogido.

—Eso se dice pero no se hace.

—Ensayad y vereis como lo hago. Significad vuestra atencion á cualquier hombre hoy mismo, y vereis si le desafío esta misma noche y le mato mañana.

—Si no os mata él—contestó Lazarine con acento de ódio increible.

—Eso seria vuestra única salvacion—dijo Marcelo,—sereis libre cuando yo esté muerto.

—¡Bueno! esperaré.

Despues de un momento de silencio, continuó la marquesa:

—¿Es decir que no temos ya nada que decirnos?

—Nó, nada mas.

—Entonces, conducidme.

El ex-teniente gritó al cochero:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Avenida de la Reina Hortensia.

El carruaje se volvió y rodó velozmente.

Ni una palabra se pronunció entre ambos hasta el momento en que se paró el coche en el sitio acostumbrado.

—¿Es decir—preguntó Lazarine en el momento de bajar—que somos enemigos?

—Yo no soy vuestro enemigo, puesto que os amo—respondió Marcelo.

—¿Pero sosteneis las amenazas y las palabras que acabais de proferir hace un momento?

—No me retracto de nada.

—Bien; entonces es la guerra.

—Sí, que es la guerra.

—Adios, señor Marcelo Langlet.

—Hasta la vista, señora marquesa.

Lazarine habrió la portezuela del coche lanzándose fuera, oyendose el ruido de sus pisadas, que iban apagándose á medida que se alejaba.

—¡Ah!—murmuró el ex-oficial cuando se quedó solo,—el dia que la casualidad puso á esa mujer en mi camino fué un dia bien desgraciado.

La marquesa entró en su casa por la puerta que daba al parque de Monceaux, subió precipitadamente la escalera falsa y se encerró en su cuarto.

Las bujias que habia dejado encendidas al tiempo de marcharse, alumbraban todavia.

Se puso delante de un espejo de Venecia para quitarse el sombrero, y se miró maquinalmente.

Tuvo miedo de sí misma.

Un tinte lívido y sombrío habia reemplazado la fresca transparencia de su cútis.

Un círculo amoratado se extendia alrededor de sus encendidos párpados, y en medio de esta aureola brillaba el sombrio fuego de sus pupilas de la misma manera que habian brillado los ojos de Renée cuando recogia gota á gota la sávia envenenada del euphorbio de Abisinia.

Nunca el paroxismo de la rabia se habia impreso con mas energia en semblante humano.

Lazarine tenia en la mano un pañuelo bordado con las armas de los Tour du Roy, rodeado de encajes de Melinas.

Le mordió llena de rabia, haciéndole trizas y arrojándole á la chimenea, sentándose despues y retorciéndose las manos.

La sangre afluía á su garganta, y parecia que estaba á punto de llorar; pero sus ojos permanecieron secos y su brillo se animaba cada vez mas.

Sus temblorosos labios pronunciaron palabras sin hilacion, y se agitaba convulsa contra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquella situacion que la dominaba como si fuera presa de una horrible pesadilla.

¡Pues qué! ¿acaso el hombre que ella habia tomado como instrumento de fortuna, el hombre que con su inconsciente complicidad habia puesto en sus manos la herencia de su esposo, iba á cenvertirse en su perseguidor, deteniéndola en su camino, turbándola en su vida, aprisionándola en su amor, y abriendo un abismo entre ella y una fortuna mayor?

—¿Este hombre es admisible? ¿Es aceptable? ¡Cien mil veces nó! ese hombre ha dicho jactanciosamente: *sereis libre cuando yo esté muerto;* pues él mismo ha pronunciado su sentencia—dijo la marquesa entre sí.—Así como se quita un obstáculo se puede suprimir un enemigo, y yo me encuentro en el caso de legítima defensa.

De repente recobró su calma, y cogiéndo una hoja de papel sin escudo escribió lo siguiente:

"Estaba loca.... os ofrezco la paz y olvidadlo todo. Esperadme mañana, en la noche, á la hora y en el sitio de costumbre,"

Puso en el sobre las señas de Marcelo Laugier y llamó á una doncella para que la pusiese en el correo.

XLVI

Imposible seria explicar la sorpresa y la alegria que tuvo Marcelo al recibir la carta que acabamos de trazar en el capítulo anterior.

Lo mismo que todos los enamorados, no deseaba otra cosa sino convencerse, y ¡cosa rara y digna de mencionarse! los hombres mas desconfiados son tambien los crédulos en el momento en que sienten una pasion sincera que los domina.

A Marcelo no le costó mucho trabajo persuadirse de que Lazarine le amaba todavia y que debia atribuir la escena de la víspera á una de esas crísis nerviosas á que están sujetas algunas mujeres y que se parecen mucho á la locura.

Volvió á confiar en aquel porvenir que le parecia tan oscuro pocos momentos antes y que ahora miraba lleno de brillantes colores.

Lazarine fué exacta y se mostró dulce y buena, afectuosa y sencilla, con un abandono mas tierno y mas sério á la vez que de costumbre.

—Es preciso que nos perdonemos mútua-

aquella situacion que la dominaba como si fuera presa de una horrible pesadilla.

¡Pues qué! ¿acaso el hombre que ella habia tomado como instrumento de fortuna, el hombre que con su inconsciente complicidad habia puesto en sus manos la herencia de su esposo, iba á cenvertirse en su perseguidor, deteniéndola en su camino, turbándola en su vida, aprisionándola en su amor, y abriendo un abismo entre ella y una fortuna mayor?

—¿Este hombre es admisible? ¿Es aceptable? ¡Cien mil veces nó! ese hombre ha dicho jactanciosamente: *sereis libre cuando yo esté muerto;* pues él mismo ha pronunciado su sentencia—dijo la marquesa entre sí.—Así como se quita un obstáculo se puede suprimir un enemigo, y yo me encuentro en el caso de legítima defensa.

De repente recobró su calma, y cogiéndo una hoja de papel sin escudo escribió lo siguiente:

"Estaba loca.... os ofrezco la paz y olvidadlo todo. Esperadme mañana, en la noche, á la hora y en el sitio de costumbre,"

Puso en el sobre las señas de Marcelo Laugier y llamó á una doncella para que la pusiese en el correo.

XLVI

Imposible seria explicar la sorpresa y la alegria que tuvo Marcelo al recibir la carta que acabamos de trazar en el capítulo anterior.

Lo mismo que todos los enamorados, no deseaba otra cosa sino convencerse, y ¡cosa rara y digna de mencionarse! los hombres mas desconfiados son tambien los crédulos en el momento en que sienten una pasion sincera que los domina.

A Marcelo no le costó mucho trabajo persuadirse de que Lazarine le amaba todavia y que debia atribuir la escena de la víspera á una de esas crísis nerviosas á que están sujetas algunas mujeres y que se parecen mucho á la locura.

Volvió á confiar en aquel porvenir que le parecia tan oscuro pocos momentos antes y que ahora miraba lleno de brillantes colores.

Lazarine fué exacta y se mostró dulce y buena, afectuosa y sencilla, con un abandono mas tierno y mas sério á la vez que de costumbre.

—Es preciso que nos perdonemos mútua-

mente, amigo mio, porque los dos hemos sido injustos; vos por formular vuestras exigencias de una manera imperiosa, y yo por sublevarme (con justicia en el fondo) de una manera cuya forma era áspera y depresiva, como confieso hoy. Os suplico que en adelante seais razonable como yo procuraré tambien serlo, y en lugar de heriros mútuamente, pidamos á nuestro amor toda la felicidad que puede darnos. Estamos encadenados uno al otro, como habeis dicho, y es la verdad; pero de vos es de quien depende que esta cadena sea ligera ó pesada. No esperais de mí mas de lo que yo os pueda dar, y no reparais celosa al mundo de que forme parte las ocupaciones que éste me impone. [illegible] quiero sustraerme. Cuanto á vuestra parte es bonita; muchas podrian envidiarla, y yo os juro reservárosla toda entera. Un acaecimiento desagradable me ha obligado en estos últimos dias á faltar muchas veces seguidas á vuestras citas, y creedme que yo era la primera que sufria, porque comprendo que es muy desagradable el esperar; pero me parece que nada puede disculpar las violentas frases y amenazas que habeis dirigido á la mujer cuyo corazon os pertenece: yo os prometo que en adelante os evitaré el suplicio de esperar, y que haré todo lo posible por tener libertad siempre que yo sepa que

me esperais; pero tened presente que en la existencia de una mujer de mi clase, pueden presentarse de improviso algunos obstáculos que, aunque son frívolos en apariencia, llegan á ser insuperables, y que cuando se presente alguno de estos que contra mi voluntad me retenga lejos de vuestro lado, estad seguro de que lo siento yo mas y pienso en nuestro amor: prometedme entonces tener calma y no abrigar ninguna duda. ¿Me lo prometeis?

—Os lo prometo—dijo Marcelo, cubriendo de besos las manos de la marquesa.

—¿Cumplireis vuestra palabra?

—Tan seguro como os amo.

—Bueno—dijo Lazarine con una sonrisa,—ese juramento os obliga mas, y si faltais á él tendré derecho á creer que no me amais.

—No faltaré á ello.

—¿De modo que ya no habrá desconfianza?

—Confianza ilimitada.

—¿Ni cartas que mortifiquen?

—Escribiré únicamente la ternura que llena mi corazon.

—¿Ni volvereis tampoco á amenazar con forzar mi casa y venir á espiarme?

—Nunca.

—Entonces todo marchará bien... Quedais perdonado.

¡Lazarine perdonaba!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y Marcelo Laugier, encontrando esto muy natural, aceptaba el perdon lleno de gratitud.

¿De qué se reconocia culpable?

Muy apurado se habria visto para encontrar su falta; pero así son todos los hombres, ó al menos la mayor parte.

El viento que sopló en los tiempos bíblicos sobre las ciudades maldecidas, cambiaba la forma de las montañas.

Las palabras de una mujer amada ablandan los corazones mas fuertes, lo mismo que el simoun oriental reblandecia el granito, y hacen cambiar de direccion como veletas á los talentos mas sólidos.

Un hombre ha resuelto constituirse en juez severo y tiene preparado un interrogatorio en forma, contundente, enérgico y sin respuesta posible; viene la mujer diciendo cuatro palabras, y se cambian los papeles repentinamente, convirtiéndose el acusador en acusado, reconociendo humildemente la falta que no ha cometido, y acabando por solicitar un perdon que no siempre se le otorga.

Durante las primeras semanas que se siguieron á esta entrevista, fué Marcelo un hombre verdaderamente dichoso.

Lazarine, fiel á sus promesas, se habia metamorfoseado de una manera tan completa que apenas la reconocia.

Encontraba el medio de no faltar á ninguna cita y no hacer esperar al teniente mas que algunos minutos.

No tenia para él mas que palabras tiernas, casi apasionadas, dejándole algunas veces entrever que en un breve plazo, mas ó menos próximo, acogeria gustosa aquella idea de matrimonio que antes habia rechazado de una manera absoluta y desdeñosa.

Ya hemos dicho que Marcelo no habia ni aun soñado una felicidad tan completa; y en medio de su conviccion se decia:

—¿A donde habríamos llegado si no hubiera yo tenido la energia bastante para tantear aquella prueba sobrehumana? Iriamos cada vez de mal en peor. Pero con la energia de mi carácter he domado á Lazarine, y á esto debo mi felicidad: á las mujeres les gusta que se las domine.... ¡Ah! ¡Si los hombres supiesen!.....

¡Pobre Marcelo!

Al hacer la marquesa el primer acto de la comedia que empezaba á desarrollar, tenia un objeto fácil de comprender, sin que tengamos necesidad de entrar en nuevos detalles.

Queria ganar tiempo, apagando en Marcelo toda desconfianza, para procurarse una libertad relativamente completa, y combinar sin obs-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

táculos el medio que, segun ella, podia devolverla su perdida independencia.

Pronto conoceremos este plan en todos sus detalles.

Ya sabemos que Lazarine recibia con grandes atenciones al príncipe de Castel-Vivant.

Desde el dia siguiente al brusco rompimiento con Marcelo Laugier, á que se siguió inmediatamente aquel simulacro de reconciliacion, la marquesa centuplicó sus atenciones para con Héctor hasta el punto de hacerse irresistible.

Queria enloquecer por completo al príncipe, que ya estaba enamorado, y por lo tanto la empresa no era muy difícil.

A los ocho dias Héctor habia reconcentrado el mundo entero en la marquesa, y para él no existia nada fuera de ella.

—Sin Lazarine—se decia en su interior,—no hay felicidad posible; es viuda y yo soy príncipe; será princesa ó pierdo mi nombre.

La marquesa formó el empeño de aumentar esta pasion estimulándola con su coqueteria.

Héctor tenia razon al suponerse amado, y deseaba ardientemente declarar su amor de una manera clara para recibir de la misma boca de su ídolo la confirmacion de sus esperanzas; pero esta ocasion no se presentaba.

Lazarine no estaba en su casa nunca sola, y cuando iba á alguna parte estaba rodeada de

una turba de gomosos, que parecia un escuadron volante de cortesanos y adoradores.

Es verdad que ella no favorecia á ninguno, y guardaba para el príncipe sus dulces sonrisas y sus miradas llenas de promesas.

Esto, aunque era mucho, no era sin embargo bastante.

Héctor solicitaba contínuamente una entrevista, y Lazarine, aunque respondia negativamente, lo hacia de una manera que no podia mortificarle.

Por último, llegó un dia en que la marquesa juzgó que el príncipe habia llegado á la situacion á que ella queria conducirle, siendo de allí en adelante un instrumento tan dócil como lo necesitaba, un ser débil, perdidamente enamorado, completamente dominado, teniendo una obediencia pasiva con una credulidad ciega, y dispuesto á obrar sin dudar, y sobre todo sin discutir.

Así es que cuando el jóven presentó de nuevo y tímidamente su súplica habitual en uno de los salones del gran mundo adonde estaba citado con Lazarine, ésta, jugando con el abanico y bajando la vista, contestó despues de algunos segundos de aparente vacilacion:

—¿Pero tanto os importa el hablarme sin testigos, querido príncipe?

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Qué si me importa!—dijo Héctor con un acento que estaba lleno de elocuencia.

—¿Teneis cosas muy importantes y misteriosas que decirme?

—Para mí muy importantes, sí, señora; pero vos sola debeis escucharlas.

—No sé si debo.... dudo.....

—¿Dudais? ¿Por qué?

—Porque os aseguro que me dais un poco de miedo.

—¿Qué os doy miedo? Es imposible.

—¡Oh! me acuerdo que en otro tiempo érais muy atrevido, demasiado atrevido.... ¡oh, mucho!

—Pero bien sabeis el cambio que en mí se ha operado de entonces acá; es verdad que entonces era atrevido, pero no lo es menos que hoy tiemblo en vuestra presencia, y que apenas me atrevo á tocar vuestra mano.

—¿De verdad es así, querido príncipe?

—¡Si es verdad! ¿me preguntais si es verdad? No debeis dudarlo.

—¿Segun eso puedo concederos sin temor una audiencia de diez minutos?

—¿Y qué es lo que se puede decir en diez minutos?

—Sean veinte; ya veis que soy espléndida—dijo Lazarine sonriendo,—¿pero sereis prudente y muy dócil cuando me parezca larga la visita, sin insistir en prolongarla?

—Lo prometo; mi felicidad estriba en obedeceros.

—Parece que decís verdad y quiero creerlo, soy buena, quizá demasiado buena, y voy á ceder. Oidme, mañana voy á casa de la princesa Alvinzi.

—Iré allá—dijo Héctor con viveza.

—Al contrario, no vayais—contestó la marquesa.

—¿Por qué?

—Porque estaré allí un momento solamente, y si os salís al mismo tiempo que yo podrá esto llamar la atencion.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Vais á saberlo. Iré á casa de la princesa á las nueve, y estaré de vuelta á las diez, diciendo que recibo. Venid á las diez y media y tomaremos una taza de té.

—Pero si decís que recibís no vamos á estar solos—balbuceó Héctor.

—Naturalmente, pero tenen en cuenta que es una órden que doy únicamente en mi casa, y que os importa muy poco el que mañana esté abierta mi casa por la noche para mi amigos, puesto que estos no han de venir.

—Pero ¿y si á pesar de eso viniese alguno?

—Lo recibiria; pero nos desquitaria otro dia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de nuestra interrumpida conversacion. La consigna que reciben mis criados y las puertas abiertas, cubren las apariencias. La marquesa de la Tour du Roy, querido príncipe, es como la mujer de Cesar.... no debe dar lugar á dudas.

—Teneis razon, como siempre.

—Ya lo sé que tengo razon; pero ya hemos hablado mas tiempo del que es conveniente; allí hay dos señoras que están cuchicheando, y que con seguridad hacen comentarios. Saludadme y no os ocupeis mas de mí. Hasta mañana á la noche.

—Hasta mañana, señora marquesa—murmuró Héctor inclinándose ante Lazarine, abandonando el salon con el corazon lleno de alegria y diciendo para sí:

—Mañana á la noche me habrá prometido ser muy pronto princesa de Castel-Vivant.

XLVII

Al volver de casa de la princesa Alvinzi, habia dicho Lazarine:

—Recibo.

El tiempo estaba algo frio, y un fuego vivo ardia en la chimenea del salon principal, iluminado profusamente.

Lasarine dejó caer en una butaca su abrigo de piel de zorra azul, y se sentó pensativa cerca del fuego.

Se disponia á jugar una partida decisiva, en la que iba apostada un título de princesa, una fortuna colosal y la rotura de una cadena que se le hacia insoportable.

Era preciso ganar, y ganar á mansalva con las cartas del contrario; pero la credulidad humana tiene sus límites, y era muy posible que Héctor, por muy enamorado que estuviera, no creyese las cosas inverosímiles que iba á contarle.

La jóven tenia casi siempre una completa confianza en sus fuerzas, y sin embargo, aquella noche sentia una vaga inquietud y una desconfianza que la mortificaba.

Se esforzaba en desechar estos sobresaltos, y murmuraba:

—¿Quién duda del éxito? está ya medio vencido de antnmano; ¡necesito vencer y venceré! El príncipe me ama y tendrá que creerme.... ¡Marcelo creyó que yo perdonaba!

Abandonó su asiento, y colocándose delante de un espejo se sonrió contemplando su imágen, y añadió:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de nuestra interrumpida conversacion. La consigna que reciben mis criados y las puertas abiertas, cubren las apariencias. La marquesa de la Tour du Roy, querido príncipe, es como la mujer de Cesar.... no debe dar lugar á dudas.

—Teneis razon, como siempre.

—Ya lo sé que tengo razon; pero ya hemos hablado mas tiempo del que es conveniente; allí hay dos señoras que están cuchicheando, y que con seguridad hacen comentarios. Saludadme y no os ocupeis mas de mí. Hasta mañana á la noche.

—Hasta mañana, señora marquesa—murmuró Héctor inclinándose ante Lazarine, abandonando el salon con el corazon lleno de alegria y diciendo para sí:

—Mañana á la noche me habrá prometido ser muy pronto princesa de Castel-Vivant.

XLVII

Al volver de casa de la princesa Alvinzi, habia dicho Lazarine:

—Recibo.

El tiempo estaba algo frio, y un fuego vivo ardia en la chimenea del salon principal, iluminado profusamente.

Lasarine dejó caer en una butaca su abrigo de piel de zorra azul, y se sentó pensativa cerca del fuego.

Se disponia á jugar una partida decisiva, en la que iba apostada un título de princesa, una fortuna colosal y la rotura de una cadena que se le hacia insoportable.

Era preciso ganar, y ganar á mansalva con las cartas del contrario; pero la credulidad humana tiene sus límites, y era muy posible que Héctor, por muy enamorado que estuviera, no creyese las cosas inverosímiles que iba á contarle.

La jóven tenia casi siempre una completa confianza en sus fuerzas, y sin embargo, aquella noche sentia una vaga inquietud y una desconfianza que la mortificaba.

Se esforzaba en desechar estos sobresaltos, y murmuraba:

—¿Quién duda del éxito? está ya medio vencido de antnmano; ¡necesito vencer y venceré! El príncipe me ama y tendrá que creerme.... ¡Marcelo creyó que yo perdonaba!

Abandonó su asiento, y colocándose delante de un espejo se sonrió contemplando su imágen, y añadió:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Quién podrá resistirme? estoy demasiado hermosa esta noche para no triunfar por completo.

Bien es verdad que en este momento era maravillosa la hermosura de la marquesa.

Aunque el año de luto habia terminado hacia algun tiempo, Lazarine vestía de negro por conveniencia.

Las reuniones de la princesa de Alvinzi no tenian el carácter de baile, y eran puramente íntimas, aunque muy numerosas.

El severo traje de la marquesa no habia estado por lo tanto fuera de carácter en aquel salon, y por el contrario, era de los mas elegantes.

Una pañoleta de tul negro bordada con azabaches, subia hipócrita mas bien que castamente hasta el cuello, dejando ver con su trasparencia la exquisita redondez de su garganta y las suaves líneas de su espalda, cuya nívea blancura resaltaba doblemente, aprisionada en aquella red. Los brazos, cuya forma incomparable hemos descrito mas de una vez, estaban completamente desnudos, sin mas adorno que siete ú ocho brazaletes esmaltados en negro y guarnecidos de diamantes, que llevaba en la muñeca izquierda.

Lazarine, como siempre, iba peinada de una

manera maravillosa, sin que el arte entrase para nada en su peinado.

La doncella se concentraba á desenredarlo únicamente, y ella sola se los arreglaba con sus dimunutas manos, sujetándolos con grandes horquillas de una manera inimitable.

El famoso Leonard ó el mas hábil de sus sucesores no habria podido obtener el precioso resultado de aquel hermoso desórden.

Aquella noche parecia que el menor movimiento haria caer su cabello por la espalda.

No puede imaginarse un conjunto de mujer mas sencillo ni mas provocativo.

Impulsada Renée por los celos, la habia definido un dia diciendo que Lazarine producia mareos.

No nos extrañará, por lo tanto, que la veamos sonreir mirándose, y que, llena de un orgullo justificado, se dijera:

—¿Qién podrá resistirme?

Con solo haberla visto, habria sido preciso responder:

—Nadie.

Dieron las diez y media.

Al mismo tiempo se oyó pararse un coche á la puerta y sonó el timbre.

—¡Ya está ahí!—pensó Lazarine.

Al cabo de medio minuto se abrió la puerta del salon y anunció el ayuda de cámara:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—El señor príncipe de Castel-Vivant.

—Buenas noches, querido príncipe—dijo la marquesa tendiendo la mano al recien venido, mientras que el criado echaba un leño al fuego.—Sin duda pasábais por casa y habeis visto luz, y habeis subido por eso, porque no estábais esta noche en casa de la señora Alvinzi. Acabo de llegar, porque vá á venir mi padre con dos ó tres amigos.... Tomareis conmigo una taza de té. ¡Bautista, té!

El ayuda de cámara salió.

Héctor, inclinado delante de Lazarine, no habia podido decir una palabra ante aquel desbordamiento de la marquesa, y apoyó sus labios sobre la mano que aquella le habia presentado.

—¡Qué hermosa estais esta noche! —balbuceó.

—¿Mas que de ordinario?—preguntó la jóven riéndose.

—Sí, siempre mas que la víspera.

—¿Y cuando terminará eso?

—Nunca.

—Sois muy bromista al decir eso en sério.

—En este momento hablo muy en sério y digo lo que pienso.

—¿Y cuando envejeceré?

—Eso en vos no es posible; id si no al Museo. ¿Son viejas las mujeres de Rafael y del Ticiano?

—No me cuesta ningun trabajo creerlo porque están pintadas, y yo no me pongo ni aun polvos de arroz.

—Ya sabeis que la señorita Lenclós era muy hermosa á los ochenta años.

—Tengo veinte años.... hablaremos dentro de sesenta años, y por ahora basta de locura. Ya veis que os he cumplido mi palabra y que estamos solos.

—Sois adorable.... pero ¿permaneceremos solos?

—Es lo mas probable, puesto que nadie sabe que me he quedado en casa; ¿quién quereis que venga aquí en veinte minutos que nos quedan?

—¡Qué cruel sois!

—Está bien; ¡hace un momento que era adorable! ¿de qué os quejais? En veinte minutos se pueden decir muchas cosas.

El ayuda de cámara volvió á entrar, trayendo sobre una bandeja una tetera y un azucarero de plata sobredorada, tazas de Sajonia y un frasco de rom, emparedados y demas accesorios indispensables.

—Voy á serviros—dijo Lazarine.

Despues, cuando se fué el ayuda de cámara, continuó á la vez que miraba el reloj:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No quiero tener en cuenta el tiempo que hace que estais aquí; pero ahora empiezan los veinte minutos. Espero esas revelaciones de tanta importancia de que me hablábais ayer.

Héctor se quedó sobrecogido.

—¿Como quereis que os hable si parece que os burlais de mí?

—Me guardaria muy bien de hacerlo, querido príncipe.

—Y sin embargo os reís.

—¿Qué quereis? Soy un poco ligera, al menos en apariencia, porque el fondo es sério; y despues de todo, la verdad es que, á pesar de vuestra vacilacion, sé lo mismo que vos, y quizá mejor, lo que vais á decirme.

—¡Como!—dijo el jóven.—¿sabeis?

—Que me queríais un poco hace mucho tiempo, en el boulevard Haussman, cuando era niña; que me amábais un poco mas, hace dos años, en el castillo de la Tour du Roy, cuanda era jóven, y que, por último, hoy, que soy vieja y viuda, me amais mucho mas.

Héctor se puso encendido.

—Así, pues—contestó con exaltacion,—¿sabeis que os adoro y que no he cesado nunca de perteneceros por completo?

—Perdonad, querido príncipe—interrumpió Lazarine con aquella gracia un poco burlona que la hacia irresistible,—no estamos de acuerdo por completo. En esa pasion tan grande que habeis sentido por mí, ha habido muchos entreactos en que pensábais en otra cosa muy distinta de mi escaso mérito: pero no tomeis esto por un reproche, porque al fin y al cabo volveis á mí, que es lo principal.

—Lazarine—continuó Héctor con doble vehemencia,—en esos mismos entreactos llenaba mi pensamiento vuestra imágen sin abandonarme nunca; y si yo no hacia por volveros á ver, era porque cuando vuestra presencia no me fascinaba, comprendia entonces que era muy grande la distancia que nos separaba y no me atrevia á traspasarla.

—Y sin embargo lo intentásteis y os atrevísteis á mucho.

—Vuestras miradas me enloquecian y me olvidaba que no era nada; pero hoy, Lazarine, todo ha variado: hoy existo, soy algo y soy libre, y solamente una cosa puede separarnos.

—¿Cual?

—Vuestra voluntad. De vos pende el que sea el mas feliz de los hombres ó el mas desgraciado.... ¿Me amais?

—¿Es acaso una confesion terminante la que me exigís—murmuró la jóven bajando la vista y haciendo un alarde de pudor que la hacia encantadora.

—Sí; es una confesion.... ¿Por qué no ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

beis de hacerla? ¿Por qué habeis de dudar... Sabeis perfectamente que á mi amor va unido un respeto profundo.... el pobre artista no tenia nada que ofreceros mas que su corazon.. el príncipe de Castel-Vivant pone á vuestros piés su nombre; ¿quereis aceptarlo?

Al pronunciar estas palabras, estaba Héctor muy conmovido y con una rodilla doblada.

Lazarine se acordó en aquel momento del marqués de la Tour du Roy, cuando tambien de rodillas le pedia su mano.

—¡Ah!—dijo llena de orgullo,—soy omnipotente por la belleza; viejos y jóvenes me rinden igual homenaje.... si aún existieran reyes, ¡yo seria reina!

Despues dijo en vos alta:

—¡Levantaos! ¡pensad en lo que dirian si entrase alguien!

Héctor obedeció, balbuceando al mismo tiempo.

—No me habeis respondido.

La marquesa fijó en el jóven una mirada prolongada que, penetrando hasta lo mas profundo de su corazon, le produjo la turbacion mas intensa y mas dulce que haya podido experimentar criatura humana.

Al mismo tiempo la fisonomia de Lazarine tomaba un aire de verdadera seriedad.

—Respondedme—dijo el príncipe,—os suplico que me respondais.

—¡Héctor!—dijo la marquesa con vos conmovida,—lo que me pedís es algo mas que una respuesta, es una confesion, ¿quereis que hable? pues bien, hablaré; voy á haceros mi confesion.

XLVIII

—Vos me creeis indiferente, frívola, excéntrica y ligera—empezó á decir Lazarine,—algunas veces llego á persuadirme que soy todo esto, y sin embargo no tengo mas que la apariencia. Os han dicho que yo he vivido siempre para el orgullo y para el placer, sacrificando la felicidad íntima á las exigencias del lujo y á los goces de la vanidad; vos lo habeis creido, y habeis hecho muy bien, porque todo me acusa; pero, á pesar de la evidencia, os equivocábais al juzgarme de esa manera.

—¡Pero si yo no me he permitido nunca juzgaros!—contestó Héctor vivamente,—yo no os acuso de nada, porque todo en vos me parece perfecto, y nunca ha pasado por mi imagina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

beis de hacerla? ¿Por qué habeis de dudar... Sabeis perfectamente que á mi amor va unido un respeto profundo.... el pobre artista no tenia nada que ofreceros mas que su corazon.. el príncipe de Castel-Vivant pone á vuestros piés su nombre; ¿quereis aceptarlo?

Al pronunciar estas palabras, estaba Héctor muy conmovido y con una rodilla doblada.

Lazarine se acordó en aquel momento del marqués de la Tour du Roy, cuando tambien de rodillas le pedia su mano.

—¡Ah!—dijo llena de orgullo,—soy omnipotente por la belleza; viejos y jóvenes me rinden igual homenaje.... si aún existieran reyes, ¡yo seria reina!

Despues dijo en vos alta:

—¡Levantaos! ¡pensad en lo que dirian si entrase alguien!

Héctor obedeció, balbuceando al mismo tiempo.

—No me habeis respondido.

La marquesa fijó en el jóven una mirada prolongada que, penetrando hasta lo mas profundo de su corazon, le produjo la turbacion mas intensa y mas dulce que haya podido experimentar criatura humana.

Al mismo tiempo la fisonomia de Lazarine tomaba un aire de verdadera seriedad.

—Respondedme—dijo el príncipe,—os suplico que me respondais.

—¡Héctor!—dijo la marquesa con vos conmovida,—lo que me pedís es algo mas que una respuesta, es una confesion, ¿quereis que hable? pues bien, hablaré; voy á haceros mi confesion.

XLVIII

—Vos me creeis indiferente, frívola, excéntrica y ligera—empezó á decir Lazarine,—algunas veces llego á persuadirme que soy todo esto, y sin embargo no tengo mas que la apariencia. Os han dicho que yo he vivido siempre para el orgullo y para el placer, sacrificando la felicidad íntima á las exigencias del lujo y á los goces de la vanidad; vos lo habeis creido, y habeis hecho muy bien, porque todo me acusa; pero, á pesar de la evidencia, os equivocábais al juzgarme de esa manera.

—¡Pero si yo no me he permitido nunca juzgaros!—contestó Héctor vivamente,—yo no os acuso de nada, porque todo en vos me parece perfecto, y nunca ha pasado por mi imagina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion el menor asomo de crítica que pueda empañar mi admiracion sin límites.

—Os suplico que no me interrumpais, querido príncipe—dijo la marquesa sonriéndose,—me hace falta algun valor para no ocultaros nada, y no quisiera que me hiciéseis vacilar.

Pareció como que meditaba por espacio de algunos momentos, y despues continuó:

—Nunca he sido completamente feliz; mi padre es una excelente persona que nos queria á su manera á mis hermanas y á mí, consistiendo su sistema en no ocuparse nunca de nosotras, dejándonos en absoluta libertad para tener todo género de caprichos; aquella existencia vacia y ruidosa, de movimiento y de brillo, la sola posible para mí, reemplazaba muy mal, os lo aseguro, la vida tranquila y serena del hogar, junto á una madre cuidadosa y severa, con ternura, que era la que yo habria deseado; pero desgraciadamente no teniamos madre.

La marquesa se detuvo para enjugar furtivamente una lágrima que vacilaba en sus párpados.

Héctor estaba verdaderamente conmovido, y hubiera deseado recoger en sus labios aquella lágrima caída de los ojos de un ángel.

La jóven continuó:

—Llegó un dia en que mi padre amaneció arruinado y nos fuimos al campo para reemplazar aquella vida de movimiento por una existencia exageradamente monótona, sucediéndose el fastidio á la fatiga. Ganaba muy poco en este cambio, y no habia ningun motivo para felicitarme de ello.

En esta época, el marqués de la Tour du Roy se prendó de lo que han dado en llamar mi belleza, y pidió mi mano.

Me resistí con todas mis fuerzas.

La idea de union con un anciano siendo yo una niña completamente, me sublevaba; pero mi padre, empleando capciosos razonamientos, acabó por triunfar de mi repugnancia.

Aquella union debia darme una fortuna, un nombre ilustre y una posicion magnífica, segun decia, y la verdad es que, despues de todo, tenia razon, puesto que se trataba de una mujer sin dote.

Sin embargo, la lucha fué larga, aunque el éxito no era dudoso..... cedí..... líbreme Dios de ofender en lo mas mínimo la memoria de aquel que bajó á la tumba acompañado de todo mi respeto.

El marqués fué para mí muy bueno, sin que se desmintiera ni su bondad un solo instante desde el dia de nuestra union hasta el de su muerte.

El único defecto que tenia era su edad, y en esto no tenia la culpa verdaderamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No olvidaba nunca nada de lo que pudiera hacerme feliz, rodeándome de un lujo verdaderamente régio, que iba acompañado de una ternura apasionada en demasia, que producia en mí resultado contrario al deseado, puesto que se despertaba en mí el sufrimiento natural de un amor septuagenario que rechaba mi juventud.

Sufrí mucho en silencio, sin exhalar una queja ni un murmullo, y sin que el marqués haya podido suponer nunca lo que por mí pasaba. Pero mi conciencia me decia y me dice que cumplí con mi deber.

Quedé viuda, iba á ser madre, y era rica y libre, lo cual es decir que reunía y reuno las condiciones necesarias para una felicidad probable; pero á pesar de ello, no soy dichosa.

—No teneis mas que quererlo para serlo en adelante—exclamó el príncipe.—Tened confianza en mí, Lazarine, confiadme vuestro porvenir siendo mi esposa.... ¿quereis serlo, Lazarine? decidme que lo quereis; decidme os lo suplico.

La marquesa movió dulcemente la cabeza.

—Lo que acabais de oír no es mas que una confianza, y he hablado de una confesion; dejadme concluir.

—¿Qué importa esa confesion?—contestó Héctor con viveza,—yo no tengo necesidad de

saber nada. Amadme, eso es todo: lo demas no me importa.

—Es necesario que lo sepais—dijo la marquesa en tono de dulce mando,—es necesario, y yo lo deseo.

Héctor bajó la cabeza.

—Hablad pues—murmuró.

—Tranquilizaos—dijo la marquesa,—porque la confesion será muy corta; pero os vuelvo á suplicar que no me interrumpais cualquiera que sea vuestra impresion al escuchar mis palabras.... ¿me lo prometeis?

El principe hizo una señal afirmativa.

Lazarine continuó:

—Tendria unos diez y seis años, querido príncipe, cuando hizo la casualidad que nos viésemos en casa de mi padre si que fueseis príncipe todavia. No os diré que al veros sintiese por vos una pasion violenta; no lo creeríais tampoco, porque sabeis perfectamente que á los diez y seis años el amor es una palabra vaga que, aunque se pronuncie, no se comprende su verdadero sentido; no experimenté ninguna pasion, pero me sentí atraida por vos desde el primer momento, y conseguísteis hacer latir mi corazon infantil por primera vez y por última.... ¡Oh! es la verdad: nadie del mundo fuera de vos ha agitado mi corazon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fácilmente se puede comprender cual sería la cara de Héctor al escuchar estas palabras.

Fiel á la palabra que habia dado á Lazarine, no quiso interrumpirla para manifestarla su alegría y su reconocimiento por semejante confesion, aunque la emocion mas viva estaba reflejada en su semblante; apenas respiraba, porque le ahogaba la felicidad, y era tal el brillo de sus pupilas que habrian sido capaces de inflamar la pólvora.

—Pasaron dos años—continuó la marquesa,—y aunque no se borraba en mi mente la impresion que en mí producísteis, innegablemente iba disminuyendo; pero las palabras no son bastantes para pintar lo que pasó por mi alma cuando por segunda vez la casualidad nos puso enfrente otra vez.

Estaba casada y ya era mujer.... y conocí que os amaba, teniendo la debilidad de dejároslo comprender; los únicos momentos felices de mi vida fueron aquellos en que bajo la oscura arboleda del parque de la Tour du Roy escuchaba las frases que murmurábais en mi oído.

Entonces viví soñando algunos dias, pero debia despertar muy pronto, como en efecto sucedió.

Mi padre llegó al castillo y os reconoció; me hizo comprender que era imposible vuestra presencia en la casa de mi marido, y sin duda os habló de mi honor amenazado, exigiéndoos quizá vuestra marcha. Resistir á su voluntad no era posible, y una carta que recibí de vos solicitando para la noche una última cita, me hizo saber la triste noticia.

—A la que no fuísteis—murmuró Héctor con imperceptible acento.

—No fuí—contestó la marquesa,—y me habeis juzgado como una mujer coqueta, cruel y de corazon de hielo; ¡sed franco! ¿no habeis pensado eso?

—Sí—balbuceó el jóven,—es verdad.... me fuí desesperado.

—¡Ah!—contestó Lazarine,—¡si hubiéseis sabido lo que esa pretendida coqueta sufria en el momento en que la esperábais en vano, la habrias tenido compasion en lugar de maldecirla! ¡qué noche pasé, Dios mio! al pensar en ella me estremezco todavia; lloraba estrechando entre mis labios aquella querida carta, que desde entonces no me ha abandonado.

—¡Como! ¿todavia la conservais?—exclamó el príncipe lleno de alegria.

—¡Y no me separaré nunca de ella! Si lo deseais os la enseñaré algun dia.

La marquesa mentia de una manera descarada al decir esto.

Cinco minutos despues de haber leido con aire

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

burlon la carta de Begourde la habia quemado á la luz de la bujía, arrojándo al viento sus cenizas; pero para llegar al objeto deseado no omitia nada, y aquella audaz mentira era una pura patraña.

La marquesa continuó:

—Despues de una lucha desesperada que sostuve conmigo misma me faltó el valor, y presa de una grande agitacion nerviosa abandoné mi sitio bruscamente, diciéndome: "*Voy*", despues el sentimiento del deber habló en mí, imponiéndome silencio y haciéndome parar en el mismo umbral de la puerta, porque comprendí el inmenso peligro de esta entrevista suprema.... tenia miedo de vos y de mí, Héctor; desconfiaba de mis fuerzas, conociendo que no podria resistir á vuestras lágrimas y á mi amor. Es verdad que al escuchar vuestras palabras era ya culpable, pero aun podia mirar á mi marido sin sonrojarme; ¿habria tenido este derecho si hubiese dado un paso mas? Mujer de un hombre honrado, preferia el sufrimiento á la vergüenza y permanecer honrada. Por esto no fuí, y sin embargo os amaba bastante.... os amaba con toda mi alma.

Lazarine calló.

En un momento de fascinacion, Héctor se apoderó de una de las manos de Lazarine, estrechándola contra sus labios y exclamando:

—Yo adivinaba todo eso, adorada Lazarine, y soy feliz hoy con lo que entonces me martirizó tanto; gracias á vuestra conducta pasada, mi respeto es igual á mi amor.... os amaria menos si hubiéseis cedido.

La marquesa suspiró como tranquilizada.

—¿De modo—preguntó—que me habeis perdonado?

—Desde que una nueva situacion ha trasformado mi vida, se han elevado mis pensamientos y he comprendido que, no solamente debia perdonar vuestra conducta, sino atestiguaros una admiracion profunda, y hoy os pago este tributo. Lazarine, haced que mi dicha sea completa.... habeis dicho que me amábais en el castillo de la Tour du Roy.... decid que me amais siempre.

—Siempre y mas todavia—respondió la marquesa con trémula vos, tapándose la cara con ambas manos para ocultar un pudor imaginario.

—Pero si eso es verdad—contestó Héctor ébrio de felicidad,—¿consentís en ser princesa de Castel-Vivant?

—¿Qué me importa ser princesa?—murmuró Lazarine desdeñosamente,—¿para qué necesito un nuevo título? La única alegria, la solo verdadera, completa, inmensa, seria el ser vuestra esposa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Mi esposa?—repitió el príncipe materialmente loco,—¡mi esposa! ¡mi adorada esposa! Quereis serlo, ¿verdad? Decid que sí, Lazarine; en el momento que lo hayais dicho, corro á la alcaldía, para que se publiquen mañana los edictos.

La marquesa volvió á mover la cabeza.

—¡Ah!—dijo.—eso es imposible.

—Comprendo mal, ó mejor dicho no comprendo nada—contestó Héctor con viveza,—¿qué es imposible?

—Nuestro casamiento.

El jóven se puso pálido y trató de sonreirse, queriendo tranquilizarse.

—¡Y yo que habia tomado en sério vuestra respuesta!—murmuró Héctor,—ahora veo que que os chanceábais.... sois viuda, sois libre, puesto que no dependeis de nadie, y no teneis necesidad de ningun consentimiento mas que el vuestro; ¿por qué es entonces imposible nuestro casamiento?

La marquesa alzó la cabeza.

—Héctor—dijo,—mi confesion no ha concluido.... no lo sabeis todo.

—¡Dios mio! ¿qué hay entonces?

—Escuchad.

XLIX

Lazarine, con la frente inclinada, ocultó su rostro entre sus manos, pareciendo reflexionar algunos momentos.

¡Hay mujeres que tienen el don de llorar!

El príncipe sintió oprimírsele el corazon.

—Dos meses despues de vuestra partida del castillo—continuó la marquesa con una voz que parecia embargada por la emocion mas profunda,—me llevó el marqués á Italia, con mi hermana Renée; acepté con alegria este viaje porque estaba triste (ya conoceis por qué), y tenia necesidad de distraerme; esperaba olvidar, y para ello hacia lo posible, porque tras el olvido vendria el reposo.

Ya veis que os hablo con sinceridad y sin rodeos.

En las diferentes poblaciones que recorrimos durante aquel viaje, recibiamos numerosas invitaciones y tratábamos mucha gente.

Mi marido me presentó en Venecia á un jóven francés á quien conocia hacia mucho tiempo, llamado Marcelo Laugier.

Este jóven no pertenecia á nuestro círculo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por su nacimiento, pero era bastante rico, tenia muy buena educacion y habia sido oficial condecorado del ejército.

El marqués recibia de una manera muy favorable al señor Laugier, pensando en que éste era un buen partido para mi hermana, carecia completamente de fortuna.

Desgraciadamente Renée no gustó al señor de Laugier, que, mas desgraciadamente todavia, se enamoró de mí, y empezó á hacerme la corte; pero de una manera tan discreta y tan respetuosa, que no lo notaron ni mi marido ni mi hermana.

¿Tengo necesidad de decirlo? yo no queria al senor Laugier, ni podia amarle; pero soy mujer, y á pesar mio me sentia halagada en mi orgullo por la victoria que alcanzaba sobre mi hermana, cuya belleza es indiscutible.

Me estoy confesando, querido príncipe, y toda confesion entraña la idea de una falta cometida; ésta existe, y aunque sea venial, sus consecuencias son terribles.

La pasion del señor Laugier me entretenia. Era una distraccion mas fuerte que las otras y que yo suponia que no podia exponerme á ningun peligro; dejaba por lo tanto que siguiera haciéndome la corte: quizá fuí un poco coqueta dándole vagas esperanzas, aunque os juro que bien resuelta á no realizarlas nunca.

Vos me ronoceis, Héctor, y sabeis perfectamente que he llevado mi obediencia al deber hasta el heroismo, dejando sin respuesta vuestra carta y rehusando asistir á vuestra última cita. Creo por lo tanto inútil afirmar que no ha obtenido nada de mí el señor Laugier, y que únicamente puede vanagloriarse del favor de haberle consentido que me bese la mano.

Al menos por mi parte, nunca llegó á pasar esta intriga inocente los límites de los mas sencillos galanteos. No tomaba en sério la pasion del ex-oficial de húsares, y estaba plenamente persuadida de que el dia en que me disgustasen estas coaversaciones no tendria que decir mas que una sola palabra para que todo terminase.

Ya iba á pronunciarla cuando el marqués decidió llevarnos á Francia, diciendo que ya habiamos estado bastante tiempo en Venecia.

Creí entonces que esta separacion lo terminaria todo, y me puse contenta.

Pero el Sr. de Laugier no opinaba lo mismo, y en lugar de quedarse en Italia, segun habia manifestado anteriormente decidió seguirnos.

Mi marido le recibió cortesmente en el castillo de la Tour du Roy, llegando á ser uno de nuestros mas constantes visitadores.

Mi hermana vivia en Hojas-Verdes con mi padre, sin que por esto se mostrase el jóven

asíduo con ella, lo cual debia haber abierto los ojos el marqués; pero no fué así: los maridos en esto dicen que se parecen siempre.... ¡todos ciegos!

La soledad de una casa espaciosa y las mil revueltas de un parque inmenso; son mucho mas favorables á empresas galantes que una ciudad bien poblada

A cada una de las frecuentes visitas del señor Laugier parecia que protegia el genio de la casualidad para hacer que se encontrase á solas conmigo: abusaba de esta situacion para hacerme mil ardientes declaraciones que no conseguian conmoverme, pero que me iban siendo enojosas.

De dia en dia iba adquiriendo mas libertad. no en sus actos, porque no lo habria nunca consentido, pero sí en sus palabras, que me veia obligada á escuchar.

Para concluir, llegó á ser tan molesto y tan inoportuno que estuve veinte veces para decir al marqués:

—Libertadme de ese falo amigo que trata de faltaros en vuestras mismas narices. Pero no me atrevia.

El señor de la Tour du Roy, á pesar de sus años, era valiente como el mejor de sus antepasados, y seguramente habria expresado su

disgusto de una manera tan brusca que habria sobrevenido un lance.

La sola idea de un encuentro entre mi marido y el ex-oficial, me hacia temblar.

Escudado con este silencio, que él tomaba, si no por un consentimiento, al menos por una especie de complicidad moral, el señor Laugier multiplicaba sus visitas y me asediaba con cartas, que siempre tenian por respuesta el silencio; pero este silencio no le desalentaba.

No tengo palabras bastantes para haceros comprender todo cuanto yo sufrí en este período de vida.

—¡Ah! querida Lazarine—murmuró el príncipe,—lo comprendo perfectamente y os compadezco con toda mi alma.

—Gracias, Héctor; ¡qué bueno sois!

—No soy bueno, os amo; concluid, os lo suplico.

La marquesa continuó:

—Una catástrofe imprevista vino á trastornar mi existencia de repente. El noble anciano que me habia dado su nombre y á quien yo atestiguaba un respetuoso y filial cariño, cayó mortalmente herido.

Me quedé viuda.

¿No es verdad que debia entonces suponer que el aislamiento en que me colocaba mi viudez me pondria al abrigo de las pretensiones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del señor Laugier? Yo no recibia á nadie, excepcion hecha de mi padre, mis dos hermanas y mi cuñado el conde de Gordes. ¿Era posible suponer que hubiese nadie tan atrevido que quisiera violentar una consigna tan sagrada?

El señor Laugier lo hizo.

Seguro de antemano de que no seria recibido, no se presentó en el castillo, encontrando el medio de penetrar en el parque para llegar hasta á mí, sin respetar las conveniencias y despreciando mi reputacion, que podia comprometer lastimosamente.

Unicamente cuando le amenacé con denunciar su conducta á mi cuñado, fué cuando puso término á sus atrevimientos.

Me vine á Paris y abrí mis salones, siéndome imposible cerrar la puerta á un hombre á quien el marqués recibia tan cordialmente. Habrian buscado la causa de semejante acto, que nada explicaba aparentemente, y yo no queria los comentarios.

Entonces, y todavia mucho mas que en aquel tiempo pasado, el señor de Laugier se convirtió en mi pesadilla, en mi azote y en mi perseguidor.

Cuando recibia en mi casa, llegaba el primero y se marchaba el último, y en la calle me seguia por todas partes sin cesar, encontrándole siempre en mi camino.

Esto era odioso.... intolerable.... empezaba á sentir los primeros síntomas de una enfermedad nerviosa, y era necesario poner un término á aquella situacion.

Concedí al señor Laugier una entrevista á solas, y en este mismo salon en que estamos, provoqué una explicacion necesaria, que supuse inocentemente que seria la última.

Le dije clara y terminantemente sin ningun rodeo que no le amaba, que no le habia amado y que no podia amarle nunca; le supliqué que cesara en sus persecuciones, puesto que no podian conducir á nada mas que á turbar mi reposo y á hacerme desgraciada.

Un caballero, en semejantes condiciones, no tenia mas que un solo partido que tomar, ¿no es verdad? obedecer y retirarse.

—Ciertamente—exclamó el príncipe.

—Pues el señor Laugier, que seguramente no es un caballero, pensó de distinto modo—continuó diciendo Lazarine con amargura,—y tuvo la audacia de contestarme diciendo que tenia sobre mí derechos imprescriptibles. Al preguntarle yo llena de espanto en qué consistian esos derechos, me contestó acusándome de haber provocado y avivado su amor con mis coqueterias y con las esperanzas que le habia dado, y que equivalian á un compromiso formal; negué llena de indignacion, sublevándome

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contra una mentira tan descarada, y entonces me contestó lleno de sangre fria las palabras textuales que vais á oir, y que quedaron impresas en mi memoria:

—"*Teneis por conveniente, señora, el romper hoy un compromiso que encontrais pesado, y quereis sustraeros á las consecuencias del tiempo pasado; pero yo no acepto ese capricho, y no quiero abdicar ninguno de mis derechos. Sois viuda, disponeis de vuestra persona, y he decidido que seais mi mujer.*"—Yo exclamé: "Nunca," y él me contestó: "*Es verdad que yo no puedo imponeros un matrimonio para el cual se necesita vuestro consentimiento, pero está en mis manos el obligaros haciéndole necesario..... Tendreis que escoger entre una viudez eterna y yo.... si no me amais, tampoco amareis á nadie, y si no soy vuestro marido, tampoco lo sereis de nadie; y como no quiero ser burlado, os estaré siempre vigilando de cerca para que me encuentre en su camino cualquiera que pretenda haceros el amor y casarse; provocaré y mataré uno á uno todos vuestros adoradores, y llegareis á estar defendida admirablemente por una barricada de cadáveres. A vos, señora, os toca ahora ver si, como las divinidades del viejo Olimpo, quereis sonreir á víctimas inocentes que serán sacrificadas en vuestro honor.*"

Héctor interrumpió á Lazarine.

—El hombre que os hablaba así—exclamó—es un miserable.

—¡Ah! —murmuró la marquesa, —¡bien sabe Dios que creo lo mismo!

—¿Qué respondísteis?

—Nada. ¿Qué podia yo responder? Con aire desdeñoso dije: ¡Salid!

—¿Y qué hizo él?

—Despues de saludarme con una sonrisa que aún está impresa en mi mente, se dirigio hácia la puerta, volviéndose al llegar á ella y diciéndome siempre sonriendo: *Acordaos bien, señora marquesa, porque yo no lo olvidaré.*

—¿Cuanto tiempo hace de esto?

—Seis semanas próximamente.

—¿Y despues?

—El señor Laugier no ha vuelto, pero su amenaza no es una palabra vana. Siento y adivino en mi derredor una vigilancia oculta, siendo innegablemente mis criados, comprados por este hombre, los que son mis espías.

—¿Y—preguntó el príncipe despues de un silencio—entre vos y él no ha habido nunca nada mas que lo que habeis dicho? ¿Inocentes coqueterías por parte vuestra? ¿Imprudente persecucion por la suya?

Lazarine juntó sus manos y supo dar á su rostro un aire de profunda pena.

—Amigo mio—preguntó con voz ahogada,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fijando su mirada sobre la de Héctor,—¿es que dudais de mí?

—¡Dios me libre de ello! Unicamente queria saber si habíais olvidado alguna cosa.

—Nada. Ya veis que tenia razon.... Nuestro sueño no puede realizarse porque nuestro casamiento es imposible.

—Yo no veo nada de eso—contestó el jóven,—y por el contrario, la situacion me parece la mas sencilla del mundo.

L

—¡La situacion os parecece la mas sencilla del mundo!—repitió Lazarine, fingiendo admirablente una sorpresa que no sentia.

—Ciertamente—contestó Héctor.

—¡Pero entonces no me habeis comprendido!

—Os he comprendido perfectamente. El señor Laugier, á quien un violento amor puede servir de circustancia atenuante, pero no de excusa, os amenaza con provocar y desafiar al que trate de ocupar en vuestro corazon un sitio que quiere para él solo; este proceder no corresponde seguramente á un caballero, aunque

demuestra un hombre enamorado con locura. Pues bien; para salir del atolladero, lo único que hace falta es dar al señor Laugier la leccion que se merece, y si esta le cura para siempre de sus resabios de tirania y pone luto en su familia, será suya la culpa y á mí no me quedará ningun remordimiento.

—¿Pensais en provocarlo?—exclamó la marquesa.

—¡Pues claro está que pienso! Y lo haré lo mas pronto que sea posible.

—¡Un duelo! ¡nunca! Héctor, os prohibo batiros!

—Adorada Lazarine—contestó el jóven sonriendo,—tendré un verdadero pesar en desobedeceros.

—¿Y si yo os suplicase?

—Lo haríais en vano.

—¿Y si os lo pidiera de rodillas?

—Resistiaria á vuestras lágrimas lo mismo que á vuestras súplicas.

—Pero eso sería arriesgar vuestra vida.

—Cien veces mas expuesta la tengo no batiéndome; ¿acaso puedo yo vivir sin vos? ya sabeis que nó.

—Pensad que ese hombre ha sido soldado.

—¿Qué me importa esto?

—Debe conocer á fondo el manejo de las armas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fijando su mirada sobre la de Héctor,—¿es que dudais de mí?

—¡Dios me libre de ello! Unicamente queria saber si habíais olvidado alguna cosa.

—Nada. Ya veis que tenia razon.... Nuestro sueño no puede realizarse porque nuestro casamiento es imposible.

—Yo no veo nada de eso—contestó el jóven,—y por el contrario, la situacion me parece la mas sencilla del mundo.

L

—¡La situacion os parecece la mas sencilla del mundo!—repitió Lazarine, fingiendo admirablente una sorpresa que no sentia.

—Ciertamente—contestó Héctor.

—¡Pero entonces no me habeis comprendido!

—Os he comprendido perfectamente. El señor Laugier, á quien un violento amor puede servir de circustancia atenuante, pero no de excusa, os amenaza con provocar y desafiar al que trate de ocupar en vuestro corazon un sitio que quiere para él solo; este proceder no corresponde seguramente á un caballero, aunque

demuestra un hombre enamorado con locura. Pues bien; para salir del atolladero, lo único que hace falta es dar al señor Laugier la leccion que se merece, y si esta le cura para siempre de sus resabios de tirania y pone luto en su familia, será suya la culpa y á mí no me quedará ningun remordimiento.

—¿Pensais en provocarlo?—exclamó la marquesa.

—¡Pues claro está que pienso! Y lo haré lo mas pronto que sea posible.

—¡Un duelo! ¡nunca! Héctor, os prohibo batiros!

—Adorada Lazarine—contestó el jóven sonriendo,—tendré un verdadero pesar en desobedeceros.

—¿Y si yo os suplicase?

—Lo haríais en vano.

—¿Y si os lo pidiera de rodillas?

—Resistiaria á vuestras lágrimas lo mismo que á vuestras súplicas.

—Pero eso sería arriesgar vuestra vida.

—Cien veces mas expuesta la tengo no batiéndome; ¿acaso puedo yo vivir sin vos? ya sabeis que nó.

—Pensad que ese hombre ha sido soldado.

—¿Qué me importa esto?

—Debe conocer á fondo el manejo de las armas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Os aseguro que me es igual.

—¿Os habeis batido alguna vez?

—Nó. Ya veis. Ha sido por falta de ocasion; principio quieren las cosas.

—¿Pero sabeis manejar las armas?

—Estudio esgrima hace algun tiempo, y mi profesor está contento de mí. En la pistola estoy bastante fuerte; y ademas, aunque no hubiese cogido nunca el florete ni disparado jamas un tiro, me batiria lo mismo de muy buena gana.

—¿De modo que nada puede haceros variar de resolucion?

—Nada.

—¡Entonces cedo, os admiro y.... os amo! ¡Ah! sois un verdadero príncipe, no solo por vuestro título, sino tambien por vuestro valor; combatid por mí, Héctor mio, y conquistad con la punta de vuestra espada la que vá á ser vuestra esposa.

—¿Y como no he de ser vencedor con semejante recompensa en perspectiva?

—Lo sereis, me lo dice el corazon.

—Acepto el augurio—dijo Héctor sonriéndo.

—¿Pero como vais á provocar á ese hombre?

—De la manera mas natural: me iré derecho á él y le diré: *Sois el señor de Laugier y yo soy el príncipe de Castel-Vivant. La marquesa de la Tour du Roy, á quien amo y que me ha hecho el honor de aceptar mi cariño, se queja de ciertos procedimientos, por los cuales vengo á pediros cuenta; os creeis caballero y habeis sido soldado, con este doble título no querreis recibir un insulto públicamente; arreglemos este asunto como debe hacerse.* Nos decimos los nombres de nuestros padrinos y ya está; ¿no es verdad?

—¡Dios mio! ¡no penseis en eso de ninguna manera!—exclamó Lazarine.

—¡Como!—preguntó el jóven muy desconcertado con esta situacion.

—¿Quereis—cotestó la marquesa—comprometer de una manera irreparable á la futura princesa de Castel-Vivant? Mi nombre no debe mezclarse en este asunto, porque, de lo contrario, el mundo, que siempre está ávido de escándalo y que siempre juzga por las apariencias, dirá que semejante duelo ha sido entre dos amantes de la marquesa de la Tour du Roy, quedando deshonrada, cualquiera que fuere su resultado; ¿no comprendeis?

—¡Ah! demasiado que lo comprendo; esto es una desgracia, pero es una desgracia que es inevitable; el señor Laugier y yo somos desconocidos uno de otro; ¿qué pretexto puede haber para provocarle sin pronunciar vuestro nombre?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lazarine se encogió de hombros.

—Vuestra pregunta me suministra la respuesta—contestó la marquesa,—habeis dicho pretexto, y quien dice *pretexto* quiere decir motivo imaginario. ¿Sois tan pobre de imaginacion que no se os ocurra hallar un pretexto para buscar una querella en la cual él sería el primero que estaria engañado? Mientras mas fútil sea este pretexto, será mucho mejor.

Héctor se puso á pensar.

—Seguramente que eso es muy posible—dijo al cabo de rato,—pero no encuentro el motivo de una manera clara.

—Lo encontrareis buscándole con tranquilidad, y quizás la casualidad se encargue de proporcionároslo. Seguid al señor Laugier sus pasos, vivid al lado suyo hasta que él lo note, y no tardará en presentarse esa ocasion; ademas, nada os obliga á obrar con precipitacion.

—Perdonad, querida Lazarine—interrumpió el príncipe,—tengo prisa para concluir con ese caballero que se ha interpuesto como un obstáculo en el camino de nuestra felicidad. Quiero desde mañana hacer lo que habeis dicho y convertirme en su espía y en su sombra, aunque existe una dificultad que hasta ahora me parece bastante importante.

—¿Cual?

—No he visto nunca al señor Laugier: ¿como voy á esperarle sin conocerle?

Por segunda vez se encogió de hombros Lazarine, pensando interiormente:

—Poco entendimiento tiene este príncipe.

Despues dijo en voz alta:

—El señor Laugier es un jóven delgado y moreno, que tiene un aspecto completamente militar; tiene la cruz de Legion de honor y bigotes finos; vive en la calle de Amsterdan, número 40. En menos de veinticuatro horas, á no ser muy torpe, puede conocerse al hombre que se sabe donde vive.

Marcelo habia dejado el Grand-Hotel hacia algunos dias para instalarse provisionalmente en la calle de Amsterdam.

Convencido como estaba de que mas tarde ó mas temprano se casaria con la jóven viuda, alejaba de sí toda idea que fuera definitiva.

—Obrad, pues, amigo mio—continuó Lazarine.—No os diré *sed valiente*, porque esto no es necesario, pero sí os digo: *sed diestro*, disimulad acordándoos de mi amor y de que no quiero que la mas pequeña duda pueda empañar mi honra; exijo de vos un juramento.

—¿Qué juramento?—preguntó el príncipe.

—Juradme que, cualquier cosa que suceda, no conocerá el señor Laugier el motivo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vuestro desafío, y que no sabrá tampoco que vos me conoceis.

—Os lo juro.

—¿Por vuestro honor?

—Por mi honor.

—Está bien, ya estoy tranquila; ahora, querido Héctor, es ya muy tarde, dejadme.

—¿Tan pronto? Apenas hace un momento que he llegado.

Lazarine se sonrió enseñándole el reloj.

Este iba á marcar ya las doce.

—Ya veis, cerca de media noche dijo la marquesa,—estamos solos y vos sois un príncipe muy simpático, y por consiguiente bastante peligroso; ¿qué van á pensar los criados? Idos pronto, porque si no me comprometeis.

—¿Por un futuro esposo?

—Un marido futuro compromete lo mismo que otro cualquiera, y yo quiero permanecer inatacable, mas bien por vos que por mí.

—Obedezco; ¿cuando os volveré á ver?

—Aquí todos los dias despues de medio dia, como de costumbre.

—¿Con todo el mundo?—exclamó el jóven.

—Naturalmente; supongo que no pretendereis que tengamos esta entrevista cuotidiana. Paris entero creeria antes de una semana que érais mi amante.

—¿Pero y si tengo alguna cosa que deciros respecto del señor Laugier?

—Me lo indicais con una seña imperceptible, que no pasará desapercibida, y aquella misma noche, á las diez en punto, me esperais en la Avenida Ruysdael, esquina á la calle de Murillo.

—¿Con mi coche?

—Nó, en uno de alquiler; esto es mas modesto y será menos visible que vuestros lujosos trenes; debemos rodearnos del mayor misterio.

—¿Ireis á buscarme?

—Sí.

—¿Y como saldreis de vuestra casa sin llamar la atencion de los criados?

—No os inquieteis por esto.

—Se hará segun lo deseais, adios, adorada marquesa.

—Hasta la vista príncipe.

Héctor estrechó las hermosas manos que le presentaba Lazarine, que con una bondad poco habitual consintió que se la besase prolongadamente, y se dirigió hácia la puerta.

Cuando llegó á ella, se volvió enviando un beso á la marquesa.

—"*Sal vencedor de un combate cuyo premio es Jimena*,"—dijo ésta acompañando la frase que dijeron al Cid con una sonrisa irresistible.

El príncipe salió ébrio y loco de felicidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nuestros lectores habrán ya hecho á Lazarine la justicia de suponer que habia desempeñado su papel mejor que la mas famosa cómica de nuestra época.

Al conducir á Héctor al terreno á que le habia llevado era conseguir mucho, por mas que aún le quedáse bastante por hacer.

Obedeciendo las indicaciones de Lazarine iba el príncipe á constituirse en la sombra de Laugier hasta que llegase el momento de realizar el desafío.

La marquesa, por lo tanto, debia interrumpir sus relaciones con el ex-teniente é impedirle que viniese á buscarla, como lo hacia todas las noches, enfrente del número 5 de la Avenida de la Reina Hortensia.

¿Como era posible obtener de Marcelo que renunciase á aquellas citas casi diarias, á que estaba acostumbrado?

La jóven conocia perfectamente el imperio que ejercia sobre el ex-husar para dudar un momento en conseguirlo.

Escribió las siguientes lineas:

"Me habeis prometido y me habeis jurado, amigo mio, no dudar mas de mí y tener en adelante una confianza completa.

"Mi honor está en peligro.... he sido espiado y seguida. ¿Por quién? no lo sé; es un

secreto para mí, aunque desgraciadamente para mí no puedo dudar del hecho. He recibido anoche un anónimo que, aunque parece cariñoso, es pérfido, y en él me dicen que me escapo de mi casa por la puerta falsa que dá al parque de Monceaux, y que voy á buscar á un jóven cuyo nombre parece que se ignora.

"La prudencia mas vulgar, como comprendereis perfectamente, aconseja de una manera imperiosa que interrumpamos por algunos dias nuestras entrevistas, cuyo misterio se ha descubierto, para tenerlas mas adelante en un sitio distinto y tomando nuevas precauciones.

"Mi sentimiento no es menor que el vuestro al verme en la penosa necesidad de tomar una medida que no dudo os ha de producir honda pena; pero la necesidad se impone y no se discute. Una sola cosa me consuela: el tiempo de nuestra separacion será muy corto, y yo os juro que haré todo cuanto pueda por que sea menor.

"Vuestra paciencia y vuestro valor serán las mejores y mas elocuentes pruebas que podeis darme de vuestro cariño.

"El espía debe estar dentro de casa, y ya supongo, aunque de una manera vaga, que es una de mis doncellas. Haré inmediatamente por desvanecer mis dudas, y una vez adquirida la certeza, obraré echando á la calle una criada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demasiado curiosa ó comprando su discrecion. En ambos casos no tendremos ya nada que temer.

"Escribidme todos los dias, y yo por mi parte haré lo mismo: no dudeis de mí, que yo no dudo de vos... y confiad en mí de la misma manera que yo confío en vos... Amadme, por último, como yo os amo."

Lazarine puso esta carta en un sobre y no la firmó (costumbre que tenia siempre que escribia alguna carta que pudiera comprometerla), recibiéndola Marcelo al dia siguiente por la mañana temprano.

LI

El primer movimiento de Marcelo despues de leer la carta que acabamos de reproducir en el capítulo anterior, fué de desconfianza y de cólera.

—Me quiere alejar nuevamente—murmuró estrujando entre sus manos el papel,—es señal

de que me prepara una nueva traicion; pero no seré su juguete.... vigilaré.... y desgraciado del que venga á ponerse entre ella y yo.

Leyó por segunda vez aquel astuto billete, que le hizo reflexionar, devolviéndole su sangre fria.

—No tengo razon—dijo para sí,—lo que ella me dice puede y debe ser verdad. Muchas veces le he dicho que aquellas misteriosas salidas habian de excitar la curiosidad de sus criados; ese espionaje de que me habla debe ser verdadero.... parece sincera al expresar su sentimiento.... ¿por qué acusarla siempre sin motivo? ¿por qué hacer suposiciones desagradables que me proporcionan inútil sufrimientos? Si mis suposiciones son injustas, herirán su altivez natural, irritando su alma orgullosa... he prometido una confianza sin límites y una fé ciega, y con seguridad no me perdonaria el haber olvidado mi promesa; y ademas, es un papel desairado el de un amante celoso acechando por las esquinas lo mismo que un marido engañado: mas vale creer y esperar un poco. Quiero tener calma y cerrar mi alma á la duda; si me engaño y soy su juguete, lo veré muy pronto y podré entoncer obrar desligado de mi juramento.

Y un poco mas tranquilo—como siempre que se toma una resolucion—Marcelo se vistió rá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demasiado curiosa ó comprando su discrecion. En ambos casos no tendremos ya nada que temer.

"Escribidme todos los dias, y yo por mi parte haré lo mismo: no dudeis de mí, que yo no dudo de vos... y confiad en mí de la misma manera que yo confío en vos... Amadme, por último, como yo os amo."

Lazarine puso esta carta en un sobre y no la firmó (costumbre que tenia siempre que escribia alguna carta que pudiera comprometerla), recibiéndola Marcelo al dia siguiente por la mañana temprano.

LI

El primer movimiento de Marcelo despues de leer la carta que acabamos de reproducir en el capítulo anterior, fué de desconfianza y de cólera.

—Me quiere alejar nuevamente—murmuró estrujando entre sus manos el papel,—es señal

de que me prepara una nueva traicion; pero no seré su juguete.... vigilaré.... y desgraciado del que venga á ponerse entre ella y yo.

Leyó por segunda vez aquel astuto billete, que le hizo reflexionar, devolviéndole su sangre fria.

—No tengo razon—dijo para sí,—lo que ella me dice puede y debe ser verdad. Muchas veces le he dicho que aquellas misteriosas salidas habian de excitar la curiosidad de sus criados; ese espionaje de que me habla debe ser verdadero.... parece sincera al expresar su sentimiento.... ¿por qué acusarla siempre sin motivo? ¿por qué hacer suposiciones desagradables que me proporcionan inútil sufrimientos? Si mis suposiciones son injustas, herirán su altivez natural, irritando su alma orgullosa... he prometido una confianza sin límites y una fé ciega, y con seguridad no me perdonaria el haber olvidado mi promesa; y ademas, es un papel desairado el de un amante celoso acechando por las esquinas lo mismo que un marido engañado: mas vale creer y esperar un poco. Quiero tener calma y cerrar mi alma á la duda; si me engaño y soy su juguete, lo veré muy pronto y podré entoncer obrar desligado de mi juramento.

Y un poco mas tranquilo—como siempre que se toma una resolucion—Marcelo se vistió rá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pidamente y salió de su casa para ir á almorzar á un restaurant del boulevard.

En la acera opuesta habia un jóven inmóvil en el hueco de una puerta, que esperaba hacia mas de una hora mirando fijamente la entrada del número 40

Cualquier transeunte que hubiera tenido un poco de espíritu observador, al verle en aquella actitud significativa de resignada paciencia, habria dicho:

—Sin duda hay alguna señora en la casa de enfrente.... es un enamorado que está en acecho.

Esta suposicion la hacia muy verosímil el ver de cuando en cuando separar una mano elegante los visillos del balcon, dejando aparecer la hermosa cabeza rubia de una jóven que parecia muy preocupada con la presencia de aquel que estaba parado.

Ya habrán adivinado nuestros lectores que el jóven en cuestion no era otro que Héctor Begourde, príncipe de Castel-Vivant.

Cuando salió Marcelo le reconoció en el momento el ex-artista, ó mas bien le adivinó por el instinto de la rivalidad.

—Ese aspecto militar—decia para sí,—ese rostro un poco moreno y esos bigotes finos y largos, con su cinta roja, hacen que sea imposible el que me equivoque; es él.

Dejó que Marcelo se alejase unos veinte pasos, y atravesando rápidamente la calle entró en la casa de que acababa de salir su rival, y dijo al portero poniéndole cinco francos en la mano:

—Ese señor que acaba de salir es el conde de Chazelles, capitan del 7º de dragones; ¿no es verdad?

El portero contestó diciendo:

—No señor, es mi inquilino el caballero Laugier, ex-oficial por haber presentado su renuncia al gobierno.

—Entonces me he equivocado.... se parece tanto.... dispensadme si os he molestado.

—No hay de qué—murmuró el portero, mirando con alegria la moneda de cinco francos que brillaba en la palma de la mano.

Héctor se puso en marcha inmediatamente.

Marcelo, á quien él habia visto torcer á la derecha, no podia estar muy lejos.

Efectivamente: le encontró, marchando tranquilamente por la calle de Lóndres, yéndose en su seguimiento y procurando guardar alguna distancia para que no le sorprendiese en su espionaje.

Mientras iba en su seguimiento decia para sí:

—Verdaderamente, tiene buen aire ese jóven. Tiene una de esas elegancias sencillas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que tanto aprecia el príncipe Godefroy, y su figura es bastante simpática. Nadie al verle le juzgaria capaz de amenazar una mujer sobre la cual quiere tener por el terror derechos imaginarios que es la peor de las infamias.... hay caras que engañan..... ¿quién lo habia de decir?

El ex-teniente atravezó la plaza, entró en la calle de la Chaussée-d'Antin, y al llegar al boulevard torció á la izquierda, entrando en el café Riche, donde almorzaba todos los dias, y se sentó.

Héctor entró por otra puerta, colocándose de manera que no perdiera de vista á Marcelo, sin que éste pudiera reparar en él.

Marcelo estaba preocupado en alto grado y no tenia apetito, y á pesar de ello su comida pasó los límites de lo regular.

Queria matar el tiempo como hace el hombre que se fastidia por llevar una existecia vacia y contrariada, que no sabe en que emplear el tiempo, que encuentra interminable.

Leyó media docena de periódicos sin comprender una sola de las frases que sus ojos habian recorrido maquinalmente.

Su espíritu estaba en otra parte.

Despues pidió tintero y papel, y escribió una larga carta que guardó en una cartera tan pronto como la hubo concluido.

Entre el almuerzo, los periódicos y la carta, habia pasado mucho tiempo.

Las tres daban en el momento en que Marcelo pagó la cuenta y salió.

El cupé oscuro, forrado en satin color castaña, que servia para las excursiones que hacia con Lazarine cuando ésta consentia en ir con él, iba á buscarle todos los dias al restaurant.

Estaba esperando enfrente de la puerta:

—Al Bois, por la Avenida de la Grand-Armée y la puerta Maillot. Dad la vuelta por la pradera de Longchamps y volveos por el camino del Hipódromo al de Auteuil, los lagos, Avenida de la Emperatriz y llevadme á la calle de Helder.

La carrera era larga, y Marcelo sin duda queria entregarse á soñar sin ningun estorbo, porque las tres cuartas partes del paseo eran por la parte menos concurrida del bosque de Bolonia.

Las últimas palabras que pronunció Marcelo le ahorraron continuar en su seguimiento y le proporcionaron alguna alegria, porque era muy difícil seguirle por aquellos sitios sin ser visto.

Seria las cuatro y media cuando Héctor se situó en un ángulo del café situado en el boulevard de los italianos, frente á la calle de Helder, de la cual toma su nombre, mandando que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le sivieran algo de beber y ocultándose detrás de un periódico que se puso á leer.

El café de Hélder tiene una reputacion y una especialidad.

Esta consiste en que todos los oficiales del ejército que están de paso en Paris, se reunen allí antes y despues de comer.

Allí se dan cita desde las mas lejanas guarniciones, y acuden tambien antiguos militares que ya están fuera de servicio, para saludar á los que aún están bajo banderas.

En el café Helder llama mucho la atencion no ver una cinta roja, cuando no se trata de un jóven.

Las palabras que mas se usan entre los militares, son las que se oyen con mas frecuencia.

Oculto detras de un periódico que le servia de pantalla, vió Héctor pararse el coche de Marcelo Laugier y bajar á éste, penetrando en el café y saludar á media docena de oficiales amigos suyos, y tomar asiento en un grupo, cuya conversacion se hizo animada muy pronto.

Héctor tenia delante un problema, para cuya solucion estaba torturando su mente.

—¿Como voy á provocar á ese jóven que no conozco?—se preguntaba,—ó mejor dicho, ¿como haria yo para que él me provocase, lo cual sería mucho mas agradable á la marquesa?

No obtenia ningun resultado y continuaba diciendo siempre para sí:

—Hay un medio muy fácil que está al alcance de la inteligencia mas torpe.... No tenia mas que levantarme é irme derecho á él diciéndole al saludarle: "*Caballero, vuestra figura me disgusta,*" y arrojarle un guante á la cara; esto sería infalible, pero tambien sería muy grosero porque eso no se hace hoy. Me tomarian por un loco ó por un bruto, y no me agradaria mucho que me calificaran de estas cosas: pase cuando era Héctor Begourde artista pintor, como decia Sta–Pi; pero el príncipe de Castel–Vivant no puede hacer eso; ademas es muy posible que antes de aceptar el duelo quisieran los testigos tener una reunion de médicos alienistas que estudiasen mi estado mental.

Decididamente es menester buscar una resolucion mas práctica.

Por mas que Héctor buscase no encontraba la solucion.

Los habituales comensales de Helder empezaron á desfilar á las seis y media, excepto el ex–teniente, que se quedó con sus camaradas.

Dos de éstos le invitaron á comer.

Marcelo resistió por algun tiempo, cediendo por último á las instancias reiteradas que le hicieron: atravesaron lós tres el boulevard, y se fueron á casa de *Vignon*, donde pidieron un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gabinete, con gran sentimiento de Héctor, que veia retrasarse la tan deseada ocasion.

Pero queriendo cumplir en conciencia el encargo hecho por Lazarine, el príncipe tomó á su vez otro gabinete que estaba enfrente del de los tres oficiales.

—¿Cuántos cubiertos caballero?—le preguntó el mozo.

—Uno—respondió Héctor distraidamente.

El criado se quedó asombrado al ver que aquel jóven se disponia á comer solo en un cuarto reservado.

Héctor lo notó, y comprendiendo la falta se apresuró á decir:

—Poned dos cubiertos porque espero á una persona; pero como es muy posible que esa persona me falte á su palabra, quiero que me sirvais en seguida.

—Muy bien, ¿quereis escribir la lista?

—Servidme lo que gusteis.

—Muy bien, ¿qué vino deseais?

—El que gusteis.

—Muy bien, quedareis contento de mí, caballero. Si llega la persona que esperais, ¿por quién ha de preguntar?

—Preguntará por el Sr. Héctor—respondió el príncipe, que no quiso dar su nombre á causa de la vecindad de los oficiales.

—Muy bien..... voy á mandar abrir las ostras.

El mozo fué á salir.

—Dejareis esa puerta abierta—dijo Héctor, —porque si viene esa persona quiero sentirla subir.

—Muy Bien.

El mozo obedeció religiosamente la última indicacion de Héctor, y éste, por medio de la abertura, podia ver perfectamente la puerta que estaba al frente.

No era posible salir de aquel gabinete sin que él lo viese.

LII

En el restaurant se portaron bien, sirviendo á Héctor una comida que habria sido abundandante para seis personas, en lo cual no reparó éste, precupado como estaba por otras ideas, y por lo muy poco que tambien podia suponerle el que subiera el gasto mas ó menos.

Sus reflexiones le quitaban el apetito.

Casi intactas fueron devueltas las codornices en lata, los faisanes trufados y los cangre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gabinete, con gran sentimiento de Héctor, que veia retrasarse la tan deseada ocasion.

Pero queriendo cumplir en conciencia el encargo hecho por Lazarine, el príncipe tomó á su vez otro gabinete que estaba enfrente del de los tres oficiales.

—¿Cuántos cubiertos caballero?—le preguntó el mozo.

—Uno—respondió Héctor distraidamente.

El criado se quedó asombrado al ver que aquel jóven se disponia á comer solo en un cuarto reservado.

Héctor lo notó, y comprendiendo la falta se apresuró á decir:

—Poned dos cubiertos porque espero á una persona; pero como es muy posible que esa persona me falte á su palabra, quiero que me sirvais en seguida.

—Muy bien, ¿quereis escribir la lista?

—Servidme lo que gusteis.

—Muy bien, ¿qué vino deseais?

—El que gusteis.

—Muy bien, quedareis contento de mí, caballero. Si llega la persona que esperais, ¿por quién ha de preguntar?

—Preguntará por el Sr. Héctor—respondió el príncipe, que no quiso dar su nombre á causa de la vecindad de los oficiales.

—Muy bien..... voy á mandar abrir las ostras.

El mozo fué á salir.

—Dejareis esa puerta abierta—dijo Héctor, —porque si viene esa persona quiero sentirla subir.

—Muy Bien.

El mozo obedeció religiosamente la última indicacion de Héctor, y éste, por medio de la abertura, podia ver perfectamente la puerta que estaba al frente.

No era posible salir de aquel gabinete sin que él lo viese.

LII

En el restaurant se portaron bien, sirviendo á Héctor una comida que habria sido abundandante para seis personas, en lo cual no reparó éste, precupado como estaba por otras ideas, y por lo muy poco que tambien podia suponerle el que subiera el gasto mas ó menos.

Sus reflexiones le quitaban el apetito.

Casi intactas fueron devueltas las codornices en lata, los faisanes trufados y los cangre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jos á la Nantes, bebiendo distraidamente tres ó cuatro copas de Chateau-Latour, Corton y Mosela espumoso, y fumando un buen habano á la vez de tomar el café para matar el tiempo.

¡Qué pronto habian pasado aquellos dias en que este abundante y delicado festin, ayudado con buenos vinos, hubiera despertado la alegria en el antiguo Begourde!

El tiempo que estuvo esperando le pareció interminable.

Marcelo Laugier y sus antiguos camaradas prolongaban su conversacion como buenos amigos que no se han visto en mucho tiempo.

Las doce próximamente serian cuando salie-salieron del gabinete.

Héctor habia pagado hacia ya bastante tiempo, con objeto de poderse levantar en el momento que le pareciera mas oportuno.

Salió inmediatamente despues de los tres amigos, y bajó detrás de ellos la escalera que conduce á la calle de la Chaussée-d'Antin.

En la puerta de la calle emprendieron una conversacion muy animada, y esto, como era consiguiente, produjo una nueva espera.

El príncipe estaba lleno de impaciencia.

Por último, despues de una cariñosa y última despedida, se separó Marcelo de sus amigos, que se fueron por la parte del boulevard,

enderezando sus pasos por la calle de la Chaussée-d'Antin.

Héctor emprendió su caza nuevamente, marchando muy cerca de aquel hombre á quien perseguia desde por la mañana buscando inútilmente un pretexto.

De repente creyó que lo habia encontrado.

Marcelo fumaba.

El príncipe sacó del bolsillo un veguero.

—Voy á pedirle fuego—dijo para sí,—ésto no se rehusa nunca; y cuando haya encendido mi cigarro, le dejo caer el suyo. A esto, como es consiguiente, hará un gesto de mal humor, y en lugar de disculparme de mi torpeza le ofreceré el importe de su cigarro.... me dirá que soy un grosero y tendrá razon, pero yo tomaré á mal la cosa, con dos ó tres palabras que sean un poco insolentes consigo mi objeto. La cosa no es de muy mal gusto, pero no me queda la eleccion de los medios.

Héctor apresuró el paso.

Mediò segundo mas y estaba al lado del ex-oficial.

La casualidad vino á derribar su combinacion.

Marcelo habia tirado bruscamente su cigarro, que arrojó bastantes chispas al chocar en el suelo.

—¡Rayos de Bourgival!—murmuró el prínci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® RED INTERNACIONAL DE BIBLIOTECAS

pe en una reminiscencia del tiempo pasado,—me he decidido muy tarde; no es posible pedir fuego al que no fuma.

El ex-teniente pasó por delante de la iglesia de la Trinidad y se internó en la calle de Lóndres, que estaba completamente desierta.

—¡Es preciso concluir—pensaba Totor,—dentro de dos minutos estará en su casa y no me hace mucha gracia volver á empezar mañana la misma operacion de hoy. Voy á echar á correr y á empujarle cuando pase á su lado.... me llamará avestruz y tendrá razon, pero yo tambien tendré derecho á encontrar la respuesta desvergonzada y decirle: podré ser bárbaro y grosero, en lo cual convengo, y vuelvo á repetir que no puedo escoger los medios.

Héctor apresuró su marcha.

Pero una reflexion le dejó inmóvil.

—¡Caramba! así obran con mucha frecuencia los tomadores para coger una cartera ó un porta-monedas.... Si ese Laugier me llega á tomar por un *pickpocket*, me coge por el cuello y empieza á gritar: ¡ladrones! vendrán los agentes de órden público, que al ver que no doy una explicacion muy clara de estar aquí á estas horas, me llevan á pasar la noche á la prevencion, por que sea el príncipe de Castel-Vivant.

Mientras que el jóven monologaba de esta manera, Marcelo, que habia seguido su camino,

doblaba la esquina de la calle de Amsterdam y llamaba en su casa, penetrando en ella tranquilamente, donde, en lugar de acostarse, se puso á escribir á Lazarine una carta de ocho páginas, y que era la segunda de aquel dia, porque ya se habrá adivinado que la que escribió en el café Riche iba tambien con destino á la calle de Murillo.

Héctor, fastidiado y molesto, tomó un coche, que le condujo á su casa con la vaga esperanza de que al dia siguiente seria mas afortunado mediante una casualidad cualquiera.

Para abreviar: las cosas siguieron lo mismo el dia siguiente hasta las siete de la tarde.

Al salir Marcelo del café Héldor se fué solo á comer al café Riche, en que habia almorzado, y dió despues un paseo por el boulevard, saludando al paso algunos amigos sin pararse.

Evitaba toda conversacion un poco larga, y parecia nervioso é impaciente.

Al llegar frente al teatro de Variedades parecia como que vacilaba algunos momentos, hasta que se decidió á entrar por pasar la noche.

Al verle subir Héctor las escaleras del vestíbulo, sintió una viva alegria.

—Muy mala suerte he de tener—dijo para sí,—ó seré muy estúpido si no encuentro esta noche el medio de conseguir mi objeto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y subió tras de Marcelo, que estaba pidiendo un butaca de orquesta.

El príncipe pidió lo mismo.

El primero siguió el corredor de la izquierda, se quitó el abrigo y dió un billete al acomodador, quien le dijo:

—Tercera butaca de la segunda fila.

Iba á empezar la funcion, y habia gran concurrencia; lo mas escogido de la gente gomosa estaba cerca de la orquesta luciendo sus chalecos de dos botones, sus blancas pecheras y los abominables cuellos bajos, que innegablemente inventó un camisero loco para la asquerosa exhibicion de un descote masculino que sin querer trae á la memoria la frase de *Tartufo*.

Al entrar Héctor, preguntó á su vez al acomodador:

—¿A donde vais á acomodarme?

—No me quedan mas que dos butacas—contestó éste último,—la cuarta de la segunda y la sexta de la quinta, tres sitios mas allá del de ese caballero que acaba de entrar.

Este caballero no era otro sino Marcelo Laugier.

—Está bien—dijo el príncipe,—tomo esa porque estaria muy cerca en segunda fila.

Y se lanzó por el estrecho espacio que siemhay entre los respaldos de las butacas y los espectadores, pasando por delante de Marcelo.

que acababa de sentarse, y tropezándole bastante con las rodillas sin excusarse.

El ex-teniente, cuyo pensamiento estaba en la calle de Murillo, apenas lo notó, y no prorrumpió en ninguna queja.

—¿Será sufridor—se preguntó Héctor,—la paciencia no está muy bien puesta en un militar; yo en su lugar habria ya saltado.... pero ya veremos.

El primer acto se representó sin ningun accidente.

Apenas se bajó el telon, se levantó el príncipe de su asiento para no dar tiempo á que Marcelo pudiese abandonar el suyo; y con altivo continente, el sombrero inclinado y el lente puesto, pasó otra vez por delante, tropezándole como la primera vez, haciéndose el distraido.

Marcelo arrugó el entrecejo, movió los labios, y estuvo á punto de decir en alta voz:

—¡Qué caballero tan mal educado!

Pero no pudiendo suponer que hubiese sido una cosa intencionada, se encogió de hombros, diciendo para sí:

—¿Para qué tener ahora por una pequeñez un disgusto, aquí, delante de todo el mundo?

—Decididamente—repitió Héctor,—tiene mucha paciencia el ex-húsar que amenaza con tanta facilidad á las mujeres. ¿Por qué habrán dado la cruz á ese valiente?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El hijo adoptivo de Godefroy esperaba lleno de impaciencia la terminacion del entreacto, dejó entrar todos los espectadores de las butacas, y cuando ya estaba todo el mundo en su sitio, y el director de orquesta cogió la batuta para empezar, volvió á entrar con su lente y el sombrero mas ladeado que nunca, ridículo, impertinente y pretencioso.

Marcelo habia resuelto evitar un altercado, y desviando las rodillas cuanto le fué posible, dejó el paso tan franco como pudo.

Pero el partido que tomó Héctor dejó sin efecto esta prudente precaucion: el jóven tuvo la habilidad de darle un fuerte pisoton.

Esto era ya mucho mas de lo que queria y podia soportar el ex-teniente, pero no quizo producir escándalo.

—Cuando uno es tan torpe—dijo con voz breve y clara,—se tiene al menos la atencion de disculparse.

Héctor se quedó parado.

—¿Decís eso por mí, caballero?—le preguntó con aire provocativo.

—Si lo tomais así, será por vos—contestó Marcelo.

—¿Entonces eso es una leccion?

—Sí que lo es.

—Suelo darlas sin recibirlas nunca, caballero.

—Y yo se las doy muy amenudo á los caballeros mal educados.

—¡Insolente!—dijo Héctor levantando la mano.

Pero ésta no llegó caer.

Marcelo habia cogido la muñeca de su adversario, apretándosela terriblemente, y le decia al mismo tiempo:

—¡Eso es demasiado!.... no demos espectáculo; nos veremos despues de este acto.

—Así lo espero—murmuró el príncipe con la mano amoratada y dirigiéndose á su sitio.

Ya era tiempo.

Mientras habia tenido lugar el diálogo que acabamos de referir con un diapason que habia ido subiendo poco á poco, y como acababa de alzarse el telon y los actores estaban ya en escena, se levantó un murmullo en todo el teatro, y principalmente en el patio y en la galeria segunda, mezclado de interjecciones parecidas á éstas.

—¡Callarse! ¡silencio!

—¡Qué se siente el gomoso!

—¡A la calle!

—¡Qué se vayan á disputar afuera!

—¿Donde está el comisario?

Tan'pronto como Héctor tomó asiento, cesó el ruido.

Se terminó el acto y bajó el telon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marcelo Laugier dejó su sitio, lanzando á Héctor una mirada, en la cual se leia de una manera bastante clara:

—Venid, caballero, os espero.

LIII

La mirada de Marcelo significaba:

– Venid, os espero.

Héctor á su vez respondió con otra en que claramente decia:

—No me haré esperar.

Los dos jóvenes se encontraron en el corredor, á algunos pasos de distancia.

Gran número de curiosos que se habian enterado de la cuestion, se paraban formando corro é impidiendo la circulacion.

Esta gente queria presenciar la terminacion del asunto.

Entre ellos habia dos ó tres amigos del príncipe.

Pero Marcelo, que no habia perdido su serenidad, dijo con la mayor sangre fria.

—Ya estais viendo, lo mismo que yo, que es imposible hablar aquí – dijo á media voz saludando á Héctor. –¿Quereis acompañarme hasta el boulevard?

—Perfectamente—contestó Héctor, despues de saludar tambien á Marcelo Laugier.

Los dos adversarios salieron juntos; y al ver que algunos curiosos se disponian á seguirlos hasta la calle, llegaron hasta la de Vivienne, donde nadie se atrevió á seguirlos, al menos de cerca.

Marcelo se paró.

—Caballero—dijo de una manera fria, pero que no era agresiva,—permitidme que reasuma brevemente los hechos: por tres veces me habeis molestado con una persistencia tan inverosímil, que la juzgaria como un insulto premeditado si no tuviese la completa seguridad de que somos desconocidos uno para otro. Me he callado las dos primeras veces, y es muy posible que os haya extrañado mi paciencia; pero ¡qué que quereis! encuentro muy ridículo el que dos hombres expongan su vida por un tropezon involuntario, y á la tercera vez he hecho una observacion, á la cual tenia derecho innegablemente.

—Como el que yo tengo á no aceptarla—interrumpió Hector.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marcelo Laugier dejó su sitio, lanzando á Héctor una mirada, en la cual se leia de una manera bastante clara:

—Venid, caballero, os espero.

LIII

La mirada de Marcelo significaba:

– Venid, os espero.

Héctor á su vez respondió con otra en que claramente decia:

—No me haré esperar.

Los dos jóvenes se encontraron en el corredor, á algunos pasos de distancia.

Gran número de curiosos que se habian enterado de la cuestion, se paraban formando corro é impidiendo la circulacion.

Esta gente queria presenciar la terminacion del asunto.

Entre ellos habia dos ó tres amigos del príncipe.

Pero Marcelo, que no habia perdido su serenidad, dijo con la mayor sangre fria.

—Ya estais viendo, lo mismo que yo, que es imposible hablar aquí – dijo á media voz saludando á Héctor. –¿Quereis acompañarme hasta el boulevard?

—Perfectamente—contestó Héctor, despues de saludar tambien á Marcelo Laugier.

Los dos adversarios salieron juntos; y al ver que algunos curiosos se disponian á seguirlos hasta la calle, llegaron hasta la de Vivienne, donde nadie se atrevió á seguirlos, al menos de cerca.

Marcelo se paró.

—Caballero—dijo de una manera fria, pero que no era agresiva,—permitidme que reasuma brevemente los hechos: por tres veces me habeis molestado con una persistencia tan inverosímil, que la juzgaria como un insulto premeditado si no tuviese la completa seguridad de que somos desconocidos uno para otro. Me he callado las dos primeras veces, y es muy posible que os haya extrañado mi paciencia; pero ¡qué que quereis! encuentro muy ridículo el que dos hombres expongan su vida por un tropezon involuntario, y á la tercera vez he hecho una observacion, á la cual tenia derecho innegablemente.

—Como el que yo tengo á no aceptarla—interrumpió Hector.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sea, pero siempre hay un medio de rechazar semejante cosa; y si siquiera os hubiéseis contentado con dar una explicacion, aunque hubiese sido poco atenta, nos habríamos entendido mas ó menos pacíficamente en el entreacto; pero me habeis levantado la mano, que si no ha caido no ha sido ciertamente por vuestra voluntad, y yo doy el bofeton por recibido. Tan grave insulto exije, no una explicacion imperiosa, sino una reparacion inmediata. El asunto no puede arreglarse.

—¿Acaso tengo yo facha de ser un hombre con quien pueden arreglarse estas cosas?—dijo Héctor de una manera burlona.

Marcelo se inclinó.

—Aquí teneis mi tarjeta—dijo.

—Aquí está la mia—contestó el príncipe.

—¿Segun veo no me concedeis la calidad de ofendido?—dijo el ex-oficial.

—Seguramente que tengo derecho á ello, porque si he levantado la mano ha sido para responder á una observacion insolente; pero me importa muy poco la eleccion, y no discutiré que elijais.

—Mis testigos esperarán á los vuestros en mi casa desde las doce en adelante; no fijo otra hora mas temprano, porque no sé si encontraré esta noche á mis amigos.

—Despues de las doce, está bien.

—Tengo el honor de saludaros, caballero.

—Soy vuestro servidor.

Los dos jóvenes se separaron cortésmente, y casi juntos volvieron á emprender el camino del teatro.

—A fé mia—iba diciendo Héctor,—este es un jóven que no llega á disgustarme; si no me lo hubiese asegurado Lazarine, no hubiera creido nunca que ése es el bárbaro que amenaza á las mujeres.

Marcelo Laugier se aproximó á la luz de un farol cerca del café Veron, y se puso á mirar la tarjeta que acababa de darle su adversario.

Tenia una corona cerrada y debajo:

Príncipe Héctor de Castel-Vivant.

Lo cual leyó el ex-oficial en voz casi alta y lleno de profunda extrañeza.

—Es un príncipe—añadió,—y un príncipe sério, porque este nombre me es conocido. La provocacion que acaba de tener lugar me sorprende mucho mas, porque la verdad es que los príncipes no tienen la costumbre de batirse sin motivos con cualquiera, y yo lo soy respecto de ese jóven, que no me parece un loco.

Marcelo reflexionó durante un segundo, y continuó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Ya comprendo! éste es un gomoso que vá en busca de su primer duelo, no importándole nada la causa ni el adversario con tal de batirse. Así se explica todo.

La aparicion de los dos jóvenes, casi uno despues de otro, produjo algun efecto.

Al verles con tanta tranquilidad despues de un altercado tan violento, decian algunos:

—¡Ese es un par de valientes!

Pero la mayoria del público pensó que la explicacion no habia tenido nada de belicosa y se chanceaban con referencia al caso.

Despues del último acto dejó Héctor que el teatro estuviese medio desocupado para abandonar su asiento y evitar el ser objeto de curiosidad para la generalidad.

Dos gomosos que eran amigos suyos desde la adopcion del príncipe Godefroy, bien acomodados, y que formaban parte de varios círculos de la *high-life*, el vizconde Alberto de Cussy y el baron Couraud, jóvenes ilustrados á la usanza del primer imperio, le esperaban en el vestíbulo, no creyendo que se trataba de un asunto sério.

Se acercaron á Héctor, saludándole cariñosamente, y le preguntaron:

—¿Qué hay, querido príncipe?

—Hay, mis buenos amigos, que si no hubiese tenido la suerte de encontraros, me habria pasado la noche buscándoos.

—¿Lo cual quiere decir que teneis un duelo?

—Sí.

—Naturalmente, será con ese caballero condecorado; ¿quién es él?

—Sé únicamente que tiene una cruz, que era teniente de húsares y que se llama Marcelo Laugier, que es todo cuanto dice su tarjeta.

—¡Como! ¿no lo conociais? ¿no teníais ningun resentimiento anterior? ¿no hay detrás de eso ninguna mujer?

Héctor se puso encendido, y respondió:

—Le he visto esta noche por primera vez.

—¿Y quereis dar de bofetadas á las personas que no quieren apartarse muy pronto para que paseis ó que tienen las piernas muy largas?—dijo riendo el vizconde de Cussy.—No me cabe duda de que teneis empeño en que os crean camorrista. Eso no está en moda.

—Antes de que eso llegue pasará mucho tiempo—contestó Héctor, riendo á su vez,—éste será mi primer duelo.

—Empiezo á comprender: no queríais tener esa virginidad, habeis querido debutar con el primero que se ha presentado.

—Puede que haya algo de eso; ¿puedo contar, amigos mios, con que me sirvais de testigos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Con mucho gusto—dijeron á una vez los jóvenes.

—¿Sois el ofendido?—preguntó el baron de Cauraud.

—Nó, aunque hubiera podido reclamar este puesto; pero lo he cedido á mi contrario.

—¿Sois fuerte en la espada?

—Como lo es cualquiera.

—¿Y en la pistola?

—Mucho mas.

—Quizá escoja la espada.

—Me es igual.

—Está bien, ¿á donde hemos de avistarnos con los testigos de la otra parte?

—En su casa despues de medio dia.

—Perfectamente; arreglaremos el asunto para pasado mañana: supongo querreis ir á batiros á Bélgica.

—Seguramente que no; se está bien cerca de Paris, donde, si se guarda silencio, no hay ningun procedimiento.

—Lo apruebo doblemente—dijo el vizconde,—porque conozco un sitio muy á propósito en Ville d'Avray, en que se está como en casa propia, sin que le moleste nadie á uno; yo he estado allí dos veces, y sé que en el momento de llegar tiene el guarda la prudencia de marcharse. Propongo una cena en casa de Brebant, y allí hablaremos del asunto.

La proposicion fué muy bien recibida, y los tres se fueron á cenar.

No tenemos necesidad de seguirlos.

Mientras que Héctor y sus amigos hablaban en la puerta del teatro, Marcelo Laugier llegaba al café de Helder.

Esperaba encontrar allí algun compañero á quien poderle pedir este favor, que nunca se rehusa entre hermanos de armas.

Su esperanza no quedó desvanecida.

Los dos oficiales con quienes habia comido la víspera estaban allí despues de salir de la Opera, y Marcelo les puso al corriente de lo que pasaba, poniéndose estos á su disposicion.

Al dia siguiente á las doce y cuarto llegaron á la calle de Amsterdam el vizconde Cussy y el baron de Couraud.

En el momento pasaron adelante, avistándose con los testigos de Marcelo.

La conversacion no duró mas que diez minutos, terminando en que Marcelo escogia la espada.

Cada uno de los adversarios llevaria sus armas, y la suerte decidiria en el mismo campo de cuales se habia de usar; por último, el lance tendria lugar al dia siguiente por la mañana á las nueve en Ville d'Avray, cerca del lago, en el camino umbroso que le rodea.

Héctor, que tuvo conocimiento de todo esto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por sus testigos, se frotó las manos alegremente y murmuró:

—¡Todo marcha perfectamente!

A las tres en punto se hacia anunciar en el concurrido salon de la calle de Murillo.

Lazarine le interrogó con la mirada, inquieta como estaba por no haberle visto la víspera.

El príncipe le respondió por un movimiento de cabeza que no daba lugar á duda.

—Algo hay—pensó la marquesa,—esta noche sabré á que atenerme.

El mismo dia se paseaba Julio Leroux á eso de las seis por el boulevard de los italianos.

Allí se encontró á Marcelo Laugier, con el cual sabemos que estaba en buena amistad.

—Adios, querido amigo—le dijo agarrándose del brazo del jóven,—no se os vé por ninguna parte; ¿qué os sucede? ¿habeis quizá estado fuera de Paris?

—De ninguna manera—contestó el ex-oficial,—es que vivo muy retirado.

—Todos vuestros amigos, entre los cuales me cuento, tienen derecho á quejarse; ¿qué hay de nuevo?

—Nada que yo sepa, excepto un pequeño accidente que me ha sucedido.

—¡Un accidente! ¡tanto peor! ¿y qué es ello?

—Un duelo completamente ridículo, porque no hay ningun motivo, al menos formal.

—¡Os batís!—exclamó Julio Leroux.

—Mañana por la mañana.

—Pero si no hay motivo sério, habrá al menos algun pretexto.

—Una disputa que tuve en el teatro con un gomoso impertinente.

—¿Por causa de alguna mujer?

—Nó; el gomoso, despues de pisarme, llevó muy á mal mis observaciones.

—Todo lo que tiene relacion con vos me interesa; dadme detalles, y decidme primeramente quien es vuestro adversario.

—El príncipe Héctor de Castel-Vivant.

Julio Leroux se estremeció.

—¡Begourde!—dijo para sí,—ó mucho me engaño, ó Lazarine anda en este asunto.

—¿Conoceis al príncipe?—preguntó Marcelo.

El banquero no queria comprometerse ni comprometer á su hija, y contestó:

—Unicamente le conozco de nombre y de vista: eso es todo; continuad, os suplico.

Marcelo contó detalladamente lo que ya saben nuestros lectores.

Cuando concluyó, le dió la mano Julio Leroux deseando al jóven buena suerte; y despues, en lugar de irse al café inglés, en que hacia intencion de comer, tomó un coche y se hizo llevar á la calle de Murillo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIV

Julio Leroux encontró á Lazarine en su cuarto de dormir con la nodriza del pequeño Raoul.

La robusta normanda daba el pecho al heredero póstumo del marqués Roberto.

—¿Vienes á comer con nosotras, papá?—preguntó la marquesa.

—Sí, si no te molesto.

—Tú no me molestas nunca, y hoy precisamente vienes muy á tiempo, porque estoy sola y me fastidio.

Tocó un timbre y dió las órdenes necesarias á la doncella encargada de trasmitirlas al jefe de cocina, y continuó diciendo:

—Mientras que te ponen el cubierto admírate de tu nieto, y entretente con él para pasar el tiempo.... esa es una ocupacion como otra cualquiera.

El niño habia terminado su comida, y completamente satisfecho daba los gritos de alegria inconsciente y peculiares á los niños de pocos meses que tienen buena salud y quieren vivir.

Lazarine le cogió de los brazos de la normanda; y se lo presentó á su padre.

Julio Leroux le abrazó cuidadosamente.

—¿Verdad que es muy hermoso?—dijo la madre, que no se cuidaba mucho de aquella frágil criatura á quien amaba á su manera, y del mismo modo que ella hubiera querido al falderillo de raza curiosa.

—¡Hermosísimo!—dijo el ex-banquero lleno de conviccion,—imposible soñar un niño mas hermoso; es un marqués precioso que tiene ya un aire muy distinguido. ¿no crees tú, como yo, que cada dia se me parece mas?

—Ya lo creo—contestó Lazarine riéndose,—es tu verdadero retrato. Raoul, haz una risita al abuelo.... ya ves como te ha sonreido. Es un ángel, pero ahora nos molesta; lleváoslo, Cleopatra.

Cleopatra, que así se llamaba la normanda, se llevó en efecto al niño.

El padre y la hija bajaron al salon.

—¿Sabes por qué he venido?—dijo el ex-banquero.

—Para comer, me has dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, pero no es solamente para eso. Tengo que darte una gran noticia.

—¡Ah!

—Una noticia que te tiene que interesar.

—Entonces dála en seguida.

—¿A que no sabes á quien me he encontrado hace veinte minutos en el boulevard?

—Papá, no me hagas sufrir; ¿como puedo yo adivinarlo?

—Me he encontrado á Marcelo Laugier.

—¿Y qué crees que me importa eso?

—Marcelo Laugier se bate mañana—continuó Julio Leroux para preparar un golpe de efecto,—y se bate con uno á quien tú conoces mucho.

—¿Uno á quien conozco?

—El que en otro tiempo era Begourde, y que es hoy príncipe de Castel-Vivant.

—¿De verdad?—dijo Lazarine impasible.—¿Y por qué es el duelo?

—Una disputa en el teatro es el motivo aparente.

—¿El motivo aparente díces? ¿Entonces hay otro.

—Es de presumir.

—Y ese motivo oculto que tú supones, ¿cual es?

Julio Leroux se sonrió de una manera picaresca, y preguntó:

—¿Estás tú muy segura de no conocerlo?

Lazarine, con un aire de completa ingenuidad, respondió:

—No te comprendo.

—¿Entonces quiere decir que tú no figuras en ello para nada.

—Hasta ignoraba que el príncipe conociese á Laugier, porque nunca se han encontrado en casa.

—¡Bien! precisamente Begourde no conocia á Marcelo, y le ha provocado sin embargo con mucha insistencia bajo un frívolo pretexto, lo cual da lugar á creer que ha obrado obedeciendo una consigna.

—Cada vez entiendo menos. ¿Donde debe tener lugar el duelo?

—En Ville d'Avray, mañana á las nueve, en el camino que rodea al lago.

Lazarine se estremeció involuntariamente.

Se acordaba de este camino.

Hacia poco tiempo que, como hemos dicho, habia comido con Marcelo en este sitio en aquel raro restaurant que tanto se parece á un castillo de naipes.

Despues de comer y con un tiempo delicioso, se habia paseado á la luz de la luna en derredor del lago, apoyada en el brazo de su amante, precisamente por el mismo sitio en que qui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zá al dia siguiente, y por órden suya iba á caer Marcelo herido mortalmente.

Este contraste era demasiado saliente para que pasase desapercibido, y la marquesa, á pesar suyo, sintió alguna turbacion, que supo dominar al momento.

—Papá -dijo entonces,—¿quieres ser conmigo un padre cariñoso?

—Siempre lo he sido, y quiero seguir siéndolo: ¿qué es necesario hacer para demostrarlo?

—Cuando se conocen los actores de un desafio interesa éste mucho, y tengo una verdadera curiosidad por saber cual será el desenlace.

—Está bien; esperaré á Marcelo en su casa cuando vuelva, y vendré al momento á darte noticias.

—Quisiera que hiciéseis mas aún. Vas mañana temprano á Ville d'Avray, presencia el lance y ven á decirme el resultado.

—Pero ¡qué dices!—exclamó Julio Leroux, encontrando inadmisible la sola idea de molestarse tan temprano,—eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque yo no tengo ninguna razon para mezclarme en este asunto, y estaria allí como un intruso y chocaria mi conducta.

Lazarine combatió una por una todas estas observaciones, y otras muchas que hizo su padre, explicándole de una manera muy clara que él no se habia de mezclar en nada, que podia permanecer oculto en aquel restaurant comiéndose una chuleta.

—¡Pero yo no tengo hambre tan temprano! —murmuró el ex-banquero.

Esta fué ya su última tentativa de resistencia.

La jóven insistió con tal vehemencia, que hubo necesidad de ceder.

No bien habia cedido á esta pretension cuando vinieron á anunciar que la mesa estaba dispuesta, suspendiendo toda clase de conversacion confidencial la llegada de algunas visitas.

Aquella misma noche, y tres horas despues de esta conversacion, un coche con faroles rojos estaba parado en la Avenida Ruysdail, cerca de la verja del parque de Monceaux.

En este coche estaba Héctor conmovido violentamente, pensando que la marquesa de la Tour du Roy iba á hacer por el príncipe de Castel-Vivant lo que en otro tiempo habia hecho por Begourde, yendo á buscarle en el misterio y en la oscuridad.

Lazarine sabia por su padre todo lo que deseaba, y hubiera querido muy bien ahorrarse esta salida nocturna, que no tenia ya para ella ningun objeto.

Pero habia hecho una promesa formal, y no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era muy prudente faltar á ella, precisamente en el momento en que el príncipe iba á exponer la vida por su causa.

Por otra parte, seria muy conveniente darle nuevo aliento, fascinándole con un beso, que seria el primero, porque en aquellas confianzas pasadas en el boulevard Haussmann y en el parque de la Tour du Roy los labios de Begourde no habian pasado de la extremidad de los dedos de Lazarine.

A las diez menos minutos sintió Héctor sobre el asfalto aquel ruido de pasos furtivos que habian hecho latir el corazon de Marcelo en la Avenida de la Reina Hortensia.

Una forma esbelta y sombria se paró cerca del coche, y la voz de Lazarine preguntó:

—¿Sois vos, querido príncipe?

Nuestros lectores pueden imaginar todo cuanto Héctor diria á la marquesa. No asistiremos, pues, á su conversacion, que por otra parte fué muy corta.

Eran las diez y media cuando la marquesa se dirigia al hotel, y en el momento de separarse de aquel crédulo campeon levantó su velo, y depositando un beso en la frente de Héctor Begourde, murmuró como lo habia hecho otra vez:

—*Sal vencedor en la lucha cuyo premio es Jimena.*

Estaba conseguido su objeto.

Una descarga eléctrica de amor y de entusiasmo saturó el corazon y los nervios del príncipe de Castel-Vivant.

*
* *

Al dia siguiente por la mañana, á las ocho, dos carruajes que acababan de atravesar el bosque de Boulogne, siguiéndose muy de cerca desde la rotonda de los Campos Elíseos, penetraron en el puente de Suresnes, empezando á recorrer la interminable cuesta del Mont-Valerien, que concluye en Montretout.

El primero de estos carruajes era un gran *mail-coach* de carreras, arrastrado por cuatro magníficos caballos, conducidos por Héctor en persona con una maestria irreprochable.

Lllevaba al lado sus testigos, y dos criados detras con los brazos cruzados.

El interior estaba vacio, donde iban unas espadas envueltas en sarga verde.

Verdaderamente la idea de llevar cuatro ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ballos para ir á un desafío no era cómoda ni oportuna, y probablemente no la emplearia nunca un príncipe de nacimiento, pero Héctor, que era príncipe de nuevo cuño, tenia con frecuencia estas excentricidades á pesar de los consejos de su padre adoptivo.

El segundo carruaje era un landó que habia alquilado Marcelo la víspera.

En él iba el ex-teniente con sus dos testigos y un cirujano militar que estaba de paso en Paris, y que habia encontrado la víspera en el café de Helder.

Macelo estaba un poco pálido.

No tenemos necesidad de decir que esta palidez no provenia de inquietud ni de emocion, sino de cansancio.

La noche anterior la habia pasado escribiendo una interminable carta, que debia entregarse á Lazarine en el caso de sucederle alguna desgracia, y en redactar su testamento.

En éste legaba toda su fortuna á Raoul de la Tour du Roy, hijo de la marquesa y suyo.

Los carruajes habian subido la cuesta lentamente.

Al llegar á la meseta de Montretout, apresuraron el paso, atravesando á trote largo los bosques de Villeneuve-l'Etang, cuyos pinterescos jardines están hoy abandonados, siguiendo despues por la parte mas alta de Ville d'Avray.

En el momento de llegar á las últimas casas del pueblecito, Héctor manejó con suma destreza hácia la izquierda, metiendo el coche por un camino estrecho é inclinado que llaman la calle del lago.

El landó seguia al *mail-coach*.

Los dos carruajes torcieron nuevamente á la derecha y se pararon.

Habian llegado al terreno.

LV

Un coche de alquiler sin caballo y con las varas subidas estaba en el patio del restaurant.

Este coche habia conducido á Julio Leroux, que no se atrevia á desagradar á Lazarine, y que, por otra parte, sentia tambien curiosidad por aquel duelo que se iba á realizar entre los dos enamorados de su hija.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ballos para ir á un desafío no era cómoda ni oportuna, y probablemente no la emplearia nunca un príncipe de nacimiento, pero Héctor, que era príncipe de nuevo cuño, tenia con frecuencia estas excentricidades á pesar de los consejos de su padre adoptivo.

El segundo carruaje era un landó que habia alquilado Marcelo la víspera.

En él iba el ex-teniente con sus dos testigos y un cirujano militar que estaba de paso en Paris, y que habia encontrado la víspera en el café de Helder.

Macelo estaba un poco pálido.

No tenemos necesidad de decir que esta palidez no provenia de inquietud ni de emocion, sino de cansancio.

La noche anterior la habia pasado escribiendo una interminable carta, que debia entregarse á Lazarine en el caso de sucederle alguna desgracia, y en redactar su testamento.

En éste legaba toda su fortuna á Raoul de la Tour du Roy, hijo de la marquesa y suyo.

Los carruajes habian subido la cuesta lentamente.

Al llegar á la meseta de Montretout, apresuraron el paso, atravesando á trote largo los bosques de Villeneuve-l'Etang, cuyos pinterescos jardines están hoy abandonados, siguiendo despues por la parte mas alta de Ville d'Avray.

En el momento de llegar á las últimas casas del pueblecito, Héctor manejó con suma destreza hácia la izquierda, metiendo el coche por un camino estrecho é inclinado que llaman la calle del lago.

El landó seguia al *mail-coach*.

Los dos carruajes torcieron nuevamente á la derecha y se pararon.

Habian llegado al terreno.

LV

Un coche de alquiler sin caballo y con las varas subidas estaba en el patio del restaurant.

Este coche habia conducido á Julio Leroux, que no se atrevia á desagradar á Lazarine, y que, por otra parte, sentia tambien curiosidad por aquel duelo que se iba á realizar entre los dos enamorados de su hija.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El banquero no profesaba mucha simpatía á Begourde, á pesar de la aureola de sus millones, y en cambio se interesaba por Marcelo tanto como podia permitirle su exagerado egoismo.

Hacia un cuarto de hora que habia llegado Julio Leroux, instalándose en un reducido gabinete del piso superior del restaurant.

Este gabinete tenia mucha semejanza con los kioskos que, llenos de cristales, suelen poner algunas gentes como remate á sus casas.

Desde allí se dominaba un paisaje encantador, aunque muy reducido, alcanzando la vista hasta el otro lado del lago.

El mejor de los padres se habia levantado mucho mas temprano de lo que tenia de costumbre; y ya fuese por el ejercicio ó por el aire puro que respiraba, sintió apetito y se decidió á almorzar opíparamente, á pesar de lo desusado de la hora, pidiendo que le sirviesen unas chuletas con patatas, un pollo fiambre, una buena loncha de jamon y una ensalada de judias verdes.

A esto debia acompañar una botella de vino de Chablis y otra de Pomard para completar aquel almuerzo, que, si no era escogido, era al menos suculento.

El *mail-coach* del principe y el landó de Marcelo se habian parado junto al césped, que, cortado, formaba hermosos caminos que conducian al lago.

Los dos carruajes estaban casi debajo de Julio Leroux, que para verlos no tenia necesidad mas que de asomarse á la ventana y separar las hojas de parra que la rodeaban.

El sitio á que nos referimos está muy poco concurrido durante la semana, y mas especialmente por la mañana, sin que nadie, excepto los criados del restaurant, reparasen en aquel carruaje de cuatro caballos ni en el landó.

Ambos grupos se encontraban á veinticinco ó treinta pasos de distancia, y se pusieron en marcha.

Como los testigos de Héctor habian sido los que habian designado el terreno, marchaba éste acompañado del vizconde de Cussy y del baron Couraud.

Tomaron por la izquierda, marchando por la arenosa calzada que está situada entre el lago y una propiedad particular, siguiendo hasta un punto que parecia el fondo de aquel panorama, torciendo despues á la derecha por el camino de travesia, que está sembrado de grupos de árboles.

Precisamente enfrente del sitio en que estaba colocado Julio Leroux fué donde se paró el primer grupo, al que se agregó en seguida Marcelo Laugier y sus testigos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ya veis, señores—dijo el vizconde sonriendo,—que está bien escogido el sitio; un hermoso terreno cercado, en que no hay polvo ni barro, y con bastante frondosidad para que no moleste el sol. Creo, salvo mejor parecer, que se buscaria por mucho tiempo sin encontrar otro de mejores condiciones.

Como es consiguiente, nadie fué de parecer contrario.

Se sacaron las espadas á la suerte, arrojando al aire una moneda de veinte francos, y la suerte fué favorable á Marcelo, decidiendo que se utilizarian las que él habia llevado.

Héctor hizo un gesto de indiferencia, manifestando en su semblante una tranquilidad completa, que nadie hubiese creido que era la primera vez que iba en su vida á batirse.

Los dos adversarios se quitaron sus americanas y se pusieron en guardia á la distancia conveniente.

Eran casi de la misma edad y venian á tener igual estatura, siendo ambos bastante hermosos, aunque de tipo diferente.

El rostro de Marcelo era mas bien un poco delgado, y sus formas eran esbeltas y nerviosas, pero de correccion perfecta, y denunciando una fuerza excepcional y una energia á toda prueba.

Héctor era tambien un buen modelo, aunque

de formas menos pronunciadas, puesto que sus líneas eran mas redondas y mas graciosas; el conjunto era mas femenino, ó mejor dicho, menos varonil.

El aspecto de ambos era tambien muy diferente.

Marcelo estaba sério, casi sombrio, como el hombre que sin causa fundada vá quizá á matar ó morir.

El príncipe se sonreía como si se tratase de un asunto agradable.

Los dos adversarios tenian una calma completa, y la sangre fria del uno podia luchar con la severa impaciencia del otro.

Despues de cinco ó seis segundos de completa inmovilidad, que los habia convertido en una especie de estátuas de vivientes ojos, y durante los cuales se estuvieron espiando, dieron un paso adelante simultáneamente y cruzaron los aceros.

La manera sencilla, y en cierto modo automática, con que se realizó este movimiento, como si hubieran estado en una sala de armas con la careta puesta y manejando inofensivos floretes, demostraba que ambos combatientes tenian un valor nada comun, que prometía un combate reñido.

Julio Leroux, en su observatorio, dejaba enfriar las chuletas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habia sacado unos gemelos de gran alcance dirigiéndolos hácia los adversario, á los cuales miraba con la misma emocion que pudiera hacerlo en el teatro.

Marcelo Laugier era lo que se llama un buen tirador de segunda fuerza.

El manejo que tenia aprendido de un antiguo maestro de armas era bastante peligroso, aun para adversarios que le superáran en fuerza. Tres duelos en que habia vencido, lo probaban evidentemente.

Tenia la mano baja y el brazo bastante suelto. Su muñeca era delgada, flexible y resistente á la vez, y su mirada fija y penetrante debia desconcertar á un novicio.

Aunque Héctor lo era mucho, hacia honor á su maestro.

Siempre alegre y sonriendo, aparecia completamente tranquilo esperando el ataque sin descubrir su juego, tan pronto en la parada como en la respuesta.

Empezó el combate.

Marcelo queria castigar severamente al príncipe, cuya absurda provocacion le habia irritado, y empleó desde el principio todos los recursos que le suministraba su buena táctica y su costumbre en el manejo de las armas sin conseguir tocar á Héctor.

El sistema de este último era muy sencillo.

Queriendo, si no matar al ex-teniente, herirle al menos de una manera bastante grave para desembarazar á Lazarine de sus tenaces persecuciones, trataba de fatigarle y esperar una ocasion de tocarle con seguridad.

Aprovechando las lecciones que habia recibido, con un valor digno del mayor encomio se cubria con su espada como con un escudo, parando ventajosamente los ataques mas vigorosos.

Marcelo se admiraba de aquella resistencia pasiva, viendo detras de esto un lazo, y se animaba irritándose poco á poco, hasta ponerse completamente nervioso.

Empezaban á colorearse sus pálidas mejillas, y por su frente rodaba ya alguna gota de sudor; su respiracion se hacia fatigosa y manifestaba la agitacion de su pecho.

Se obstinaba sin conseguir resultado, y á medida que aumentaba su cólera sobrevenia el cansancio.

Héctor, con la misma tranquilidad que tenia cuando empezaron, continuaba en sus paradas, sonriendo.

En la situacion de ánimo en que estaba Marcelo le pareció una nueva provocacion aquella continua sonrisa, y llegó á exasperarse.

Redobló sus esfuerzos, pareciéndole ya muy poco una simple herida para vengarse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su espada revoloteaba en derredor de Héctor como un fuego fátuo, queriendo buscar un camino para ir derecho al pecho del enemigo.

Aturdido Héctor la centésima parte de un segundo, llegó tarde en la parada; y recibiendo de Marcelo una herida en el brazo de algunos centímetros que no tenia profundidad, hizo brotar la sangre que tiñó su camisa.

Inmediatamente intervinieron los testigos cumpliendo con su deber, y se interrumpió el combate.

El cirujano sondeó la herida, y dijo que el arma no habia penetrado y que solo habia desgarrado la superficie de la carné.

—El honor está satisfecho—dijeron los testigos,—ha corrido sangre, y debe terminar el asunto.

Marcelo por su parte habria convenido en ello, aunque no de muy buena gana; pero Héctor, cuyos motivos conocemos, sostuvo que un duelo que se terminara por un simple arañazo sería una mistificacion, é insistió en seguir adelante.

Los testigos cedieron bien á pesar suyo.

Cogieron nuevamente las espadas.

A la vista de su sangre experimentó el príncipe la impresion que es natural.

Se animó á su vez.

Comprendia que habria bastado muy poco

para que el arma de su contrario le atravesára el pecho en lugar de herirle en el brazo.

Rico y feliz porque se creia amado no queria morir tan pronto, y renunció á su defensa pasiva, tomando el partido de atacar.

Hacia unos ocho dias que su hábil maestro le habia enseñado un golpe bastante raro y poco conocido, que trató de realizar fingiendo un atrevido ataque por debajo, y doblando las rodillas erguirse bajo la guardia de Marcelo, cuya espada debia tocarle en la espalda.

Pero el arma de éste se habia bajado, y el príncipe, impulsado por la misma violencia de su movimiento, se atravesó de parte á parte.

La espada de su contrario le habia entrado en el pecho cerca de la clavícula derecha, saliéndole por la espalda.

Héctor dió un profundo suspiro, dejó caer su arma, y vaciló con los brazos abiertos.

Habria caido al suelo si no hubiera sido por la pronta ayuda que le prestaron el vizconde y el baron.

—Señores—dijo el amante de Lazarine con una expresion de profunda tristeza y mirando su espada ensangrentada,—en el alma he sentido ese desgraciado golpe.... yo era el provocado, y sin embargo, bien sabe Dios que no deseaba la muerte del príncipe de Castel-Vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vant. Me hareis la justicia de conceder que he obrado como hombre de honor.

Los testigos de ambos adversarios se inclinaron en señal de asentimiento.

Extendieron sobre el césped el cuerpo de su amigo, arrimándole junto al tronco de un árbol. Lívido, desmayado y con los ojos cerrados, apenas respiraba Héctor.

A cada nueva aspiracion aparecia una espuma sanguinolenta en sus labios.

El cirujano militar rompió de nuevo la camisa, y examinó detenidamente la herida, moviendo la cabeza con un aire que no significaba nada bueno.

—¿Qué hay?—preguntó Marcelo con una ansiedad tal que causaba lástima.

—O mucho me engaño—contestó el médico, —ó este jóven está perdido, y creo desgraciadamente que no me engaño.

LVI

—¡Perdido!—repitió Marcelo aterrado.—¡Como! ¿no hay ninguna esperanza?

—Mucho lo temo—respondió el cirujano.

—Pero tratareis siquiera de luchar contra la muerte.....

—Voy á hacerle una sangria, que quizá le desahogue el pulmon; no se puede hacer otra cosa, y esto voy á hacerlo únicamente para descargar mi conciencia, sin esperar nada decisivo.

El cirujano vendó el brazo y rompió la vena.

Al principio salió la sangre gota á gota, trazándo un círculo color de púrpura sobre aquella blanca piel.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vant. Me hareis la justicia de conceder que he obrado como hombre de honor.

Los testigos de ambos adversarios se inclinaron en señal de asentimiento.

Extendieron sobre el césped el cuerpo de su amigo, arrimándole junto al tronco de un árbol. Lívido, desmayado y con los ojos cerrados, apenas respiraba Héctor.

A cada nueva aspiracion aparecia una espuma sanguinolenta en sus labios.

El cirujano militar rompió de nuevo la camisa, y examinó detenidamente la herida, moviendo la cabeza con un aire que no significaba nada bueno.

—¿Qué hay?—preguntó Marcelo con una ansiedad tal que causaba lástima.

—O mucho me engaño—contestó el médico, —ó este jóven está perdido, y creo desgraciadamente que no me engaño.

LVI

—¡Perdido!—repitió Marcelo aterrado.—¡Como! ¿no hay ninguna esperanza?

—Mucho lo temo—respondió el cirujano.

—Pero tratareis siquiera de luchar contra la muerte.....

—Voy á hacerle una sangria, que quizá le desahogue el pulmon; no se puede hacer otra cosa, y esto voy á hacerlo únicamente para descargar mi conciencia, sin esperar nada decisivo.

El cirujano vendó el brazo y rompió la vena.

Al principio salió la sangre gota á gota, trazándo un círculo color de púrpura sobre aquella blanca piel.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al cabo de algunos segundos salia con mas fuerza.

La opresion del herido disminuía, haciéndose menos abundante la espuma roja de sus labios.

Héctor suspiró sin abrir los ojos y sin volver al conocimiento.

—¿No se pone mejor?—preguntó Marcelo.

—Sí, pero no quiero daros una vana esperanza; para sostener esta mejoria se necesita que un cuajaron de sangre contenga la hemorragia interior.

—¿Y sería esto la curacion?

—Nó; sería únicamente una tregua sin que desaparezca el peligro, porque pueden sobrevenir infinitas complicaciones.

—¿Las combatirá la ciencia?

—La ciencia las combate siempre, pero no puede hacer milagros.

—¿Será posible llevar al herido á su casa?

—De ninguna manera; moriria antes de llegar.

—¿Y qué vamos á hacer?—preguntó el baron Couraud.

—En la otra orilla del lago hay una hospederia—contestó Marcelo.

—Bueno—contestó el médico, dirigiéndose á los testigos de Héctor,—que uno de estos caballeros vaya y haga traer una camilla con dos

colchones y dos hombres para llevarla, que creo que el herido podrá resistir este trayecto, que, despues de todo, es indispensable recorrer.

—Yo iré—dijo Marcelo—que conozco la casa.

Y poniéndose el chaleco y la americana, se alejó rápidamente.

El cirujano continuó diciendo:

—Es necesario avisar al médico de este desgraciado jóven.... ¿le conoceis alguno?

El vizconde y el baron contestaron negativamente.

—¿Y no podreis vos—dijo el baron—continuar prestándole vuestra asistencia?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque estoy de paso en Paris, y me marcho esta tarde para incorporarme á mi regimiento en Vesoul.

La razon no admitia réplica y no insistió el baron.

Julio Leroux, desde su observatorio y ayudado de sus buenos gemelos, habia presenciado las peripecias y el desenlace del duelo.

Vió que Marcelo se separaba del grupo que rodeaba el inanimado cuerpo del príncipe, y que venia en direccion al restaurant.

¿Qué venia á hacer allí?

El ex-banquero, cuya curiosidad se habia desarrollado vivamente, bajó de su observato-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio, encontrándose en la puerta en el momento en que llegaba Marcelo.

La primera persona que vió éste, fué al padre de Lazarine.

—¡Vos aquí, señor Leroux!

—Sí, querido amigo.

—¿Como tal casualidad?

—No hay nada de casual—interrumpió el mejor de los padres,—sabeis que me intereso por vos verdaderamente, y he querido asegurarme por mí mismo de que no os pasaba nada desagradable.

—¡Ah! caballero, soy digno de lástima.

—Me parece que no hay motivo para tanto, puesto que habeis salido ileso.

—¡Preferiria cien veces estar herido aunque fuese de gravedad, antes que haber matado á mi contrario!

—¿Ha muerto el príncipe?—preguntó Julio Leroux.

—Aún no, pero el cirujano no tiene ninguna esperanza.

—¡Vaya por Dios! es una desgracia á la edad del príncipe, y tan rico.... ¡mas de un millon de renta! pero en fin, no estará menos mal en un magnífico féretro ese pobre muchacho; ¡qué poca cosa es el hombre! ¡se hace uno filósofo sin querer cuando vé los golpes del destino! ¿Y qué venís á buscar aquí?

Marcelo se lo explicó en pocas palabras.

—Muy bien -dijo el ex-banquero,—se os dará todo eso, y mientras tanto haré preparar un cuarto, donde estará cómodamente el príncipe si por casualidad se escapa; aquí hay muy buen aire y magníficas vistas, aunque no harán mucha falta segun lo que acabais de contarme.

Y Julio Leroux volvió á decir:

—Verdaderamente es una desgracia á su edad, siendo tan rico.

Veinte minutos despues, dos criados del restaurant llevaban en una improvisada camilla con dos colchones el inanimado cuerpo del herido, extendiéndole sobre el lecho de un cuarto del piso bajo.

En este mismo cuarto, hacia algunas semanas que Marcelo habia estado comiendo con Lazarine.

Julio Leroux habia almorzado vorazmente y y habia pagado la cuenta.

Entró en aquel cuarto, que verdaderamente parecia cámara fúnebre, y despues de cerciorarse por sí mismo de que el hijo adoptivo de Godefroy estaba en la última, y que, segun las apariencias, pasaria sin ninguna transicion de aquel desmayo á la muerte, mandó enganchar el coche que le habia conducido, volviéndose á Paris fumándose un magnífico cigarro y contoneándose con aquella séria filosofía de que aca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

baba de vanagloriarse. Se paró cinco minutos en el café de la Cascada para activar la digestion con un *grog* americano bien caliente.

Próximamente á la una llegaba á la calle de Murillo.

Lazarine le esperaba hacia bastante tiempo llena de impaciencia febril.

Le vió atravesar el patio, y corrió á su encuentro hasta la puerta.

—¡Qué tarde vienes!—exclamó.

—Se necesita mucho tiempo para venir aquí desde Ville d'Avray con un mal caballo.

—¿Me traes noticias?

—¡Naturalmente! ¿Para qué nos habiamos de molestar los dos? He estado magníficamente situado, y he visto todo perfectamente con los gemelos. Ante todo y en primer término debo decir que se han batido admirablemente, y que no lo habrian hecho mejor en el teatro. Los dos eran valientes en alto grado.

—¿Ha muerto alguno de ellos?—preguntó Lazarine llena de emocion.

—Si no ha muerto es como si lo estuviera, porque lo ha desahusiado el cirujano militar sin recurso posible.

—¿Pero cual, Dios mio, cual?

—¡Ah, ah, te interesaba! No te haré esperar mucho con mis reticencias.... El que no

ha tenido suerte ha sido Begourde, es decir, el príncipe de Castel-Vivant.

La marquesa palideció.

—¡El príncipe de Castel-Vivant!—respondió con sorda voz,—¡dices que ha muerto el príncipe!

—Ya debe estarlo á estas horas, porque respiraba muy poco cuando me vine.

La marquesa se levantó lívida, y las manos trémulas por la fuerte emocion que la agitaba, y con acento cólérico que causó mucha extrañeza á su padre, exclamó:

—¡Marcelo Laugier ha matado al príncipe! ¡Ah, miserable!

Y diez veces seguidas repitió:

—¡Miserable! ¡Miserable!

—¡Ah!—dijo *el mejor de los padres*,—seguramente amabas á Héctor.

—¿Quién te habla de amar?—contestó violentamente la marquesa.—Lo que yo queria eran sus millones y su título, porque habia jurado ser príncesa; y despues de todo, ¿quién sabe? quizá le amaba y ahora me lo parece. ¡Oh! Ese Marcelo, á quien detesto, es mi abismo y mi perdicion.

—¿Por qué es tu perdicion?—preguntó Julio Leroux con aire de intencion.—¿Acaso ha existido entre vosotros alguna cosa que yo no sepa?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lazarine se encogió de hombros.

—¿Vas á interrogarme?—respondió.—¿Por ventura tengo necesidad de darte cuentas? Déjate de esto, y refiéreme el duelo si lo has visto todo; dímelo todo, porque quiero saberlo todo.

El ex-banquero obedeció en seguida, escuchándole su hija con atencion salvaje y profunda emocion, que no era ciertamente de sensibilidad, porque sus ojos permanecieron secos, sin que asomase á ellos una lágrima.

Cuando concluyó su relato, preguntó Lazarine.

—¿De modo que ha sido necesario dejar en Ville d'Avray al desgraciado príncipe?.

—No habria podido resistir el trayecto y habria muerto en el camino. Ya comprendes que morirá de todos modos; pero al menos será de una manera mas dulce, y el médico habrá cumplido con su deber. Traerán su cuerpo á Paris y le harán un magnífico entierro sus herederos, si son medianas personas, porque él antes no tenia nada ni á nadie.... Seria una lástima que sus millones fueran á parar al Estado.

—¿Pero no hay ninguna esperanza de salvacion?—preguntó Lazarine siguiendo su pensamiento, sin escuchar la palabreria de su padre.

—Ni una; pero me atrevo á asegurar que mi

amigo Godefroy ha tomado sus medidas para seguir disfrutando su renta vitalicia de cien mil francos despues de la muerte de su hijo adoptivo.

Mientras tanto la marquesa decia para sí:

—No se piensa siempre en todo; el príncipe me amaba, y no cabe duda de que si hubiese tenido la idea de hacer testamento antes de ese duelo fatal, me habria dejado su fortuna. ¡Qué olvidadiza y que loca soy!

—Ya que he cumplido á conciencia mi mision—dijo Leroux,—estarás contenta de tu padre, á no ser que seas muy exigente. No tenemos ya nada que decirnos, y me voy á ver á Godefroy para saber si tiene bien tomadas sus medidas. Adios, hermosa marquesa.

—Escucha; tú no tienes nada que decirme, pero yo si tengo algo que comunicarte.

—¿Qué es ello?

—Hoy es el dia de las malas noticias; esta mañana he recibido carta del castillo de Gordes.

—¿De Renée?

—Nó, de Raoul.

—¿Y qué?

—Nuestra querida Juana está muy mala.

—¡Pobre condesita!—murmuró Julio Leroux,—palabra de honor que me dá mucha pena.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lazarine se encogió de hombros.

—¿Vas á interrogarme?—respondió.—¿Por ventura tengo necesidad de darte cuentas? Déjate de esto, y refiéreme el duelo si lo has visto todo; dímelo todo, porque quiero saberlo todo.

El ex-banquero obedeció en seguida, escuchándole su hija con atencion salvaje y profunda emocion, que no era ciertamente de sensibilidad, porque sus ojos permanecieron secos, sin que asomase á ellos una lágrima.

Cuando concluyó su relato, preguntó Lazarine.

—¿De modo que ha sido necesario dejar en Ville d'Avray al desgraciado príncipe?.

—No habria podido resistir el trayecto y habria muerto en el camino. Ya comprendes que morirá de todos modos; pero al menos será de una manera mas dulce, y el médico habrá cumplido con su deber. Traerán su cuerpo á Paris y le harán un magnífico entierro sus herederos, si son medianas personas, porque él antes no tenia nada ni á nadie.... Seria una lástima que sus millones fueran á parar al Estado.

—¿Pero no hay ninguna esperanza de salvacion?—preguntó Lazarine siguiendo su pensamiento, sin escuchar la palabreria de su padre.

—Ni una; pero me atrevo á asegurar que mi

amigo Godefroy ha tomado sus medidas para seguir disfrutando su renta vitalicia de cien mil francos despues de la muerte de su hijo adoptivo.

Mientras tanto la marquesa decia para sí:

—No se piensa siempre en todo; el príncipe me amaba, y no cabe duda de que si hubiese tenido la idea de hacer testamento antes de ese duelo fatal, me habria dejado su fortuna. ¡Qué olvidadiza y que loca soy!

—Ya que he cumplido á conciencia mi mision—dijo Leroux,—estarás contenta de tu padre, á no ser que seas muy exigente. No tenemos ya nada que decirnos, y me voy á ver á Godefroy para saber si tiene bien tomadas sus medidas. Adios, hermosa marquesa.

—Escucha; tú no tienes nada que decirme, pero yo si tengo algo que comunicarte.

—¿Qué es ello?

—Hoy es el dia de las malas noticias; esta mañana he recibido carta del castillo de Gordes.

—¿De Renée?

—Nó, de Raoul.

—¿Y qué?

—Nuestra querida Juana está muy mala.

—¡Pobre condesita!—murmuró Julio Leroux,—palabra de honor que me dá mucha pena.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LVII

Cuando se marchó Julio Leroux cerró la puerta Lazarine, y triste y silenciosa, con los ojos secos y la mirada fija, permaneció sentada en una butaca hasta la noche en un estado de completa postracion.

Pero engañaba mucho aquella apariencia.

La marquesa no era mujer que se abatiera fácilmente. Una furiosa tempestad rugia en su mente, sublevándose contra aquel contratiempo, y su rabia era mucho mas terrible por lo mismo que estaba contenida.

Si nos colocamos en su lugar tendremos que convenir en que esta cólera tenia su justificacion, porque veia desaparecer aquellos planes

tan bien concebidos, y volverse en contra suya las mismas armas que empleaba.

Se habia servido de Héctor Begourde para librarse de Marcelo, y éste habia destruido con una estocada los ambiciosos proyectos que ella tenia sobre el hijo adoptivo de Godefroy.

El cadáver del príncipe no podia darle ya aquella corona cerrada y aquellos innumerables millones que tanto ambicionaba.

Y Marcelo Laugier, su enemigo, su obstáculo y su perseguidor, quedaba en pié triufante en medio de sus ruinas.

¡Qué ódio tan profundo sentia Lazarine en aquel momento por aquel hombre! ¡Qué sueños de venganza acariciaba en su mente!

Las horas trascurrian en su meditacion sin que lo notase.

Un poco antes de empezar la noche, cambió repentinamente el curso de sus ideas.

—¡Despues de todo, nada me prueba que haya muerto!—dijo en alta voz,—dice mi paque el médico no tenia niguna esperanza; pero los médicos no son infalibles; cuantos enfermos desahuciados por la ciencia gozan hoy de buena salud; no quiero hacer caso de nadie, quiero ver por mí misma.

Ya sabemos hace bastante tiempo que cuando Lazarine tomaba una resolucion, no habia fuerza humana que le hiciese desistir de ella,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y mucho mas tratándose de un proyecto descabellado.

Se levantó de aquel asiento en que habia permanecido tanto tiempo retenida por sus meditaciones, y tocó un timbre.

Se presentó un ayuda de cámara.

—Que enganchen—dijo,—y decid al jefe de cocina que no como aquí y que venga Virginia.

Virginia era su primera doncella.

—¿Qué traje quiere ponerse la señora marquesa?—preguntó ésta al entrar.

—Un vestido negro que sea muy sencillo. Como en casa de mi padre.

Al cabo de diez minutos estaba vestida Lazarine; y no satisfecha con el velo que llevaba en el sombrero, se metió en el bolsillo otro muy espeso y muy ancho, en el cual solia envolverse como si fuera una mantilla española.

Vinieron á decir que esperaba el coche.

La marquesa bajó.

—A casa de mi padre—dijo al lacayo al cerrar la portezuela.

Julio Leroux, que desde que Renée se habia instalado en el castillo de Gordes hacia una vida de completo soltero, no vivia en su antigua casa.

Habia alquilado y amueblado un entresuelo de una magnífica casa señalada con el núm. 17 en el boulevard de la Magdalena.

Al cabo de cinco minutos se paraba el coche enfrente de la puerta.

—¿Es necesario esperar á la señora?—preguntó el lacayo.

—Nó.

—¿A que hora es necesario venir?

—A las doce; si vuelvo mas temprano me acompañará mi padre.

Y Lazarine entró en la casa, no para subir á casa de Julio Leroux, que probablemente estaria fuera, sino para dar tiempo á que se marchase el coche.

Al cabo de un instante volvió á salir.

Empezaba á ser de noche.

El gas se habia ya encendido en todas las tiendas y en los faroles públicos.

La marquesa deseaba llevar á cabo una expedicion poco razonable; y no queriendo sin embargo ponerse á la disposicion de cualquier cochero, se dirigió á la administracion de un gran establecimiento que está situado en la calle Basse-du-Rempart.

—¿Qué deseais, señora?—preguntó el empleado.

—Un cupé que tenga un buen caballo para que me lleve á Ville d'Avray y me traiga á media noche.

—Ir y volver á Ville d'Avray es una carrera bastante larga que cuesta cincuenta francos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

adelantados—dijo el empleado,—porque una mujer sola y desconocida no suele inspirar mucha confianza á los que alquilan carruajes.

La marquesa sacó el porta-monedas y dió tres luises diciendo:

—El resto para el cochero. Me dareis un hombre de confianza, ¿no es verdad?

—Podeis estar tranquila, señora; ¿quereis tomar asiento mientras enganchan el caballo?

Media hora mas tarde atravesaba el coche el puente de Suresnes al trote ligero.

El tiempo era muy apacible y el cielo estaba cubierto sin que arrojara ninguna claridad.

A no haber sido por los faroles del carruaje, que iban iluminando el camino, el cochero no habria podido seguir adelante.

Aquel paseo nocturno en medio de la soledad mas completa, rodeada del mas profundo silencio, emprendido únicamente para comprobar *de visu* la muerte de un hombre, era verdaderamente triste.

Aunque Lazarine no tenia nada de supersticiosa, sentia oprimírsele el corazon, luchando en vano contra los funestos presentimientos que le asaltaban. Casi tenia miedo.

Pero este sentimiento se desarrolló mucho mas cuando el coche empezó á rodar silenciosamente por la elevada rampa que corona los bosques vírgenes de Villeneuve l'Etang.

Las copas de los árboles se entrelazaban por por encima del camino y hacian la oscuridad mucho mayor.

Parecia que el coche habia penetrado en las entrañas de una mina de carbon. Cuando se escapaba de los faroles un pálido rayo que iba á iluminar los postes que indicaban la distancia, parecia que estos eran espectros que extendian sus descarnados brazos hácia algun punto siniestro.

La marquesa creia entonces ver al príncipe con el pecho ensangrentado y vacilante, que con voz apagada le decia:

—Lazarine, yo muero... vuestra es la culpa.

Por fin el coche llegó á la calle principal de Ville d'Avray, y concluyeron las alucinaciones, que siempre son hijas de las tinieblas, aunque no estuviese muy bien alumbrado, y únicamente se oyesen las voces de alguna taberna y fuesen muy pocos los transeuntes.

Aunque eran las nueve próximamente los alrededores de Paris estaban ya en completa calma.

Asomada á la ventanilla del coche, se esforzaba la marquesa en reconocer la casa en que habia estado únicamente una vez.

Al pasar por la calle que conduce al lago, se despertaron sus recuerdos.

Un coche particular que estaba parado á la

puerta de la hospederia, le dió seguridad de que era allí.

—Ese debe ser el coche de algun médico—dijo para sí, mientras daba la órden de pasar.

El cochero detuvo el coche.

La jóven ocultó su rostro bajo los pliegues de aquel espeso velo que habia tomado como medida de prudencia; se apeó y abrió una puerta, encontrándose en una sala en que hablaban varias personas muy animadamente.

Media docena de personas estaban bebiendo cerveza y fumando; se entretenian en hablar del trágico suceso de aquella mañana.

Profunda sensacion produjo la aparicion de Lazarine con su aire elegante y la riqueza de su vestido, que ella juzgaba tan modesto.

Todas las miradas se dirigieron hácia ella, interrumpiéndose repentinamente todas las conversaciones.

El dueño de la casa se acercó.

—¿Qué teneis que mandar, señora?—preguntó aquel hombre con el triple interés que le daba su hospederia, café por el lado de la calle y restaurant por el lado del lago.

La marquesa preguntó con una pregunta.

—¿Está en vuestra casa el jóven que ha sido esta mañana herido en desafio?

—Sí, señora; el señor príncipe, porque tal es el herido, está en casa.

—¿Vive todavia?—murmuró Lazarine con voz alterada.

—Hace un momento que estaba vivo todavia, pero probablemente no lo pasará así toda la noche. Su ayuda de cámara, que está aquí, me decia al tiempo de comer que tendria necesidad de buscar mañana nueva colocacion; ademas, un médico famoso de Paris acaba de llegar.

—Quisiera ver al herido—dijo la marquesa, —¿puede ser?

—¿Por qué no? Suponiendo que no se oponga el médico. Voy á guiar á la señora, y hablaremos al ayuda de cámara.

El dueño cogió un candelero de cobre con su número, y condujo á la jóven por estrechos corredores; haciéndole atravesar el jardin, llegó á un cuarto desmantelado y llamó á la puerta suavemente.

—¿Qué deseais?—preguntó con voz débil un criado muy bien puesto, con patillas inglesas y con aspecto de portero de ministro.

—Yo no quiero nada, pero esta señora desea hacer una visita á vuestro amo.

El ayuda de cámara miró á Lazarine lleno de asombro.

El rostro de la jóven permanecia oculto tras el espeso velo, y su aire revelaba ser una per-

sona principal; en esto no se engañaba el criado, y dijo con aire respetuoso:

—¿Conoce la señora al príncipe?

—Sí—murmuró la marquesa.

—¿Sabe la señora que mi amo no puede oirla sin responderla?

—No pienso hablar al príncipe; pero si vá á morir, lo que Dios no quiera, quisiera verle por última vez.

—No puedo hacerlo por mí solo, puesto que hay un médico con él; le avisaré, y si él consiente vereis á mi amo.

—Bueno—dijo Lazarine poniendo un luis en la mano del ayuda de cámara,—id en seguida, espero.

—Esta debe ser alguna señora enamorada de mi amo—pensó el criado al marcharse,—pero no es una cualquiera: apuesto cualquier cosa á que nunca ha estado en casa.

Despues de un minuto de ausencia, se presentó diciendo:

—La señora puede entrar.

LVIII

Lazarine entró.

El ayuda de cámara se salió discretamente, cerrando tras sí la puerta, dejando á la jóven con el médico y con el herido.

La pieza en que habia entrado la marquesa era baja y estrecha, y muy mal acondicionada.

Las paredes estaban cubiertas de un papel color de ceniza, que en otro tiempo habia tenido adornos azules. Unas cortinas de algodon blanco con galon azul, de lana, resguardaban una cama que pudo ser de moda el año 30,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sona principal; en esto no se engañaba el criado, y dijo con aire respetuoso:

—¿Conoce la señora al príncipe?

—Sí—murmuró la marquesa.

—¿Sabe la señora que mi amo no puede oirla sin responderla?

—No pienso hablar al príncipe; pero si vá á morir, lo que Dios no quiera, quisiera verle por última vez.

—No puedo hacerlo por mí solo, puesto que hay un médico con él; le avisaré, y si él consiente vereis á mi amo.

—Bueno—dijo Lazarine poniendo un luis en la mano del ayuda de cámara,—id en seguida, espero.

—Esta debe ser alguna señora enamorada de mi amo—pensó el criado al marcharse,—pero no es una cualquiera: apuesto cualquier cosa á que nunca ha estado en casa.

Despues de un minuto de ausencia, se presentó diciendo:

—La señora puede entrar.

LVIII

Lazarine entró.

El ayuda de cámara se salió discretamente, cerrando tras sí la puerta, dejando á la jóven con el médico y con el herido.

La pieza en que habia entrado la marquesa era baja y estrecha, y muy mal acondicionada.

Las paredes estaban cubiertas de un papel color de ceniza, que en otro tiempo habia tenido adornos azules. Unas cortinas de algodon blanco con galon azul, de lana, resguardaban una cama que pudo ser de moda el año 30,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

componiendo todo el mobiliario una cómoda, un lavabo, una mesa de noche, dos butacas y una silla.

Sobre la chimenea, y á guisa de reloj, habia una estátua de escayola bronceada, entre dos fanales que contenian flores artificiales bastante marchitas.

No habia mas tapiz que el que estaba á los piés de la cama.

Al frente de la puerta de entrada habia una gran ventana que daba al patio en que iban á comer las enamoradas parejas.

Dos bujias iluminaban el cuarto de una manera débil y triste.

Lazarine se paró en lugar de seguir adelante, abarcó de una sola mirada los objetos que acabamos de mencionar, y miró despues al lecho.

Héctor, que estaba boca arriba, parecia mas bien un cadáver que una persona viviente.

Su cabeza estaba hundida en la almohada, su rostro estaba lívido, y la sombra de sus pestañas daba un tinte sombrio á sus mejillas. Tenia los labios entreabiertos lo mismo que un muerto, dejando ver sus blancos dientes.

Las sábanas estaban manchadas de sangre, y su pecho se levantaba á intervalos con un movimiento casi imperceptible.

El médico, que era muy jóven y ya era célebre, estaba sentado á la cabecera del lecho y tenia cogida la muñeca izquierda del moribundo, sobre la cual apoyaba dos dedos.

Al entrar la marquesa se levantó para saludarla, y ésta respondió con un ligero movimiento de cabeza.

Por poco impresionable y por poco sensible que fuese Lazarine, no pudo dejar de experimentar una especie de agitacion nerviosa al ver el fúnebre espectáculo que se presentaba á su vista. Se estremeció todo su cuerpo y le rodaron las lágrimas, juntando las manos con dolorosa expresion.

—Le ama—dijo entre sí el doctor,—pobre mujer.

Y lleno de compasion por aquel dolor mudo y profundo que creia adivinar, se acercó á la marquesa.

—Valor, señora—murmuró á su oído con voz baja y afectuosa.—He comprendido que os ha traido aquí un motivo muy distinto de una vana curiosidad, y no he querido impediros la entrada; os suplico que tengais valor.

Al oir aquella voz hablándole en estos términos, fué lo bastante para que la marquesa se manifestase tal como era.

Dominó, ó mejor dicho, se borró su emocion, y dijo:

—Tendré valor, caballero, pero es muy triste ver como se apaga una existencia tan brillante.

—Teneis mucha razon, señora.

—¿No os queda ninguna esperanza de salvar al príncipe?

El médico movió la cabeza.

—¿De modo es—dijo entonces la marquesa—que está pronunciada su sentencia?

El médico hizo un gesto afirmativo.

—¿No hareis ya ninguna nueva tentativa?

—No me queda nada que intentar; únicamente puede obrar la naturaleza, aunque el mal es muy grave para que se consiga algo.

—¿Sufre el príncipe?

—No, señora; no experimenta ninguna clase de sensacion en este momento.

—¿Está desmayado?

—Nó, está durmiendo.

—¿Podrá oírnos?

—Si levantamos la voz sí.

—¿Y nos comprenderia?

—No lo creo, aunque no puedo afirmar lo contrario.

—¿Y está próximo el momento fatal?

—Mucho me extrañaria el que viviese toda la noche.

—¿Pero se despertará antes de volverse á dormir para siempre.

—Es probable, ó mas bien seguro. Cuando habeis entrado estaba tomándole el pulso, cuyas pulsaciones eran muy débiles al principio, y empezaban á ser mas frecuentes, indicando que se presentaria la fiebre, con la cual ha de despertar.

—¿Y podrá entonces el príncipe reconocer y comprender?

—Lo dudo, porque el delirio vendrá con la fiebre, y sucumbirá en una crisis provocada por este mismo delirio. Callad, señora.... mirad.... oid.... la fiebre llega y se aproxima la crísis.

Héctor dejaba escapar sonidos inarticulados, y movia la cabeza de un lado para otro.

El médico cogió una luz, aproximándose al lecho.

Lazarine le siguió.

Del rostro del herido empezaban á desaparecer las tintas lívidas, reemplazándolas un color rojo sombrío.

Temblaban sus párpados como si estuviera haciendo inútiles esfuerzos para abrir los ojos: en sus facciones se retrataba la angustia, y un temblor convulsivo agitaba sus labios, haciendo rechinar los dientes.

La marquesa palideció.

—¡Ah!—murmuró—¡eso es espantoso!

—¿Me permitís, señora, que os dé un consejo?—preguntó el médico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, señor.

—¿Le aceptaríais?

—Puede ser.

—Pues bien, salíos de aquí.

—¿Por qué?

—Porque vá á empezar la agonia, y quizá sea muy espantosa.

—Soy fuerte y tengo valor, caballero—contestó Lazarine,—quiero ver hasta lo último, y me quedaré.

—Vos lo habeis querido, señora.

La marquesa se sentó á los piés de la cama.

El médico decia entre sí:

—¿Quién es esta extraña criatura, y qué viene á buscar aquí? Hace un momento me equivoqué suponiendo que estaba enamorada y desesperada, y su emocion no ha durado mas que un momento. No ha hecho el mas pequeño movimiento para besar las manos del que está á punto de morir, ni tiene amor en su corazon ni lágrimas en sus ojos.... ¿qué quiere entonces? ¿Qué motivo la impulsa á presenciar un espectáculo tan trágico? La curiosidad sola, no me parece bastante: debe haber otra cosa; ¿qué será ello?

Y el médico no encontraba la respuesta.

Mientras tanto Lazarine, muda y con las manos crispadas, fijando su mirada en el rostro de Héctor, decia interiormente:

—Con su último aliento desaparecen mis sueños. Al matar Marcelo á Héctor, me ha robado el título de princesa y muchos millones. ¡Qué cuenta tan terrible tenemos que arreglar!

Reinó en el cuarto un prolongado silencio, interrumpido únicamente por los débiles gemidos, ó mèjor dicho sonidos inarticulados que se escapaban de los labios del moribundo.

El príncipe se agitó al principio muy débilmente, y despues de una manera brusca, como el que se despierta lleno de sobresalto, se apoyó en los codos, y dirigiendo sus espantados ojos hácia el interior del cuarto, balbuceó con ronca y chillona voz que daba pena el oirla:

—Ya es de dia del todo... ¿por qué me han dejado dormir? Habia dado órdenes.... pondré en la calle á mi ayuda de cámara por no obedecerme. Hay mucha distancia de Paris á Ville d'Avray, y quiero llegar el primero.... daos prisa, ¡decid que enganchen! ¿Me preguntais cual coche?.... el *mail-coach.* ¿Con dos ó cuatro caballos? Con cuatro.... yo mismo guiaré.... si la marquesa me vé, quedará contenta de mí.

Héctor se interrumpió.

Respiraba violentamente, y emitia las palabras muy despacio.

Al cabo de algunos segundos se reflejó en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

semblante del príncipe una especie de éxtasis, y dijo con tono apasionado:

—"Sal vencedor en un combate cuyo premio es Jimena!" Ella me lo dijo, y todavia siento sus labios en mi frente, y aspiro el perfume de sus cabellos, que me enloquece. ¡Sí, sí, saldré vencedor y mataré á ese infame que persigue á mi adorada, colocándose en mi camino!.... Le mataré.... la marquesa quedará contenta y verá cuanto la adoro.

Reinó nuevo silencio. Los labios del herido se movian sin articular ningun sonido.

El médico se inclinó hácia Lazarine.

—¿Habeis oído, señora—preguntó.

—Sí, he oído.

—Quizá conozcais á esa mujer de que habla el príncipe.

—La conozco.

—Si ama de la misma manera que es amada, debe sufrir cruelmente; porque sin duda ella es la que ha enviado á la muerte á su amante.

—¡Como, caballero!—contestó Lazarine,—el príncipe no era el amante de esa mujer, y la causa que él iba á defender era justa.... Por otra parte, ¿quién os ha dicho que esa mujer no sufre?

El médico pensó:

—¡Es ella! Estoy seguro que no tiene ni alma ni corazon.

Héctor se llevó la mano izquierda á la parte superior del pecho, y dijo de repente.

—¡Cuanto me duele esta quemadura! Me parece que un hierro candente me atraviesa la carne.... ¿Qué es eso?

Y dos ó tres veces volvió á decir:

—¿Qué es eso? No comprendo.....

Despues dió un grito, y con el rostro desfigurado continuó con frases entrecortadas por una especie de estertor:

—¡Es una espada! ¡Una espada enrojecida! ¡El puño está á mis piés y la hoja está en mi pecho.... Avanza y penetra recta á mi corazon..... ¡Arrancádmela! ¡Arrancádmela por piedad! Dentro de un segundo será ya tarde.. ¡Me hace mucho daño, me quema, me mata!... ¡Arrancadla! ¡Arrancadla! ¡Me muero!

Presa de un furioso delirio, y á pesar de los esfuerzos que hacia el médico por contenerle, se incorporó el príncipe, y dando gritos roncos queria arrancarse aquella espada cuya hoja le atravesaba el pecho.

En la doble lucha que sostenia consigo mismo y con el doctor, se arrancaron los apósitos con violencia.

En el momonto empezó á correr la sangre por ambas heridas, saliendo tambien á borbotones por la boca.

Despues Héctor, golpeando el aire con am-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bos brazos, cayó rígido é inerte, golpeándose la cabeza con la madera de la cama.

—¡Marchaos, señora, marchaos; éste es el fin!

Lazarine salió precipitadamente, ocultando el rostro entre sus manos.

LIX

La marquesa atravesó loca de espanto el corredor que pocos momentos antes recorria acompañada del fondista.

Solo la casualidad hizo que no se perdiera en su camino, puesto que no pensó siquiera en

orientarse, y su único objeto era alejarse del cuarto en que espiraba el príncipe.

Atravesó el estrecho jardin, penetrando en la sala que servia para café, y sin responder á las preguntas que le hacia el dueño respecto al estado del herido se lanzó á la calle, y despues, dentro del coche, gritando al cochero:

—¡A Paris, á escape!

El carruaje habia tardado dos horas en llegar á Ville d'Avray por tener que subir la cuesta de Montretout, y volvió en hora y media.

Lazarine habia estado una media hora cerca del lecho del moribundo, y llegó á la plaza de la Estrella bastante antes de las doce.

Casi no es necesario decir que durante el trayecto habia recobrado Lazarine toda su sangre fria.

El cochero se paró junto al Arco del Triunfo.

—¿Donde debo conducir á la señora?—preguntó.

—Al boulevard de la Magdalena, número 17—contestó.

Bajó al llegar á este número, y preguntó por su padre.

Efectivamente; Julio Leroux, segun ella habia previsto, no habia vuelto, y entonces se hizo llevar á uno de esos grandes círculos parisienses donde tenia casi seguridad de encontrarlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bos brazos, cayó rígido é inerte, golpeándose la cabeza con la madera de la cama.

—¡Marchaos, señora, marchaos; éste es el fin!

Lazarine salió precipitadamente, ocultando el rostro entre sus manos.

LIX

La marquesa atravesó loca de espanto el corredor que pocos momentos antes recorria acompañada del fondista.

Solo la casualidad hizo que no se perdiera en su camino, puesto que no pensó siquiera en

orientarse, y su único objeto era alejarse del cuarto en que espiraba el príncipe.

Atravesó el estrecho jardin, penetrando en la sala que servia para café, y sin responder á las preguntas que le hacia el dueño respecto al estado del herido se lanzó á la calle, y despues, dentro del coche, gritando al cochero:

—¡A Paris, á escape!

El carruaje habia tardado dos horas en llegar á Ville d'Avray por tener que subir la cuesta de Montretout, y volvió en hora y media.

Lazarine habia estado una media hora cerca del lecho del moribundo, y llegó á la plaza de la Estrella bastante antes de las doce.

Casi no es necesario decir que durante el trayecto habia recobrado Lazarine toda su sangre fria.

El cochero se paró junto al Arco del Triunfo.

—¿Donde debo conducir á la señora?—preguntó.

—Al boulevard de la Magdalena, número 17—contestó.

Bajó al llegar á este número, y preguntó por su padre.

Efectivamente; Julio Leroux, segun ella habia previsto, no habia vuelto, y entonces se hizo llevar á uno de esos grandes círculos parisienses donde tenia casi seguridad de encontrarlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tambien allí preguntó, y uno de los criados contestó:

—Sí, señora, el señor Leroux está.

—Decidle que quiere hablarle una señora que le espera á la puerta en un coche.

El criado disimuló la sonrisa que se le agolpaba á los labios, y con aire severo y digno desempeño la comision que le habia dado la marquesa.

Cinco minutos despues asomaba la cabeza del ex-banquero por la portezuela del carruaje.

—¿Es Tata—preguntó.

—Nó, papá, no es Tata—contestó Lazarine.

—¡Como!—exclamó,—¿eres tú?

—Sí, papá.

—¿Y qué quieres, hija mia?

—¿Puedes dedicarme media hora?

—Sí, no tengo que hacer hasta las doce.

—¿En casa de Tata?

—¡Curiosa!

—Tengo que hablarte, sube y acompáñame hasta casa, que el coche te llevará donde tengas que ir.

Julio Leroux, en quien se habia despertado la curiosidad, obedeció sin resistencia.

—¿Qué tienes que decirme, marquesita?—dijo cuando el coche se puso en movimiento.

—Tengo que decirte que me marcho de Paris mañana temprano.

—¿Por mucho tiempo?

—No lo sé.

—¿A donde vas?

—A Orleans, y despues á la Tour du Roy.

—¿Y qué diablos vas á hacer en la Tour du Roy?

—Me tiene muy intranquila la carta de Raoul, y te repito que Juana está muy mala. Deseo ver á mi hermana, y por eso quiero estar cerca del castillo de Gordes.

—¡Está muy bien eso! ¡admirable! Te lo apruebo con todo mi corazon y quisiera poder imitarte, pero desgraciadamente ahora me ocupa el tiempo asuntos importantes; sin embargo, si se empeorase la situacion de mi pobre Juana, escríbeme y yo iré en seguida.

—Bueno, papá.

—Confiemos en que no será nada, porque á su edad ofrece la naturaleza recursos sorprendentes.... ¿No tienes otros motivos para marcharte de Paris?

—¿Y qué otro motivo puedo tener?.... A propósito, papá, el príncipe ha muerto.

—Eso era visto; ¡pobre jóven!.... ¿y cuando ha muerto?

—Hace dos horas.

—¿Como lo sabes?

—Porque estaba yo allí: vengo de Ville d'Avray.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Tú sola! ¡de noche! ¡qué locura! Decididamente te interesaba mucho el príncipe, y lo comprendo: ¡era tan rico!.... ¿de modo que tú le has visto morir?

—Sí.... despues de una agonia espantosa.

—¡Bonito espectáculo para una mujer! ¿Supongo que no te habrán reconocido?

—Eso era imposible, porque llevaba un doble velo.

—Hiciste bien. Cuando salí de tu casa fuí á la de Godefroy, y efectivamente lo tiene todo bien arreglado para no perder nada con la muerte de su hijo adoptivo. Sin embargo, parece que ha sentido mucho la muerte.... tiene mucho corazon ese Godefroy.

El carruaje se detuvo delante de la verja del hotel.

—Ya estás en tu casa—dijo Julio Leroux,—te dejo.

—Nó, dame el brazo, porque es menester que te vean.

—¿Y para qué?

—Porque para mis criados he comido en tu casa.

—¡Está muy bien! no digas una palabra mas, te he comprendido.

El *mejor de los padres* acompañó á su hija hasta la escalera, abrazándola y dándola cariñosos recuerdos para la condesa de Gordes, encargándola que le escribiese en seguida dándole noticias de su querida enferma; y despues de cubrir así las apariencias se metió en el coche, que le condujo al café Inglés, en donde iba á cenar con la señorita Tata y algunas otras jóvenes de comercio fácil y agradable.

Lazarine se metió en su cuarto, donde la estaba esperando una de sus doncellas.

—¿Teneis algo que mandarme, señora?—preguntó ésta despues de haberla desnudado.

La marquesa no habia comido y estaba muerta de hambre.

—Subidme alguna cosa que comer—dijo.

—¿Es necesario despertar al jefe de cocina?

—Nó, coged lo primero que encontreis; con cualquier cosa tengo bastante.

Al decir Lazarine que se contentaria con cualquier cosa obraba con prudencia, puesto que no quedaba nada de la comida.

La doncella volvió al cabo de cinco minutos bizcochos y algunos dulces, y una botella de Burdeos.

—Con esto tengo bastante—dijo Lazarine.

—¿Me necesitais para algo, señora?

—Sí, venid dentro de un cuarto de hora.

Despues de acallar las exigencias de su estómago con aquella cena frugal, se sentó la marquesa junto á una mesita que le servia de es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

critorio, y trazó el texto de un telegrama dirigido al conserje de la Tour du Roy previniéndole que enviase un coche á la estacion de Orleans á la llegada del tren de las 12 y 43 minutos de la mañana.

Al trascurrir el tiempo indicado entró la doncella.

—Haced que lleven este despacho al telégrafo en el momento que os levanteis—le dijo Lazarine, y despertadme á las siete y media. A las nueve menos cuarto me servireis un caldo y una chuleta, y que esté enganchado el landó á las nueve y cuarto. Voy á pasar unos dias en la Tour du Roy, y no llevaré mas que mi neceser de viaje, á vos y á la nodriza, á quien avisareis mañana temprano.

—Ahora marchaos, y no olvideis nada.

La doncella salió.

—Estoy rendida de fatiga—dijo Lazarine al quedarse sola,—y sin embargo es menester todavia escribir á ese hombre á quien detesto, y á quien debo engañar ahora mas que nunca para hacer posible la venganza..;. la venganza; ¿como la tomaré? No lo sé, pero llegará.

Y la marquesa trazó las siguientes líneas:

"Perdonadme, amigo mio, si me marcho de Paris sin avisároslo préviamente; pero tengo la

mejor de las excusas, puesto que yo misma ignoraba hace dos horas que este viaje fuese inminente.... triste viaje, sí, ¡muy triste! Acabo de recibir un telegrama de mi cuñado en que me dice que mi hermana menor está muy mala y en grave peligro.

"La pobre niña me llama, y comprendereis que mi puesto está en la cabecera de su cama. Parto, pues.

"¿Tengo necesidad de deciros que al marcharme sin veros es un nuevo motivo que aumenta mi profundo dolor?

"No sé cuanto tiempo durará mi ausencia, porque esto depende de la salud de mi pobre hermana, si se pone buena mas ó menos pronto, ó de un desenlace fatal que no quiero creer, porque esto seria espantoso.

"Escribidme con frecuencia, aunque no me atrevo á aseguraros que pueda responder con exactitud por las muchas ocupaciones que he de tener; pero no os importe mi silencio, y estad convencido de que mi pensamiento constante sois vos.

"Mi padre acaba de decirme que os habeis batido esta mañana por una causa baladí; gracias al cielo, habeis salido sano y salvo de ese odioso encuentro; pero debo deciros que sois muy culpable arriesgando locamente una existencia que no os pertenece únicamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Seré indulgente solo por esta vez; ¿me entendeis? Que no haya mas duelos, porque entonces no perdonaria."

—No es todo completamente mentira—murmuró la marquesa cuando concluyó de escribir,—mi pensamiento está con vos, Marcelo Laugier, y seguirá estando hasta que realice mi venganza. No deseeis el volverme á ver muy pronto, asesino del príncipe Héctor, porque el dia en que volvamos á vernos habré encontrado lo que busco y tendreis la vida en gran peligro.

Lazarine se acostó y tuvo un sueño intrantranquilo, poblado de funestas visiones.

Se le representaban todos los detalles de la agonia de Héctor, tratando inútilmente de huir de este espectáculo espantoso, como habia huido cuando presenciaba la realidad. Se despertaba bañada en sudor frio, y tan pronto como volvia á cerrar sus párpados la implacable pesadilla se apoderaba de ella para mortificarla nuevamente.

Despuntó el alba y desaparecieron los fantasmas de la noche, huyendo con las tinieblas.

La doncella entró en el cuarto de su señora á las siete y media, obedeciendo la órden que habia recibido la víspera, y encontró á la marquesa levantada.

—Esta carta al correo en seguida—dijo Lazarine presentando la que habia escrito á Marcelo.

A las diez y diez minutos subian en el tren expreso la marquesa, la doncella y la nodriza, que llevaba en brazos al pequeño Raoul.

A las doce y cuarenta y tres minutos conducia á la viuda del marqués Roberto un coche de camino al castillo de la Tour du Roy.

Era uno de esos hermosos dias con que se despide el otoño para dar entrada al invierno.

El sol calentaba todavia, brillando con dulce resplandor.

La frondosidad del paisaje que rodeaba ambos lados del camino, presentaba el poético aspecto que tanto agrada á los poetas y á los paisajistas.

Recogidas ya las cosechas, los campos ofrecian á las miradas el desnudo seno de la oscura tierra descansando de su fecundidad.

Manadas de blancos carneros se destacaban á lo lejos como copos de nieve.

En este agreste paisaje todo respiraba la calma mas completa, sin que Lazarine experimentase nada de aquella influencia.

Medio recostada en el fondo del carruaje, iba reflexionando en sus negros pensamientos de venganza y ódio.

No dejaba de preguntarse:

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

JAVIER DE MONTEPIN.

SU MAGESTAD EL DINERO.

QUINTA PARTE

LAS TRES HERMANAS.

Edicion de "La Revista."

MONTEREY.
TIPOGRAFIA DEL COMERCIO
3.—CALLE DE PUEBLA—3
1882

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Lazarine, al llegar á la Tour du Roy, estaba tan fatigada de cuerpo y alma que, á pesar de haber leido la desconsolada carta del conde Raoul, no se sintió con fuerzas ni valor para ponerse en camino al instante.

Al dia siguiente á las diez de la mañana, aunque no aliviada de sus sufrimientos, y despues de una mala noche, dió órden de que engancháran y se dirigió al castillo de Gordes.

En menos de hora y media recorrieron los caballos veinticuatro kilómetros que separaban las dos propiedades.

Raoul, seguro de la visita de la señora de la Tour du Roy, asomado á la ventana del primer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

piso miraba la larga avenida que conducia al castillo.

Cuando la víctoria se detuvo en el patio principal, el conde ya estaba allí dispuesto á dar la mano á Lazarine para bajar del coche.

—¡Sed la bienvenida cien veces y cien veces mas, querida hermana!—la dijo despues de haberla abrazado con tierna efusion.—Alégrame mucho vuestra presencia. Tomad mi brazo y venid..

—¿Me llevais al lado de Juana?

—Nó, necesito antes hablaros un momento; luego vereis á nuestra dulce y adorada enferma.

Lazarine acompañó á Raoul al gabinete de sus habitaciones particulares.

Tomó asiento, y durante algunos segundos el conde permaneció en pié delante de ella é inmóvil con la vista baja.

Solo entonces pudo la señora de la Tour du Roy mirarle, y quedó sorprendida del cambio que se habia operado desde su partida en aquel rostro inteligente y animado, siempre hermoso, pero llevando impreso el dolor.

Raoul en pocos meses habia envejecido ocho ó diez años.

Una profunda arruga surcaba su frente.

Largas y negras ojeras rodeaban sus ojos hundidos, en los cuales brillaba el febril resplandor de sus pupilas.

Sus cabellos empezaban á encanecer á la raiz de las sienes.

Blancas hebras aparecian en medio de su poblada barba negra.

La palidez de su enflaquecido rostro hacia resaltar mas aún el encendido color de algunas manchas rojas producto de la fiebre.

Lazarine estudiaba con compasion las huellas materiales y palpables de uno de esos pesares que matan lenta pero con tanta seguridad como un mortal veneno, y respetando el silencio de su hermano, no se atrevia á hablar la primera.

El señor de Gordes levantó la cabeza.

—Querida hermana—dijo con voz trémula, en que se adivinaba un pesar próximo á exhalarse en lágrimas,—¡soy desgraciado.... muy desgraciado!

—Sin empargo, ¿no habreis perdido aún toda esperanza?—preguntó apresuradamente la marquesa.

—No la perderé sino cuando vea á Juana ya muerta y que su cadáver esté rígido. Hasta entonces esperaré que Dios haga un milagro.... y cuento con que lo hará. Pero hay momentos, que aumentan de dia en dia, de hora en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hora, en que me veo obligado á confesar que esta esperanza mia es insensata.

—¡Juana es tan jóven!

—¡Ay! su tierna juventud no conseguirá á detener la muerte. ¿Sabeis por qué os he conducido aquí antes de que viérais á la condesa?

—Porque teníais que hablarme.... así me lo habeis dicho.

—Sí; tenia que preveniros, tenia que encargaros que estuviérais muy sobre vos para dominar. Tenia que suplicaros que ocultárais vuestro dolor y vuestro espanto. No espereis ver á la niña radiante de alegria y de vida, de quien os separásteis hace algun tiempo, sino la sombra de mi adorada mujer.

—¡Dios mio! Hasta ese estremo.....

—¡Sí, hasta ese extremo ha llegado, querida Lazarine; y ya comprendeis que Juana, cuya agravacion no ataca á su parte moral y conserva íntegras sus facultades intelectuales, no sorprenda en la expresion de vuestro rostro el espanto que ha de produciros el verla.

—Perded cuidado, hermano mio. Mi rostro no expresará mas que cariño, y si es preciso sabré sonreirme aunque se me está destrozando el corazon.....

—Lo que me decís me tranquiliza. Tengo absoluta confianza con vuestra bondad y prudencia.... Era de urgencia advertiros y lo he hecho.

—¿No sospecha Juana la gravedad de su mal?

—Parece ignorarla.... pero no me atreveria á afirmar nada de positivo respecto al particular.

—¿Por qué?

—Juana, que es un ángel quizá, conoce que no tiene remedio, y no lo dá á entender, antes bien lo oculta.

—¿Por qué habia de disimular hasta ese punto?

—Porque quiere dejarme abrigar una esperanza lejana. Porque no quiere añadir otro nuevo dolor á los que ya me abruman. Juana es capaz de todo sacrificio, de toda abnegacion, de todo olvido de sí mismo. Mi dulce Juana es demasiado perfecta para este mundo en que vivimos y Dios nos la quita. ¡Oh! ¡compadecedme, compadecedme, hermana mia, y llorad conmigo! Os lo he dicho: soy muy desgraciado.

Y Raoul, sentándose junto á Lazarine, ocultó el rostro entre sus manos.

No pronunció una sola palabra durante algun tiempo, pero sus movimientos convusivos demostraban el terrible combate y la eterna desesperacion que le poseía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rompió por último á llorar sollozando, y las lágrimas brotaban de sus ojos mojándole las manos con que se cubrió el rostro, y por entre las cuales se deslizaban por el pecho.

La vista de aquel hombre anonadado, que lloraba como una mujer, era en verdad el espectáculo mas conmovedor que fuera posible presenciar.

Lazarine, conmovida profunda y sinceramente altetarada (ya sabemos que queria á su hermana todo lo que era capaz de quererla), se sintió desfallecer y mezcló sus lágrimas á las ardientes de Raoul.

—¡Valor, hermano mio!—balbuceó al cabo de un rato, estrechando las manos del conde entre las suyas.

El señor de Gordes, volviéndose á la marquesa y mirándola, le respondió:

—¡Valor! ¿Acaso me es posible tenerle cuando esa niña, que es mi vida, ese ángel á quien adoro con toda mi alma, que era mi amor, mi dicha, mi porvenir entero, se extingue lentamente á mi vista, sufriendo sin lanzar una queja, sin una protesta, con la resignacion de una mártir, y dejando ver dibujarse la sonrisa en sus pálidos labios á fin de no entristecerme? ¿Existia yo acaso ántes de conocer á Juana? ¿Existiré cuando me falte? Dios me castiga con exceso al herirme de este modo. Cierto

que los errores de mi pasado merecian castigo, pero el que Dios me envia es superior á las fuerzas de un hombre. Considerad, Lazarine, que todo se desploma ante mí. El vacio vá á ser lo único que me rodee. ¡Si supiérais cuan feliz era!.... si lo supiérais.... y pronto, mañana quizá nada.... ¡la nada! una tumba que no podré compartir, porque la ley divina prohibe el suicidio, y que al separarnos en este mundo la muerte, continuariamos separados en en el otro por el crímen. Lazarine, hermana mia, tened piedad de mí; compadecedme, pero no intenteis darme consuelo... sufro mucho... ¿no lo veis? ¿Qué he hecho yo para padecer tanto?

Y las lágrimas de Raoul caian ardientes, y sus frases, casi ininteligibles, interrumpidas por los sollozos, espiraban ahogándosele en la garganta.

—Nó, hermano mio—contestó la señora de la Tour du Roy,—no intentaré consolaros; comprendo vuestro dolor, del que participo; sé que todo consuelo seria inútil, pero os diré y os digo: No os dejeis abatir así. La desesperacion en que estais sumido es, á la vez que una falta, una debilidad. No se trata de llorar; se trata de luchar todavia y hasta el fin.

—¡Ah! ¡la lucha es impotente!

—¿Qué sabeis?

—Se ha intentado todo. La ciencia ha sido vencida.

—Yo nada sé, pero mi instinto de mujer me asegura que en tanto que anime á nuestra querida Juana un soplo de vida, será posible la salvacion.

—¡Ah, si os oyera el cielo!

—El cielo solo ayuda á los que no se abandonan. Aprovechad esta conversacion para decirme algunas cosas que ignoro. En vuestras cartas me dábais á entender la gravedad del mal, pero no me haciais pensar ni temer una catástrofe inminente.

—No queria creer que semejante catástrofe pudiera tener lugar, y á pesar de la evidencia me obstinaba en conservar las ilusiones.

—¿Y como la habeis perdido?

—Lenta y progresivamente. Cada dia he ido perdiendo una parte. Por fin abrí los ojos á la realidad y me he rendido á la evidencia.

Lazarine continuó:

—Cuando salí de la Tour du Roy, semanas antes de mi alumbramiento, me decíais que Juana se hallaba en un estado de debilidad anormal y alarmante, pero que no sufria enfermedad alguna caracterizada.

—Los sufrimientos se presentaron despues. La pobre niña ha experimentado crísis atroces que no hubiera quizá resistido un hombre vigoroso y en la flor de su edad. ¡Juzgad que efecto habrán producido esas crísis en el delicado cuerpo de mi adorada Juana!

—¿A qué médicos habeis llamado?

—A los mas célebres.... he provocado una consulta de los primeros médicos de Paris, y han acudido á mi llamamiento.

—¿Y qué han dicho?

—Muchas palabras que pueden resumirse en esta frase: *No conocemos la enfermedad.*

—¡Es raro!

—No tan extraño como el mal mismo, que cambia de carácter cada dia, y hace por lo mismo estéril el tratamiento, puesto que los medios curativos indicados por la situacion de hoy se convierten en contrarios á la situacion de mañana. Estos combates sucesivos contra la misteriosa y terrible afeccion no conducian, como comprendereis, no podian conducir á ningun resultado útil. El mal, por el contrario, por diferentes que fueran sus aspectos, marchaba siempre y con paso seguro hácia un fin único y trágico. Juana actualmente ha llegado ya al último extremo de la debilidad. La implacable anemia descompone en sus venas su jóven sangre, rica y generosa. El fuego del dolor ha devorado su cuerpo, respetando su gracia. Es una sombra de sí misma, pero sombra y todo, siempre encantadora. Casi impal-

pable, adórasele todavia. Vais á verla, hermana mia, y tendreis piedad de mí, que voy á perderla. No hay que compadecer á la que muere, sino aquellos para quienes la vida del que muere es la vida, y á quien Dios condena á vivir á su pesar.

La marquesa, decidida á no dejar á Raoul entregarse inerme á su dolor, continuó preguntando:

—¿Quién cuida hoy de Juana?

—El doctor Máximo Giraud.

—¿Quién es ese doctor?

—El único médico en quien Juana confía.

—¿Y participais de esa confianza?

—Por completo. El doctor Máximo reune á un profundo saber un cariño profundísimo á Juana, á quien conoció en Hojas-Verdes antes de nuestro matrimonio, no es para él un cliente, es una hermana. No se ha separado de nosotros desde que existe peligro. En pié dia y noche, sin cansancio, sin desaliento, al menos en apariencia, disputa el terreno al mal, palmo á palmo. Si la ciencia y el cariño pudiesen hacer milagros, Juana conseguiria curarse.

II

—¡Con qué entusiasmo hablais de ese médico!—dijo Lazarine.

—No hago mas que hacerle justicia—replicó el conde.

—Sin embargo, su ciencia y su celo solo han obtenido hasta ahora resultados negativos.

—¿Puedo pedirle lo imposible? Se consagra á nosotros en cuerpo y alma. Todo cuanto es capaz á la humana fuerza, unida á la voluntad, sea cualquiera el resultado final, mi gratitud no reconocerá límites. Nuestra querida Juana asistida con la ternura que merece. Su primera doncella, humilde aldeana de los alrededores de Hojas-Verdes, sencilla y digna criatura, no vacilaria, estoy seguro, en dar su vida si con ella prolongara la de su señora.

—Eso es muy hermoso, hermano mio.

—Cierto, pero es natural. ¿Puede conocerse á Juana y no adorarla?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pable, adórasele todavia. Vais á verla, hermana mia, y tendreis piedad de mí, que voy á perderla. No hay que compadecer á la que muere, sino aquellos para quienes la vida del que muere es la vida, y á quien Dios condena á vivir á su pesar.

La marquesa, decidida á no dejar á Raoul entregarse inerme á su dolor, continuó preguntando:

—¿Quién cuida hoy de Juana?

—El doctor Máximo Giraud.

—¿Quién es ese doctor?

—El único médico en quien Juana confía.

—¿Y participais de esa confianza?

—Por completo. El doctor Máximo reune á un profundo saber un cariño profundísimo á Juana, á quien conoció en Hojas-Verdes antes de nuestro matrimonio, no es para él un cliente, es una hermana. No se ha separado de nosotros desde que existe peligro. En pié dia y noche, sin cansancio, sin desaliento, al menos en apariencia, disputa el terreno al mal, palmo á palmo. Si la ciencia y el cariño pudiesen hacer milagros, Juana conseguiria curarse.

II

—¡Con qué entusiasmo hablais de ese médico!—dijo Lazarine.

—No hago mas que hacerle justicia—replicó el conde.

—Sin embargo, su ciencia y su celo solo han obtenido hasta ahora resultados negativos.

—¿Puedo pedirle lo imposible? Se consagra á nosotros en cuerpo y alma. Todo cuanto es capaz á la humana fuerza, unida á la voluntad, sea cualquiera el resultado final, mi gratitud no reconocerá límites. Nuestra querida Juana asistida con la ternura que merece. Su primera doncella, humilde aldeana de los alrededores de Hojas-Verdes, sencilla y digna criatura, no vacilaria, estoy seguro, en dar su vida si con ella prolongara la de su señora.

—Eso es muy hermoso, hermano mio.

—Cierto, pero es natural. ¿Puede conocerse á Juana y no adorarla?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y Renée?—continuó la marquesa.—¿No me decís nada de Renée?

—¡Renée es un ángel!—dijo Raoul,—y no hallo palabras con qué expresar la admiracion que me inspira. Desde el primer dia de la larga enfermedad de su hermana, no ha cesado de ser la misma un solo instante. Cuidando de ella á toda hora, sacrificando su descanso, su sueño, y hasta su salud, porque, á pesar de su obstinacion en sostener la contrario, es evidente que el cansancio la rinde. ¡Se está matando! Hay veces que me estremezco al pensar que podria tambien caer enferma.

—Teneis razon, hermano mio. Juana encuentra á su lado el efecto y la ternura que merece. Dios no permitirá que Juana sea arrebatada á los corazones que tanto la aman.

—¡Ah! hermana.—exclamó el conde,—¡si supiérais el bien que me hacen vuestras palabras! Me parece que son un presagio feliz, y que llegan á esta casa como la paloma del arca con el ramo de oliva. Y ahora que sabeis cuanto deseaba deciros, venid al lado de Juana.

Raoul acompañó á la marquesa al salon que precedia al dormitorio de la señora de Gordes.

—Esperad un momento, querida hermana—le dijo en voz baja,—mi adorada está tan débil que toda repentina emocion me aterra. Sabe desde ayer que estais en la Tour du Roy, y

desea veros. Voy á comunicarle vuestra llegada. Escuchadme, y entrad cuando creais que podeis hacerlo sin peligro.

—Tranquilizaos y confiad en mi prudencia.

El conde entró en la alcoba, teniendo cuidado de dejar tras sí á su paso entreabierta la puerta.

La marquesa permaneció de pié al lado de la puerta y aplicó el oído para poder entrar á tiempo.

—Regocíjate, querida—dijo el señor de Gordes acercándose al lecho de la jóven enferma, pronto vas á ver á nuestra querida Lazarine.

—¿Tienes seguridad de que venga hoy?—preguntó Juana con su voz de niña.

—¡Seguro! Como que está ya en camino.

—¿Quién lo ha dicho?

—Mis propios ojos.

—¿Has salido?

—Nó: pero su coche ha entrado en el parque.

—Entonces llegará dentro de algunos minutos.

—Antes, porque sus caballos vienen á galope.

—¡Qué dicha! ¡la quiero tanto! ¡Me alegraria tanto de verla!

—¿Me prometes que su visita no te impresionará?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Te lo prometo. Estaré tranquila. Por otra parte, la alegria no hace daño.

—¿De modo que puede subir Lazarine?

—¿Está ya aquí?

—¿No has oido detenerse su carruaje?

—Nó: pero ¿qué importa? Ve en su busca y vuelve pronto con ella.

Raoul se acercó á la puerta de la antecámara, y continuó:

—Es inútil que baje. Aquí la tienes.

Acababa de entrar la señora de la Tour du Roy. Acercóse al lecho, y levantando cuidadosamente á Juana, la cubrió de besos sus mejillas y su pelo.

La pobre niña balbuceó devolviéndole las caricias:

—¡Ah! querida hermana, ¡qué contenta estoy y qué buena eres en venir! ¿Como está mi sobrino el ahijado de Raoul?

—Muy bien. Es hermoso como su padrino. Uno de estos dias os lo presentaré.

Lazarine acereó un sillon que le ofrecia Raoul, y se sentó junto á la cabecera y empezó á mirar á su hermana.

El señor de Gordes tenia razon cuando la habia advertido: "*mandad á vuestro semblante que permanezca impasible.*"

Sin tan prudente recomendacion se hubiera vendido, porque no hubiera formado empeño

en disimular, su fisonomia hubiera reflejado su espanto.

La realidad excedia con mucho al doloroso espectáculo que debia esperarse despues de las palabras del conde.

Juana se asemejaba á la estátua de una vírgen modelada por algun artista principiante de la Edad Media; hubiese modelado en cera suprimiendo los contornos femeninos para dar al conjunto mayor castidad.

La condesa se habia trasformado casi en un sér *inmaterial*, y á pesar de su horrible enflaquecimiento, conservaba toda su gracia infantil.

La prodigiosa riqueza de sus rubios cabellos envolvian siempre como una aureola de oro su rostro enflaquecido.

Sus grandes ojos azules, mas grandes todavia desde la fatal enfermedad, conservaban su dulzura incomparable.

La sonrisa cándida y tierna de otros tiempos, dejaba ver entre sus descoloridos labios el brillante esmalte de sus dientes.

Raoul se lo habia dicho ya á Lazarine.

Juana era una sombra, pero una sombra encantadora.

Lazarine hizo un esfuerzo supremo para contener las lágrimas que acudian á sus ojos.

Con objeto de ocultar su turbacion, cogió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las manos de su hermana, pobres manos trasparentes y finas, y las acercó á los labios.

—Tal vez tendreis que hablar.... Os dejo dijo el conde.

Y salió para ocultar sus lágrimas.

Juana dirigió una penetrante mirada llena de ternura á la marquesa, y la preguntó sonriendo:

—Si no hubieras sabido que era yo ¿hubieras reconocido á tu *Cenicienta?*

—Claro que sí—contestó Lazarine.—No ha habido mudanza sencible en tí.

La señora de Gordes separó su mano derecha, y con el índice de esta mano hizo á su hermana un gesto de cariñosa amenaza.

—¡Embusterilla!

—¡Embustera!.... ¿por qué?—dijo turbada la marquesa.

—Porque sé que estoy desconocida. Seria preciso estar ciega para ocultármelo.

—Te aseguro que no. Estás delgada como siempre que se sufre una larga enfermedad. Pero esto, ¿qué significa? Algunas semanas de convalecencia bastarán para que te repongas.

—Algunas semanas de convalecencia—repitió Juana sonriendo.....

La condesita volvió á sonreir y miró otra vez á Lazarine y murmuró:

—¿Creeis en mi convalecencia, hermana mia?

—Tanto lo creo que te aseguro que ha empezado ya, y si Dios quiere no cesará

Juana bajó la cabeza y no contestó.

Despues de las palabras de Lazarine reinó un momento de silencio, y al cabo de él continuó la condesita con acento desgarrador:

—¡Qué felices son las jóvenes que mueren de repente heridas como por un rayo!

—Felices. ¿Por qué?—balbuceó la marquesa asombrada.

Juana prosiguió:

—Porque mueren en la flor de la vida, hermosas y llenas de gracia como la víctima que se lleva al sacrificio. Dejan un grato recuerdo á los que las amaban, su imágen aparece como através de un rayo de sol á los que lloran su muerte. ¿Qué recuerdo dejaré yo? ¿Qué imágen será la mia? La de un espectro. ¡Qué triste pensamiento, hermana querida! Si Raoul tuviera miedo de mí cuando yo viniera á velar su sueño, si tuviera que huir de él despues de muerta, ¡ah! eso equivaldria á morirme dos veces.

—Pero tú no morirás, alma mia—exclamó Lazarine buscando las manos trasparentes de su hermana.—Estoy segura que no morirás.

—Yo sé que voy á morir—contestó Juana.—Nada le digo ni á Raoul, ni á Renée, ni al doctor. ¿Para qué aumentar su pena? Pero ne-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cesito desahogar mi corazon y quiero hacerte depositaria de mi secreto, segura de que le guardarás fielmente. Sonrío á los que me rodean con objeto de darles una esperanza que no tengo, pero muchas veces me ahogan las lágrimas. Lazarine.... mi querida Lazarine, deja que llore en tus brazos.

Y Juana, incorporándose con pena, reclinó su rúbia cabeza en el seno de su hermana, echándola los brazos al cuello, y empezó á sollozar.

¡Pobre mártir! En tan suprema crísis llevaba su heroismo hasta el extremo de amortiguar su voz y contener sus sollozos, á fin de que no llegasen á los oídos de los que velaban á su lado.

Conmovida hasta lo mas recóndito de su alma por este insondable dolor, hasta la fria marquesa de la Tour du Roy se olvidó de todos sus millones, de su título, su proyectada venganza, sus mas caras aspiraciones, y hubiera dado en aquel momento cuanto poseia por salvar á su hermana.

Aquellos corazones tan desemejantes latieron á impulsos de un mismo sentimiento durante algunos minutos.

Juana fué la primera qué, separándose de los brazos de su hermana, dijo:

—¡Qué duro es morir! ¡qué duro! Era yo

tan dichosa. ¡El mismo Dios con todo su poder no podria hacer un segundo Raoul! ¡Habia adivinado, comprendido y partido conmigo las aspiraciones de mi alma, las delicadezas de mi corazon! El para mí era el universo entero, y yo para él era el mundo entero. Viviamos el uno para el otro, ó mas bien desde nuestra bendita union habiamos dejado de ser dos. ¡Quién habia de decirnos, cuando creiamos tener entre nosotros un largo porvenir de felicidad, que habia de llegar tan pronto la hora de la separacion! ¡En los primeros dias de mi enfermedad tuve un sueño espantoso, y oí las campanas de mis funerales.... ví pasar mi féretro!.... ¡Raoul lo seguia vestido de luto!... ¡Hoy se realiza aquel sueño! ¡Ya pueden cavar mi fosa, porque voy á morir y á abandonar á Raoul! ¡Y no he cumplido aún diez y ocho años! ¡Qué corta habrá sido mi vida!

Y Juana por segunda vez, ocultando su rostro en el seno de su hermana, rompió en sollozar de nuevo.

—¿Qué vá á ser de él—balbuceó al cabo de un instante,—qué vá á ser del bien amado, de quien me separará la muerte? La idea de que quedará solo en la tierra que voy á dejar, me causa una angustia desgarradora. ¿Se consolará? No quiero que sufra mucho, pero tampoco quiero que se consuele demasiado pronto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sobre todo, no quiero que otra mujer sea dueña de él en seguida y le mande que me olvide. Lazarine, querida Lazarine, dime que no la obedecerá.

La marquesa iba á responder.

No tuvo tiempo.

Abrióse una puerta y apareció Renée.

—Buenos dias, querida hermana—dijo.—No estaba aquí cuando llegaste, y sin embargo, hubiera querido ser la primera en abrazarte. Perdóname, he pasado dos noches en pié. Me ha vencido el cansancio y estaba durmiendo.

III

—Renée se está matando—murmuró la condesita,—pero Lazarine me ayudará á conseguir que descanse, porque bien lo necesita. Es preciso que no abuses de tí, querida hermana, si no por tí, por mí. Piensa en que si abusas de tus fuerzas, como lo estás haciendo, acabarás por caer enferma y no podrás dispensarme los

tiernos cuidados que me dispensas, y de los cuales no podria prescindir.

—He dormido algunas horas y me he repuesto—contestó la jóven despues de abrazar á Lazarine,—y ya estoy mas fuerte que nunca.

La señora de la Tour du Roy miraba á Renée, y se asombraba del cambio que se habia operado en su persona en unos cuantos meses.

La hija segunda de Julio Leroux no habia perdido nada de su soberana belleza, pero la expresion de su rostro se habia modificado de un modo inesperado y sorprendente.

Hubiérase dicho que Renée vivia dominada por un sombrio y tenaz pensamiento; tal era la severa rigidez y gravedad de su rostro.

Un profundo surco se dibujaba entre sus cejas.

Sus labios habian dejado de sonreir.

Sus ojos, con grandes ojeras, estaban contínuamente bajos, como si procurase examinar su interior.

Sus largas pestañas proyectaban una sombra trasparente sobre sus enflaquecidas mejillas, de una palidez marmórea.

Cuando levantaba los párpados, fulguraba en su mirada una llama singular que surgia del fondo de sus negros ojos.

Semejantes inquietas miradas solo pueden lanzarlas los locos peligrosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sobre todo, no quiero que otra mujer sea dueña de él en seguida y le mande que me olvide. Lazarine, querida Lazarine, dime que no la obedecerá.

La marquesa iba á responder.

No tuvo tiempo.

Abrióse una puerta y apareció Renée.

—Buenos dias, querida hermana—dijo.—No estaba aquí cuando llegaste, y sin embargo, hubiera querido ser la primera en abrazarte. Perdóname, he pasado dos noches en pié. Me ha vencido el cansancio y estaba durmiendo.

III

—Renée se está matando—murmuró la condesita,—pero Lazarine me ayudará á conseguir que descanse, porque bien lo necesita. Es preciso que no abuses de tí, querida hermana, si no por tí, por mí. Piensa en que si abusas de tus fuerzas, como lo estás haciendo, acabarás por caer enferma y no podrás dispensarme los

tiernos cuidados que me dispensas, y de los cuales no podria prescindir.

—He dormido algunas horas y me he repuesto—contestó la jóven despues de abrazar á Lazarine,—y ya estoy mas fuerte que nunca.

La señora de la Tour du Roy miraba á Renée, y se asombraba del cambio que se habia operado en su persona en unos cuantos meses.

La hija segunda de Julio Leroux no habia perdido nada de su soberana belleza, pero la expresion de su rostro se habia modificado de un modo inesperado y sorprendente.

Hubiérase dicho que Renée vivia dominada por un sombrio y tenaz pensamiento; tal era la severa rigidez y gravedad de su rostro.

Un profundo surco se dibujaba entre sus cejas.

Sus labios habian dejado de sonreir.

Sus ojos, con grandes ojeras, estaban contínuamente bajos, como si procurase examinar su interior.

Sus largas pestañas proyectaban una sombra trasparente sobre sus enflaquecidas mejillas, de una palidez marmórea.

Cuando levantaba los párpados, fulguraba en su mirada una llama singular que surgia del fondo de sus negros ojos.

Semejantes inquietas miradas solo pueden lanzarlas los locos peligrosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Juana tiene razon—pensó la marquesa.—Renée se está matando. Abusa de su valor, y las vigilias la están destruyendo. Los que creian que era tan egoista como mi padre y tan incapaz como él de hacer un sacrificio ó un acto de abnegacion, la calumniaban seguramente. No es posible negar la evidencia; pero desconozco á mi hermana. Es una trasformacion por la que hay que felicitarla.

—Queridas mias—dijo la condesita uniendo las manos de Lazarine y de Renée,—ya que os veo á la cabecera de mi lecho, ¿quereis proporcionarme un placer inmenso?

—¡Qué si queremos!—exclamaron á la vez las dos hermanas.

—Pues bien—contestó Juana sonriendo,—no nos ocupemos de mí, y hablemos de las tres como si no estuviese enferma. Así creeré que estoy curada.

—No deseo otra cosa—contestó la marquesa,—¿pero de qué hablaremos?

—De todo siempre que no sea de mí..... sobran asuntos, y una y otra teneis mucho entendimiento. Hablemos primero de papá. ¿Está bueno? ¿Se conserva bien? ¿casi jóven?

—Mas jóven que nunca.

—¡Es particular!—contestó la marquesa.

—Particular nó. Es una naturaleza privilegiada. Es el hombre mejor del mundo, y es feliz al saber que nosotras lo somos.

Lazarine miró á Renée.

Renée, cuyos labios habian perdido la costumbre de sonreir, dejó ver un rictus lleno de amargura.

Juana prosiguió:

—¿Cuando ha sido la última vez que has visto á papá?

—La víspera de mi partida. Y encargó que te diera muchos besos en su nombre.

—¿Y por qué no has cumplido el encargo? Ya puedes reparar tu falta. Vamos pronto, así. ¿Y cuando vendrá papá á Hojas-Verdes?

—No lo sé..... ¡está tan ocupado!

La condesita se echó á reir.

—Sí..... sí..... mucho—dijo,—ya sé yo cuales son sus grandes quehaceres, mejor dicho, me los figuro. Desde que me he casado no soy tan inocente como antes. ¿Sigue siendo el íntimo amigo de ese perpetuo jóven, el príncipe de Castel-Vivant?

Lazarine palideció.

El nombre pronunciado por su hermana, la recordaba la catástrofe ocurrida dos dias antes.

Disimuló su turbacion y contestó:

—Siempre.

—¿Y está bueno el príncipe?

—Es de creer.

—Me alegro. Deseo á cuantos conozco una salud perfecta. ¡Es tan preciosa la salud! ¿Y de mi sobrinito Raoul, de quien nada me dices? Debe ser hermosísimo; ¿eh? ¿es muy guapo?

—Así dicen. Yo, como puedes comprender, creo que es el mas hermoso del mundo.

—Para ser un ángel no necesita mas que parecerse á su madre. ¿Cuando me le vas á traer?

—Mañana mismo si quieres.

—¡Qué gusto!

—Y dime, ¿se sufre mucho cuando se dá á luz un niño?

—Yo he sufrido muy poco.

—¡Es natural! ¡Eres tan enérgica y tan fuerte!

La conversacion continuó en este tono.

Juana preguntaba á su hermana acerca de mil fruslerias, á las que la pobre niña parecia dispensar extraordinario interés; quiso conocer hasta en sus menores detalles como estaba alojada Lazarine en Paris.

Renée callaba y seguia escuchando; pero sus miradas carecian de fijeza.

El conde de Gordes interrumpió el diálogo entrando en el cuarto de su mujer.

Máximo venia con él.

—Querida Lazarine—dijo Raoul,—permitidme que os presente á nuestro médico, nuestro

amigo y nuestro huésped el doctor Giraud.... Conoceis la opinion que me merece, y os sorprenderá el oirme pediros que le concedais una parte de vuestro afecto.

La señora de la Tour du Roy estrechó la mano del jóven y contestó:

—El afecto que mi hermano solicita de mí para vos podeis contarlo como conseguido anticipadamente, así como mi mas profundo agradecimiento.

Tambien Máximo habia cambiado mucho.

Sus incesantes preocupaciones, sus angustias desgarradoras, sus constantes luchas contra lo desconocido, sus batallas sin tregua contra lo imposible, la pertinacia de sus investigaciones, el convencimiento de su impotencia, el desaliento en fin que se apoderaba de él, llegando á hacerle desesperar, habian ajado, consumido, destruido su irregular pero inteligente y simpática fisonomia.

Apenas habia cumplido veintisiete años y parecia tener cuarenta.

—Perdonad si os interrumpo—dijo despues de haber contestado como debia á las afectuosas palabras de la marquesa.—La visita de una hermana querida será muy consoladora para nuestra enferma, y tal vez influya en la convalecencia, pero no es bueno abusar ni aun de las cosas mejores. Toda conversacion segui-

da y prolongada produce cansancio; y como la señora de Gordes necesita absoluto reposo, os pido que se lo concedais durante algunas horas para que pueda estar sola y dormir.

—Querido doctor—dijo Juana sonriendo,—sois un tirano, un aguafiestas. Habia olvidado casi mi mal, tan alegre era nuestra conversacion, y he aquí que por mandarlo el médico es preciso que me calle, que cierre los ojos y que me duerma. Pero, en fin, soy obediente como lo sabeis, obedezco siempre; obedeceré una vez mas, aunque os confieso que siento bullir en mí vivos impulsos de rebelarme.

Renée intervino.

—Doctor—dijo—¿le doy la medicina ya? ¿no es cierto?

—Sí, y os ruego que se la deis.

La jóven salió de la alcoba y entró en el tocador, que comunicaba con el gabinete de su hermana.

Juana continuó:

—¿Pero volveré á ver hoy á Lazarine? ¿Me lo prometeis?

—Ciertamente—contestó Máximo,—si la señora marquesa prolonga hasta la noche su estancia en el castillo de Gordes.

—Te quedarás, ¿no es verdad, hermana mia? —preguntó la condesa con acento suplicante.

—Sí—dijo Lazarine,—me quedaré; basta que

tú lo desees. Comeré aquí y no saldré hácia la Tour du Roy hasta las nueve de la noche:

Juana dió unas cuantas palmadas muy contenta, y prosiguió:

—¿Volverás mañana?

—Volveré.

—¿Y me traerás á mi sobrino?.... Me lo has ofrecido.

—Te cumpliré mi palabra.

—¡Qué buena eres y cuanto te quiero.

Renée apareció con la medicina.

La señora de Gordes cogió la taza y apuró el contenido hasta la última gota.

—¡Como amarga esto!—murmuró.

—¿No mas de lo que ordinariamente?—dijo el doctor.

—Sí, mucho mas, ¡oh! pero mucho mas.

Máximo se sorprendió.

—Doctor—dijo Renée,—el frasco está aún casi lleno, ¿quereis probar la infusion para conveceros?

—Con sumo gusto, señorita.

El jóven acompañó á la segunda hija de Julio Leroux, vertió en una cuchara algunas gotas del medicamento, cuya receta habia extendido y cuya preparacion habia dirigido tambien, y se llevó la cuchara á los labios

—¿Qué decís?—preguntó Renée despues de esto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Idéntico!—contestó,—una disposicion particular aumenta hoy para la señora de Gordes la amargura casi insignificante de la infusion.

—¿Es mala señal eso?—preguntó.

—Nó.

—Creo que no debemos alarmar á Juana. Decidle que la medicina os ha parecido como á ella, mas amarga que de costumbre.... ¿Sois de mi parecer?

—Sí, señorita.... voy á seguir vuestro consejo.

Máximo entró en el cuarto, siguió el consejo de la jóven, y la señora de Gordes exclamó:

—Tenia razon No me engañaba. Todavia siento el amargor; parece que tengo hiel en la boca. ¿Puedo tomar un poco de jarabe?

—No hay inconveniente—contestó el doctor. Nosotros nos retiramos—añadió.—Voy á avisar á Genoveva que vele en el cuarto inmediato y que acuda al lado de Juana en el momento mismo en que llame.

Lazarine y Renée, Raoul y Máximo, se dirigieron hácia el salon, y toda la tarde fué consagrada por ellos á una larga conversacion cuyo tenor creemos excusado indicar.

Juana durmió con febril intranquilidad, y se despertó mas rendida y mas débil de lo que habia amanecido aquel dia; pero disimuló su estado, y llegó hasta el extremo de decir que

se encontraba mejor cuando su marido y sus hermanas vinieron de nuevo á visitarla.

La marquesa y el conde creyeron de buena fé á la enferma; pero Máximo no participó de su ilusion, porque á su pesar frunció el ceño y su rostro afectó una sombria expresion.

Lazarine emprendió el camino de la Tour du Roy á las nueve de la noche, no sin prometer volver al dia siguiente acompañada de su hijo Raoul, para presentarlo á su tia y á su padrino.

Cumplió su palabra, y Juana, cuyo estado se habia modificado algo, besó con delicada ternura al hermosísimo niño, blanco y sonrosado que apenas podia sostenerse en brazos.

Al dia siguiente, en el momento que la marquesa se disponia á almorzar sola, el criado Domingo presentó á la señora en una bandeja dorada los periódicos y las cartas que acababan de llegar.

Lazarine miró los sobres.

Dos letras conocidas, la de Marcelo Laugier y la de Julio Leroux, llamaron su atencion.

La señora de la Tour du Roy, poniendo á un lado la carta del ex-oficial, cogió con indiferencia la carta del *mejor de los padres* y rompió el sobre.

Pero apenas habia leido las primeras líneas, desapareció la desdeñosa expresion de su ros-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro, abrió los ojos desmesuradamente, y de sus labios se escapó un grito de estupor.

IV

Nada mas natural que el estupor de la señora de la Tour du Roy.

La carta de Julio Leroux empezaba así:

"¡Gran noticia, querida marquesa, enorme y maravillosa noticia!

"Como buen padre que he sido, soy y seré siempre, no quiero dilatar un instante, ponerte al corriente de un hecho que, ó mucho me engaño, ó creo que ha de interesarte extraordinariamente.

"Voy, pues, rectamente al asunto, prescindiendo de galas de estilo como tal vez lo hiciera otro en mi lugar.

"Viste, segun confesion tuya, al difunto Begourde, al príncipe Héctor de Castel-Vivant, exhalar su último suspiro á consecuencia de un desafío con Marcelo Laugier. ¡Un desafío en regla, á fé mia.

"Pues bien; hija mia, habias visto mal; el difunto Begourde no ha muerto y lo que es mas aún, por esta vez no hay peligro de que muera." . . . . . .

. . . . . .

Al llegar á este punto fué cuando Lazarine lanzó un grito de asombro.

—¡Vivo!—murmuró—¡vivo! Entonces no hay nada perdido. Todo puede volver al estado en que se hallaba antes del duelo. ¿Por qué he partido? Por fortuna, la Tour du Roy no está lejos de Paris.

Luego continuó la lectura.

Julio Leroux se expresaba en los términos siguientes:

"Esta mañana estaba yo almorzando á las once en el café Inglés.

"Un carruaje elegante se detenia en la esquina del baluarte.

"Observé, y ví que bajaba el príncipe. Comprenderás que me refiero al verdadero, de Godefroy.

"Dió órden de esperar, y se dirigió hácia el restaurant mientras que su cochero echaba la manta á los caballos.

—"¡Bueno!—me dije,—voy á tener noticias del entierro.

"Godefroy entró en el café. No llevaba ga-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro, abrió los ojos desmesuradamente, y de sus labios se escapó un grito de estupor.

IV

Nada mas natural que el estupor de la señora de la Tour du Roy.

La carta de Julio Leroux empezaba así:

"¡Gran noticia, querida marquesa, enorme y maravillosa noticia!

"Como buen padre que he sido, soy y seré siempre, no quiero dilatar un instante, ponerte al corriente de un hecho que, ó mucho me engaño, ó creo que ha de interesarte extraordinariamente.

"Voy, pues, rectamente al asunto, prescindiendo de galas de estilo como tal vez lo hiciera otro en mi lugar.

"Viste, segun confesion tuya, al difunto Begourde, al príncipe Héctor de Castel-Vivant, exhalar su último suspiro á consecuencia de un desafío con Marcelo Laugier. ¡Un desafío en regla, á fé mia.

"Pues bien; hija mia, habias visto mal; el difunto Begourde no ha muerto y lo que es mas aún, por esta vez no hay peligro de que muera." . . . . . .

. . . . . .

Al llegar á este punto fué cuando Lazarine lanzó un grito de asombro.

—¡Vivo!—murmuró—¡vivo! Entonces no hay nada perdido. Todo puede volver al estado en que se hallaba antes del duelo. ¿Por qué he partido? Por fortuna, la Tour du Roy no está lejos de Paris.

Luego continuó la lectura.

Julio Leroux se expresaba en los términos siguientes:

"Esta mañana estaba yo almorzando á las once en el café Inglés.

"Un carruaje elegante se detenia en la esquina del baluarte.

"Observé, y ví que bajaba el príncipe. Comprenderás que me refiero al verdadero, de Godefroy.

"Dió órden de esperar, y se dirigió hácia el restaurant mientras que su cochero echaba la manta á los caballos.

—"¡Bueno!—me dije,—voy á tener noticias del entierro.

"Godefroy entró en el café. No llevaba ga-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa en el sombrero, y su aire alegre, dadas las circunstancias que conoces, me sorprendió.

"Conozco como nadie al príncipe, y sé que lleva hasta la exageracion el respeto á las conveniencias.

"Se acercó á mí y me estrechó la mano.

—"Almuerzo á vuestro lado, querido—me dijo,—y voy á despacharme, porque voy á Ville d'Avray en cuanto me levante de la mesa.

"Le contesté con aire compungido:

—"¿Para asistir á la ceremonia fúnebre?—le pregunté, Godefroy me miró con asombro.

—"¿Qué triste ceremonia?—preguntó.

—"El entierro.

—"¿El entierro de quién?

—"De ese heroico jóven, un hijo adoptivo vuestro.....

"El príncipe se echó á reir y contestó:

—"¿No sabeis lo que pasa?

—"Nada absolutamente.

—"Las honras fúnebres, excelente amigo, al menos por esta vez, están de huelga. Héctor antes de quince dias estará tan bueno como vos.

—"¡Y ha habido quien le ha dado por muerto!

—"Así le parecia al médico; despues de una crísis se preparaba á darle por muerto, pero se engañó. La crísis, mortal en su opinion, era, por el contrario, favorable. Afortunadamente

se apercibió de su error á tiempo, y como es de buen natural cuidó al herido sin guardarle inquinia por haber contradicho prácticamente su diagnóstico. En suma, mi robusto Héctor, gracias á la constitucion excepcionalmente rigurosa que posee como buen Castel-Vivant (de padres á hijos somos todos lo mismo), ha conseguido salir adelante de una aventura en que otro que no fuera él hubiera dejado la piel.

—"Os doy la enhorabuena, querido príncipe.

—"Sí, estoy contentísimo. Ese jóven es un lindo mozo á quien debo querer. ¡Me ha salvado la vida!

—"¿Le habeis visto despues del duelo?

—"Ayer.

—"¿Os ha reconocido?

—"Sí. Y se manifestó contentísimo de mi visita, contentísimo; hoy vuelvo de nuevo para saber cuando será posible su traslacion á Paris sin peligro. Esa criatura tan querida está muy mal en aquella casucha, donde el *confort* brilla por su ausencia.

—"¿Os acompaña alguien á Ville d'Avray?

—"Nadie.

—"¿Entonces podeis darme un asiento en vuestro coche?

—"Con sumo gusto, y es muy galante que os brindeis á acompañarme.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Media hora despues subíamos ambos al coche, cuyos trotones son de primer órden.

"Ya comprenderás, querida marquesa, que si yo me entregaba al placer discutible de esta gira improvisada, no era por curiosidad, ni por ir en compañía de mi antiguo amigo, sino por informarme con noticias de visu. Creo que este rasgo es de un padre modelo. ¿Qué dices á eso?

"Durante el trayecto, Godefroy me contó la leyenda de la antevíspera, que se la habian contado el dia anterior en la posada de Ville d'Avray.

"Esta historia (que no se olvidará nunca en el país y se trasmitirá de generacion en generacion) es muy pintoresca, muy dramática y me parece que tú la conoces un poco.

"Trátase de una parisien (una gran señora, si hay que dar crédito á la leyenda) vestida como una princesa, encubierta como una sultana favorita, y mas bella que el dia sin duda alguna (aunque no haya descubierto nunca el rostro,) que llegó á media noche en un estado de desolacion terrible, y entró en la habitacion del moribundo á pesar del dueño de la posada, á pesar del criado, á pesar del médico y á pesar de todo el mundo; que representó una escena apasionada propia de un drama, provocando el delirio del príncipe, y luego, despues de la crísis, se arrojó sobre el cuerpo inerte creyendo abrazar á un cadáver, y desapareció por fin como habia venido, envuelta en las tinieblas y el misterio de la noche.

"¿Adivinas por casualidad el nombre de la heroina?

"Su sorpresa fué grande; tan grande que igualaba á la de Godefroy, que ignoraba el orígen de la aventura del difunto Begourde.

"Llegamos. La primera palabra que nos dijo el posadero, fué que continuaba la mejoria.

"Ademas, el médico estaba junto al enfermo, á quien vela dia y noche con un celo digno del mayor elogio.

—"¿Supongo vais á subir conmigo? —preguntó Godefroy.

—"Veré con sumo gusto al príncipe—contesté,—si veis que mi presencia no puede producir el menor inconveniente.

—"Venid—me dijo,—el doctor resolverá la cuestion.

"Llamado el doctor en la antecámara, declaró que no habia inconveniente alguno en que visitara al enfermo.

"Entramos; Godefroy fué paternal, tanto cuanto puede serlo un padre.

"Estrechó las manos de su hijo adoptivo y se las llevó al corazon, prodigó á éste palabras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llenas de ternura, á las cuales contestó el jóven del modo mas agradable.

"Pude examinarle durante esta comedia mútua.

"Estaba trasformado ventajosamente, y su excesiva palidez le daba cierto aire distinguido que antes no tenia.

"Durante dos ó tres segundos no estuvo pálido.

—"Querido Héctor—dijo el príncipe despues de los trasportes de cariño,—uno de mis mas antiguos y de mis mejores amigos, el señor Julio Leroux, ha tenido la bondad de acompañarme. Querido Julio, os presento al príncipe de Castel-Vivant, mi hijo adoptivo.

"El difunto Begourde, aunque habia perdido mucha sangre, se puso colorado como un tomate. Esto me pareció lo mas natural del mundo. Era la primera vez que él y yo nos encontrábamos frente á frente desde la anécdota de cierta posesion cuyo nombre creo excusado consignar.

"El difunto Begourde murmuró no sé qué, mientros que yo á mi vez refunfuñaba entre dientes: me alegro en el alma á fé mia; ¡me alegro!

"Godefroy continuó:

—"Mi amigo Julio Leroux es el padre feliz de la señora marquesa de la Tour du Roy, adorable mujer que os ha honrado recibiéndoos en su casa.

"El herido se habia repuesto algo de su turbacion.

—"¿Me permitís, caballero, que os pida noticias de la señora marquesa?—balbuceó.

"Y yo contesté:

—"Me es imposible de dároslas recientes. Mi hija menor, la condesa de Gordes, está muy enferma; el conde, su marido, ha telegrafiado á la marquesa de la Tour du Roy dándole cuenta de la gravedad del mal, y Lazarine partió repentinamente con direccion al Loiret al siguiente dia de caer vos enfermo.

"Esta contestacion no tenia nada de particular; pero, sin embargo, el difunto Begourde, despues de haberla oído, cambió de faz y lanzó un suspiro beatífico como hombre que se siente aliviado de un enorme peso; cualquiera hubiera creido que se consideraba feliz sabiendo que no estabas en Paris, y pudiendo atribuir á este alejamiento tu aparente indiferencia.

"¿Como explicar esto?

"Tú no tenias razon para ocuparte personalmente del resultado de su duelo, puesto que me has asegurado que tú no entrabas para nada en el desafio.

"Indudablemente este novísimo caballero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de nuevo cuño no estaba en su cabal juicio. Así lo creí y por lo mismo dije:

—"La marquesa, mi hija, manifestó pesar verdadero cuando supo que estábais gravemente herido. La escribiré hoy mismo tranquilizándola y poniendo en su conocimiento que la herida, que parecia grave, no tendrá fatales consecuencias.

"Me dirigió una mirada tan llena de agradecimiento, que aunque el fondo de mi natural no sea del todo sentimental (cuando no se trata de mi familia), me sentí conmovido.

"Creo que está locamente enamorado de tí, y si te conviniera casarte con él, despues de todo es un gran partido, no por su título de príncipe, que dicho sea entre nosotros no acabo de tomar en sério, sino por su millon de renta, que es de un galibo indiscutible.

"Salimos de la habitacion donde se encontraba el bueno del jóven, acompañándonos el médico hasta el coche.

"Godefroy le preguntó por el estado del herido. El médico aseguró que no habia que temer complicacion alguna, y que, por lo tanto, podia considerarse á Begourde como completamente salvado.

"Mañana autorizará su regreso á Paris. Ya ves que todo se arregla del mejor modo posible en el mejor de los mundos.

—"Querido mio—dije á Godefroy,—dad la órden al cochero que nos conduzca con toda velocidad. Tengo que escribir hoy algunas cartas para el correo que saldrá esta noche.

"Una hora escasa despues, el príncipe me dejaba en mi casa, y sin pérdida de tiempo cogí la pluma para darte cuenta detallada de todo.

"A otra cosa.

"¿Como está mi pobre condesita? Nuestro querido conde se alarmaba mas de lo que es razon. ¿No es eso? Y te has encontrado á nuestra Juanita en plena via de convalecencia. Esto lo doy como positivo. Sin embargo, estoy intranquilo. Tranquilízame pronto, te lo suplico. Hasta que me escribas te envio un beso de la ternura paternal de que toda mi vida te he dado pruebas.

JULIO LEROUX."

"*Post Scriptum.*—Olvidaba decirte que en el camino de Ville d'Avray á Paris, encontramos al carruaje de Marcelo Laugier. Este iba á saber personalmente el estado de su adversario. Este rasgo me ha parecido del mejor gusto, lo mismo que á Godefroy."

Lazarine palideció.

Las consecuencias posibles del paso cortés dado por el teniente, la asustaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Una imprudente palabra puede echarlo todo á perder—murmuró.—¡Es preciso evitar que se vean! .....

V

Así que hubo devorado la larga epístola de su padre, la señora de la Tour du Roy frunció el ceño; sombria la mirada, abrió con un brusco movimiento la carta de Marcelo Laugier, que leyó lanzando de vez en cuando exclamaciones desdeñosas, acompañadas de movimientos de cabeza que expresaban el mas profundo desprecio.

Compréndese bien la impresion que debian y podian causar en una naturaleza como la de Lazarine las frases de amor de un hombre aborrecido.

Nos guardaremos de insertar las cuatro páginas de la carta del ex-teniente, que terminaba con las líneas siguientes:

"Agradezco con toda mi alma cuanto decís respecto de mi duelo. Es cierto que hubiera

sido muy culpable comprometiendo mi vida, que os pertenece; pero no ha estado en mí evitar un duelo absurdo é injustificado. No ha sido culpa mia. Mi honor de hombre y de soldado me obligaba á ir al terreno á que un loco me llamaba á mi pesar.

"No esteis intranquila por el porvenir. Las raras circunstancias de este triste asunto no pueden repetirse. Me prohibís que me bata; haré cuanto pueda por obedeceros, en cuanto de mí dependa. Amo la vida por muy agradables motivos.... quiero vivir.

"He sabido, y lo celebro, que mi adversario, que segun el médico no tenia esperanzas de salvarse, ha defraudado el pronóstico fatal del facultativo. A Dios gracias, la herida no era mortal, y me cabe el consuelo de no tener que arrepentirme de haber matado á un hombre contra mi voluntad.

"El motivo de vuestra marcha, querida Lazarine, es tan legítima y tan sagrada, que sufro vuestra ausencia resignado; mi dolor no por eso es menos profundo: me rodea el vacio. Soy un cuerpo sin alma: mi alma y mi corazon están con vos en el castillo de la Tour du Roy."

Lazarine estrujó en sus manos el papel y lo dejó caer al suelo; y en seguida, reincidiendo en el primitivo pensamiento, que ya habia ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Una imprudente palabra puede echarlo todo á perder—murmuró.—¡Es preciso evitar que se vean! .....

V

Así que hubo devorado la larga epístola de su padre, la señora de la Tour du Roy frunció el ceño; sombria la mirada, abrió con un brusco movimiento la carta de Marcelo Laugier, que leyó lanzando de vez en cuando exclamaciones desdeñosas, acompañadas de movimientos de cabeza que expresaban el mas profundo desprecio.

Compréndese bien la impresion que debian y podian causar en una naturaleza como la de Lazarine las frases de amor de un hombre aborrecido.

Nos guardaremos de insertar las cuatro páginas de la carta del ex-teniente, que terminaba con las líneas siguientes:

"Agradezco con toda mi alma cuanto decís respecto de mi duelo. Es cierto que hubiera

sido muy culpable comprometiendo mi vida, que os pertenece; pero no ha estado en mí evitar un duelo absurdo é injustificado. No ha sido culpa mia. Mi honor de hombre y de soldado me obligaba á ir al terreno á que un loco me llamaba á mi pesar.

"No esteis intranquila por el porvenir. Las raras circunstancias de este triste asunto no pueden repetirse. Me prohibís que me bata; haré cuanto pueda por obedeceros, en cuanto de mí dependa. Amo la vida por muy agradables motivos.... quiero vivir.

"He sabido, y lo celebro, que mi adversario, que segun el médico no tenia esperanzas de salvarse, ha defraudado el pronóstico fatal del facultativo. A Dios gracias, la herida no era mortal, y me cabe el consuelo de no tener que arrepentirme de haber matado á un hombre contra mi voluntad.

"El motivo de vuestra marcha, querida Lazarine, es tan legítima y tan sagrada, que sufro vuestra ausencia resignado; mi dolor no por eso es menos profundo: me rodea el vacio. Soy un cuerpo sin alma: mi alma y mi corazon están con vos en el castillo de la Tour du Roy."

Lazarine estrujó en sus manos el papel y lo dejó caer al suelo; y en seguida, reincidiendo en el primitivo pensamiento, que ya habia ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presado al leer la carta de su padre, repitió:

—Es preciso evitar la posibilidad de una entrevista entre el principillo y Marcelo Laugier. Semejante entrevista hay que evitarla á toda costa. ¿Pero como?

La marquesa se entregó á profundas reflexiones, olvidando el almuerzo, que se enfriaba en la mesa.

Buscaba la solucion del problema.

Al cabo de algunos minutos levantó la cabeza.

—A grandes males, grandes remedios—dijo en alta voz.—Hay que apurar todos los medios para salir de esta situacion. La prudencia está demas cuando la necesidad se impone. Voy á jugar el todo por el todo. Carezco de persona que me ayude, y no pudiendo buscar á nadie, tendré que sacarme yo sola.

La marquesa almorzó de prisa y corriendo. En seguida se dirigió á su habitacion y escribió una tras otra tres cartas.

En la primera, muy corta, daba á Julio Leroux noticias de Juana.

La segunda, dirigida á Marcelo Laugier, estaba concebida en los siguientes términos:

"He encontrado á mi pobre hermana mas enferma de lo que creia cuando salí de Paris. Tengo pocas esperanzas de que se salve, y éstas de un momento á otro pueden desvanecerse.

"Si he de tener el valor y la energía que me faltan, necesito á mi lado uno de esos afectos que no dejan duda.

"Tal vez me califiqueis de voluble, y recordeis con este motivo el primer verso del famoso dístico que el rey galante escribió en el cristal de una vidriera: *Souvent femme varie!*

"Os autorizo hoy para hacer lo que os tengo prohibido, á pesar de vuestras súplicas, hace algunos meses. Volved á coger los bártulos y el traje de artista, la americana, la caja de colores, y venid, como ya lo habeis hecho antes, á instalaros en la hosteria de *El Caballo Blanco*.

"No os será difícil explicar al patron vuestra repentina partida y vuestro inexperado regreso. Nadie ignora, por otra parte, que los paisajistas eligen el otoño para realizar excursiones de estudios.

"Avisadme, escribiéndome desde Paris el dia de vuestra llegada.

"Una vez que esteis instalado, no me deis señales de vida, no os presenteis en el castillo, no escaleis muro alguno; ocultaos cuanto podais á los aldeanos, conducios, en fin, de manera que no llameis la atencion.

"Os ofrezco que la recompesa no se hará esperar.

"Existe fuera del parque, en la parte del bos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que contigua al muro de circunvalacion, y no lejos de cierto pabellon al cual llegásteis cierto dia por sorpresa, existe, digo, una enorme encina de trescientos ó cuatrocientos años, y acerca de la cual se cuenta una leyenda completamente desprovista de interés; esta encina se llama *el Patriarca*.

"Todos la conocen en el país, y cualquiera os conducirá hasta ella; podeis, no obstante, descubrirla sin guia y sin referencias, porque domina todos los árboles de los alrededores. Su tronco puede rivalizar con el famoso castaño de Robinston, muy querido á los estudiantes y á las grisetas que hacen de sus ramas un nido donde cobijar sus amores libres.

"Todos los dias, despues de las doce, os instalareis con vuestro caballete delante de *el Patriarca*, como si fuéraiś á tomar un estudio del natural de la luz.

"Tened paciencia, porque es posible se pase una semana entera sin que me veais, ya por la enfermedad de mi hermana que me detenga en Gordes, ya porque algun obstáculo imprevisto no me permita salir del castillo.

"Comprendereis que aquí debo ser mas prudente que en Paris.

"El paso que doy hoy es mas significativo que las frases mas elocuentes.

"Mas tarde ó mas temprano me presentaré,

y entonces convendremos en los medios de vernos.

"Si (como lo creo firmemente) deseais estar á mi lado, partid en seguida.

"En el tiempo que medie entre el recibo de mi carta y vuestra salida de Paris (tiempo que será corto) no veais á nadie, ni aun á mi padre, y sobre todo no hableis de mí. Vuestra voz os denuncia siempre que pronunciais mi nombre, y vuestra turbacion nos perjudica. Nada os digo de mis sentimientos. Suceda lo que quiera, no participo de vuestra alegria con respecto á la salvacion inesperada de vuestro adversario.

"Ese loco podria mataros.... y por tanto merecia que le hubiéseis muerto."

.....

.....

Lazarine habia escrito rápidamente, inspirada, sin tachar una palabra, sin detenerse; su pluma corria sobre el papel con tanta velocidad como su pensamiento.

Así que terminó leyó de nuevo la carta; y viendo que nada tenia que cambiar, la puso dentro de un sobre y escribió en él el nombre de Marcelo Laugier y las señas de su domicilio.

Lazarine volvió á leer entonces la carta de Julio Leroux, y se detuvo al llegar á esta frase: "El médico aseguró que no habia que te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mier complicacion alguna, y que, por lo tanto, podia considerarse á Begourde como fuera de peligro. Mañana autorizará su regreso á Paris."

—Mañana es hoy—murmuró la señora de la Tour du Roy.—Héctor estará en la calle de Francisco I cuando llegue mi carta.

Cogió por tercera vez la pluma y escribió:

"No ha faltado quien os diga, querido príncipe, que la noche del funesto duelo una mujer que venia de Paris, vestida de luto y cubierta con un velo, loca de dolor lloraba á la cabecera del lecho en el cual, presa de un espantoso delirio, queríais arrancar de vuestro pecho un pedazo de espada ensangrentada.

"Aquella mujer, Héctor.... era yo.

"El médico habia pronunciado vuestra sentencia. Creí veros morir, y partí presa de mortal angustia y destrozada por el abatimiento, y tanto que me pregunto como no me he vuelto loca.

"Por fortuna, al dia siguiente supe que se habia obrado un milagro y que estábais fuera de peligro.

"De no ser así, Héctor, hoy no viviria ó estaria loca.

"He creido perderos, y este combate singular que en otro tiempo se llamaba juicio de Dios, ha triunfado la mala causa.

"¡Cuanta razon tenia para oponerme con todas mis fuerzas á la provocacion y á este lance á que os ha conducido vuestro valor!

"El instinto de la mujer que ama no se engaña jamas, ha dicho no sé quién; el mio auguraba un desenlace fatal para vos en el duelo.

"Héctor, querido Héctor, ¿por qué no me habeis oído? ¿Por qué no he tenido fuerzas para no separarme de vos y obligaros á renunciar al desafio?

"Gracias al cielo os habeis salvado.

"Quizá hayais extrañado, y estaríais en vuestro derecho al hacerlo, que no haya estado constantemente junto á vos. Mi sitio era al lado de vuestro lecho de muerte; pero un deber no menos imperioso, no menos sagrado y tan triste, me retiene lejos de vos." .....

.....

.....

Lazarine explicaba aquí lo que ya sabia el príncipe por Julio Leroux, es decir, la enfermedad de la condesa de Gordes, enfermedad que no consentia esperanza alguna.

Despues decia la marquesa:

"Hablemos del porvenir.

"Pensad, querido príncipe, que un segundo encuentro con vuestro odioso adversario es im-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posible. Os prohibo que penseis en provocarle de nuevo así que esteis curado; y si cometeis la locura de no obedecerme, yo me interpondré entre vuestras espadas para evitar el duelo.

"Me parece que os oigo decir que la situacion es la misma.

"Nó, cien veces nó. Es, por el contrario muy diferente.

"Desde que he estado á punto de perderos, he comprendido hasta que punto os amaba. Por ser vuestra esposa estoy dispuesta á todo, y antes que os veá exponeros de nuevo sacrificaré hasta el honor, ó mejor dicho mi reputacion, porque sé cuan sagrado es mi honor.

"Si fuera preciso, Héctor, partiríamos juntos, abandonariamos Paris sin dejar huella de nuestra fuga. Mi padre cuidará de las publicaciones legales, y celebraremos nuestro matrimonio en alguna ciudad de Inglaterra, de Italia ó de Alemania, en el consulado de Francia.

"Una vez casados, nada tendriamos que temer; mi perseguidor se consideraria vencido y no se atreveria á molestarnos.

"El porvenir es nuestro, querido príncipe.

"Nada de imprudencias, y sobre todo nada de reincidir. Curaos. Curaos para ser amado y para ser feliz. Vivid, en fin, para aquella de quien sois vida." .....

.....

Lazarine, que no habia firmado la carta que dirigia á Marcelo Laugier, firmó ésta; despues encargó á un criado que montase á caballo y dejase las cartas en el correo de Orleans, con objeto de que saliendo aquella misma noche fueran repartidas al dia siguiente en Paris.

Volvamos al castillo de Gordes.

VI

Han pasado tres dias.

El estado de la condesita era cada vez mas grave.

El mal, como sabemos, habia respetado hasta entonces su inteligencia, clara y lucida á pesar de contínuo padecer.

Una somnolencia física y moral paralizaba sus miembros y entorpecia sus ideas.

Hubiérasela creido dormida á no ser por sus grandes ojos, cuya mirada fija tenia algo que espantaba.

Habia cesado casi de sufrir; algunas veces

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posible. Os prohibo que penseis en provocarle de nuevo así que esteis curado; y si cometeis la locura de no obedecerme, yo me interpondré entre vuestras espadas para evitar el duelo.

"Me parece que os oigo decir que la situacion es la misma.

"Nó, cien veces nó. Es, por el contrario muy diferente.

"Desde que he estado á punto de perderos, he comprendido hasta que punto os amaba. Por ser vuestra esposa estoy dispuesta á todo, y antes que os veá exponeros de nuevo sacrificaré hasta el honor, ó mejor dicho mi reputacion, porque sé cuan sagrado es mi honor.

"Si fuera preciso, Héctor, partiríamos juntos, abandonariamos Paris sin dejar huella de nuestra fuga. Mi padre cuidará de las publicaciones legales, y celebraremos nuestro matrimonio en alguna ciudad de Inglaterra, de Italia ó de Alemania, en el consulado de Francia.

"Una vez casados, nada tendriamos que temer; mi perseguidor se consideraria vencido y no se atreveria á molestarnos.

"El porvenir es nuestro, querido príncipe.

"Nada de imprudencias, y sobre todo nada de reincidir. Curaos. Curaos para ser amado y para ser feliz. Vivid, en fin, para aquella de quien sois vida." .....

.....

Lazarine, que no habia firmado la carta que dirigia á Marcelo Laugier, firmó ésta; despues encargó á un criado que montase á caballo y dejase las cartas en el correo de Orleans, con objeto de que saliendo aquella misma noche fueran repartidas al dia siguiente en Paris.

Volvamos al castillo de Gordes.

VI

Han pasado tres dias.

El estado de la condesita era cada vez mas grave.

El mal, como sabemos, habia respetado hasta entonces su inteligencia, clara y lucida á pesar de contínuo padecer.

Una somnolencia física y moral paralizaba sus miembros y entorpecia sus ideas.

Hubiérasela creido dormida á no ser por sus grandes ojos, cuya mirada fija tenia algo que espantaba.

Habia cesado casi de sufrir; algunas veces

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

murmuraba, como al principio de su enfermedad:

—No siento ya mi cuerpo.....

Renée pasaba los dias enteros á la cabecera de la cama de su hermana, muda, inmóvil, en una actitud trágica, con extraña expresion en su bello y pálido rostro de esfinge. Máximo Giraud, adivinando los terribles síntomas precursores de un fin próximo, blasfemaba de la impotencia de la ciencia, acusaba á Dios y á los hombres, y hasta se maldecia á sí mismo.

Raoul, desesperado, iba y venia de un lado á otro del castillo, como una alma en pena, tratando de engañar, por la fatiga física, su inconsolable dolor, arrodillándose ante la cabecera de Juana, besando la mano inerte de la adorada moribunda, y luego, ahogado por las lágrimas, saliendo de la habitacion para poder sollozar con entera libertad.

Juana parecia no ver nada de lo que pasaba á su alrededor, y se aletargaba mas y mas, lo cual no era estar despierta ni dormida por completo.

De vez en cuando, sin embargo, un débil resplandor iluminaba su apagada mirada, y cierta especie de dolorosa inquietud se pintaba en su rostro.

Y es que del naufragio moral de sus facultades mentales se habia salvado una idea que sobrenadaba, reavivando el sufrimiento moral en la pobre mártir.

Esta idea ya la conocemos: se la hemos oído expresar á la señora de Gordes, llorando con amargura sobre el pecho de Lazarine en el momento preciso en que Renée franqueaba el umbral de la habitacion.

Es sabido que en los últimos dias, y aún en las horas supremas que preceden á la agonia, prodúcese á veces luchas inesperadas entre la vida desfallecida y la implacable múerte.

El alma, antes de separarse del cuerpo, recobra toda su lucidez.

El cuerpo á su vez, como sometido á la accion de un galvanismo poderoso y misterioso, se rebela contra el próximo aniquilamiento; parece que revive, y los que ya lloraban, engañados por esa falsa apariencia, recobran la esperanza perdida.

Confían en una posible curacion, y esta confianza, por desgracia, es solo una hora mas de respiro que concede la muerte á su presa en la mañana del cuarto dia.

El fenómeno cuya existencia acabamos de comprobar se verificaba en Juana.

El lecho de la condesita, grande y de estilo de Luis XVI, estaba colocado en el centro de la habitacion y solo estaba unido á la pared por la cabecera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eran las doce menos algunos minutos.

Raoul y Renée, sentados uno á la derecha y otro á la izquierda de aquel lujoso lecho, hecho para el amor y no para la agonia, miraban con la misma atencion á la niña, tan blanca como el lienzo y los encajes del almohadon sobre que descansaba su cabeza.

El conde hubiera dado su vida por salvar á aquella criatura.

Renée contemplaba con frialdad á su víctima y se regocijaba del éxito de su infame obra. Y la sombria envenenadora se decia sin remordimiento:

—Me lo habia robado, y todo lo recobro. Era de justicia.

Juana hizo un ligero movimiento, un relámpago animó por un instante su mirada, dibujóse en sus labios una sonrisa, y con débil voz, pero muy clara, murmuró:

—Os estaba viendo á los dos perfectamente, queridos Raoul y Renée. Parecia que estaba durmiendo, pero no dormia, pensaba.

—¿En qué pensabas, querida?—preguntó vivamente el conde reclinándose hácia Juana y cubriendo de besos su frente.

—En los que me aman de todo corazon y á quienes amo con toda mi alma. En vosotros y en Lazarine—exclamó la condesita, pero sobre todo en vosotros dos.

—¿Como te encuentras?—prosiguió Renée.

—No acierto á explicar lo que experimento. Parece que despierto de un sueño interminable.

—¿Te sientes fuerte?

—No mucho. Quisiera cambiar de posicion y no puedo. Ayudadme. Hace tanto tiempo que estoy echada.... Sentada en el lecho estaré mejor.

El conde y Renée se apresuraron á ejecutar el deseo de la enferma. Levantáronla suavemente y pusieron los almohadones detras de su espalda.

Juana sonrió nuevamente:

—No me equivocaba; así estoy mucho mejor.

Hacia dos dias que la señora de Gordes no hablaba. Parecia vivir de milagro.

El cambio que acababa de operarse en ella parecia una resurreccion.

El conde, loco de alegria, se dijo:

—Dios hace quizá un milagro. Una crísis saludable se producia sin duda alguna cuando yo creia que no habia salvacion.

Y añadió en voz alta, con indecible expresion de alegria:

—Mirad, Renée; mirad á nuestra querida Juana. Está trasfigurada, y mi corazon me dice que empieza el alivio.

—Tambien el mio me lo dice—contestó la

segunda hija de Julio Leroux,—y la esperanza que me dá se vé confirmada por mis ojos. La convalecencia de Juana ha dado un gran paso. Todo se reanima en ella. Circula la sangre bajo la epidérmis, cuya palidez empieza á sonrojarse. Cede la fiebre. Muy pronto recobrará las fuerzas.

La condesita escuchaba sonriéndose siempre, pero la expresion de su sonrisa era desesperada.

—Querida mia—continuó Raoul,—Nuestro buen doctor Giraud verá con placer esta mejoria repentina, que seguramente preveia, pero que no esperaba tan pronto. ¿Quieres que vaya en su busca y le conduzca aquí?

—Nó—dijo,—ahora no.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hablarte de cosas que no admiten espera. Deseo hablar contigo, Raoul.... y mucho.

—¡Mucho!—repitió el conde asombrado.

—Sí.

—¿No temes cansarte, querida mia?

—¿Y qué importa? La conversacion que vamos á tener es de demasiada importancia para retardarla siquiera por una hora. Debo aprovechar el momento de lucidez que Dios me concede.

—Pero yo confio en que ese momento se

prolongará, estoy seguro, y pronto volverás á tu estado normal.

—¡Quién sabe!

—¡Yo... yo lo sé... y Renée tambien!

—¿Quién puede contar con el porvenir?—murmuró la señora de Gordes.

—Respondo de él—continuó Raoul.—Pero, en fin, habla, querida mia, ya que así lo quieres. Te escucho.... ¿de qué se trata?

—Renée—dijo Juana,—dame tus manos.

La jóven alargó á su hermana sus manos heladas.

La condesita las oprimió dulcemente entre las suyas, y continuó:

—¡Bésame!

—Con toda mi alma—balbuceó el Cain hembra, tan infame como el fratricida, apoyando sus labios en la mejilla de su hermana, la cual continuó:

—Sabes cuanto te amo, querida Renée. Sabes lo reconocida que estoy á tu incomparable ternura, á tus incesantes cuidados, á tu desinteresado afecto. Quiero á mi padre y á Lazarine; pero los dos grandes afectos de mi vida sois Raoul y tú. ¿No lo dudas, verdad?

—Nó—contestó Renée.—No lo dudo.

—Nada que parta de mí puede causarte pesar—continuó la condesa.

—Nada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ninguno de mis actos puede parecerte inspirado por la desconfianza.

—Ninguno.

—Puesto que es así, y lo esperaba, te ruego me dejes sola con Raoul. Lo que tengo que decirle solo puede ser oído por él, y no me creo con derecho para hablar en tu presencia, aunque seas tan buena hermana como eres para mí.

Renée se levantó.

—Querida hermana—murmuró,—¿á qué tantas prevenciones oratorias para pedirme la cosa mas sencilla del mundo? Te dejo, pero no saldré de mi habitacion. Así que me necesites, Raoul irá en busca mia.

Renée besó otra vez á su hermana y salió de la habitacion.

Al salir iba pensando así:

—¿Qué tiene que decirle? ¿Se trata de una niñeria, ó de esas confidencias *in extremis* que son siempre graves? Es preciso que yo lo sepa. Escucharé.

Al llegar á la puerta levantó los cortinones de los *Gobelinos* que servian de anteportas; se volvió, sonrió á Juana, y dejando caer las cortinas detras de sí, desapareció.

De pié junto al lecho, y sin adivinar el motivo de la misteriosa conversacion que la señora de Gordes solicitaba de él, esperaba muy conmovido el conde.

—Querido Raoul—dijo la condesa,—siéntate.

El conde aproximó un sillon.

—Nó—dijo Juana,—así no. Siéntate en el lecho, muy cerca de mí. Apoya tu brazo en mi espalda. Así me sostendrás, y podré hablarte mejor. Qieres complacerme, ¿no es cierto?

—Yo quiero siempre lo que tú quieras, bien mio.

Y el señor de Gordes obedeció las indicaciones de la angelical enferma.

Juana reclinó la cabeza en el hombro de su marido, y murmuró:

—Antes de empezar, quiero pedirte dos cosas.

—¿Cuales?

—Un perdon y una promesa.

—¿Perdon? ¿Y de qué tengo yo que perdonarte, pobre niña?

—Del digusto que voy á causarte. Es preciso que me concedas la gracia que voy á pedirte, cualquiera que sea.

—No te entiendo, pero lo prometo.

—¿Por tu honor?

—Por mi honor.

—Acepto tu juramento, querido Raoul. Y ahora escucha.

VII

Escucha ahora, habia dicho Juana, y no obstante, nada decia por el momento.

Con la cabeza y el brazo izquierdo apoyados sobre la espalda del conde, y teniendo con la mano derecha cogida una de las de aquel, parecia querer recogerse.

Sin duda buscaba algun medio para atenuar el golpe terrible que sus primeras palabras iban á producir en el corazon de su muy amado esposo.

—Querido Raoul—empezó Juana con una voz tan débil que apenas se la entendia, y que poco á poco fué elevando,—desde hace tiempo respeto en tí las ilusiones que me seria imposible compartir; me esfuerzo en concederte una erperanza en la cual no veo.....

—No te comprendo—balbuceó el señor de Gordes.

—Es decir—replicó la condesa—que no quieres entenderme. Es imposible que nuestro

buen doctor, cuya ciencia y desvelos conoces tan bien como yo, se engañe en absoluto con respecto á mi estado; es imposible que no te haya dejado entrever la verdad por completo; solamente tú rehusas creerla, puesto que la verdad te espanta; cierras los ojos á la evidencia, porque ésta te desespera. Pues bien, querido Raoul; por dolorosa que sea la realidad, es llegado el momento de contemplarla frente á frente. La felicidad que me otorgaste desde que nos amamos, desde que fuí tu mujer, era demasiado grande, altamente completa y excesivamente suprema para durar siempre. Hubiera sido poseer mi paraíso sobre la tierra. He sido, gracias á tí, mas feliz en mi corta existencia que multitud de criaturas humanas á quienes el cielo otorga largos años de vida. Sería bien ingrata si me quejara de mi suerte. El que Dios me concedió ha sido muy bueno para mí, y mi reconocimiento iguala su bondad en la hora en que me llame á sí. Mi fallo está pronunciado, querido Raoul. Al morir voy á proporcionarte el único disgusto que por mi causa has experimentado; pero este disgusto has prometido perdonármelo.

El señor de Gordes sentia desfallecer su corazon.

De modo que éste no se egañaba cuando dias antes decia á Lazarine:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Juana en su angelical naturaleza, se cree tal vez desahuciada, pero aparenta no saberlo. Se esfuerza en concederme una suprema esperanza; rehuza añadir un nuevo dolor al espantoso pesar que me domina."

Todo aquello era verdad.

Juana veia llegar la muerte, y se callaba y sonreia.

Igualmente que habia hecho antes la marquesa de la Tour du Roy en la discusion con su hermana, así Raoul exclamó envolviendo á Juana en un estrecho y apasionado abrazo, y besando los rubios cabellos que á merced flotaban sobre su espalda.

—Pero te engañas, querida mia. Dios es bueno. Tú no te morirás.....

La condesita sacudió su cabeza y replicó:

—Es por demas sé que voy á morir... En vano intentarás combatir la certeza que me anima. Déjame, pues, proseguir sin interrumpirme.... No amilanes mi valor.... Tus lágrimas inundando mis manos, destilan sobre mi corazon.... No me arranques la poca fuerza de que tanta necesidad tengo para llegar hasta el fin.

Raoul comprendió que si proferia una frase mas sus gemidos podrian desbordarse.

Callóse é hizo un signo de adhesion, y se contentó con estrechar la mano de su Juana.

—Te comprendo.... Tú respondes *sí*—replicó la pobre niña.—Gracias con toda mi alma.

Despues de un corto silencio, ella prosiguió:

—El sacrificio está aceptado, mas no sin pesadumbre. ¡Morir á los dieziocho años.... morir en plena dicha.... esto es duro!.... Me resigno á pesar de todo, puesto que es preciso, y me resignaré mucho mas cuando me hayas sacado de una agonia que no puedo extirpar de mí, y que no hace mas que llenar de amargura mis últimos momentos.... Deciá el otro dia á Lazarine: ¿Qué vá á ser de mi bien amado, del cual me apartará la muerte?.... No quiero que sufra excesivamente, pero tampoco que se vea muy en breve consolado.... Sobre todo no quiero que otra mujer, haciéndole suyo, le imponga mi olvido."

El señor de Gordes hizo un brusco movimiento.

—¡Otra mujer!—repitió con voz ronca, ahogada y casi incomprensible.—¿Te inspiro tal desprecio que puedes temer eso? Nó, tú no morirás; pero si Dios te lleva á sí, mi corazon te seguirá á la tumba, esperando á que mi cuerpo se te una.... Probable es que no esperes mucho tiempo.

Juana sacudió dulcemente su cabeza.

—¡No quiero que mueras! -dijo ella. —Raoul, te ordeno que veles por tu vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y sabes si podré obedecerte?

—Me has jurado por tu honor concederme la gracia que te pidiera, cualquiera que aquella fuera.

—¡Eso es impio!

—¡Lo has jurado!.... ¡Acuérdate de tu juramento! Sostendrás tu palabra y me otorgarás mi postrimer satisfaccion.

—¿Pero qué es lo que pides, Juana?—balbuceó el conde luchando contra los sollosos que le ahogaban.

Pero quedó vencido.... Los sollosos se desbordaron por completo.

—Soy cruel, pobre amigo mio; por demas que lo siento—replicó la condesa al cabo de un instante,—pero eso no es una culpa mia. Domina á tu corazon, querido Raoul. Domínale y escucha aún. ¿Podrás entenderme?

—Habla, querida, y que Dios tenga piedad de mí.

Juana prosiguió:

—Una vez muerta, sé que el mundo te parecerá vacio, puesto que conozco que me amas cuanto es dable amar. La soledad es malísima consejera. El aislamiento y el pesar podrian matarte, y mi deseo es que vivas. Y como tú no puedes vivir solo.... Raoul, hé ahí mi suprema peticion. ¡Hé ahí la gracia que te imploro y que me otorgarás; lo prometíste,

lo jurástes! Un año despues de mi fallecimiento, ni antes ni despues, un año despues de mi muerte, cásate nuevamente.

—¡Jamás!—exclamó el conde dando rienda suelta á su dolor.—¡Jamás!—repitió.¡—!Jamás!

La señora de Gordes, cual si nada hubiera entendido, continuó:

—Una mujer desconocida ocupando mi puesto, queriendo en absoluto ser ella la única amada, y figurándose que tal es su derecho, te ordenaria el olvido. Seria preciso borrar de tu corazon mi imágen y hasta mi nombre.... ese nombre que tus labios pronuncian con acento tan tierno cuando dices: ¡Juana, te adoro! Eso lo veria, Raoul mio, desde lo alto de aquel celeste imperio, adonde muy en breve me remontaré, y sufriria horriblemente mi alma, y aun muerta estaria celosa. Este es el único pensamiento que me estremece. Para evitarme tal suplicio, para morir en paz, con la calma en el corazon y la sonrisa en los lábios, es por lo que he querido designarte una mujer digna de tí. Una mujer que, habiéndome amado, no intente extirpar de tí mi recuerdo. Esa mujer tú la conoces. Las afecciones profundas de su vida se resumen en nosotros. La quieres cual hermana. Te adaptarás bien pronto á amarla cual esposa. Juntos pensareis en vuestra pobre y pequeña Juana. Juntos hablareis de ella

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y vendreis á prostenaros á mi tumba, envolviéndola de flores. Deberás quererla mucho, mi querido Raoul, Menos que á mí, no obstante. Un poco menos, te lo ruego. ¡Tú me amarás algo mas que á los demas! No se puede amar tanto, cual tú me amas á mí, dos veces. ¿No es cierto? Raoul, querido Raoul, yo tambien te amaba mucho. ¡Cuánto te amo, Dios mio, cuanto te amo.... y tener que morir!

La voz de Juana se extinguia. Sus lágrimas, largo tiempo contenidas, brotaron, así como momentos antes habia tenido libre curso las del conde.

La crísis fué corta.

La señora de Gordes, á pesar de su debilidad, tuvo fuerza para secarse los ojos.

Al cabo de algunos segundos continuó con voz casi firme:

—Esa mujer, en quien yo tengo confianza... esa mujer á la cual te entrego.... lo habrás comprendido ya, es Renée... Prométeme, querido Raoul, prométeme casarte con Renée un año despues de mi muerte.....

El conde quiso responder, y si no comprometerse de nuevo por una promesa mas positiva que la primera, cuando menos tranquilizar á Juana por medio de palabras ambíguas que ella tomaria por su consentimiento.

Le fué imposible pronunciar una frase, ni articular un sonido; se ahogaba, y en el paroxismo de su agonia moral, le parecia sentir vacilar su razon.

—¿Por qué ese silencio?—preguntó la condesa.—No tienes el derecho de rehusar, ¡porque me lo has jurado!.... Raoul, contéstame.

El señor de Gordes se desasió dulcemente del lazo que le estrechaba. Colocó sobre la almohada la rubia cabeza de Juana, y como ella repitiera aún: *¡Raoul, respóndeme! ¡respóndeme, pues!* se precipitó fuera de la alcoba, cual hombre herido de improviso por un vértigo.

—Ha jurado por su honor—murmuró la señora de Gordes.—No se atreverá á abjurar despues de que yo haya muerto.

Inmóvil y el oído tras las cortinas, hallábase Renée, la cual no perdió frase alguna.

Una sonrisa de orgulloso triunfo iluminó su sombrio semblante.

—Hé ahí para mis proyectos un socorro altamente poderoso é inesperado—se dijo ella.—Tengo á mi hermana en la trama; el resultado es cierto. Ahora falta acabar.... Dentro de ocho dias Raoul quedará viudo irremisiblemente.

En el momento en que acababa la discusion, á la cual hemos hecho asistir á nuestros lectores, una carretela se detenia ante la verja del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

castillo, y la señora de la Tour du Roy descendia de aquella.

Interrogado por ella el ayuda de cámara que le abrió la puerta del vestíbulo, contestó:

—Nada de nuevo, señora marquesa; la situacion no se ha modificado en manera alguna; el el señor conde se halla en la habitacion de la señora.

Este criado se equivoeaba, puesto que, atravesando uno de los salones de la planta baja, Lazarine, estupefacta, vió á Raoul sentado, ó mejor dicho encogido en un sillon con la cabeza entre las manos y llorando.

Ella fué rectamente y con ansiedad á él....

—¡Hermano mio!—exclamó,—¿qué hay? vuestra actitud me espanta. ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

El conde apartó sus temblorosas manos, mostró su lívido semblante y enrojecidas pupilas.

—Nó, hermana mia—balbuceó con voz apagada,—Juana no ha muerto, pero sabe que vá á morir.

—¿Os lo ha dicho ella?

—Ella me lo ha dicho.

—¿Pero como? ¿Con qué objeto?—replicó la marquesa.—¿Qué es lo que ha pasado entre vosotros? No me oculteis nada, os lo suplico.

El señor de Gordes no pudo resistir á las

súplicas de Lazarine, y le contó cuanto ya conocemos.

La marquesa, presa de una emocion profunda, escuchó aquel relato estremecedor.

—Esto debia finalizar así—murmuró la marquesa en seguida.—La idea fija que la dominaba y que no habia ocultado, conduce fatalmente á nuestra querida Juana á la resolucion que ha tomado. ¡Pobre niña! ¡Pobre corazon desgarrado! ¡Cuantos sufrimientos y valor! ¿Habeis prometido obedecer?

El señor de Gordes inclinó la cabeza.

—Es preciso prometer—continuó Lazarine. —Es preciso conceder á nuestra querida moribunda este supremo consuelo.

—¿Pero por qué?—replicó el conde.—La promesa que Juana exige yo jamas la podré cumplir.

—¿Por qué?

—Renée me inspira un afecto profundo, y me seria imposible ver en ella otra cosa que una hermana.

—¡Ah! Juana lo sabe por demas, y de ahí su seguridad y exigencia—exclamó Lazarine.—No es vuestro amor el que quiere para Renée, es vuestro nombre, nada mas que vuestro nombre, á fin de que otra no lo tome robándola el corazon vuestro. Hermano mio, sed generoso. Dejadme decir á Juana que consentís.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El señor de Gordes titubeó por el pronto, pero despues, bajando la cabeza, respondió:

—Id, hermana mia, y puesto que es preciso, que se cumpla vuestra voluntad.

VIII

Cuando Lazarine hubo franqueado el umbral de la habitacion de Juana, esta última hallábase sumergida en una absoluta postracion física, consecuencia inevitable de un exceso de fuerza vital consumida.

No habia llamado á nadie; despues de la brusca salida, mejor dicho, huida de Raoul, la señora de Gordes se hallaba sola, inmóvil, respirando con dificultad, la cabeza oculta entre las puntillas de la almohada, pero sin perder nada de su lucidez.

Al oir pasos se sobrecogió, pero no hizo movimiento alguno, ni aun para volver la vista en direccion de donde procedia el ruido.

—Será sin duda Raoul que vuelve—se dijo ella.

La señora de la Tour du Roy se aproximó al lecho, se inclinó hácia su hermana y besó las pupilas, casi diáfanas.

—Querida Lazarine, ¿eres tú?—murmuró Juana sonriendo—¡qué feliz me considero viéndote!

—¿Como te encuetras, alma mia?—preguntó la marquesa.

—Como de costumbre.... algo mas cerca del fin; he ahí todo.

—¿Pero cómo, siempre en tí ese pensamiento lúgubre.

—¡Siempre!... Y tú sabes perfectamente, querida hermana, que tengo razon para pensar así.

Lazarine sabia perfectamente bien que toda denegacion sería inútil. Por consiguiente, no contestó á las últimas frases de Juana. Al cabo de un momento replicó:

—En el momento de llegar he encontrado á Raoul.

La condesita se conmovió, y preguntó vivamente:

—¿Te ha hablado?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Todo.

—De modo que sabes.....

La señora de Gordes se interrumpió.

El señor de Gordes titubeó por el pronto, pero despues, bajando la cabeza, respondió:

—Id, hermana mia, y puesto que es preciso, que se cumpla vuestra voluntad.

VIII

Cuando Lazarine hubo franqueado el umbral de la habitacion de Juana, esta última hallábase sumergida en una absoluta postracion física, consecuencia inevitable de un exceso de fuerza vital consumida.

No habia llamado á nadie; despues de la brusca salida, mejor dicho, huida de Raoul, la señora de Gordes se hallaba sola, inmóvil, respirando con dificultad, la cabeza oculta entre las puntillas de la almohada, pero sin perder nada de su lucidez.

Al oir pasos se sobrecogió, pero no hizo movimiento alguno, ni aun para volver la vista en direccion de donde procedia el ruido.

—Será sin duda Raoul que vuelve—se dijo ella.

La señora de la Tour du Roy se aproximó al lecho, se inclinó hácia su hermana y besó las pupilas, casi diáfanas.

—Querida Lazarine, ¿eres tú?—murmuró Juana sonriendo—¡qué feliz me considero viéndote!

—¿Como te encuetras, alma mia?—preguntó la marquesa.

—Como de costumbre.... algo mas cerca del fin; he ahí todo.

—¿Pero cómo, siempre en tí ese pensamiento lúgubre.

—¡Siempre!... Y tú sabes perfectamente, querida hermana, que tengo razon para pensar así.

Lazarine sabia perfectamente bien que toda denegacion sería inútil. Por consiguiente, no contestó á las últimas frases de Juana. Al cabo de un momento replicó:

—En el momento de llegar he encontrado á Raoul.

La condesita se conmovió, y preguntó vivamente:

—¿Te ha hablado?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Todo.

—De modo que sabes.....

La señora de Gordes se interrumpió.

—Sé hasta los mas leves detalles de vuestra conversacion—dijo Lazarine.—Sé que has suplicado al conde que si experimentaba la desgracia de perderte, se casara con nuestra hermana Renée al finalizar el año de luto.

—He pedido á Raoul todo eso, es cierto—balbuceó Juana,—y Raoul se ha abstenido de contestar á lo que de él solicitaba. ¿Sabes tambien esto?

—Lo sabia y te traigo esa promesa. En el presente y para el porvenir, Raoul no puede amar mas que á tí, alma mia; pero por asegurar tu reposo aceptará el sacrificio impuesto. Renée llegará á ser condesa de Gordes, puesto que tú lo exiges, si llegan á realizarse tus tenebrosos presentimientos, lo que Dios no permitirá; pero ella tendrá solo el nombre, título y fortuna, puesto que jamás el conde será para ella mas que su hermano.... y nada mas que hermano.

Juana halló fuerzas para incorporarse, y sus grandes ojos brillaron.

—¡Gracias, querida hermana!—exclamó ella con ansiedad.—¡Eres portadora de mi último goce!..... ¡Gracias!..... ¡Cien veces gracias! ¡Cuan feliz me conceptúo en tu venida!.... ¡Vas á prestarme un gran servicio!.... ¿Querrás, no es cierto?

—Si puedo lo que anhelas, lo haré de todo

corazon—respondió Lazarine.—¿De qué se trata?

—De hablar á Renée y obtener su consentimiento, puesto que ya contamos con el de Raoul. Sería violento para mí, lo comprenderás, me sería casi imposible entablar tal asunto con ella; así es que cuento contigo.... ¿Harás esto, querida Lazarine?

—Lo haré si así lo exiges.

—¿Y lo harás cuanto antes?

—Hoy mismo si así lo deseas.

—¡Oh! sí, hoy, en seguida; te lo ruego. ¡Te quedaré tan reconocida!

—¿Donde está Renée?

—En su habitacion.

—Allá voy.

Lazarine se dirigió hácia la puerta, levantó las cortinas tras las cuales un momento antes la segunda hija de Julio Leroux se ocultaba á fin de espiar, y atravesando los dos gabinetes de tocador penetró en el saloncito á lo Luis XV anteriormente descrito, en el momento de la instalacion de Renée en el castillo de Gordes.

La jóven estaba medio acostada sobre un sofá en una actitud dolorosa hábilmente estudiada.

El ligero ruido de los pasos de Lazarine pareció arrancarla á sus sombrias reflexiones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Levantó la cabeza.

—¿Eres tú, querida hermana?—murmuró.—Ignoraba tu llegada. Mis preocupaciones y tristeza son tan grandes, que no he oído llegar tu carruaje.

—Hace ya algun tiempo que llegué al castillo—respondió la marquesa.—He visto sucesivamente á Juana y Raoul, y vengo á tí encargada de una mision á la vez penosa y sagrada.

Renée supo dar á su semblante una expresion de profunda sorpresa.

—¡Una mision penosa y sagrada!—repitió ella.—No te entiendo del todo.

—Las indirectas y frases encubiertas serían supérfluas—replico Lazarine.—Iré, por consiguiente, rectamente al objeto. Nuestra querida Juana no se forja ilusion alguna acerca de su estado. Sabe que sus dias y hasta sus horas tal vez están contados. ¡Ay de mí! á los dieziocho años la angelical criatura sueña en el porvenir de aquellos á quienes ama y á los cuales vá á abandonar.

Renée se llevó el pañuelo á los ojos como para detener ó enjugar sus lágrimas.

La marquesa continuó:

—Nadie en el mundo la ha demostrado el afecto y la ternura que Raoul y tú; natural es, pues, que su cariño sobre vosotros dos se concentre y que vuestra dicha futura sea el objeto

de su constante preocupacion.... Así Juana cree haber hallado el mismo medio de asegurar esa felicidad.....

Renée, apartando el pañuelo que cubria su rostro, preguntó:

—¿Cual es ese medio?

—El mas sencillo de todos—respondió Lazarine.—Aunque en el primer momento, y propuesto por Juana, parezca un poco raro, hélo aquí: nuestra hermana ha solicitado y obtenido de Raoul la promesa solemne de que despues de un año de luto te haria condesa de Gordes.

Renée se levantó, lanzando una exclamacion de estupor.

—¡Lo que me dices es una locura!—exclamó.—Al oirte me pregunto si sueño ó estoy despierta.

—No sueñas—respondió la marquesa,—y la voluntad suprema de Juana no tiene nada de irrealizable, si es que tú consientes en ello. Tu consentimiento es lo que yo solicito y el que es preciso que me des.

—¡Como! ¿tan bruscamente? ¿sin reflexionar?—replicó la jóven con aparente terror.

—Demasiado sabes que el tiempo apremia.

—La idea de que tal matrimonio fuera posible jamas se me habia presentado á mi imaginacion.

—Segura estoy de ello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo amo al conde como se ama á un hermano, y jamas podré llegar á quererle de otro modo.

—¡Ah, querida Renée! la pobre Juana no desea esa union sino porque está segura de que entre Raoul y tú jamas existirá amor. La idea de vuestra union tranquila no puede despertar sus celos póstumos; así, pues, es preciso aceptar.

—¿Pero sabes que lo que me pides es el sacrificio de mi corazon?

—Ya lo sé, pero sin contar la inmensa alegria de proporcionar á Juana su última dicha, el sacrificio de que hablas ofrece sérias compensaciones. Ese matrimonio, del que la pasion estará forzosamente ausente, te proporcionará un nombre, un título una gran fortuna y una residencia casi real. Entre nosotras, ¿qué otro matrimonio te podia proporcionar todas esas cosas? Créeme, no vaciles. Acepta.

Renée puso un gesto superlativamente desdeñoso.

—Un nombre... un título... una gran fortuna—repitió.—¿Que me importa todo eso?... ¿Qué opinion tienes de mí, hermana mia?.... ¿Crées que si consintiera en ser condesa de Gordes seria por interés?

Lazarine se encogió de hombros, respondiendo:

—Yo no creo nada; y si te he herido por casualidad, sin saberlo y sin querer, lo siento mucho y te presento mis excusas. Poco me importa el motivo con tal que consientas.....

—Pues á mí me importa y mucho el ser bien juzgada—replicó orgullosamente la jóven.—No quiero que un acto de profunda abnegacion se atribuya á una idea de codicia... Mucho tiempo hace que mi existencia no tiene otro objeto que alejar de Juana todo motivo de dolor y prolongar su débil vida.... En obra tan santa iré hasta el fin..... Juana moribunda solicita una suprema abnegacion que debe endulzar en el momento terrible.... Conozco mi deber, y lo cumpliré aunque me sacrifique.....

—En una palabra, ¿consientes?—exclamó Lazarine.—¿Puedo llevar á Juana tu promesa?

—Ya he dicho que cumpliré mi deber—repuso la jóven.—Ya sabes que no tengo mas que una palabra.

Despues de las doce de aquel mismo dia Máximo Giraud abandonó á la señora de Gordes, cuya mejoria al parecer no lo tranquilizaba, y se dirigió á la pequeña habitacion que servia de farmacia, donde contaba hallar á Genoveva preparando una pocion, cuya fórmula habia prescrito.

Con gran sorpresa suya, la doncella, tan con-

cienzuda de ordinario, no se ocupaba en llenar su mision.

Los frascos, destapados, saturaban la atmósfera de un fuerte y fétido olor de empireuma.

Genoveva, sentada y con los codos apoyados sobre la mesa, y las manos sosteniendo su inclinado semblante, parecia dormir.

No dormia á pesar de todo, por mas que tuviera cerrados los ojos, y gruesas lágrimas á través de sus largas pestañas trazaban sobre sus mejillas un húmedo surco. En el momento de entrar el doctor, levantó la cabeza y abandonó su asiento; pero su pensativa actitud, por mas que fuera sumamente respetuosa, indicaba una preocupacion poco comun.

—Señor Máximo—preguntó ella,—mi querida señora se encuentra cada vez peor; ¿no es cierto?

—Sí, buena Genoveva, va de mal en peor.

—¿No os queda ninguna esperanza?

—¡Ay de mí! tengo bien poca.... y la poca que me resta se va disminuyendo de hora en hora.

—¿Y no podeis nunca adivinar la verdadera causa de la enfermedad?

El doctor sacudió negativamente la cabeza.

—Si reconociera esa causa podria combatirla—respondió.—Desgraciadamente me hallo en presencia de un enigma tan indescifrable. que

ni aun los mismos príncipes de la ciencia, lo mismo que yo, no han podido descifrarlo.

Despues de algunos segundos de silencio, la doncella replicó, mirando fijamente al doctor:

—¡Señor Máximo!.....

—¡Mi buena Genoveva!.....

—¿Me quereis permitir dirigiros una pregunta?

—Seguramente que os autorizo.

—Y si esta pregunta os asombra, ¿no supondreis que esté loca? No direis que escucharme es perder el tiempo?

—Nó, no penseis tal cosa, pues sé que vuestra inteligencia es clara, y que jamás hablais sin haber antes reflexionado.

—¿Entonces, señor doctor, respondereis francamente á mi pregunta?

—Sin duda.... Pero ¿á qué vienen todos esos preliminares y esas vacilaciones?

—Vacilo, sí, es verdad, vacilo.... ¡qué quereis!.... Las palabras que voy á pronunciar son tan terribles que me causan miedo á mi misma.

—Tal vez os podré tranquilizar.... Hablad pronto.

Genoveva miró á su alrededor, como para ver si habia alguna espia invisible, y con voz sorda dijo:

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿No habeis sospechado nunca, señor doctor, que un crímen se cometia en el castillo de Gordes?

IX

—¡Un crímen!—repitió el doctor estremeciéndose.

—Sí—respondió Genoveva,—un crímen infame y cobarde.... ¡un crímen monstruoso! Se asesina á mi querida ama.

El jóven se puso lívido.

—¡Eso es una locura!—exclamó.

—¡Me habeis prometido no tacharme de loca, señor Máximo!—replicó la doncella.

—Os digo que no creo.... ¿Quién habia de cometer ese crímen?

—No lo sé.

—¿Qué interés habria en cometerlo?

—Lo ignoro.

—¿Por qué medios?

—Por el veneno.

—Reflexionad un poco, Genoveva—repuso

el doctor,—la señora de Gordes no se halla rodeada sino de personas que la aman. El conde, la señorita Renée, vos y yo, velamos sin cesar á su lado. ¿Como podria aproximarse á ella un enemigo, si es que lo tiene, pues me parece imposible? Solo de vuestras manos ó de las de la hermana es de las que recibe todas las medicinas.

—Es verdad.

—De todas estas personas, ¿acusais á alguna?

—¡A ninguna! ¡Que Dios me libre de ello! ¿Como me atreveria á acusarlas? Yo creo en el veneno y nada mas.

—Pero ese veneno—prosiguió el doctor,—¿de donde vendria? ¿Lo sabeis vos?

—¡Oh! En cuanto á eso yo lo sé.

—Decidmelo, pues.

—Señor Máximo, el primer aldeano venido cogerá en los campos, sin engañarse jamas, yerbas que hacen morir; la ruda, la belladona, la cicuta y otras muchas cuyos nombres ignoro.

—Sin duda, pero el médico mas inexperto no se engañaria sobre la naturaleza de un envenenamiento, resultantes de algunas de esas plantas.

—¿Pero acaso no existe en las estufas del castillo plantas, flores y arbustos traidos de largas tierras, y mil veces mas dañinas que las yerbas de nuestros campos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿No habeis sospechado nunca, señor doctor, que un crímen se cometia en el castillo de Gordes?

IX

—¡Un crímen!—repitió el doctor estremeciéndose.

—Sí—respondió Genoveva,—un crímen infame y cobarde.... ¡un crímen monstruoso! Se asesina á mi querida ama.

El jóven se puso lívido.

—¡Eso es una locura!—exclamó.

—¡Me habeis prometido no tacharme de loca, señor Máximo!—replicó la doncella.

—Os digo que no creo.... ¿Quién habia de cometer ese crímen?

—No lo sé.

—¿Qué interés habria en cometerlo?

—Lo ignoro.

—¿Por qué medios?

—Por el veneno.

—Reflexionad un poco, Genoveva—repuso

el doctor,—la señora de Gordes no se halla rodeada sino de personas que la aman. El conde, la señorita Renée, vos y yo, velamos sin cesar á su lado. ¿Como podria aproximarse á ella un enemigo, si es que lo tiene, pues me parece imposible? Solo de vuestras manos ó de las de la hermana es de las que recibe todas las medicinas.

—Es verdad.

—De todas estas personas, ¿acusais á alguna?

—¡A ninguna! ¡Que Dios me libre de ello! ¿Como me atreveria á acusarlas? Yo creo en el veneno y nada mas.

—Pero ese veneno—prosiguió el doctor,—¿de donde vendria? ¿Lo sabeis vos?

—¡Oh! En cuanto á eso yo lo sé.

—Decidmelo, pues.

—Señor Máximo, el primer aldeano venido cogerá en los campos, sin engañarse jamas, yerbas que hacen morir; la ruda, la belladona, la cicuta y otras muchas cuyos nombres ignoro.

—Sin duda, pero el médico mas inexperto no se engañaria sobre la naturaleza de un envenenamiento, resultantes de algunas de esas plantas.

—¿Pero acaso no existe en las estufas del castillo plantas, flores y arbustos traidos de largas tierras, y mil veces mas dañinas que las yerbas de nuestros campos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Los arbustos y flores de los cuales hablais, son en gran número.

—¿Y los médicos pueden reconocer, al primer golpe de vista, los efectos producidos por esas vegetaciones de los países extraños?

—Convengo que á menos de un estudio especial de la flora de los trópicos no pueden, y que hasta corren el peligro de engañarse con frecuencia.

—¿Ese estudio, señor Máximo, le habeis hecho?

—Nó, os lo confieso, y ni aun tengo á mi disposicion los medios de hacerlo.

—Ademas, un crímen cometido á la sombra de lo que llamais la flora de los trópicos, ¿os sumiria en la duda sobre su orígen?

—Sí, pero ¿qué importa? Sabeis cual yo, Genoveva, que nadie mas que los dueños y servidores del castillo tienen permiso para entrar en los invernaderos; por consiguiente, á menos que acuseis á alguien.....

—Por Dios, señor Máximo—interrumpió Genoveva, yo á nadie acuso.

—Sin embargo, ¿sospechais?

—Aseguro la existencia del crímen, pero no sospecho quién pueda ser su autor.

—Pero esa creencia, ¿es solo instintiva ó está basada sobre algun hecho concreto?

—El hecho concreto existe.

—¿Cual es?

—La señorita Renée y el señor conde se hallan en este momento con mi adorada ama—dijo la doncella por toda contestacion,—¿quereis venir conmigo?

—¿A donde?

—Al invernadero.

—Ya os sigo.

Al oir á Genoveva pronunciar el terrible nombre de crímen, Máximo tornóse pálido, puesto que desde el principio de la conversacion se mostraba excitado por una contraccion nerviosa. Y es que se acordaba que al principio de la enfermedad fué interrogado por Raoul, quien le preguntó qué significaban aquellas alucinaciones nocturnas de la condesa y de qué podrian provenir.

El médico le habia contestado:

—Las causas se me escapan del todo. Los resultados de ciertos casos de envenenamientos ofrecen ciertos síntomas análogos á la crísis de que se trata; existen venenos vegetales que determinan alucinaciones que llegan á conducir á la locura. ¿Admitís la posibilidad de un envenenamiento casual?

—Lo niego formalmente—habia replicado Raoul.—Mi cuñada Renée y yo hemos tomado de todo cual ella; los manjares servidos á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestra mesa han sido despues consumidos por los criados.... Nadie ha sufrido.

Máximo se habia dejado convencer por la aparente lógica de aquel razonamiento, y ni una sola vez desde aquella época vino á su imaginacion la idea de un supuesto crímen.

Ahora se reprochaba aquella confianza, y ¡solo Dios sabe con qué amargura!

Una sola frase de Génoveva, acababa de abrir ante él abismos, cuya profundidad aterraba á la imaginacion.

Ignoraba tambien sobre qué bases sólidas reposaban las sospechas de la humilde criada, y ya él se le anticipaba en la via de las siniestras conjeturas. Presentia los móviles de un crímen; entreveía un culpable medio oculto bajo una bruma casi trasparente.

Su memoria evocaba los formidables dramas del tribunal correccional, leidos por él en otros tiempos en la *Gaceta de los Tribunales* cuando estudiaba medicina.

Los héroes de aquellos dramas eran con frecuencia maridos hastiados del lazo conyugal, arrastrados por una pasion adúltera, queriendo hacerse á toda costa libres, y confiaban libertad en el asesinato.

Máximo se acordaba de uno de aquellos criminales, hombre de buena familia, rodeado de afecto universal, reputado médico que parecia

adorar á su mujer, y sin embargo, con su latente hipocresia, hasta llorar con ella, la iba lentamente matando, derramando en ella la muerte gota á gota con una diabólica sangre fria é infernal habilidad.

Aquel miserable habia sabido conquistarse todas las simpatias; se hacia un pedestal de su engañosa pena.

La víspera del dia en que la justicia arrancaba su máscara, se le admiraba y se le compadecia á la vez; es mas, se le consideraba como un héroe del amor conyugal.

Admitiendo el envenenamiento por una sustancia vegetal nociva, los fenómenos hasta entonces incomprensibles de la extraña enfermedad de Juana se iban haciendo cada vez algo explicables.

¿Quien sabe si Raoul de Gordes no seguiria las trazas del infame doctor, cuyo proceso acababa de traer Máximo á su recuerdo?

Esto no era cierto; pero á ciencia fija podia ser posible.

Teniendo en cuenta la perversidad humana, nadie ignora que se llevan á cabo actos monstruosos llevados sin móviles aparentes, puesto que lo inverosímil no existe. Es presiso admitirlo todo. ¡Todo ha sucedido! ¡Todo ha llegado! ¡Todo llegará!

Comprendiendo que una claridad inesperada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

iba á despejar para él las tinieblas, el doctor sentia hacerse la luz en él.

—Puede ser—se decia con desesperacion,—puede ser que hayan muerto ante mí á la angelical criatura á quien tanto amaba en silencio.... á la que adoro de hinojos.... y nada he visto.... Si esto es así, mi ceguedad me hace cómplice de su matador.... Sin mi loca y crédula culpabilidad, hubiera podido salvarla.... Pero es demasiado tarde para la salvacion, mas quedará cuando menos la venganza. ¡Juro que la cabeza del asesino rodará por el cadalso!

Interin que Máximo se decia estas cosas, Genoveva, marchando con rápido paso, le habia conducido al jardin de invierno, cuyas maravillas hemos descrito en la segunda parte de esta novela.

Hizo girar sobre sus goznes la puerta vidriera que daba acceso á la planta baja, y se detuvo durante uno ó dos segundos.

La condesita ya sabemos que era adorada por la servidumbre del castillo, tanto por su encantador semblante, cuanto por su gracia y amabilidad.

La gravedad de su enfermedad, el rumor asesorado de su próxima muerte, llevaban al trastorno á todos los espíritus y desorganizaba el servicio.

Nadie se sentia con valor é interés para llevar adelante su obligacion cuotidiana, siendo así que la jóven señora del hogar estaba próxima á morir y cuando la casa iba á hallarse de luto.

Los jardineros habian olvidado ó descuidado abrir las ventanillas para la renovacion del ambiente.

El calor era sofocante; un pesado vapor, desprendiéndose de la grasa tierra y de las templadas macetas, se adaptaba bajo forma de opaca bruma en los cristales de la cúpula. Acres olores vegetales saturaban la atmósfera y la hacian casi irrespirable.

Genoveva se volvió hácia Máximo.

—¿Aspirais esos venenos que se exhalan?—le preguntó ella.—¿Cuanto tiempo se necesitaria para que sucumbiera una persona aquí?.....

—La asfixia no se haria esperar—respondió el doctor.

—Seguid no obstante.... Algunos minutos bastarán para ver lo que deseo enseñaros.

La doncella se entró resueltamente bajo la copa de los arbustos, y por entre las yerbas de las cuales se escapaban los terribles perfumes de las vegetaciones orientales.

Ella condujo sucesivamente á Máximo hácia los *euforbios* de Abisinia, de contestura de espinosa torcida; hácia los *pandanus* de Java, plantas de hojas delgadas y puntiagudas, estria-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das de verde y blanco, y los *tanghin* de Madagascar, de blancos tallos y hojas de boj.

Cerca de cada una se detenia ella, diciendo esta sencilla frase: "¡Mirad!"

Al mismo tiempo ella le hacia ver numerosas incisiones, las mas ya muy antiguas, las otras frescas, y practicadas todas en la corteza con la punta de un cortaplumas.

De estas incisiones se escapaban gotas de sávia, éstas tan trasparentes y viscosas cual la resina, las otras mas opacas y de un blanco leche.

—¿Habeis visto?—preguntó Genoveva.

—Sí,—respondió Máximo.

—¿Creeis que todo esto es debido á la casualidad?

—No solo no lo creo, sino que es hasta imposible.

—¿Os parece evidente; cual á mí, que el practicar esas incisiones es con objeto de dejar destilar el veneno?

—Sin duda—replicó el doctor.—¿Pero será veneno lo que destilan esas incisiones?

—Ahora tendreis la prueba.....

—¿De donde?

—En la biblioteca; seguidme, señor Máximo, que ya nada resta que hacer aquí.

Máximo, antes de abandonar el jardin de invierno, tocó con el extremo del dedo, las mas

frescas de las incisiones del *tanghin* de Madagascar, recogió una lechosa gota, y la puso sobre su lengua. Sintió en el momento mismo una sensacion de intolerable amargura, acompañada de una especie de ardoroso chisporroteo, que se hubirea dicho era producida por un candente hierro.

Empezó á escupir la saliva amarga, y trató de secarse la lengua con su pañuelo; pero la doble sensacion persistió.

Al mismo tiempo, la extremidad de su dedo se ponia templada y dolorosa, y la epidérmis, tocada por la sávia del *tanghin*, se enegrecia cual al contacto de una barrita de nitrato de plata.

—¡Ah! ¡Ciertamente que es veneno!—exclamó,—no tengo nececidad de otra prueba. ¿Como se llama este arbusto?

—¡Ya no me acuerdo!.... Ya vereis su nombre en el volúmen.

—¿Pero en qué vólúmen?

—En el gran volúmen que está allá arriba, con otros muchos semejantes, y que leia el señor conde un dia en que la condesa me encargó que le previniera que habia llegado y que le rogaba bajára; señor, el conde leia aquel libro con gran atencion, cual si deseára aprenderlo de memoria. ¡Ah! es un hermoso y curioso libro. Subí sola mas de una vez para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ojearle á mi gusto. Sin este libro de nada ni de nadie dudaria.

Máximo, cada vez mas agitado, siguió á Genoveva al segundo piso, y franqueó con ella el umbral de la biblioteca.

X

Una gran mesa de ébano que ocupaba la parte central de la biblioteca del castillo de Gordes, veíase atestada de atlas, de albums, y de obras antiguas y modernas de todas clases.

Se veían entre aquellas obras los magníficos volúmenes que Raoul habia hecho traer de Paris para satisfacer una fantasia de su cuñada, ansiosa de estudiar la flora de los trópicos, de cuyas hermosas plantas existian un buen número en el invernadero.

Uno de aquellos volúmenes hallábase abierto, y la perfeccion de las coloreadas *figuradas*, pintadas á la acuarela por especialistas, atraian la atencion.

Genoveva fué derecha á la mesa, tomó el libro, volvió algunas hojas, y poniendo el dedo sobre un gravado, dijo al doctor:

—Mirad, señor. ¡Oh! el retrato es bien idéntico. Yo, que tan solo soy una ignorante mujer, lo he reconocido al primer golpe de vista.

Máximo miró á su vez, reconoció el arbusto cuya corrosiva sávia quemaba aun su lengua y dedo.

Aquello que Genoveva llamaba cándidamente el *retrato*, era la reproduccion exacta cual una fotografía del *tanghin* de Madagascar.

La descripcion detallaba las propiedades tóxicas del arbustillo, indicaba los síntomas característicos del envenenamiento, resultante de su sávia ó de la infusion de sus hojas, é indicaba los medicamentos usados por los naturales de Madagascar para combatir este ponzoñoso veneno.

—¡Ah! igualmente hallareis los demas—replicó Genoveva.—No falta uno solo.

Y volviendo de nuevo las páginas, la doncella hizo ver á Máximo el *euforbio* de Abisinia, *pandanus* de Java, y sucesivamente todos aquellos arbustos que mostraban incisiones.

Todos poseían propiedades terribles, todos ocupaban el primer rango en la jerarquia de los vegetales venenosos.

Máximo se sentia yerto de horror.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ojearle á mi gusto. Sin este libro de nada ni de nadie dudaria.

Máximo, cada vez mas agitado, siguió á Genoveva al segundo piso, y franqueó con ella el umbral de la biblioteca.

X

Una gran mesa de ébano que ocupaba la parte central de la biblioteca del castillo de Gordes, veíase atestada de atlas, de albums, y de obras antiguas y modernas de todas clases.

Se veían entre aquellas obras los magníficos volúmenes que Raoul habia hecho traer de Paris para satisfacer una fantasia de su cuñada, ansiosa de estudiar la flora de los trópicos, de cuyas hermosas plantas existian un buen número en el invernadero.

Uno de aquellos volúmenes hallábase abierto, y la perfeccion de las coloreadas *figuradas*, pintadas á la acuarela por especialistas, atraian la atencion.

Genoveva fué derecha á la mesa, tomó el libro, volvió algunas hojas, y poniendo el dedo sobre un gravado, dijo al doctor:

—Mirad, señor. ¡Oh! el retrato es bien idéntico. Yo, que tan solo soy una ignorante mujer, lo he reconocido al primer golpe de vista.

Máximo miró á su vez, reconoció el arbusto cuya corrosiva sávia quemaba aun su lengua y dedo.

Aquello que Genoveva llamaba cándidamente el *retrato*, era la reproduccion exacta cual una fotografía del *tanghin* de Madagascar.

La descripcion detallaba las propiedades tóxicas del arbustillo, indicaba los síntomas característicos del envenenamiento, resultante de su sávia ó de la infusion de sus hojas, é indicaba los medicamentos usados por los naturales de Madagascar para combatir este ponzoñoso veneno.

—¡Ah! igualmente hallareis los demas—replicó Genoveva.—No falta uno solo.

Y volviendo de nuevo las páginas, la doncella hizo ver á Máximo el *euforbio* de Abisinia, *pandanus* de Java, y sucesivamente todos aquellos arbustos que mostraban incisiones.

Todos poseían propiedades terribles, todos ocupaban el primer rango en la jerarquia de los vegetales venenosos.

Máximo se sentia yerto de horror.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El pensamiento que se ofreció á su espíritu le causaba una indecible repulsion, y vanamente intentaba, si no de desecharla, cuando menos de combatirla. Pero ella volvia victoriosa; ella se imponia.....

Este pensamiento se retrató en sus primeras palabras.

—Genoveva—preguntó con voz muy baja, despues de un largo silencio,—¿sabeis si esos libros se encuentran en el castillo con anterioridad al enlace del señor de Gordes?.....

—No se hallaban—respondió sin titubear la digna doncella ó camarista.

—¿Estais segura?.....

—Completamente segura.

—¿De donde procede esa fijeza ó exactitud?

—El señor conde los mandó buscar á la estacion de Orleans; procedian de Paris. Subieron aquí el paquete, que era muy pesado.

Justino, el primer ayuda de cámara, deshizo el paquete y habló por la tarde en el oficio. Ya veis, señor Máximo, que es imposible que pueda engañarme.

—¿Cuanto tiempo hace de todo eso?

—Hace quince dias ó tres semanas, poco mas menos, antes de caer enferma mi querida señora.

Máximo se sobrecogió de nuevo.

La luz se hacia.

El asesino no habia, pues, perdido el tiempo para obrar. Se habia ocultado cuanto le fuera dable. El crímen aparecia inverosímil á fuerza de tanta impudencia; pero cierto es que los grandes culpables cuentan con frecuencia con que sus felices audacias les han de salvar, poniéndoles al abrigo de toda sospecha.

—Genoveva—replicó el doctor,—¿con qué coincidencia ha venido vuestra imaginacion á ocuparse de las cosas sospechosas que aquí se sucedian?

—Me parece que el Dios de bondad me ha tomado de la mano y me ha guiado, señor Máximo—respondió la doncella.—El dia en que por órden de la señora subí á buscar aquí al señor conde, distinguí desde lejos las pintadas imágenes, que me parecieron curiosas.... Al dia siguiente las examiné mas de cerca, ínterin el señor se hallaba fuera de casa y la señorita Renée velaba á mi querida ama. He creido reconocer ciertos follajes observados por mí en las estufas, á donde voy con frecuencia, pues soy amante de las flores. Queria persuadirme de que no me engañaba; bajé al jardin de invierno. Naturalmente ví las cortaduras... Por el pronto me asombraron, luego me inquietaron sobremanera, tanto más cuanto que observé que los solos arbustos que tenian incisiones se hallaban indicados en el libro como des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiladores de peligrosos venenos. Desde este momento mi imaginacion se concretó al estudio.... He pensado en la señora condesa, en su tan singular y complicada enfermedad, que vos ni vuestros colegas de Paris sabeis combatir, ni alcanzais á comprender.... Inmediatamente la idea de un crímen cruzó por mi cabeza; pero haciendo un desdeñoso movimiento, me preguntaba si estaba loca. Desechaba la idea; ella se iba, pero volvia á pesar mio.... No me abandonaba de dia ni de noche, fué en aumento, se apoderó de mi espíritu, y no me concedió momento de reposo; así es que no contaba con nadie con quien desahogarme, y por consiguiente he llegado á vos.... ¿He hecho bien, no es cierto, señor doctor?.....

—Habeis hecho bien—contestó Máximo.

—¿Y—continuó Genoveva—puedo preguntaros si pensais como yo respecto del crímen?

El médico vaciló.

Era indudable que participaba de la opinion de aquella digna mujer; pero no queria darlo á entender, temeroso de que cometiera alguna imprudencia; y deseando tener tiempo bastante para reflexionar antes de resolver, contestó de un modo ambíguo:

—¿Deseais saber si pienso como vos, Genoveva? Pues bien, sí y nó.

La criada le miró con asombro.

—Os lo decia hace poco, y os lo repito: todo cuanto ocurre en esta casa es sospechoso. Creo que se comete un crímen, pero es tan monstruoso que para llegar á una evidencia, y sobre todo para formular una acusacion positiva contra el presunto asesino, necesito nuevas pruebas, sérias, convincentes, mas aún de las que resultan de vuestras investigaciones. Las apariencias son contundentes, convengo en ello; pero es posible el error. ¡Cuantos inocentes no han sido víctimas de las apariencias! ¿Comprendeis, Genoveva?

—Sí, señor doctor.... sin embargo.... el libro, las incisiones.... los venenos.... el estado desesperado de la señora condesa.... todo esto es real.

—Muy real.... pero admitido el crímen, ¿qnién es el culpable? Lo ignoramos, y es preciso averiguarlo á todo trance.

—Sí, señor doctor.

—Cuento con vos.

—Estoy pronta. ¿Qué debo hacer?

—¿Teneis confianza en mí, Genoveva?

—Si no la tuviera, ¿os hubiera confiado mi secreto?

—¿Seguireis mis consejos?

—Obedeceré todas vuestras órdenes.

—Bien. En primer lugar, Genoveva, no digais á nadie lo que acabais de confiarme.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No hay peligro de que diga palabra; dudaba, como habeis visto: temia pareceros loca.

—Obrad como si no desconfiárais ni sospecháis. Producíos como antes del terrible descubrimiento.

—Pero señor doctor—dijo la pobre mujer,—yo no puedo permitir que se esté envenenando á la señora condesa ante mi vista, Siempre que le sea ofrecida una cucharada de medicina por la señorita Renée, ó por mí, temblaré ante la idea de que pueda producirla la muerte.

—No os alarmeis por esto, buena Genoveva. Tomaré mis precauciones.... ¿Vos sois la que prepara en el laboratorio las medicinas cuyas recetas firmo yo?

—Sí, señor doctor.

—¿Siempre sola?

—La señorita Renée me ayuda algunas veces, pero pocas.

—¿Y los criados del castillo?

—Nunca.

—¿La puerta de la farmacia está ordinariamente abierta?

—Nó, pero la llave está en la cerradura: se puede entrar cuando se quiera. ¿Hay que quitar la llave?

—¡Nó! Dejad las cosas como están. ¿Donde colocais las tisanas preparadas?

—En el primero de los dos gabinetes de todos.

cador qne hay entre el departamento de la señora condesa y el de la señorita Renée.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Los criados del castillo penetran alguna vez en esos gabinetes?

—Desde que la señora está enferma nadie pone los pies allí, excepcion hecha del señor conde, la señorita Renée y yo.

—¿Vá con frecuencia el señor conde?

—Alguna que otra vez.

—¿Habeis visto si coge las redomas?

—No lo recuerdo, porque no daba importancia á esto. Creo recordar, sin embargo, que un dia cogió el señor conde un frasco y le reconoció, como para asegurarse de la menor trasparencia del líquido.

—Yo procuraré que en adelante la señora condesa no tome medicacion alguna que yo no haya probado antes. Pero es necesario que nadie se aperciba de ello.

—¿Ni la señorita Renée ni el señor conde?—preguntó Genoveva.

—Ni una ni otro.

—¿Vais á decirles lo que pasa?

—Me guardaré bien, ahora por lo menos. Es preciso que el secreto no salga de los dos, Genoveva, para que no sospeche ni desconfíe el asesino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Teneis razon, señor doctor; y ahora que sabeis de donde procede el mal, ahora que podeis combatirle, salvareis á la señora. ¿No es cierto?

Y al hablar así, la pobre mujer unia sus manos en accion de súplica.

—¡Ah!—respondió tristemente Máximo,—temo que la obra maldita esté muy adelantada y que la salvacion sea imposible. Además, lo que sé no pasa de conjeturas. Pero no tardaré en averiguar la verdad. Haré cuanto me sea posible, y Dios mediante, venceré.

—Dios os ayudará, señor doctor, puesto que mi querida señora es uno de sus ángeles.

Máximo dejó á Genoveva, recomendándole de nuevo el silencio.

Fué á probar las medicinas, y nada encontró de sospechoso; se cercioró de que la situacion de la señora de Gordes no se habia modificado, y entró en su cuarto para reflexionar, porque en su cerebro reinaba el desórden mas absoluto, turbando su pensamiento.

XI

Máximo Giraud, lo repetimos, no podia ya conservar la mas leve sombra de duda acerca de la gravedad de la terrible situacion.

El envenenamiento era indiscutible.

No se trataba por él mas que de conocer al matador.

De pronto se dijo de una manera razonada, y en cierta forma instintivamente:

—¡El conde de Gordes es el asesino!

La lógica de los hechos condenaban á Raoul. Las circunstancias por nosotros relatadas en el presente capítulo, constituían contra el marido de Juana todo un haz de presunciones equivalentes casi á pruebas.

El móvil del crímen cierto es que no aparecia aún de manera muy distinta, y el doctor se hallaba reducido á conjeturas; pero la reflexion, y hasta el mismo pasado del conde, daban á aquellas apreciaciones un espantoso sello de probabilidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Teneis razon, señor doctor; y ahora que sabeis de donde procede el mal, ahora que podeis combatirle, salvareis á la señora. ¿No es cierto?

Y al hablar así, la pobre mujer unia sus manos en accion de súplica.

—¡Ah!—respondió tristemente Máximo,—temo que la obra maldita esté muy adelantada y que la salvacion sea imposible. Además, lo que sé no pasa de conjeturas. Pero no tardaré en averiguar la verdad. Haré cuanto me sea posible, y Dios mediante, venceré.

—Dios os ayudará, señor doctor, puesto que mi querida señora es uno de sus ángeles.

Máximo dejó á Genoveva, recomendándole de nuevo el silencio.

Fué á probar las medicinas, y nada encontró de sospechoso; se cercioró de que la situacion de la señora de Gordes no se habia modificado, y entró en su cuarto para reflexionar, porque en su cerebro reinaba el desórden mas absoluto, turbando su pensamiento.

XI

Máximo Giraud, lo repetimos, no podia ya conservar la mas leve sombra de duda acerca de la gravedad de la terrible situacion.

El envenenamiento era indiscutible.

No se trataba por él mas que de conocer al matador.

De pronto se dijo de una manera razonada, y en cierta forma instintivamente:

—¡El conde de Gordes es el asesino!

La lógica de los hechos condenaban á Raoul. Las circunstancias por nosotros relatadas en el presente capítulo, constituían contra el marido de Juana todo un haz de presunciones equivalentes casi á pruebas.

El móvil del crímen cierto es que no aparecia aún de manera muy distinta, y el doctor se hallaba reducido á conjeturas; pero la reflexion, y hasta el mismo pasado del conde, daban á aquellas apreciaciones un espantoso sello de probabilidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Máximo sabia, cual todo el mundo, que el señor de Gordes habia desaparecido abandonando la Francia con una mujer, á cuyo marido hirió gravemente en un duelo.

La mujer habia muerto en el fondo de Italia, lejos de su país, de su familia, y nadie en el mundo tuvo interés en hacer una investigacion acerca de la naturaleza de la efermedad, ni sobre las circunstancias de aquella misteriosa muerte.

¿Quién sabe si el conde, casi cierto de la impunidad, no habria roto por un primer crímen un lazo que se le haria penoso?

De regreso á Francia se enamoró de Juana Leroux, ó cuando menos se lo creia así.

Tal vez su amor, ó lo que él tomase por tal, no hubiera podido sobrevivir á algunos meses de posesion.

En este caso, sin duda alguna, Raoul habia reflexionado que, dando su apellido á una jóven sin fortuna y de orígen modesto, se habia casado con una persona que no era de su clase.

Admitiéndose que la imaginacion del señor Gordes formára parte de una de aquellas naturalezas instintivamente malvadas, audazmente desalmadas que se encuentra en el estado excepcional en todas las clases de la sociedad, se comprende que la idea debia conducir á ese terrible fantástico, á romper su enlace, valiéndose de los procedimientos sumarios, merced á los cuales habia quebrado con tanta ligereza su cadena adúltera; así es que nada de particular tenia que el matador de Julia hubiera llegado á serlo de Juana.

Máximo se hacia estas reflexiones bajo la impresion terrible de una conmocion de horror.

Por momentos admitia sin discusion la culpabilidad de Raoul, despues una reaccion brusca se operaba en él y se sublevaba contra su fácil credulidad.

—¡Nó, esto no es posible!—murmuraba entonces.—¡Tal infamia sería monstruosa! El semblante del señor de Gordes es el de un hombre honrado. Los rasgos ostentan el sello de un inmenso dolor. He visto desprenderse de sus ojos verdaderas lágrimas. Para juzgarle, para condenarle, esperaré una de esas pruebas decisivas, materiales, y ante la cual la razon se inclina. Pero si él es inocente, ¿quién es el criminal?

Máximo pasó largas horas en aquella lucha contra sí mismo.

Salió destrozado, pero no inspirado.

Renée se habia hecho servir en la habitacion de su hermana, á la cual no queria perder un momento de vista.

El doctor, aprovechándose de este aislamiento, rivalizó en habilidad con el juez mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acreditado; asi es que Raoul tuvo que contestar á un interrogatorio, al que de muy buen grado se prestó sin desconfianza alguna. Sus claras y sencillas contestaciones no reflexionadas, ni escogitadas, destruyeron de una manera absoluta las sospechas de Máximo.

Tan profunda ternura representaban sus miradas, hablando de Juana usaba frases tan conmovedoras, tan manifiestamente escapadas del corazon, su progresivo enternecimiento le conducia á una crísis de dolor tan altamente desgarrador, que Máximo se dijo:

—Esos son los gemidos de la desesperacion y no los del remordimiento. El conde no es culpable. Es menester indagar por otro lado.

La comida se terminó sin incidentes

Hácia las diez de la noche Máximo volvia á su alcoba, y con Edipo combatiendo la esfinge, se apoderó cuerpo á cuerpo del enigma indescifrable.

Sabiendo de antelacion que su estado de agitacion moral y de fiebre física no le permitian dormirse, apenas ni se desnudó, y tan pronto sentado cual en pié, y marchando al azar por su habitacion, dejábase al momento caer inerte sobre un sofá, donde buscaba tranquilizarse; pero ¡ay! buscaba inutilmente la solucion del problema.

El reloj del castillo dió las doce, y su vibra-

cion le hizo estremecerse, viniendo á distraerle por un instante de su formidable é inútil trabajo.

La cabeza le echaba fuego; las arterias de sus sienes latian con fuerte pulsacion; la atmósfera le parecia sofocante. Abrió una ventana, se recostó sobre el pretil de esculpida piedra y presentó su radiante frente á las caricias del fresco ambiente.

La noche era bella, pero sin luna. Millares de estrellas brillaban en el puro cielo.

Los sombrios follajes de los escalonados bosques se confundian con el final del horizonte.

Una neblina se levanta de los estanques, y sobre el fondo grís de aquellas neblinas, las grandes encinas y los viejos castaños describian sus sombras, tan negras como la tinta.

Máximo juzgó que hallaria un alivio físico y moral paseando durante una hora por medio de las tinieblas, bajo la bóveda de las alamedas sin fin y por consiguiente, á sumirse en las opacas brumas.

Las tres piezas de que se componia su habitacion, se hallaban situadas en el segundo piso de su departamento interior.

Un largo corredor conducia á la escalera principal.

El jóven doctor conocia demasiado las condiciones del edificio para necesitar luz, por lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se abstuvo de tomarla, limitándose á meter en su bolsillo una caja de fósforos, y saliendo al corredor, esterado de juncos, y luego á la escalera, alfombrada de tapices de Smirna, que merced á esta circunstancia apagaba el ruido de sus pasos, bajó al piso entresuelo.

La entrada principal del vestíbulo se cerraba todas las noches cuidadosamente con grandes cerrojos; cerca de ella se encontraba una puertecita cerrada tambien, pero quedando puesta la llave, circunstancia que Máximo no ignoraba.

Abrió, pues, esta puerta, bajó los peldaños de una escalerilla, y en seguida, en lugar de seguir la senda circular, se internó por el césped, húmedo por el rocio.

Apenas habia andado cien pasos, se volvió para dirigir una mirada al grandioso edificio donde agonizaba lentamente la única mujer que habia amado, y la única tambien á quien podria amar, sin que le fuese dable salvarla ni aun á costa de su propia vida.

La monumental fachada se hallaba completamente sumida en las tinieblas, exceptuado dos ventanas del primer piso, que daban paso á una luz infinitamente ténue y que correspondia al dormitorio de Juana.

Máximo se trasportó con sus pensamientos al interior de esta habitacion y frente al suntuoso lecho á la Luis XVI, erigido sobre las

dos gradas del estrado, y cuyo lecho casi desaparecia bajo las colgaduras de terciopelo azul guarnecido de encajes llamados *de Inglaterra*.

La rubia cabeza y el pálido rostro de la jóven moribunda se le representaba muy á las claras, casi confundidos con los blancos encajes de su almohada.

Parecióle oir al conde de Gordes y á Renée, sentados á ambos lados del lecho fúnebre, escuchando la entrecortada respiracion de Juana y preguntándose con angustiosa mirada si cada uno de los suspiros de tan dulce criatura sería el último de su vida.

Una lámpara-Carcel, colocada sobre un mueble y revestida de una gran pantalla, alumbraba tan triste cuadro, y producia en los cristales de la ventana un reflejo blanquecino, que era el que Máximo habia visto desde el sitio en que se hallaba.

El corazon del jóven se enchia.... Bajó poco á poco sus húmedos ojos, y de pronto se estremeció é hizo un gesto de sorpresa, como si algo extraño hubiera llamado su atencion.

Desde el punto en que se hallaba en aquel momento, Máximo observó de perfil las construcciones del jardin de invierno, prolongándose por el ala izquierda del edificio cual si fuese un palacio de cristal edificado bajo otro de granito.

Brillaban sus elegantes cúpulas á la luz de las estrellas, cuyos resplandores indicaban su trasparencia.

El doctor veia además, casi á nivel del suelo, una lucecita, comparada de lejos á la fosforecente claridad de un fuego fátuo, que iba, venia, giraba, desaparecia y permanecia inmóvil por espacio de algunos segundos, volviendo luego á moverse de nuevo.

¿Quién, pues, se paseaba de este modo con una luz en la mano á las altas horas de la noche, y á la que todo el mundo debia dormir en el castillo? Y además, ¿cuál podia ser el objeto de tan extraño paseo?

Eso fué lo que Máximo se preguntó, dándole una explicacion que creemos inútil indicar á nuestros lectores.

—Dios me envia la prueva material que necesitaba—exclamó con exaltacion,—y vá á entregarme el asesino.

¿Quién, pues, más que un envenenador recogiendo el veneno podria frecuentar misteriosamente el jardin en invierno, á las altas horas de la noche? Nadie.

El doctor dirigióse apresuradamente hácia el castillo, ó mejor dicho hácia el ala izquierda, donde se hallaban las habitaciones de recibo con las que comunicaban al jardin de invierno.

A medida que se acercaba la lucecita en

cuestion, aparecia mas perceptible, pero al mismo tiempo mas indefinible, asemejándola al pálido y caprichoso resplandor de una linterna colocada en medio de las tinieblas.

Máximo, por fin, alcanzó las obras de albañileria que servian de sosten á la armadura metálica de las estufas. Podia tocar los cristales con solo extender la mano.

Nada mas fácil que el ver lo que sucedia en un círculo luminoso al otro lado de los cristales, contra los que pegó, digámoslo así, sus facciones.

La decepcion no se hizo esperar, y fué abrumadora.

El doctor comprendió en seguida el efecto del *resplandor* de que hemos hablado. El vapor caliente del interior de la habitacion, adhiriéndose al cristal, le quitaba su trasparencia, no pudiendo distinguir más que un punto luminoso; pero ni un contorno, ni una forma, ni una sola línea era posible determinar.

—Es necesario entrar—dijo el jóven.

Y empezó á buscar las ventanas, que permanecian abiertas todo el dia cuando era templada la temperatura exterior.

Las encontró, no obstante, cerradas, porque los jardineros tenian cuidado, como de costumbre, de efectuarlo así.

Máximo hizó un gesto de rábia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se encontraba muy cerca del miserable que se trataba de sorprender y desenmascarar; tan solo le separaba de él la más débil y la más frágil de las barreras, y ésta equivalia, sin embargo, á la mas fuerte construccion de cal y canto.

Por un momento, el doctor tuvo intencion de romper los cristales aun á costa de tener que cortarse la cara y las manos, para de este modo lanzarse por la abertura; pero la reflexion le contuvo. Obrando así, pensó que no obtendria más resultado que el de poner en guardia al asesino. Al ruido que produjesen los cristales rotos el infame apagaria la linterna, desapareceria en las tinieblas y viviria en lo sucesivo sobre aviso.

Máximo volvió á dirigirse hácia la puerta por donde habia salido, y apresurándose todo lo que pudo, exclamó:

—Cualquiera que sea el punto del castillo á donde se dirija el asesino, tendrá que atravesar los salones y volver al vestíbulo. Voy á adelantarle.... La oscuridad me protejerá, el ruido de sus pasos me advertirá su llegada, y cuando pase por delante de mí podré verle la cara.

XII

Bastáronle á Máximo algunos segundos para llegar á los peldaños de la escalera, que subió rápidamente.

Despues de cerrar la puertecilla de que hemos hablado, se detuvo y prestó atencion; pero no oyó mas que su propia respiracion y los precipitados latidos de su corazon.

El vestíbulo del castillo de Gordes era tan grande como los *hall* de las aristocráticas habitaciones inglesas.

Su altura lo hacia sonoro como la nave de una catedral.

Trofeos de caza y panoplias ocupan el centro de grandes paredes tapizadas de cuero de Córdoba, con arabescos y flores en relieve simulando fondo de oro algo ajadas. Enfrente de cada panoplia se alzaban armaduras completas sobre zócalos de ébano. Hubiérase dicho que eran guardias suizos cubiertos de ace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se encontraba muy cerca del miserable que se trataba de sorprender y desenmascarar; tan solo le separaba de él la más débil y la más frágil de las barreras, y ésta equivalia, sin embargo, á la mas fuerte construccion de cal y canto.

Por un momento, el doctor tuvo intencion de romper los cristales aun á costa de tener que cortarse la cara y las manos, para de este modo lanzarse por la abertura; pero la reflexion le contuvo. Obrando así, pensó que no obtendria más resultado que el de poner en guardia al asesino. Al ruido que produjesen los cristales rotos el infame apagaria la linterna, desapareceria en las tinieblas y viviria en lo sucesivo sobre aviso.

Máximo volvió á dirigirse hácia la puerta por donde habia salido, y apresurándose todo lo que pudo, exclamó:

—Cualquiera que sea el punto del castillo á donde se dirija el asesino, tendrá que atravesar los salones y volver al vestíbulo. Voy á adelantarle.... La oscuridad me protejerá, el ruido de sus pasos me advertirá su llegada, y cuando pase por delante de mí podré verle la cara.

XII

Bastáronle á Máximo algunos segundos para llegar á los peldaños de la escalera, que subió rápidamente.

Despues de cerrar la puertecilla de que hemos hablado, se detuvo y prestó atencion; pero no oyó mas que su propia respiracion y los precipitados latidos de su corazon.

El vestíbulo del castillo de Gordes era tan grande como los *hall* de las aristocráticas habitaciones inglesas.

Su altura lo hacia sonoro como la nave de una catedral.

Trofeos de caza y panoplias ocupan el centro de grandes paredes tapizadas de cuero de Córdoba, con arabescos y flores en relieve simulando fondo de oro algo ajadas. Enfrente de cada panoplia se alzaban armaduras completas sobre zócalos de ébano. Hubiérase dicho que eran guardias suizos cubiertos de ace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro, baja la visera, con la daga al cinto y la lanza en ristre, que daban la guardia al pié de la escalera señorial.

La vaga claridad de las estrellas, entrando por las grandes ventanas, reflejaba sobre el acero bruñido con terrorífico y extraño resplándor.

Máximo se escondió detrás de uno de estos simulacros de hombres de armas y esperó.

Cinco ó seis minutos tan solo duró su espera, sin embargo de que le parecieron de indeterminada duracion.

Al cabo de este tiempo, abrióse una puerta lateral, y una luz temblorosa imprimió un cerco blanco en la penumbre de uno de los pabellones del vestíbulo.

Máximo sintió paralizarse los latidos de su corazon, al mismo tiempo que un frio sudor inundaba su frente.

¿Como pintar una situacion más angustiosa?

El que en menos de un segundo iba á franquear la puerta, cualquiera que fuese, era el asesino.

Aumentó la intensidad de la luz, y Máximo apenas pudo contener la exclamacion de horror pronto á escapar de sus lábios.

Era que Raoul de Gordes, saliendo del primer salon, aparecia en la penumbra; ¿y no podria atribuirse á una circunstancia más ó me-

nos fortuita su presencia en tal sitio y á semejante hora?.....

Nó, venia del jardin de invierno, y una prueba tan material deponia contra él.....

Llevaba en la mano derecha una lamparilla provista de un globo de cristal, y en la izquierda un haz de flores tropicales escogidas entre las mas florecientes, y sin duda tambien de las mas venenosas.....

Lentamente, con la cabeza baja, el rostro sombrio y la mirada fija, era Lady Macbeth limpiándose la mano para borrar la mancha de sangre, mancha imborrable, atravesó el vestíbulo.

Pasó cerca de Máximo, sin sospechar su presencia, por mas que los reflejos de la lamparilla iluminasen el rostro del jóven, y con paso de sonámbula franqueó los peldaños de la escalera principal.....

Al ver confirmadas de una manera tan brusca, pero al propio tiempo tan patentes, las sospechas que hasta entonces habia rechazado con todas sus fuerzas, el doctor se sintió lateralmente acometido de un vértigo, y por un momento hallóse tan incapaz de obrar como un hombre convertido en estátua.

Cuando se sintió dueño de sí mismo; cuando reapareció el sentimiento de la espantosa realidad, el conde de Gordes habia llegado al des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

canso del primer piso, dirigiéndose por la galeria á la habitacion de la condesa.....

—¡El! ¡Era él!—balbuceó Máximo.—¡Ah! ¡el infame!

Y á su vez se abalanzó á las escaleras para alcanzar al asesino.

***

Julio Leroux en la larga carta de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, habia anunciado á Lazarine que el médico instalado cerca del príncipe Totor, en la habitacion del llamado castillo de Ville d'Avray, no solo respondia de la vida del herido, sino que autorizaba para el dia siguiente su traslacion á Paris.

El ex-banquero decia la verdad, y las afirmaciones de los príncipes de la ciencia debian realizarse por completo.

El príncipe se hallaba ya fuera de peligro en el momento en que tuvo efecto la visita de Godefroy y Julio Leroux; pero desde aquel dia fué mejorando con una rapidez que parecia prodigiosa, y es que la influencia de lo moral

sobre lo físico produce muchas veces resultados casi milagrosos que desconciertan todas las suposiciones y burlan todas las probabilidades.

El mejor de los padres, noticiando á Begourde la brusca partida de la señora de la Tour du Roy, y las causas que la motivaron, añadiendo que la marquesa se habia ido muy inquieta, y que iba á tranquilizarla escribiéndole aquel mismo dia que la herida que al principio parecia grave no tendria ningun mal resultado; el señor Julio Leroux, repetimos, derramaba á manos llenas sobre el príncipe el más vivificador de todos los bálsamos.

Se recordará que Héctor habia dirigido al padre de Lazarine una mirada tan impregnada de reconocimiento que el viejo vividor, á despecho de su robusto é incomparable egoismo, se sintió casi enternecido.

Cerca de tres cuartos de hora despues de haberse marchado Godefroy y Julio Leroux, el ayuda de cámara de Héctor entró de puntillas, y viendo á su amo despierto, le dijo presentándole una tarjeta:

—El caballero cuyo nombre consta en esta tarjeta está abajo.... No pretende que el príncipe le reciba, pero ha venido en persona para tener noticias, conceptuándose muy feliz de saber que éstas son satisfactorias.....

Héctor leyó el nombre grabado en la tarjeta:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Marcelo Laugier!—exclamó.—¡Su proceder es el de un galibo completo! Es muy *chic* este húsar, á fé mia. Bajad al momento—continuó dirigiéndose al ayuda de cámara.—y decid al señor Laugier que agradezco infinito su interés.

—Está bien, señor.

—Añadid que mañana podré volver á mi hotel de la calle de Francisco I, y que dentro de pocos dias tendré seguramente el gusto de devolverle en Paris la visita que se digna hacerme hoy.

—Muy bien, señor.

El ayuda de cámara salió.

—Doctor—repuso Héctor, dirigiéndose al médico con una sonrisa,—acertad quién es el visitante.

—¿Y como quereis que lo acierte?

—Pues es el jóven á quien debo la bonita estocada que me habeis curado tan pronto, feliz y hábilmente.

El médico saludó con toda la falsa modestia que distingue siempre á aquel que sabe que son merecidos los elogios que se le tributan.

—El señor Laugier—prosiguió Héctor, que se entusiasmaba muy fácilmente—obra en todo como un cumplido caballero; porque al cabo, si es una simpleza venir á Ville d'Avray á batirse, lo es aún mucho mas, hasta el punto de revestir todos los caractéres de lo inverosímil, y es enorme, monumental, de un sublime *hasta allí*, el venir uno mismo á adquirir noticias de su adversario herido.

Cerca de las seis y media subieron á manifestar al médico que estaba servida la comida.

El médico bajó, quedándose el ayuda de cámara solo con su amo.

—El señor—dijo el criado deseoso de demostrarle interés—ha recobrado hoy tantas fuerzas que creo no hay inconveniente en contradecir lo mandado por el médico, dando al señor conocimiento de una cosa que, segun todas las apariencias, debe interesarle mucho.

—¿De qué se trata?—dijo Héctor.

—La noche del duelo, cuando el señor tenia calentura y deliraba; no conociendo á nadie, vino alguien de Paris.....

—¿Quién fué?—preguntó el jóven.

—Una señora.

—¡Una señora!—repitió el ex-Begourde.—¡Una señora! ¿aquí? ¿á este cuarto?

—Sí, señor, insistia tanto esta señora, parecia tan desesperada, que me fué de todo punto imposible negarla la entrada. El médico, por su parte, no puso inconveniente á esta entrevista.

—¿Quién era, pues, esa señora?

—No dijo su nombre, pero era seguramente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una persona distinguida y de una elegancia irreprochable.

—¡Una persona distinguida!—pensó el príncipe.—No sería la señora Bobino. Hubiera dicho su nombre á gritos, y hubiera alborotado con su elegancia de mal gusto si hubiera sido... pero ésta es imposible, y esperarlo sería una locura.

Y añadió en voz alta:

—German, describidme esa señora.

El ayuda de cámara trató de reconcentrar sus recuerdos y dijo:

—Alta y muy delgada, un talle como no se ven muchos; uno de esos cuerpos flexibles y ligeros, propios de las mujeres que no tienen costumbre de ir á pié y llevan botinas con cuyos tacones parece imposible puedan andar, vestido negro cubierto de azabaches, de esos que cuestan mil escudos, y que una persona de la clase media hallaria muy sencillo; un sombrero negro parecido al traje, un gran velo negro rodeado á la cabeza y que le tapaba el rostro como si fuese una careta, guantes negros con seis botones; manos de duquesa, sin una alhaja, y por último un rizo de cabellos magníficos que caian sobre los pliegues del velo.

—Un rizo de cabellos—dijo Héctor palpitando de emocion.—¿De qué color eran?

—De un color muy de moda, señor—dijo

German.—He visto muchas veces personas á quien no le gusta este color. Pero le encuentro excesivamente bonito. Era color rojo con reflejos de oro.

El príncipe se habia incorporado para oír mejor la respuesta de su criado, y se dejó caer apoyando la mano sobre su corazon, que se enchia con una emocion sobrenatural.

—¡Ella!—balbuceó con emocion,—era ella... ¡Era Lazarine!.... Ha venido aquí de noche y sola... ¡Pobre mujer! ¡Angel querido! ¡Cuanto valor! ¡Cuanto heroismo! Positivamente me adora. ¿Qué prueba mas patente podria darme? ¡Oh, soy muy feliz, demasiado feliz!

—¿El señor príncipe sabe quien es la persona aludida por el retrato que he tenido el honor de bosquejarle?—preguntó el ayuda de cámara con curiosidad, aunque con respeto.

—¡Ah! cierto, sí; la reconozco.

—¿Y está contento el señor?

—Mi alegria no tiene límites.

—¿He hecho, pues, bien en hablar, no obstante la prohibicion del médico, que temia agitar al señor?

—Sí, German, habeis hecho bien. Estoy satisfecho de vos.... sois un servidor modelo.

—El señor príncipe me confunde. Haciendo lo que he creido conveniente, no he hecho mas que cumplir con mi deber y nada mas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—German, recordadme mañana al llegar á Paris que os entregue cincuenta luises como prueba de mi satisfaccion.

—No dejaré de hacerlo. Pero el señor príncipe es demasiado bueno.

La noche se pasó tranquilamente; y si el príncipe hubiera estado en la plenitud de sus fuerzas, quizá la alegria hubiera ahuyentado el sueño; pero la extremada debilidad que sentia le hizo dormir hasta por la mañana con un sueño reparador y no interrumpido.

Cerca de las diez llegó á Ville d'Avray un landó atestado de colchones y cogines.

Héctor, condenado á observar una dieta casi absoluta hacia algunos dias, se moria literalmente de hambre.

El doctor le permitió hacer una pequeña colacion, compuesta de una chuleta y un huevo fresco, escanciado todo con medio vaso de vino añejo de Burdeos.

La cuenta del fondista se pagó con una esplendidez verdaderamente de príncipe, y en seguida se colocó al enfermo en los colchones y el landó tomó al paso el camino de Paris.

XIII

El trayecto desde Ville d'Avray hasta Paris, se efectuó con lentitud aunque sin contratiempo.

Las predicciones del médico se realizaron; no solo este corto viaje no agravó el estado del herido, sino que ni aun le produjo la menor fatiga.

A las dos de la tarde llegó el landó á la calle de Francisco I, y entró en el patio del hotel, donde todos los criados esperaban el regreso de su jóven amo, á quien por espacio de dos dias creyeron muerto.

El príncipe fué sacado del coche con precauciones infinitas, colocado despues en un gran sillon, y dos mozos robustos, vigilados por el doctor y German, lo llevaron hasta su cuarto y hasta su lecho.

—¡Ah! ¡Qué bien está uno en su casa—exclamó mirando con ojos de ternura los ricos muebles, los cuadros, los objetos de arte y los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—German, recordadme mañana al llegar á Paris que os entregue cincuenta luises como prueba de mi satisfaccion.

—No dejaré de hacerlo. Pero el señor príncipe es demasiado bueno.

La noche se pasó tranquilamente; y si el príncipe hubiera estado en la plenitud de sus fuerzas, quizá la alegria hubiera ahuyentado el sueño; pero la extremada debilidad que sentia le hizo dormir hasta por la mañana con un sueño reparador y no interrumpido.

Cerca de las diez llegó á Ville d'Avray un landó atestado de colchones y cogines.

Héctor, condenado á observar una dieta casi absoluta hacia algunos dias, se moria literalmente de hambre.

El doctor le permitió hacer una pequeña colacion, compuesta de una chuleta y un huevo fresco, escanciado todo con medio vaso de vino añejo de Burdeos.

La cuenta del fondista se pagó con una esplendidez verdaderamente de príncipe, y en seguida se colocó al enfermo en los colchones y el landó tomó al paso el camino de Paris.

XIII

El trayecto desde Ville d'Avray hasta Paris, se efectuó con lentitud aunque sin contratiempo.

Las predicciones del médico se realizaron; no solo este corto viaje no agravó el estado del herido, sino que ni aun le produjo la menor fatiga.

A las dos de la tarde llegó el landó á la calle de Francisco I, y entró en el patio del hotel, donde todos los criados esperaban el regreso de su jóven amo, á quien por espacio de dos dias creyeron muerto.

El príncipe fué sacado del coche con precauciones infinitas, colocado despues en un gran sillon, y dos mozos robustos, vigilados por el doctor y German, lo llevaron hasta su cuarto y hasta su lecho.

—¡Ah! ¡Qué bien está uno en su casa—exclamó mirando con ojos de ternura los ricos muebles, los cuadros, los objetos de arte y los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caprichos que le rodeaban, y que tan á punto habia estado de no volver á ver.—Me parece que aquí, mi querido doctor, mi convalecencia marchará rápidamente; tan rápidamente como la mala de Indias—añadió riéndose.

—Haceis muy bien de creerlo así—replicó el médico.—Solo necesitais descanso, una alimentacion tónica, compuesta de materias nutritivas en poca cantidad, buen sueño y pocas emociones. Con un régimen tan sencillo, recobrareis bien pronto vuestro ordinario vigor.

—¿Puedo recibir á mis amigos y departir con ellos?

—Sin duda alguna, pero lo menos posible. Hablando se anima uno y sobreviene el cansancio. Recordad, sobre todo, que hasta nueva órden prohibo en absoluto toda visita femenina. Esta prohibicion es formal, y no admite excepcion.... algunos amigos, pase; pero nada de amigas, ni una sola.

¿Qué le importaba á Héctor semejante prohibicion, toda vez que la señora de la Tour du Roy no se hallaba en Paris?

—Tranquilizaos, doctor—dijo con una sonrisa.—Se obedecerán puntualmente vuestras prescripciones. No espero ninguna amiga.

—Siendo así, todo irá bien.

—¿Puedo escribir?

—Nó.

—¿Tan solo algunas líneas?

—Ni una sola hasta que pasen cuarenta y ocho horas. No permito que tengais mas postura que la horizontal, excepto durante el corto tiempo de la comida. Una vez conseguida la completa cicatrizacion de vuestra herida, veremos; aparte de que mañana vendré y autorizaré todo aquello que no sea peligroso.

El doctor se marchó, no sin recomendar de nuevo á German que no permitiese á ninguna mujer la entrada en el cuarto del enfermo, cualquiera que fuese el pretexto que para ello alegase.

Durante el dia no recibió Héctor mas visita que la de su padre adoptivo; y Godefroy de Castel-Vivant, que no estuvo á su lado arriba de diez minutos, hacia visita de médico.

La noche fué tan reparadora y buena como la de la víspera.

Al despertar el príncipe al dia siguiente, se encontró tan fuerte y tan dispuesto que le pareció haber recobrado todas sus fuerzas.

—Antes de tres dias—se dijo,—podré salir en coche, y positivamente, antes de fin de semana, montaré á caballo.

Cerca de las nueve entró German en su cuarto, llevando en una bandeja una carta, con sello de la estafeta de Orleans.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era el billete que escribió Lazarine el dia anterior, y que ya conocen nuestros lectores.

Excusado nos parece decir con qué amoroso arrobamiento, con qué trasporte de loca alegria leyó y releyó Héctor diez veces consecutivas esta carta, tan discretamente hábil. Al creer reconocer á la marquesa en el retrato hecho por German, no se habia forjado ninguna ilusion. La marquesa le adoraba.... queria ser su mujer dentro de un breve plazo.... se proponia abandonar á Francia y casarse en el extranjero si la fuga era necesaria para ello.

¿No era esto darle una prueba de confianza y de amor?

Debemos hacer constar que desde el incidente de la provocacion en el teatro de Variedades se efectuaba en el ánimo de Héctor un fenómeno bastante singular y de difícil explicacion que ni él mismo podia satisfactoriamente darse.

Conservaba todo su ódio para con el ex-oficial, de quien tanto se quejaba la marquesa, y que se interponia entre ellos como un obstáculo invencible, pero sin poder persuadirse de que este sér aborrecido y Marcelo Laugier fuesen una sola persona. Aborrecia al uno con todas sus fuerzas, miéntras que el otro le era sumamente simpático.

Hubiese matado con alegria al primero, y tendido con efusion su mano al segundo: doble impresion que le reproducia la carta de Lazarine.

En vano intentó analizar lo que pasaba dentro de su sér, teniendo que renunciar á una lucha que solo servia para producir una fatiga tan temida por el médico.

—Por vida mia—se dijo.—No comprendo ni una palabra. Me parece inadmisible que este jóven de tan franca y leal fisonomía sea un miserable; porque el hombre que careciendo de derechos sobre una mujer se le impone valiéndose de la amenaza, ese hombre es el mas despreciable bellaco del mundo, y sin embargo, esto es cierto, puesto que la marquesa lo asegura, y es incapaz de mentir. No me cabe duda que veo á mi adversario por un prisma demasiado favorable.... Paréceme que su aire de caballerosa lealtad es tan solo un tinte de hipocresia. He tratado muy poco á ese húsar para poder juzgarlo. Si lo encontrára de nuevo y tuviera con él una conversacion formal, ya sobre aviso procuraria descubrir lo que me oculta, y no tomaria, como se suele decir, la apariencia como realidad. Ser juguete de un amigo, pase; pero de un enemigo, sería estúpido.

El resultado de estas reflexiones hizo que

Héctor extendiese el brazo apoyando un dedo sobre el timbre que tenia á su alcance.

Acudió German y se colocó en frente de su amo en una actitud discreta y propia de un criado que espera una órden.

—¿Anteayer—le dijo el príncipe—despues de marcharse Godefroy y el señor Leroux, me habeis dado una tarjeta?

—Sí, señor.

—¿Os acordais del nombre en ella contenida?

—Perfectamente. El nombre era *Marcelo Laugier*. Es el del jóven que ha tenido el honor de batirse con el señor.

—Bajad á la porteria—repuso el hijo adoptivo de Godefroy.—Posible es que el señor Laugier venga en persona á tener noticias mias. Es hasta probable que venga. Haced que le digan, si se presenta, que tengo sumo placer en recibirle. Que anuncien su llegada con dos toques de campana, y en cuanto llegue precederle é introducirle inmediatamente.

—Está bien, señor.

Hácia las cuatro de la tarde resonaron dos campanadas en la portería.

—Ahí debe estar nuestro húsar—se dijo el príncipe.

Y era él en efecto.

Al cabo de algunos minutos abrióse la puerta y el ayuda de cámara anunció:

—El señor Marcelo Laugier.

—Sed bien venido caballero—dijo Héctor,—acercad una silla—añadió dirigiéndose á German,—y poned una almohada mas detrás de mi espalda.

Obedeció el criado y se retiró.

Marcelo permaneció en pié junto al lecho y pareció conmovido, aunque no contrariado.

—No creais, caballero—exclamó,—que dada nuestra respectiva situacion tuviera la indiscrecion de pretender ser recibido en vuestra casa; pero me han dicho que deseabais verme.

—Tengo en ello mucho gusto—repuso Héctor.

—Así es—continó Marcelo,—que me he apresurado á subir, y tendria, os lo aseguro, una verdadera satisfaccion en estrechar vuestra mano.

—Con mucho gusto—replicó el príncipe.

El ex-oficial prosiguió, y dijo sonriendo:

—Es la de un adversario que no desea mas sino convertirse en amigo.

—No es la primera amistad que ha nacido de un duelo—dijo Héctor para eludir el contestar de un modo positivo; y ambos se dieron un apreton de manos.

Marcelo se sentó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Me felicito en extremo de ver por mí mismo cuan rápidos progresos hace vuestra convalecencia. Nadie diria que acabais de perder tanta sangre. Dentro de pocos dias estareis ya en pié.

—Así lo dice el médico, y es sorprendente—dijo el príncipe,—pues la estocada que me dísteis debió tenerme en cama por lo menos dos meses, como no me hubiera mandado al otro mundo, que era aún lo mas probable.

—Despues de todo un dia y una noche creí haberos muerto—continuó Marcelo Laugier,—y tenia por ello un profundo pesar, os lo aseguro. No podia perdonarme vuestra muerte, de la que, sin embargo, me hareis la justicia de creer que era inocente.

—Siempre es uno inocente del resultado de un combate leal—dijo Héctor.

—Sin duda, pero no es eso lo que quiero decir—prosiguió Marcelo.—Me refiero al combate mismo. No me arguye la conciencia de haber hecho nada para provocarlo.... ¿Podia excusar el encuentro que vuestra viveza hizo inevitable?

—Seguramente que nó.....

—Gracias á Dios, el desenlace no tendrá nada de funesto. Hasta ahora todo vá bien, y hénos aquí ahora hablando amigablemente despues de habernos querido degollar mútuamente. ¿Me permitireis ahora, caballero, tratar de esclarecer un punto de este asunto que permanece para mí completamente á oscuras?

—Os ayudaré con mucho gusto. ¿Qué punto es ese?

—El punto de partida.

—No os comprendo bien, lo confieso.

—Voy á explicarme. Vuestra insistencia en provocar una discusion entre nosotros á raíz de nuestro encuentro casual en el teatro, me ha causado siempre gran sorpresa, puesto que no me parece natural.

—¿De veras?—dijo Héctor.

—He hecho varias conjeturas, y quisiera saber si tiene algun fundamento la que me ha parecido mas verosímil.

—¿Habeis supuesto quizá—interrumpió vivamente el príncipe—que os conocia aunque yo os fuese desconocido, y que por eso buscaba querella por alguna rivalidad en alguna aventura galante?

—De ninguna manera..—replicó Marcelo con gravedad.—No podia suponer nada semejante.

—¿Por qué, pues?

—Por razones puramente personales, y que vais a saber; aunque jóven, y no haciendo profesion á principios de austera moral, vivia completamente alejado de las aventuras galantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tengo un solo amor, pertenezco á una sola mujer, y ésta no es de aquellas por quienes puede haber motivo de rivalidad.

Héctor palideció, y parecióle como que su corazon saltaba en pedazos.

Marcelo hablaba de Lazarine, y el príncipe estuvo á punto de exclamar:

—Esta mujer no os ama, ni os ha amado, ni podrá amaros jamás. Sois su verdugo, su enemigo, y precisamente por librarla de vuestras persecuciones es por lo que he querido batirme con vos, y que hubiera deseado mataros.

Sin embargo, habia prometido callar, acordóse de su juramento, y murmuró:

—Continúo sin comprender una palabra. No siendo esto, ¿qué era, pues, lo que habíais supuesto?

XIV

—¿No os habeis batido jamás, no es esto?—preguntó Marcelo Laugier.

—Jamás—respondió Héctor.

—Me lo presumí—prosiguió el ex-oficial sonriéndose.—Supuse que deseabais batiros con el primero que se os antojase, fuese cualquiera el pretexto, y mi aire militar, mi bigote y cinta roja me designaron como el adversario mas conveniente, por lo que me hicísteis el honor de elegirme para este objeto. ¿Me equivoqué acaso?

—No por cierto—replicó el príncipe, procurando ocultar su confusion porque le repugnaba mentir.

—Me alegro haber acertado—continuó Marcelo tomando por formal equiescencia tan vaga respuesta.—Habeis hecho vuestro primer ensayo con un aplomo que supera á todo elogio. Habeis recibido de mi mano el bautismo de sangre, y nada se opone ahora á que sincero y cordial afecto reemplace el humor guerrero que nos puso uno en frente de otro en el campo de honor. Si la simpatia que me inspirais es recíproca, seguro es que no seguiremos indiferentes el uno para el otro. No os apresureis en contestarme.... La amistad no puede imponerse, lo conozco muy bien.... Contais desde luego con la mia: esperaré á obtener la vuestra y lo esperaré sin impaciencia, porque, tarde ó temprano, estoy seguro que la obtendré.

El embarazo de Héctor crecia con estas pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tengo un solo amor, pertenezco á una sola mujer, y ésta no es de aquellas por quienes puede haber motivo de rivalidad.

Héctor palideció, y parecióle como que su corazon saltaba en pedazos.

Marcelo hablaba de Lazarine, y el príncipe estuvo á punto de exclamar:

—Esta mujer no os ama, ni os ha amado, ni podrá amaros jamás. Sois su verdugo, su enemigo, y precisamente por librarla de vuestras persecuciones es por lo que he querido batirme con vos, y que hubiera deseado mataros.

Sin embargo, habia prometido callar, acordóse de su juramento, y murmuró:

—Continúo sin comprender una palabra. No siendo esto, ¿qué era, pues, lo que habíais supuesto?

XIV

—¿No os habeis batido jamás, no es esto?—preguntó Marcelo Laugier.

—Jamás—respondió Héctor.

—Me lo presumí—prosiguió el ex-oficial sonriéndose.—Supuse que deseabais batiros con el primero que se os antojase, fuese cualquiera el pretexto, y mi aire militar, mi bigote y cinta roja me designaron como el adversario mas conveniente, por lo que me hicísteis el honor de elegirme para este objeto. ¿Me equivoqué acaso?

—No por cierto—replicó el príncipe, procurando ocultar su confusion porque le repugnaba mentir.

—Me alegro haber acertado—continuó Marcelo tomando por formal equiescencia tan vaga respuesta.—Habeis hecho vuestro primer ensayo con un aplomo que supera á todo elogio. Habeis recibido de mi mano el bautismo de sangre, y nada se opone ahora á que sincero y cordial afecto reemplace el humor guerrero que nos puso uno en frente de otro en el campo de honor. Si la simpatia que me inspirais es recíproca, seguro es que no seguiremos indiferentes el uno para el otro. No os apresureis en contestarme.... La amistad no puede imponerse, lo conozco muy bien.... Contais desde luego con la mia: esperaré á obtener la vuestra y lo esperaré sin impaciencia, porque, tarde ó temprano, estoy seguro que la obtendré.

El embarazo de Héctor crecia con estas pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

labras, cuya lealtad y franqueza impresionaban su corazon.

Hubiera querido estrechar desde luego las manos de Marcelo diciéndole:

—¡Seamos amigos desde luego!

Sin embargo, los motivos que conocemos no podian llevar á cabo su resolucion, y queria no ver en su adversario mas que al perseguidor de la marquesa de la Tour du Roy.

Balbuceó algunas excusas inspiradas por la educacion, excusas que Marcelo pudo interpretar á su gusto.

El ex-oficial repuso despues de un momento de silencio:

—Si no os hubiera visto hoy, mañana hubiérais recibido una carta mia.

—¿Qué teníais que decirme?—preguntó el jóven.

—Tenia necesidad de justificarme de antemano de un crímen de lesa cortesía que cometia, que parecia al menos que cometia... Desde mañana no me será posible venir aquí, ni aun enviar á saber de vos.

—¿Como así?—dijo el príncipe, presa de un instantáneo presentimiento.

—Por la razon mas sencilla del mundo.

—¿Y cual es?

—Porque salgo de Paris.

—¿Mañana?

—Sí, en el primer tren de la mañana.

—¿Vais de viaje?

—Si no de viaje, por lo menos me ausento.

—¿Y durará mucho esa ausencia?

—Ni aun yo mismo puedo precisar el tiempo que duraré.

El príncipe no podia prolongar el interrogatorio sin incurrir en una manifiesta indiscrecion y sin exponerse á comprometer el secreto que debia guardar á toda costa, por lo que fué presa de mortal angustia, que no dejaba de ser fundada.

—¿Qué significa esto?—preguntábase.—Lazarine ha salido de Paris, y este hombre á su vez sale tambien. ¿Acaso medita una nueva persecucion? ¿Como saberlo, y sobre todo de que medio valerme para impedirlo, clavado como me hallo en el lecho como consecuencia de esta maldita herida?

Semejante pregunta no hallaba, como era natural, respuesta satisfactoria.

Desde este momento aumentóse la preocupacion y el malestar de Héctor, dando lugar con ello á que Marcelo Laugier notase que algo extraño pasaba en el ánimo de su interlocutor.

Achacó á la fatiga tan brusco cambio, que no tenia para él ninguna otra explicacion, y culpándose de haberla producido, se levantó y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ofreció su mano al jóven, á quien consideraba ya como á un amigo.

El llamado Begourde experimentaba un sentimiento de violenta repulsion; pero temia hacerse traicion al rehusar la mano que se le ofrecia, y se contentó con corresponder con frialdad al apreton expresivo de Marcelo.

Este último se retiró algo sorprendido, pero no desconcertado, atribuyendo mas que nunca el mal humor de su adversario al estado febril de su convalecencia.

No bien hubo salido el ex-oficial del cuarto de Héctor, oprimió éste por dos veces el timbre con extremada viveza.

Presentóse German.

—Papel, plumas, tinta, todo lo necesario para escribir; al instante.

Y como viese Héctor que el criado permanecia inmóvil, añadió:

—¿Qué esperais, pues?

—¿El señor quiere escribir?—preguntó German con tono humilde.

—Sin duda, quiero escribir.

—El señor me permitirá le recuerde que el doctor lo ha prohibido en absoluto.

—¿Qué me importa á mi la prohibicion del médico?

—Con todo.....

—Obedeced, ú os despido de mi servicio.

—Ruego al señor que vea que mi desvelo obedece tan solo.....

—Una cosa es el desvelo y otra cosa es el abuso; andad pronto.

—Voy corriendo.

Dos minutos despues el hijo adoptivo de Godefroy, sentado en su cama, apoyada la espalda en dos almohadas, con una cartera sobre las rodillas y pluma en mano, escribia estas dos palabras:

"Adorada Lazarine."

Entonces fué cuando se apercibió de que era menos fácil de lo que habia creido llevar á cabo lo que se habia propuesto. Un temblor nervioso producido por la debilidad agitaba su mano. Bajo sus ojos se extendia una especie de niebla, le zumbaban los oídos y veía millares de puntos negros revoloteando alrededor del papel.

Sin embargo, tenia suficiente energia para hacerse superior á su debilidad cuando llegaba el momento. Luchó, pues, contra el desvanecimiento que de él se apoderaba, y logró salir vencedor á fuerza de perseverancia. El pulso se afirmó, disipóse la niebla, cesó el ruido de los oídos. Parecia como que desaparecian los puntos negros, y al fin pudo Héctor formar caractéres de letra regular, y debajo de "Aadorada Lazarine" escribió las siguientes líneas, al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gun tanto calenturientas y desordenadas, y hasta un poco mas ampulosas de lo que hubiera convenido, pero que expresaban todo cuanto quiso decir:

"Vuestra adorada carta, que oprimo, ya sobre mi corazon, ya sobre mis labios, me han hecho completamente feliz, y contribuyendo á mi curacion mejor aún que los cuidados del médico y las atenciones de que me hallo rodeado. A su lectura debo exclusivamente las fuerzas que voy recuperando, y que pronto tendré por completo.

"¡Os habia comprendido, querida Lazarine!

"El instinto de mi amor me dijo á su tiempo que érais vos la mujer heróica, la encarnacion viva de la ternura y de la caridad que se apareció á la cabecera de mi cama en las terribles horas en que, vencido por la agonia, podia ya considerárseme como borrado en el libro de los vivientes.

"No me equivocaba, y de ello me ha dado pruebas vuestra carta.

"Mi vida entera será muy corta para manifestaros mi agradecimiento y pagaros con usura la felicidad que me habeis dado.

"Cuando ya seais mi idolatrada mujer; cuando seais princesa de Castel-Vivant, juro satisfacer la deuda contraida.

"Forzoso me es, sin embargo, detenerme en

este camino. Si pretendiera escribir tan solo la millonésima parte de mis trasportes, sería nunca acabar; y aunque escribiera años enteros, no habria aún empezado á deciros lo que siento.

"Debo advertiros una cosa séria y tal vez grave, y que me importa mucho que sepais sin tardanza. Si no me engañan mis presentimientos, os amenaza un peligro.... quiera Dios que no parezca exagerada la importancia de él.

"He aquí lo que ocurre:

"Mi adversario, el hombre cuyo nombre no puedo estampar en estas líneas, ha creido sin duda que ejecutaria un acto de perfecta hidalguia viniendo á informarse de mi salud. Me entregaron su tarjeta el mismo dia que vuestro padre, acompañado del príncipe Godefroy, me dispensaba el honor de visitarme. Hoy, sabiendo que el médico me ha permitido regresar á Paris, este hombre se ha presentado en mi casa.

"El instinto de que os hablaba hace un momento, y que no me engaña nunca cuando se trata de vos, me previno que lo recibiese, puesto que tal vez de mi conversacion con él resultase algo provechoso.

"Vais á juzgar, querida Lazarine, cuan bien hice en seguir esta inspiracion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"La plaga que mi mala estrella y mi poca destreza me han impedido desembarazaros; saldrá mañana de Paris, que hace cinco dias habeis abandonado.

"Esto se llama seguiros de cerca.

"¿A donde vá?.....

"Lo ignoro, pero temo acertarlo. Tiemblo que se ponga sobre vuestros pasos, y que, aprovechando vuestro absoluto aislamiento en el fondo de esa provincia y en un castillo tan grande, pretenda de nuevo imponerse, ya con amenazas, ya con intimidaciones, porque todos los medios son buenos, por infames que sean, y ante los cuales no retrocederia cuando se trata de conseguir un objeto semejante. Yo estoy aquí.... lejos de vos.... incapaz de protegeros... impotente para defenderos... ¡Ah, semejante idea me pone febril y me mata!....

"Si no quereis, adorada Lazarine, verme morir de inquietud y de angustia, preciso es que me concedais la gracia que os pido y que de rodillas os ruego.

"Mis fuerzas crecen rápidamente; os lo repito.

"Dentro de dos dias estaré en pié, á menos que la fatal influencia de lo moral sobre lo físico no sea un obstáculo para mi completa curacion; pero de vos depende que deje de torturarme la imaginacion.

"Ved lo que es preciso hacer.

"Si el hombre de que os hablo aparece por la Tour du Roy, pronto lo sabreis, es decir, dentro de dos ó tres dias.... Escribidme al instante, ó mejor aún madadme un telegrama, y sin perder un momento saldré para el Loiret.

"No temais por mi parte ninguna inconveniencia. Seré la discrecion personificada y la prudencia hasta lo infinito.... No iré ni aun á veros si me mandais que permanezca alejado de vos; pero por lo menos estaré cerca de vos, y tendreis en caso de necesidad quien os defienda.

"No os cuideis del punto donde pueda alojarme en los alrededores sin llamar la atencion.

"Una casualidad inverosímil en fuerza de ser muy feliz, viene milagrosamente en mi ayuda. Figuraos que en la época que era artista antes de ser príncipe hice algunos dibujos para uno de los mas millonarios, y seguramente el mas simpático de los editores de Paris, un gran conocedor en materia de artes."

Héctor, arrastrado por la fuerza de la costumbre, iba á añadir: *Este es quien únicamente me adelantaba siempre de buen grado dos ó tres luises.* Reflexionó que semejante recuerdo era intempestivo dirigiéndose á la marquesa, por lo que se abstuvo de consignarlo, y continuó diciendo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Este hombre amable posee al lado de Loiret, y por consiguiente no lejos de la Tour du Roy, una habitacion llamada el castillo de la Grand-Cour.

"No está allí en este momento, pero tengo la seguridad de que pondrá desde luego á mi disposicion su casa y sus criados por todo el tiempo que me convenga.

"Como veis, nada hay tan sencillo ni que menos compromisos envuelva. No seré para los curiosos un extranjero misterioso que llega de repente al país sin objeto conocido, sino que seré el huésped del dueño del castillo ausente, y así nadie tendrá que ocuparse de mí.

"Contestadme pronto, querida Lazarine, sea por carta ó por telegrama, y partiré.

"Creo que no tengo necesidad de deciros que os adoro; ¿no es verdad? Y sin embargo, os lo digo y os lo repetiré toda mi vida sin cansarme jamás.

HECTOR."

El príncipe puso un sobre á esta carta, la selló con lácre encarnado, estampando en él el escudo de los Castel-Vivant, y dió órden á German de que fuese un mozo á llevar la carta al correo.

En seguida, rendido de fatiga por un trabajo que superaba en mucho á sus fuerzas, se dejó caer sobre la almohada, durmióse profundamente, soñó que se batia de nuevo con Marcelo Laugier y que esta vez lo ensartaba como á una alondra.

XV

Lazarine, como ya sabemos, habia escrito tres cartas: una á su padre, la segunda á Marcelo Laugier, y la tercera al príncipe Totor.

De las dos últimas tienen ya conocimiento nuestros lectores, por habérselas puesto de manifiesto á medida que la marquesa las escribia.

Despues de haber saboreado la carta de la jóven viuda, fué cuando el ex-teniente se presentó en casa de Héctor, á quien causó tantas inquietudes con la brusca noticia de su marcha.

Marcelo, despues de la visita que hemos presenciado, se fué á su casa y contestó á la marquesa.

Decíale en pocas palabras que á la noche siguiente se instalaria nuevamente en casa del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Este hombre amable posee al lado de Loiret, y por consiguiente no lejos de la Tour du Roy, una habitacion llamada el castillo de la Grand-Cour.

"No está allí en este momento, pero tengo la seguridad de que pondrá desde luego á mi disposicion su casa y sus criados por todo el tiempo que me convenga.

"Como veis, nada hay tan sencillo ni que menos compromisos envuelva. No seré para los curiosos un extranjero misterioso que llega de repente al país sin objeto conocido, sino que seré el huésped del dueño del castillo ausente, y así nadie tendrá que ocuparse de mí.

"Contestadme pronto, querida Lazarine, sea por carta ó por telegrama, y partiré.

"Creo que no tengo necesidad de deciros que os adoro; ¿no es verdad? Y sin embargo, os lo digo y os lo repetiré toda mi vida sin cansarme jamás.

HECTOR."

El príncipe puso un sobre á esta carta, la selló con lácre encarnado, estampando en él el escudo de los Castel-Vivant, y dió órden á German de que fuese un mozo á llevar la carta al correo.

En seguida, rendido de fatiga por un trabajo que superaba en mucho á sus fuerzas, se dejó caer sobre la almohada, durmióse profundamente, soñó que se batia de nuevo con Marcelo Laugier y que esta vez lo ensartaba como á una alondra.

XV

Lazarine, como ya sabemos, habia escrito tres cartas: una á su padre, la segunda á Marcelo Laugier, y la tercera al príncipe Totor.

De las dos últimas tienen ya conocimiento nuestros lectores, por habérselas puesto de manifiesto á medida que la marquesa las escribia.

Despues de haber saboreado la carta de la jóven viuda, fué cuando el ex-teniente se presentó en casa de Héctor, á quien causó tantas inquietudes con la brusca noticia de su marcha.

Marcelo, despues de la visita que hemos presenciado, se fué á su casa y contestó á la marquesa.

Decíale en pocas palabras que á la noche siguiente se instalaria nuevamente en casa del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buen Richard, en la posada de *El Caballo blanco*, con su equipaje de pintor ambulante; añadia que diariamente, á contar desde el dia siguiente, provisto de su paleta, su silla de tijera y su caja de colores, trabajaria á conciencia en el estudio del *Patriarca*, y que, comprendiendo muy bien cuantos obstáculos proporcionaria á la señora de la Tour du Roy la enfermedad de su hermana, esperaria sin impacientarse la llave del paraíso.

Lazarine, que se disponia á salir para el castillo de Gordes, recibió al mismo tiempo la carta de Héctor y la de Marcelo Laugier. Leyó la primera con inquietud, y con irritacion la segunda.

—Vamos—murmuró arrugando una con otra las cartas de ambos rivales y tirándolas á la chimenea, donde ardia un buen fuego, porque las mañanas eran ya frias.—¡Imposible es contemplar á la vez á estos dos hombres ahora que se conocen, y en los momentos en que al calor del combate han reemplazado relaciones de amistad!.....

Miró con fijeza como se consumian las cartas, reducidas ya á cenizas, y añadió:

—En lo sucesivo sería ya una locura lanzar de nuevo al príncipe sobre el húsar. Tendrian fácilmente una explicacion antes de acudir nuevamente al terreno, y el plan ideado por mí se

se hundiria en cuanto cambiasen las primeras palabras. Comprendo muy bien que el espadachin mande su tarjeta al adversario herido por él; pero, ¿por qué recibe al espadachin ese necio de Héctor? Hé aquí lo que yo queria evitar á todo trance. No he tenido suerte. Sabiendo el príncipe la marcha de Marcelo, adivina que viene aquí, y al fin, si no arreglo yo el asunto, me encontraré con los dos á un tiempo. Esto es positivamente muy insensato, y si hubiere de durar mucho este género de vida, concluiria por perder la cabeza sin remedio. Sería mucho para mi sola. Es preciso concluir con el húsar. ¿Concluir? Pero, ¿y como?

Y por la vigésima vez quizá despues de la abortada tentativa, se hacia Lazarine á sí misma tan terrible pregunta.

Lo mas urgente y lo que mas importaba, era apartar del ánimo de Héctor toda tentativa de viaje.

La marquesa tomó una pluma y escribió el siguiente lacónico billete:

"En nombre del cielo, querido príncipe, desechad toda inquietud, y guardaos bien de cometer la simpleza con que me amenazais.

"No tengo nada que temer, absolutamente nada, tocante á las persecuciones del personaje que os tortura la imaginacion.

"Ignoro si este personaje ha salido de Paris

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con objeto de acercarse á mí, pero puedo garantizaros que en tal caso contribuirá él mismo á la no realizacion de sus propósitos. Dentro de diez minutos abandono el castillo de la Tour du Roy; voy á instalarme en el de Gordes cerca de mi hermana, cuyo estado de salud empeora de dia en dia, y pasaré algun tiempo bajo la proteccion de mi cuñado, proteccion muy asídua y muy eficaz.

"Vuestro adversario sabe muy bien que el castillo de Gordes es infranqueable para él, y se guardará muy bien de probar fortuna.

"Si tengo conocimiento (y no podré dejar de tenerlo) de su presencia en el país, cuando regrese á la Tour du Roy me comprometo formalmente á avisaros en el momento, y entonces resolveremos; pero hasta tanto que no recibais una carta mia diciéndoos: *venid, os necesito*, vivid en completa tranquilidad y sin mas preocupacion que la de apresurar vuestra convalecencia y recuperar vuestras fuerzas, reconstruyendo en vuestras venas la sangre por mí derramada, sangre que me pertenece con el mismo derecho que me pertenece vuestro corazon y vuestro nombre....."

Despues de haber escrito y haber mandado al correo las precedentes líneas, la marquesa subió á su coche y partió.

Supérfluo nos parece añadir que pensaba volver aquella misma noche á la Tour du Roy, y que solo hablaba de su intencion de prolongar su estancia en Gordes para tranquilizar al príncipe y hacerle desistir por completo del capricho de presentarse de improviso en el castillo de la Grand-Cour.

*
* *

Hemos visto por un momento á Máximo Giraud, anonadado de estupor y de espanto, hacerse dueño de sí mismo y lanzarse á la escalera principal para reunirse al señor de Gordes, que salia del jardin de invierno en medio de la noche llevando en su brazo un haz de flores venenosas.

El conde habia avanzado mucho.

No se encontraba ya en la galeria del primer piso. Cuando llegó á ella el doctor, acababa de penetrar en la habitacion de Juana, habitacion compuesta de una antecámara, un salon, un dormitorio y un tocador.

El señor de Gordes se paró un momento en la antecámara para dejar sobre un mueble la lámpara que ya no le servia, pues le era sufi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciente la luz que se dejaba ver en el salon, y que salia del cuarto de dormir.

Como no cerró la puerta del salon, Máximo, que venia tras él, pudo escurrirse en su seguimiento y no detenerse hasta dos pasos de la puerta, cuyo dintel acababa de salvar Raoul.

—Dios, que ha permitido que sorprenda á este hombre, vá á entregármelo por completo —se dijo.—Dentro de un momento, cuando le haya visto ocupado en su trabajo; cuando ninguna negativa sea posible, entraré.... le cogeré por el pescuezo.... le echaré en cara su crímen.... Mi papel entonces habrá concluido, y empezará el de la justicia.

Máximo se extremeció cómo si sus últimas palabras sonasen con fuerza en sus oídos.

—¡La justicia!—repitió.—¿Acaso es esto posible? El arresto de ese miserable mataria á Juana con la rapidez del rayo. Preciso es que la pobre niña muera en paz, sin sospechas que el mismo que ama es su asesino.... Tiempo será de arreglar asuntos cuando esa alma angelical se remonte hácia Dios. Lo que ahora es preciso impedir que el asesino vaya adelante, y voy á tratar de hacerlo, pero ¡ay! desgraciadamente muy tarde.

El doctor, inmóvil en el salon, apoyaba su espalda contra el marco de la puerta, y por la rendija de la misma podia oír y ver las cosas

que iban á ocurrir en aquel cuarto, y que, segun él, serian terribles.

Con gran sorpresa suya, en el momento de entrar el señor Gordes, se oyó la voz de Juana, aunque débil, pero siempre dulce y armoniosa.

—¿Eres tú, Raoul?—preguntó.

—Yo soy, querida.

—¿Vienes del jardin de invierno?

—Sí, pichona, puesto que así lo deseabas.

—¡Qué bueno eres! ¿Traes las flores?

—Un ramo completo.

—¿Donde están?

—Hélas aquí.

—Extiéndelas pronto sobre mi cama. Son tantas las ganas que tengo de ver, tocar y respirar el aroma de las flores.... Son amigas á quienes abandono. Quiero despedirme de ellas como de todo lo que amo.

—¡Querida y adorada niña!—murmuró el conde,—te suplico y ruego por piedad que no hables así. Me hace muchísimo daño el oírte.

—Mucho sufro con verte sufrir—respondió la moribunda,—pero preciso es que te vayas acostumbrando á la idea de una separacion. ¡Ay de mí! Está ya tan próxima.... Me siento morir, amigo mio.... Ya no son mis dias los que están contados.... son mis horas.... Mañana dirás al sacerdote que le espero. En víspera de comparecer ante Dios, que me lla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma, quiero que mi alma esté tan pura y sin mancha como el dia de mi bautismo. Raoul, no llores, te lo ruego. Bien ves que estoy resignada. No me quites el valor. Desechemos pensamientos tristes y dame esas flores.

El señor de Gordes comprimió los sollozos que le ahogaban, y accediendo al deseo de la condesa esparció por el lecho su aromática recoleccion.

Máximo, testigo invisible de esta desgarradora escena; Máximo, cuyo corazon se desgarraba y cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, experimentó no obstante un consuelo infinito.

El señor de Gordes, al bajar al invernadero, lo habia hecho únicamente por satisfacer un deseo de la condesa.....

Esta accion, tan realmente sospechosa en la apariencia, no probaba en realidad nada en contra suya.... Ningun nuevo cargo podia acumulársele, y por lo tanto era posible su inocencia.

Máximo, al pensar en esto, respiró con mas libertad.

Resolvió, sin embargo, hacer sin tardanza una prueba, cuyo resultado acabase tal vez de iluminarle.

Volviendo sobre sus pasos hácia la galeria, llamó suavemente por dos ó tres veces á la puerta de la cámara.

Este ruido, aunque muy débil, era no obstante suficiente para llamar la atencion en medio del silencio de la noche.

El señor de Gordes salió de la alcoba, atravesó el salon y preguntó en voz muy baja:

—¿Quién está ahí?

—Yo, señor conde—dijo Máximo apareciendo.

—¡Como! ¿sois vos, doctor?—dijo Raoul con asombro.

—¿Vos aquí y á esta hora? ¿Por qué inexplicable casualidad?

—No es casualidad—respondió el jóven.—No podia dormir, he salido del castillo y me dirigia al parque cuando ví luz en los invernaderos.

—Esa luz—dijo el marido de Juana,—era yo quien la llevaba.

Y entonces explicó el motivo de su visita al invernadero.

—No teniendo conocimiento de esto—repuso Máximo,—me apresuro á volver al castillo algun tanto inquieto.....

—Inquieto.... ¿por qué?

—Todo lo misterioso me preocupa.... Lo que no comprendo me aterra; y por eso la presencia de un desconocido en el invernadero y á media noche, me parecia misteriosa é incomprensible, y por lo tanto sospechosa.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Máximo fijó su mirada en el rostro de Raoul, y prosiguió diciendo:

—No ignorais, señor conde, que el invernadero, poblado de vegetaciones tropicales, es tan fecundo en venenos sutiles como los laboratorios de los químicos.

—Nó—respondió el señor de Gordes cuyos músculos no se alteraron en lo mas mínimo,—no lo ignoro; pero ¿esto que importa?

—¡Se comete tan pronto un crímen cuando hay facilidad para cometerlo!

—¿Y á quién le podria ocurrir la idea de un crímen?—preguntó vivamente el conde.—Se asesina por ódio, por venganza, por interés... ¿Donde podreis hallar aquí esos móviles?

—Pues bien, en lugar de un crímen improbable, supongamos una imprudencia.

—¿Qué imprudencia?

—¡Válgame Dios, la vuestra! No conozco ninguna mas grave.

—¿Qué hecho, pues?

—Habeis llevado al cuarto de una enferma, y extendido sobre su cama, un monton de flores cuyas venenosas emanaciones constituyen para ella un peligro grave.... Tal es la debilidad de la señora de Gordes, que estas emanaciones pueden matarla.

Mortal palidez se extendió por las descompuestas facciones de Raoul, que se puso á temblar como un azogado.

—¡Infeliz de mí!—balbuceó con apagada voz.—¿Habré sido yo el asesino de mi querida Juana? ¡Doctor, querido doctor! ¡qué desesperacion, gran Dios! ¡si no llegais á iluminarme, qué de remordimientos. Pero en cinco minutos no puede ser mucho el mal que le haya producido.... Venid conmigo doctor, os lo suplico. Haced comprender á la condesa que es preciso alejar esas funestas flores.... Bien lo veis, mi aturdimiento es atroz. Dado el desórden de mi cerebro, no sabria expresarme con claridad.... Venid doctor, venid pronto.

Raoul se dirigió á la alcoba.

Máximo le siguió diciendo por lo bajo:

—¿Podrá llegar á tal extremo la hipocresia? Nó, el conde no es culpable.... y sin embargo, á pesar mio, aun dudo.

XVI

Un espléndido dia de otoño sucedió á la larga noche cuyas peripecias hemos narrado; acababan de dar las dos y media.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Máximo fijó su mirada en el rostro de Raoul, y prosiguió diciendo:

—No ignorais, señor conde, que el invernadero, poblado de vegetaciones tropicales, es tan fecundo en venenos sutiles como los laboratorios de los químicos.

—Nó—respondió el señor de Gordes cuyos músculos no se alteraron en lo mas mínimo,—no lo ignoro; pero ¿esto que importa?

—¡Se comete tan pronto un crímen cuando hay facilidad para cometerlo!

—¿Y á quién le podria ocurrir la idea de un crímen?—preguntó vivamente el conde.—Se asesina por ódio, por venganza, por interés... ¿Donde podreis hallar aquí esos móviles?

—Pues bien, en lugar de un crímen improbable, supongamos una imprudencia.

—¿Qué imprudencia?

—¡Válgame Dios, la vuestra! No conozco ninguna mas grave.

—¿Qué hecho, pues?

—Habeis llevado al cuarto de una enferma, y extendido sobre su cama, un monton de flores cuyas venenosas emanaciones constituyen para ella un peligro grave.... Tal es la debilidad de la señora de Gordes, que estas emanaciones pueden matarla.

Mortal palidez se extendió por las descompuestas facciones de Raoul, que se puso á temblar como un azogado.

—¡Infeliz de mí!—balbuceó con apagada voz.—¿Habré sido yo el asesino de mi querida Juana? ¡Doctor, querido doctor! ¡qué desesperacion, gran Dios! ¡si no llegais á iluminarme, qué de remordimientos. Pero en cinco minutos no puede ser mucho el mal que le haya producido.... Venid conmigo doctor, os lo suplico. Haced comprender á la condesa que es preciso alejar esas funestas flores.... Bien lo veis, mi aturdimiento es atroz. Dado el desórden de mi cerebro, no sabria expresarme con claridad.... Venid doctor, venid pronto.

Raoul se dirigió á la alcoba.

Máximo le siguió diciendo por lo bajo:

—¿Podrá llegar á tal extremo la hipocresia? Nó, el conde no es culpable.... y sin embargo, á pesar mio, aun dudo.

XVI

Un espléndido dia de otoño sucedió á la larga noche cuyas peripecias hemos narrado; acababan de dar las dos y media.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La marquesa de la Tour du Roy, Raoul y el doctor se hallaban en el cuarto de Juana, á derecha é izquierda de su cama.

Genovera, sentada en el dintel de la puerta del tocador, trabajaba en una costura. La fatiga de la pobre mujer era tal, por consecuencia de los reiterados insomnios que sufria, que sus ojos se cerraban á cada instante y se inclinaba su cabeza sobre el pecho; pero luchando con el sueño, acababa siempre por triunfar de él.

La condesita, en el último período de su debilidad, abandonaba una de sus manos á su marido, y otra á Lazarine, y con los párpados medio cerrados sonreía como un niño que vá á dormirse.

Una hora antes habia venido el cura de Gordes, escuchando la confesion de Juana; y profundamente conmovido por el corto y sencillo relato de esta existencia sin mancha, habia absuelto de sus faltas imaginarias á la dulce agonizante; habia aproximado á sus puros labios la hostia santa, y jamás el Dios vivo, el Dios de redencion habria bajado á un santuario tan digno de recibirle.

Entonces la señora de Gordes, incorporándose un poco y llamando á su marido con el gesto mas bien que con la palabra, murmuró á su oído estas edificantes palabras:

—Si te he ofendido, Raoul querido, perdóname; si te he afligido, perdóname. Si he hecho alguna cosa mal que haya podido perjudicarte, perdóname, perdóname.....

Raoul, oprimiendo á Juana en sus brazos y cubriendo sus cabellos de besos y lágrimas, se esforzó en responder, aunque sin poder pronunciar una palabra, pues le ahogaban los sollozos.

Juana balbuceó dejándose caer en la almohada:

—Qué disponga Dios de mí cuando quiera. Estoy pronta.

Renée entró en el cuarto.

—Doctor—dijo,—son mas de las dos. ¿Hay que traer á Juana su medicina?

—Iba á pedírsela á Genoveva si no hubiérais venido, señorita—replicó Máximo.—Dádsela, os lo ruego.

—¿Siempre la misma dósis?

—Siempre.

La jóven volvió al tocador, de donde acababa de salir.

El doctor dió algunos pasos para seguirla, pero se detuvo á mitad de su camino.

Al cabo de un rato reapareció Renée llevando un vaso lleno hasta la tercera parte de un líquido color de ópalo.

Dirigióse hácia la cama.

Máximo la detuvo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Perdon, señorita—dijo.—Os agradeceria mucho que esperáseis un momento.

—¿Por qué esperar?—dijo Renée.

En lugar de responder, Máximo llamó:

—¡Genoveva!

—Señor doctor—repuso la doncella abandonando su sitio.

—Tened la bondad de darme una cuchara.

—En seguida, señor doctor.

Renée frunció el ceño y repitió:

—¡Una cuchara! ¿Para qué vá á serviros?

—Para probar la medicina. Deseo asegurarme de que el amargor de que aún ayer se quejaba la señora de Gordes no existe hoy.

—Teneis razon, doctor; he aquí el vaso.

Máximo extendió la mano, pero el frágil recipiente de cristal, que ya tocaba, se escapó de las manos de Renée y se estrelló en el pavimento.

—¡Oh! ¡Doctor, no sois hábil!—dijo la jóven con ironía.

—Os pido mil perdones, señorita—murmuró Máximo con un tono lleno de humildad.

—A fé que la desgracia no es muy grande—repuso Renée.—La garrafa está aún llena hasta la tercera parte, y voy á buscar otro vaso.

—Sois infinitamente buena, señorita.

La prètendida *inutilidad* del doctor se repa-

ró pronto, y el vaso, sin accidente, pasó de la mano de Renée á la suya.

Genoveva habia traido una cuchara.

Máximo bebió algunas gotas del líquido.

—Creo—dijo—que esta vez la señora condesa no notará ningun gusto desagradable.

La condesita paladeó el contenido con visible satisfaccion.

—¿Y bien?—dijo el doctor.

—Es fresco, es bueno—dijo Juana.—Esto reanima.

Máximo se volvió bruscamente hácia la hija segunda de Julio Leroux.

—¿Qué es lo que teneis en la mano, señorita?—le preguntó.—¿Estais herida?

Una venda de tela fina cruzada dos veces rodeaba dos dedos de Renée.

—No es nada—respondió palideciendo y enrojeciendo á la vez.

—Por poco que sea, siempre es algo.

—Me he quemado.

—¿De qué manera?

—Esta mañana, al cerrar una carta para mi padre, dejé caer néciamente dos gotas de lacre en mis dedos.

—Las quemaduras de este género son malas—repuso Máximo.—Habeis debido sufrir.....

—Un poco, convengo en ello, pero por mi culpa. No tengo derecho á quejarme.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Qué habeis hecho para aliviaros?

—Metí la mano en agua fria.

—Remedio insuficiente. Debíais haberme llamado. ¿Es muy fuerte la inflamacion?

—Creo que no.

—Veámoslo.

—¿Para qué?

—Os lo ruego.

—Sea, puesto que os empeñais; pero, os lo repito, no vale nada..

—Permitidme que en esta materia sea juez mas competente que vos.

La jóven hacia inútiles esfuerzos para sofocar la cólera que la ahogaba. No podia extinguir sino á medias los relámpagos que irradiaban sus ojos, los estremecimientos de su nariz y la vibracion de sus nérvios, tiritantes hasta romperse.

Desató, ó mejor dicho desgarró la venda que cubria su mano, y la tendió al médico.

Hacía ya un momento que Máximo habia adivinado lo que iba á ver; se hizo dueño de sí mismo, y nada, salva su palidez lívida, desapercibida por otra parte para los testigos de esta escena, acusó el terrible sacudimiento que le conmovia.

Las falanges inferiores de los dos dedos de Renée ofrecian vestigios irrecusables de quemaduras, pero de quemaduras de un género especial, y que se hubiera creído producidas por un cáustico de gran violencia.

Alrededor de las partes inflamadas de la epidérmis se veían manchas oscuras, parecidas á las que resultan de la aplicacion del nitrato de plata sobre la piel.

El exámen de Máximo se prolongaba demasiado en contra de los deseos de la jóven, que, incapaz de contenerse por mas tiempo, retiró violentamente su mano.

—¿Es muy peligroso lo que tengo, doctor?—dijo Renée con sorna.—¿Será tal vez preciso cortarme la mano para evitar las complicaciones, frase que está siempre en la boca de los médicos?

Máximo levantó la cabeza, miró fijamente á Renée, contestó con el tono mas natural del mundo:

—Teneis razon, señorita; no vale nada, aplicad sobre la quemadura un poco de algodon empapado en bálsamo con agua, y mañana no tendreis ya nada.

Al oír estas palabras tan sencillas, y pronunciadas con mayor sencillez aún, la jóven recobró el dominio sobre sí misma y su crispada fisonomia se serenó.

—Gracias, doctor—replicó,—el consejo es bueno y lo seguiré sin tardanza; ¿encontraré en la farmacia lo que necesito, verdad?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, señorita.

—Pues voy corriendo, porque realmente me duele.

Renée salió precipitadamente.

—¿Qué es lo que tiene mi querida hermana? —preguntó Lazarine.—Hace un momento que parecia hallarse fuera de sí; hasta hubiera apostado que tenia un ataque de nervios. ¿Es que suele ponerse así?

—¡Nunca!—dijo Raoul.—Preciso es que sufra hoy mucho.

—Se consume cuidándome dia y noche—murmuró la condesa de Gordes.

—La señorita Renée padece efectivamente de los nervios—dijo Máximo.—Y esto se explica fácilmente. Las quemaduras no tienen importancia, por mas que deben producir muchos dolores. Por lo demas, tranquilizaos, que no tendrá ningun mal resultado. He dicho y repito que mañana no tendrá nada.

Pasóse parte de la tarde.

Juana se durmió con un sueño profundo y tranquilo, que no disfrutaba hacia muchos dias, y que en nada se parecia á su pesada y calenturienta somnolencia habitual.

Lazarine se volvió al castillo de la Tour du Roy.

—Señor conde—dijo Máximo á Raoul,—necesito á Genoveva por una hora. No abandoneis este cuarto durante mi ausencia, os lo ruego.

—Tranquilizaos, doctor—repuso el señor de Gordes,—yo velaré muy cuidadosamente el sueño de mi querida enferma. ¿Mandais algo?

—Mis prescripciones serán negativas.... Si la condesa se despierta y pide de beber, no accedais á su deseo antes de mi regreso.... Es indispensable, entendedlo bien, *indispensable*, que ni una sola gota de líquido humedezca en este momento sus labios; quizá voy á cambiar todo el régimen de medicacion.

—Id, doctor, id sin temor.... Os obedeceré como el soldado obedece la consigna.

Máximo salió de la habitacion llevándose á Genoveva.

Condújola á su cuarto, y la dijo despues de dar dos vueltas á la llave para evitar la sorpresa:

—No os asombreis de mis preguntas, Genoveva.... No trateis de acertar su objeto.... Respondedme aunque no las comprendais.... ¿Lo hareis así?

—Así lo haré, señor Máximo—murmuró la doncella.

—¿Sabeis que existe un buzon para el servicio particular de los habitantes del castillo?—preguntó el doctor.

—Sí, señor Máximo; en una de las paredes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del vestíbulo.... Tiene la abertura parecida á la boca de un leon.

—¿Quién es el encargado de recoger las cartas diariamente?

—El primer ayuda de cámara, que tiene la llave, la abre cuando llega al castillo el cartero rural, y le dá las cartas al cambiar los periódicos y la correspondencia.

—A eso de las doce, ¿verdad?

—Entre doce y cuarto y doce y media.

—Genoveva, necesito saber si la señorita Renée ha escrito esta mañana una carta. Necesito saberlo en provecho de vuestra ama.

—Está bien, señor Máximo, lo sabreis.

—¡Sobre todo obrad con discrecion! Nadie debe sospechar que obrais en beneficio de la señora condesa y de mi órden.

—Nadie lo sospechará.

—¿Cuando me dareis la respuesta?

—Antes de esta tarde, os lo prometo. ¡Trátase del interés de mi señora, segun me habeis dicho, y los minutos valen por horas! Contad conmigo, señor Máximo; contad conmigo.

—Así lo espero.

Genoveva salió de la habitacion del jóven médico.

———

XVII

Cuando Máximo se quedó solo encendió una vela, tomó de su pupitre una barra de lacre, cuyo extremo aproximó á la vela, y con un valor estóico derramó en la palma de su mano izquierda dos ó tres gotas de lacre derretido, sin que la intensidad del dolor produjese la mas mínima contraccion en los músculos de su fisonomia.

Hubiérase dicho que era un cirujano operando sobre un cadáver.

Concluida tan extraña operacion, arrancó las gotas ya frias, y con ellas la epidérmis á que se habian adherido.

—Ya estaba cierto de antemano—murmuró, persuadiéndose al propio tiempo—de que ningun círculo rodeaba la carne despojada de su epidérmis por el contacto del líquido candente.

Las quemaduras no ofrecian relacion alguna con las que Renée atribuia á igual causa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del vestíbulo.... Tiene la abertura parecida á la boca de un leon.

—¿Quién es el encargado de recoger las cartas diariamente?

—El primer ayuda de cámara, que tiene la llave, la abre cuando llega al castillo el cartero rural, y le dá las cartas al cambiar los periódicos y la correspondencia.

—A eso de las doce, ¿verdad?

—Entre doce y cuarto y doce y media.

—Genoveva, necesito saber si la señorita Renée ha escrito esta mañana una carta. Necesito saberlo en provecho de vuestra ama.

—Está bien, señor Máximo, lo sabreis.

—¡Sobre todo obrad con discrecion! Nadie debe sospechar que obrais en beneficio de la señora condesa y de mi órden.

—Nadie lo sospechará.

—¿Cuando me dareis la respuesta?

—Antes de esta tarde, os lo prometo. ¡Trátase del interés de mi señora, segun me habeis dicho, y los minutos valen por horas! Contad conmigo, señor Máximo; contad conmigo.

—Así lo espero.

Genoveva salió de la habitacion del jóven médico.

———

XVII

Cuando Máximo se quedó solo encendió una vela, tomó de su pupitre una barra de lacre, cuyo extremo aproximó á la vela, y con un valor estóico derramó en la palma de su mano izquierda dos ó tres gotas de lacre derretido, sin que la intensidad del dolor produjese la mas mínima contraccion en los músculos de su fisonomia.

Hubiérase dicho que era un cirujano operando sobre un cadáver.

Concluida tan extraña operacion, arrancó las gotas ya frias, y con ellas la epidérmis á que se habian adherido.

—Ya estaba cierto de antemano—murmuró, persuadiéndose al propio tiempo—de que ningun círculo rodeaba la carne despojada de su epidérmis por el contacto del líquido candente.

Las quemaduras no ofrecian relacion alguna con las que Renée atribuia á igual causa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El doctor examinó la extremidad del dedo anular de su mano derecha.

Se recordará que este dedo habia tocado la sávia venenosa procedente de la incision practicada en el *tanglin* de Madagascar.

La mancha oscura, que parecia producida por la cauterizacion de la piedra infernal, era exactamente igual á la que se veia en el dedo de Renée.

—Casi esto solo bastaria para darme completa certidumbre—dijo Máximo.—El veneno vegetal, al tocar la delicada mano de una jóven de diez y nueve años, ha desorganizado los tejidos como hubiera podido hacerlo un fuerte cáustico. Esto podria ser muy sencillo y absolutamente inocente, pero la miserable criatura se ha hecho traicion con su mentira; el vaso roto constituye una prueba mas. ¡Renée asesina á su hermana! ¿De qué procede su ódio contra este ángel? ¿A qué móvil puede atribuirse tan monstruoso crímen? Por mucho que me afane en descubrir, nada encuentro. Mi pensamiento se oscurece.... Es para volverse loco.

El doctor se dejó caer en una silla oprimiendo entre sus manos su cabeza, en la que germinaba un huracan de confusos pensamientos, á á semejanza del vuelo de las hojas impelidas por las ráfagas del mes de Noviembre.

Un ligero golpe dado en la puerta le hizo estremecer.

—Entrad—dijo.

Apareció Genoveva.

—¿Qué tenemos?—dijo Máximo vivamente, —¿sabeis algo?

—Sí, señor doctor, y no tengo de que alabarme. El ayuda de cámara contestó desde luego á mis primeras preguntas sin hacerse rogar.

—¿Ha escrito la señorita Renée?

—Ni ella, ni nadie. El cartero no ha recogido esta mañana ninguna carta. El buzon no tenia ninguna.

Adquirida por Máximo la conviccion del hecho, esto solo tendia á justificarla.

Al cabo de un momento, Genoveva preguntó:

—¿Me necesitais aún, señor doctor?

—Ahora mas que nunca.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Genoveva—respondió el jóven despues de un corto momento,—guiado por vuestro afecto, iluminado por una luz divina y misteriosa que solo para vos brillaba, habeis visto cosas que yo no veia. Habeis adivinado que aquí se cometia un crímen. Habeis buscado la prueba de él, y en seguida me habeis buscado y me habeis habierto los ojos. Dejad primero que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

os dé las gracias, Genoveva, con todo mi corazon y con toda mi alma.

—¡Ay! señor Máximo—contestó la doncella con secillez,—lo que yo he hecho es bien poca cosa. No es solo el crímen el que hay que descubrir, sino el criminal.

—Vos habeis empezado—prosiguió el doctor,—vos me indicásteis el camino.... he seguido vuestras huellas.... Ya no queda mas que saber.....

Genoveva cruzó sus manos; una llamarada pasó por sus ojos; ardiente rubor coloreó su rostro, que adquirió una expresion sublime.

—¿Sabeis quién es el asesino?—balbuceó con una voz ahogada por la emocion.

—Lo conozco por lo menos.

—¿Y quién es?

—Es una mujer.

—¡Una mujer!—repitió Genoveva,—¡una mujer!.... ¿Pero quién es la que se acerca á mi querida señora? ¿Quién, pues? Solo estamos á su lado la señorita Renée y yo.... nadie mas que nosotras.....

Interrumpióse pálida, temblando todo su cuerpo, y repuso impetuosamente:

—¡Nó, nó; es imposible!.... Señor Máximo, ¡decidme en nombre del cielo, que me vuelvo loca! ¡Decidme que he entendido mal!.... ¡Decidme que no es su hermana!.....

El jóven respondió con voz sorda y lenta:

—Habeis comprendido bien;.... es su hermana.

La doncella torcióse los brazos, haciendo un gesto de espanto, y sacudió su cabeza de una manera tan brusca, que sus cabellos sueltos se esparcieron sobre sus espaldas.... Temblaban sus manos y castañeteaban sus dientes.

Maquinalmente murmuró:

—¡Su hermana! ¿Decís que es su hermana?

—Sí.

—¿Teneis la prueba de ello?

—Sí.

—¿Qué prueba? ¡En nombre del cielo! ¿Qué prueba?

—Calmaos, Genoveva, y escuchadme.

—Bien sabeis que tengo calma y que os escucho—replicó la pobre mujer temblando siempre, y dejándose caer en una silla, porque sus piernas se negaban á sostenerla.

El doctor le contó todo cuanto tenemos ya referido y suministró las terribles pruebas, cuya evidencia no admitió réplica.

Mientras hablaba veíanse agrandarse los ojos de Genoveva, y dilatarse sus pupilas en un paroxismo de horror.

Cuando Máximo hubo concluido, preguntó:

—¿Estais ya convencida?

La doncella se levantó de un brinco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Venid!—dijo.

Y se dirigió hácia la puerta.

—¿A donde quereis ir?—dijo el doctor deteniéndola.

—¿Qué donde quiero ir?—replicó.—Harto lo sabeis. Quiero ir á ocupar mi puesto.... ¡quiero ir donde está el que os corresponde! ¡al lado de mi señor, pardiez! Quiero decirle, cogiéndo á la miserable y arrastrándola á sus piés: *"¡Aquí está el asesino de mi ama.!"* ¡Ahí teneis la hermana que mata á su hermana! ¡Prendedla! ¡Matadla! ¡Vengaos!!! Señor Máximo, el tiempo pasa, y la envenenadora abrá... ¡Venid! ¡Venid, pues!

Por segunda vez el doctor detuvo á la doncella, que se deshacia y trataba de arrastrarle fuera.

—Genoveva—dijo,—os suplico y os ordeno nuevamente que tengais calma.

—No puedo tenerla.... No quiero tampoco tenerla..... ¡Envenenan á mi ama! ¡Qué esperais para decírselo al señor conde? ya deberia haberse hecho.

—No pueden hacerse así las cosas, Genoveva.

—¿Por qué?

—Por multitud de razones .....

—¿Cuales son? Perdonadme, señor Máximo, si os interrogo, pero he perdido la cabeza.... Quiero saber.....

—Nada tengo que perdonaros, y voy á responderos; la revelacion del crímen comprendeis muy bien que ocasionaria al conde un golpe terrible.

—Terrible sí, pero no inevitable.

—El conde, cogido de improviso, tratará de obtener la evidencia del hecho.

—Podeis darle las pruebas que á mí me habeis dado.....

—No las creerá, y procuraré luchar contra esta evidencia.

—Pero quedará vencido.

—Sin duda, pero no me conviene entablar la lucha.

—¿Qué es, pues, lo que pretendeis?

Imbuir la conviccion en su espíritu con hechos y no con palabras. Todo puede discutirse menos el delito infraganti. Quiero hacer la luz en este asunto, á semejanza de lo que sucede con el rayo. Por oscura que sea la noche, el relámpago domina las tinieblas. No acusaré, limitándome solo á presentar á la envenenadora ejerciendo su obra.

—¿Como?

—Aún no lo sé. Es preciso buscar ocasion para ello.

—¿Y si se retarda?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No puede hacerse esperar. Llegaremos pronto á nuestro objeto una vez que ya tenemos los hilos de este horrible drama. La infame Renée no desconfía, y se cree protegida por la misma inverosimilitud de su crímen. Ella misma se entregará. La tenderé una emboscada si necesario fuera. Pero tengo otros motivos á mas de los expuestos, y quizá de mas importancia, que me aconsejan el contemporizar en este desgraciado asunto. Ante todo, creo que lo que mas deseais es la salud de vuestra señora.

—¿Qué si la deseo? Por salvarla ofreceria gustosa mi vida sin vacilar. Ya lo sabeis, señor Máximo. Muerta ya la señora, cuidaria de mis pobres huérfanos. No creais que dejaria de morir tranquila.

—Genoveva, no quisiera haceros concebir una esperanza imposible tal vez de realizar; pero la única probabilidad de salvacion, aunque muy vaga é incierta, dependeria de que yo pudiera conocer cual es el veneno que mata á la señora de Gordes.

—¿No conoceis los venenos que hay en el invernadero?—dijo la doncella.

—¡Ah! pobre Genoveva; conocerlos todos es conocer ninguno. ¿De cual se utiliza el asesino?

—Es verdad; ¿pero quién podria deciros lo que ignorais?

—El delito infraganti.

—¿Y como?

—Tengo un plan que puede salir. Tened confianza.

—Señor Máximo, creo en vos mas que en mí misma. Hago abstraccion de mis razonamientos para entregarme de lleno á vos. ¿Qué debo hacer? Suprimo lo que pudiera pensar para hacer lo que me digais. Dirigidme. Obedeceré sin tratar de comprender. ¿Qué es preciso hacer?

—Recobrar nuestra habitual fisonomia. Haced que vuestro rostro adquiera la impasibilidad de una careta; ocultad á todo el mundo el horror que os inspira Renée.

—Trataré de hacerlo, señor Máximo.

—No es bastante tratar de hacerlo, sino que es preciso conseguirlo.

—Pero, ¿y si Renée me dirige la palabra?

—Respondedla como de costumbre.

—No podré. Sé muy bien que no podré.

—Pues es menester poder, y os conjuro en nombre de la condesa á que tengais todo el valor necesario en esta ocasion.

Genoveva bajó la cabeza.

—Obedeceré—repuso,—¿y despues?

—Sed la sombra de la envenenadora—prosi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guió el doctor,—no la perdais de vista, ni de dia ni de noche. Aprovechad la hora de las comidas para perforar con una barrena una de las puertas de su cuarto. Así podreis espiar sus acciones y darme cuenta de ellas. Yo pasaré la noche próxima escondido en el invernadero. Quizá vaya á recoger nuevos venenos. Sí: el demonio, que quiere perderla, seguramente hará que vaya.

Máximo hizo á Genoveva algunos otros encargos especificados y minuciosos, de cuyos detalles no podemos ocuparnos.

Y la conversacion del médico y la doncella terminó con las mismas palabras que la precedente.

—Contad conmigo, señor doctor—dijo Genoveva.

Y Máximo replicó:

—Así lo espero.

XVIII

El mismo dia, á hora muy avanzada de la tarde, Lazarine, sincera y profundamente afligida, abandonó el castillo de Gordes.

No abrigaba ninguna esperanza, ni tenia la mas pequeña duda de que antes de fin de semana le sería preciso vestir de luto por la muerte de su hermana.

A tan tristes pensamientos se agregaron las preocupaciones personales de la marquesa; preocupaciones que le asediaron durante el camino que mediaba entre el castillo de Gordes y el de la Tour du Roy.

Pensaba que quizá en aquel momento llegaba Marcelo Laugier á la posada de *El Caballo blanco*, y que sin duda desde el dia siguiente tendria precision de verle y hablarle, y el exteniente, que se habia interpuesto en su camino, primero como un medio y luego como un obstáculo, la inspiraba una profunda repulsion mezclada de espanto.

El mal éxito de su primera tentativa la descorazonaba; parecíale que se encontraba desarmada contra este hombre, que, abrogándose sobre ella los derechos del dueño sobre el esclavo, la prohibia amar y casarse, como no fuese él el amante ó el marido.

Su talento, tan fecundo en recursos, no le suministraba en la ocasion presente ningun plan de conducta que pudiera considerarse realizable.

Todo cuanto habia emprendido se habia vuelto en contra suya.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guió el doctor,—no la perdais de vista, ni de dia ni de noche. Aprovechad la hora de las comidas para perforar con una barrena una de las puertas de su cuarto. Así podreis espiar sus acciones y darme cuenta de ellas. Yo pasaré la noche próxima escondido en el invernadero. Quizá vaya á recoger nuevos venenos. Sí: el demonio, que quiere perderla, seguramente hará que vaya.

Máximo hizo á Genoveva algunos otros encargos especificados y minuciosos, de cuyos detalles no podemos ocuparnos.

Y la conversacion del médico y la doncella terminó con las mismas palabras que la precedente.

—Contad conmigo, señor doctor—dijo Genoveva.

Y Máximo replicó:

—Así lo espero.

XVIII

El mismo dia, á hora muy avanzada de la tarde, Lazarine, sincera y profundamente afligida, abandonó el castillo de Gordes.

No abrigaba ninguna esperanza, ni tenia la mas pequeña duda de que antes de fin de semana le sería preciso vestir de luto por la muerte de su hermana.

A tan tristes pensamientos se agregaron las preocupaciones personales de la marquesa; preocupaciones que le asediaron durante el camino que mediaba entre el castillo de Gordes y el de la Tour du Roy.

Pensaba que quizá en aquel momento llegaba Marcelo Laugier á la posada de *El Caballo blanco*, y que sin duda desde el dia siguiente tendria precision de verle y hablarle, y el exteniente, que se habia interpuesto en su camino, primero como un medio y luego como un obstáculo, la inspiraba una profunda repulsion mezclada de espanto.

El mal éxito de su primera tentativa la descorazonaba; parecíale que se encontraba desarmada contra este hombre, que, abrogándose sobre ella los derechos del dueño sobre el esclavo, la prohibia amar y casarse, como no fuese él el amante ó el marido.

Su talento, tan fecundo en recursos, no le suministraba en la ocasion presente ningun plan de conducta que pudiera considerarse realizable.

Todo cuanto habia emprendido se habia vuelto en contra suya.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marcelo, habiendo salido sano y salvo de su duelo, iba á encontrarse mas exigente y con mas tendencia á dominar que las que habia tenido hasta entonces.

El único objeto de la marquesa al llamar al Loiret al ex-húsar, no era otro que el de evitar un encuentro entre él y el príncipe Totor.

¡Inútil y peligroso medio! El encuentro se habia efectuado á pesar de todo, y Marcelo sería en la Tour du Roy mas importuno y ocasion de mas compromisos que lo habia sido en Paris.

Todo esto pensó Lazarine, pero era muy tarde.

Preciso era tomar un partido. ¿Pero cual sería éste?

Verse libre de la presencia del ex-teniente, á cualquier precio y por todos los medios imaginables, era el objetivo de la viuda del marqués Roberto, y su único propósito suprimir lo que consideraba un obstáculo. Este era su ideal.

¿Como conseguir este propósito?

Para ello era mas que nunca preciso continuar la odiosa tarea de la mentira y del fingimiento, y desempeñar con el ódio en el corazon y el ardid en los labios la envilecida comedia de la ternura, cual pudiera hacerlo una cor-

tesana que engaña á un viejo, y esta necesidad iria en aumento.

Y si al menos este sistema hubiera dejado entrever alguna solucion para lo sucesivo.... pero nada.

Lazarine, transida de amargura, se rebelaba en vano contra su impotencia, y llegó hasta decirse:

—¡Ah! ¡Qué feliz era una mujer en tiempo de los Dux de Venecia, en que bastaba un puñado de oro para armar el brazo de un asesino!

La orgullosa marquesa, ante quien todo cedia hasta el momento en que Marcelo Laugier se le impuso, haciéndola ceder á su vez, sufria horriblemente.

Pasó muy mala noche. Apenas durmió, y presa desde las ocho de la mañana de una gran agitacion y de la necesidad de ocupar el tiempo, llamó á su doncella, se envolvió en un peinador y mandó llamar á Domingo, que desempeñaba en el castillo las funciones de mayordomo ó de intendente.

Acudió el viejo servidor.

—¿La señora me ha dispensado el honor de llamarme?—preguntó.

—Absorta como estoy desde mi llegada, por efecto de la enfermedad de mi hermana—respondió la señora de la Tour du Roy,—no he podido ocuparme de las cuadras. ¿Estais al

corriente de lo que ocurre, ó será preciso llamar al picador para enterarme?

—Vigilo las cosas lo mejor que puedo, y todo lo veo por mí mismo—repuso Domingo.—Creo, por lo tanto, poder contestar satisfactoriamente á cuantas preguntas se digne dirigirme la señora marquesa.

—A las mil maravillas. Decidme, pues, si mi yegua *Norah* se halla bien cuidada.

—Siendo como es la yegua favorita de la señora marquesa, es objeto de especial cuidado, se la pasea diariamente y en todo tiempo, en el parque cuando está bueno, y en el picadero cuando no lo está. La yegua se halla por lo tanto en buenas condiciones, en todo su punto, como dice el jefe de la caballeriza.

—Esto es lo que queria saber: dad órden de que ensillen á *Norah*.... Saldré dentro de media hora.

—¿Quién acompañará á la señora marquesa?

—Uno de los *grooms*.

—¿Qué caballo montará el *groom?*

—Cualquiera con tal que pueda seguir á *Norah*.

—Está bien, señora marquesa.

Domingo se retiró y corrió á las cuadras con toda la rapidez que le permitieron sus piernas.

—Id á buscarme una amazona y un sombrero—dijo Lazarine á la doncella.

—¿Almorzará la señora antes de salir?—repuso Marieta al volver con el traje de montar.

—Nó.

—¿De qué quiere la señora el peinado?

—Dejadme los cabellos sueltos.

Media hora despues, *Norah* estaba en el patio principal sito debajo de la azotea; la señora de la Tour du Roy montaba, y dirigió esta pregunta á Domingo:

—¿Se halla cerrada con llave la puerta del parque vecino que dá al bosque?

—Con cerrojo solo, señora marquesa.

—Pues por ahí saldré.

La jóven aflojó las riendas, y *Norah* tomó al galope corto.

En cinco ó seis minutos llegó á la puerta designada.

El *groom* desmontó, descorrió los cerrojos y Lazarine, encontrándose en pleno bosque al otro lado del centro del recinto, lanzó la yegua á todo galope por una larga senda, que se extendia hasta perderse de vista por entre seculares árboles de monte alto.

Así corrió por espacio de mas de una hora, aturdiéndose con la celeridad y con el ruido de las hojas secas que crujian holladas por la yegua, experimentando una indecible voluptuosidad al sentir el fresco de la mañana sobre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su rostro y ver flotar á su impulso su larga cabellera color cobrizo.

Norah, blanca de espuma, se animaba cada vez mas, hasta el punto de que la intrépida amazona tenia, no que excitarla, sino contenerla, no pudiendo apenas seguir el caballo del *groom*, por mas que fuese un magnífico caballo inglés.

La marquesa concluyó por cansarse de esta loca carrera y contuvo la yegua hasta ponerla por grados casi insensibles, primero al galope corto, y luego al paso. Entonces, volviéndose hácia el *groom*, le dijo que se aproximára.

—¿A qué distancia nos encontramos del castillo?—le preguntó.

—Estaríamos á mas de veinticuatro kilómetros si hubiéramos ido siempre en línea recta —respondió el jóven,—pero la señora marquesa ha dado una gran vuelta sobre la izquierda, vuelta que nos aproxima al punto de partida. De aquí á la Tour du Roy hay escasamente ocho kilómetros; y si la señora se decide á regresar, yendo al paso podremos estár allí dentro de una hora escasa.

—¿Y el camino?

—El mismo en que estamos.

Lazarine puso en marcha á *Norah*, y el *groom* permaneció inmóvil en medio del camino esperando que mediase entre él y la señora

la distancia reglamentaria. Al cabo de una hora corta, la jóven apercibió al extremo de un claro, en la selva, una aglomeracion de casas y el puntiagudo campanario de una iglesia.

—¿Es eso la Tour du Roy?—dijo la hermosa viuda llamando al *groom*, y señalando las casas y el campanario.

—Sí, señora marquesa.

—¿Es que tenemos que atravesar el pueblo para volver al castillo?

—Sí, señora marquesa.

Esto contrariaba extraordinariamente á Lazarine.

La disgustaba mucho, y se comprende, tener que pasar por delante de la posada de *El Caballo blanco*, y tal vez ver á Marcelo Laugier en una ventana ó exponerse á ser vista por él.

Esta consideracion la hizo preguntar:

—¿No hay mas camino que éste?

—Sí, señora marquesa; el camino de travesia que conduce desde el pueblo al lugar de Malvignottes, nos conduce muy cerca de la puerta por donde la señora marquesa ha salido del parque; pero hay doble distancia.

—¿Donde está ese sendero?

—A doscientos pasos de aquí, hácia la derecha; va todo lo largo del bosque.

—¡Hop! *¡Norah!*—dijo Lazarine.

Y la yegua salió al galope corto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El sendero en cuestion era estrecho y estaba mal cuidado. Los ginetes no pasaban nunca por él. La marquesa volvió á poner la yegua al paso.

Cerca de la mitad del camino, entre el pueblo y el muro de recinto del parque, y la orilla del bosque, la amazona se mostró sorprendida de ver una construccion rara y algun tanto ridícula, cuya existencia no sospechaba.

Esta construccion era un pequeño edificio hecho de material muy sencillo, dentro de un cercado de quinientos ó seiscientos metros, afectando la forma de un castillo feudal de la Edad Media que se hubiera contemplado con el extremo de un ateojo. Nada faltaba en él: ni la puerta ojival, ni las ventanas divididas por la cruz latina, ni el almenado torreon, como tampoco las torrecillas provistas de sus correspondientes buhardas.

Todo esto repetimos, mejor se parecia á un juguete aleman ó á una decoracion de teatro, que á un edificio sério. La pintura solo daba á las tablas, cuidadosamente unidas, la apariencia de la piedra tallada, y figuraba en la mayor parte de las ventanas buhardas, esculturas y ornamentacion.

Este gótico torreon no debia tener mas que dos habitaciones, y no muy grandes, una en el piso bajo y otra en el primero. No se nos acu-

sará de novelistas. Rebuscando un poco, fácil sería encontrar en las comarcas próximas á Paris buen número de villas edificadas por el mismo estilo, tan pretenciosas y tan exíguas.

Encima de la puerta, y á la anchura del cercado, veíase elevado un cartel en que se leían en gruesos caractéres las siguientes palabras:

CASA AMUEBLADA.

Se vende ó se alquila.—Para tratar dirigirse á,.....

Lazarine, deteniendo su yegua, preguntó al *groom:*

—¿Qué casa es ésta?

—Señora—respondió aquel,—la del señor Bréchu.

XIX

—¿Quién es este señor Bréchu?—prosiguió la jóven viuda.

—Un atiguo capitan retirado, señora mar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El sendero en cuestion era estrecho y estaba mal cuidado. Los ginetes no pasaban nunca por él. La marquesa volvió á poner la yegua al paso.

Cerca de la mitad del camino, entre el pueblo y el muro de recinto del parque, y la orilla del bosque, la amazona se mostró sorprendida de ver una construccion rara y algun tanto ridícula, cuya existencia no sospechaba.

Esta construccion era un pequeño edificio hecho de material muy sencillo, dentro de un cercado de quinientos ó seiscientos metros, afectando la forma de un castillo feudal de la Edad Media que se hubiera contemplado con el extremo de un ateojo. Nada faltaba en él: ni la puerta ojival, ni las ventanas divididas por la cruz latina, ni el almenado torreon, como tampoco las torrecillas provistas de sus correspondientes buhardas.

Todo esto repetimos, mejor se parecia á un juguete aleman ó á una decoracion de teatro, que á un edificio sério. La pintura solo daba á las tablas, cuidadosamente unidas, la apariencia de la piedra tallada, y figuraba en la mayor parte de las ventanas buhardas, esculturas y ornamentacion.

Este gótico torreon no debia tener mas que dos habitaciones, y no muy grandes, una en el piso bajo y otra en el primero. No se nos acu-

sará de novelistas. Rebuscando un poco, fácil sería encontrar en las comarcas próximas á Paris buen número de villas edificadas por el mismo estilo, tan pretenciosas y tan exíguas.

Encima de la puerta, y á la anchura del cercado, veíase elevado un cartel en que se leían en gruesos caractéres las siguientes palabras:

CASA AMUEBLADA.

Se vende ó se alquila.—Para tratar dirigirse á,.....

Lazarine, deteniendo su yegua, preguntó al *groom:*

—¿Qué casa es ésta?

—Señora—respondió aquel,—la del señor Bréchu.

XIX

—¿Quién es este señor Bréchu?—prosiguió la jóven viuda.

—Un atiguo capitan retirado, señora mar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quesa.... un hombre de bien..—replicó el *groom*.—Al abandonar el servicio militar ha regresado á este país, en el que nació segun parece, compró el terreno que vemos é hizo construir la casa á su capricho. Cuando jóven, no teniendo familia, exceptuando una tia natural de Pethiviers, y que ya no es jóven, vivia ahí dentro completamente solo y muy contento.

—¿Se ha cansado, sin embargo, de esta habitacion, puesto que trata de venderla ó alquilar? —dijo Lazarine.

—Señora marquesa, hay otra razon que lo motiva, y que no deja de ser, por decirlo así, satisfactoria.

—¿Cual es?

—Hace seis meses que murió el señor Bréchu, dejando en su testamento la casa á su anciana tia, que ha venido de Pethiviers para heredarla, y que la ocupa provisionalmente.

El *groom* habia dicho la verdad. La razon no podia ser mas convincente. Mientras que la marquesa de la Tour du Roy hacia estas preguntas, una mujer de edad que llevaba luto á la usanza de los aldeanos, viendo una mujer bonita á caballo y parada en el camino, salió precipitadamente del llamado castillo, atravesó el jardin, abrió de par en par la puerta, hizo ceremoniosa reverencia y preguntó:

—¿La señora desea tal vez visitar la finca?

no es grande pero es muy cómoda, y perfectamente arreglada por mi pobre sobrino, que tenia gusto como un arquitecto. Es una bonita casa de campo.... Si la señora quiere, la guiaré.... El verla no cuesta nada.

No osbtante su tristeza y preocupaciones, Lazarine sonrió á pesar suyo.

La tia Pethiviers, que contaba con encontrar en la marquesa de la Tour du Roy un comprador, ó cuando menos un inquilino para su grotesco zaquizamí, produjo en ella un efecto sumamente cómico y hasta risible.

Iba ya á declinar los ofrecimientos de aquella buena mujer y pasar de largo, cuando un pensamiento repentino le asaltó, haciéndola modificar sus ideas.

Con profunda sorpresa del *groom*, replicó:

—Sí, señora, veré de muy buena gana la propiedad, que me parece muy original.

Al propio tiempo echó pié á tierra, entregó al lacayo la brida de *Norah*, recogió con su brazo izquierdo la larga cola de su amazona, y se entró en el cercado tras la heredera del difunto Bréchu.

Esta ponderaba la finca con la sencilla exageracion de los campesinos que quieren hacer un buen negocio.

—Un hábil aparejador venido de Orleans es quien ha trazado las sendas—dijo la Pethiviers

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—y la señora puede observar que sabia muy bien su oficio. Podrá uno andar mucho tiempo por todos estos senderos, que dan vuelta sin que pase uno dos veces por el mismo. Esto es lo que puede muy bien llamarse un jardin inglés. Podrá uno disfrutar de su sombra en el momento en que los árboles crezcan, y crecen que es un portento. La tierra, á Dios gracias, es muy buena. Hay en los muros muchas enredaderas, y tambien hay albaricoqueros, que cuando estén en sazon producirán muchos.... El estio es muy agradable para un cazador, por hallarse muy cerca del bosque y del parque reservado... Mi difunto sobrino, sin salir de casa, cazaba muy amenudo perdices y faisanes que entraban en el bosque, sin que por eso fuera cazador furtivo: ¡ah! eso nunca. La caza que él se apropiaba le pertenecia tan de derecho como al dueño del bosque, ¿no es cierto? La caza que vuela es de todo el mundo.

Lazarine se abstuvo de contradecir este aforismo, de suyo muy discutible. Eran cosas que de ningun modo le interesaban, y que apenas escuchaba, ansiosa como estaba, por razones que muy pronto explicaremos, de conocer el interior de la casa de Bréchu.

La tia de Pethivers llegó por último á la puerta ojival y se apartó para dejar paso á la marquesa.

Como desde luego podrá deducirse de las dimensiones del edificio, el piso bajo constaba de una sola pieza, y que servia á la vez de cocina y comedor, hallándose embaldosado el suelo con ladrillos encarnados.

Una hornilla pequeña servia para preparar la comida, y en aquel momento hallábase saturado el ambiente con el cálido olor de una sopa de coles que cocia á fuego lento de una marmita de barro.

Encima de la campana de la chimenea veíase un fusil de dos tiros, sistema antiguo, colgado del correspondiente porta, y que sin duda era el arma tan temido en otro tiempo de los faisanes y perdices que volvian por la tarde de las tierras.

Todo el mobiliario lo constituian una mesa cuadrada, sillones de nogal con asientos de paja, escabeles blancos y dos viejos aparadores á semejanza de los que se usan en las casas de los labriegos. Platos de loza con gallos pintados, mostraban sus primitivos dibujos y sus abigarradas pinturas. Contra las tablillas que servian de murallas, y revestidas de papel pintado figurando países y escenas campestres, se veían cuatro litografías tomadas de asuntos de batallas, y un pequeño trofeo, compuesto de dos charreteras deslucidas y dos espadas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oficial, orlado por una cinta de la Legion de honor.

Las ventanas tenian cortinas de muselina blanca con bordados amarillos.

Enfrente de la puerta habia una escalera de madera muy gruesa, aunque poco segura, provista de una rampa de madera de abeto que conducia al piso principal.

La parte inferior de esta escalera constituía una especie de zaguan, de utensilios y útiles de jardinero, conteniendo ademas infinidad de haces de leña menuda destinada al hornillo, y un monton de astillas á propósito para encender la lumbre.

—Con una sola chispa que cayese allí dentro—pensó Lazarine,—sería bastante para que este casuco ardiese como un fósforo.... Aquí se dormiria como sobre un volcan.

—La señora debe observar que la casa no escasea de decorado—dijo la tia del difunto Bréchu.—¡Oh! Mi sobrino sabia hacer muy bien las cosas. Pues bien; lo de arriba es aún mejor.

—¿De veras?—dijo Lazrrine conservando su seriedad de una manera asombrosa.

—La señora no tiene mas que subir, y se convencerá por sí misma de la sinceridad de mis palabras.

Lazarine subía ya la escalera, de la que cada

peldaño crujía bajo sus piés como un trampolin bajo sus piés diminutos.

En el único cuarto de que se componia el piso principal, era donde el capitan habia hecho prodigios.

El buen hombre, apasionado sin duda de la Edad Media, como un artista de 1830, soñó con poner en él un mobiliario adecuado á aquella época; pero careciendo de fondos para la realizacion de su sueño, habia tratado de procurarse la apariencia, haciendo ejecutar bajo su direccion á un carpintero del país una cama de columnas de baldaqui, sillones en forma de reclinatorios y algunas arcas de estilo gótico, y todo de madera blanca.

Sobre esta madera se habian clavado algunos adornos de carton piedra, y este conjunto, revestido de una capa de color oscuro, producia durante algunos segundos el mismo efecto que si fuese roble esculpido, al menos para quien tuviese la complacencia de creerlo así. El papel pintado imitaba mejor ó peor una cosa que queria parecer tapiceria.

Tiras de color verde, agujereadas ya por la polilla, daban á la cama un aspecto de cierto gusto, y otras tiras de igual color servian de adorno á las cortinas de las ventanas.

Al franquear la señora de la Tour du Roy el dintel de esta habitacion, creyó entrar en

uno de esos cuchitriles que habia visto mas de una vez en la Puerta de San Martin y en el Ambigú, cuando la protagonista del drama llevaba casaca de medio cuerpo y falda á media pierna, jurando *por los cuernos del diablo*, y decia: "Nobles y plebellos."

—¿Qué le parece esto á la señora?—dijo la heredera pavoneándose de satisfaccion.

—Todo está muy bien—respondió la marquesa.

—Pues bien, señora; no quiero vender la propiedad amueblada en mas de diez mil francos. Concederé facilidades para el pago si así lo desea el comprador, siempre que ofrezca buenas garantias de solvencia. En el caso de que se presente un inquilino para vivir en la casa amueblada, no exigiré mas que sesenta francos al mes, pagados por adelantado, y no la alquilaré por menos de tres meses; y en cuanto al lavado, ropa y utensilios de cocina, no reñiremos. Me parece que todo es muy razonable.

—No puede ser mejor partido—dijo Lazarine.

—¿Entonces la señora se halla dispuesta á ser compradora ó inquilina?

—Nó. Me contento con verlo; pero si sé de alguno á quien pueda convenir tan agradable residencia, le dirigiré á vos.

La vieja se deshizo en cumplimientos de

gratitud, y condujo á la hermosa jóven hasta la puerta del cercado, haciéndola multitud de reverencias.

La señora de la Tour du Roy montó de nuevo á caballo, y veinte minutos despues se apeaba en el patio del castillo.

Despues de haberse mudado de traje, almorzó en muy pocos minutos, recorrió distraidamente los periódicos que habian llegado durante su paseo, y sin concluir de leerlos se abismó en una meditacion profunda y sombria, á juzgar por la contraccion de sus negras cejas y por la expresion casi arisca de su mirada.

La víspera por la tarde, Marcelo Laugier, procedente de Orleans, como la vez anterior, llegó á la posada de *El Caballo blanco* en un coche de alquiler.

Excusado nos parece asegurar que el padre Richard acogió con entusiasmo su viajero, que no paraba mientes en el gasto, que sabia apreciar su cocina, y que sin duda ninguna permaneceria algun tiempo en su casa.

El ex-oficial, llevando hasta lo increible la obediencia á la voluntad de Lazarine, ni aun siquiera preguntó si se hallaba la marquesa en el castillo ó si se encontraba en Gordes con su cuñado.

—Me ha mandado venir—se dijo,—luego necesita de mi presencia como yo de la suya.

Puedo, pues, esperar sin inquietud ni inpaciencia, en la seguridad de que en el momento en que sea posible una entrevista no la retardará ni una hora.

Un enamorado perdido puede ciertamente figurarse, como se figuraba Marcelo, que tendria calma y paciencia. Quien así piensa se engaña lastimosamente.

El ex-teniente pasó la noche agitado, calenturiento; las horas de insomnio le parecieron interminables.

Antes de ser de dia saltó de la cama y se vistió. Hubiera deseado salir de la posada y correr al *Patriarca*; ¿pero para qué?—se dijo.

Si la marquesa hubiera de verle aquel dia, tenia la completa seguridad que nunca seria antes de las doce.

Marcelo se dijo y se repitió veinte veces esto mismo; lo cual, sin embargo, no le impedia llegar al sitio convenido á las once y cuarto, instalándose á regular distancia del árbol gigantesco con su paleta, su caballete, su cuadro y su caja de pinturas. Una vez allí, solo se trataba de matar el tiempo. Púsose, por lo tanto, manos á la obra; pero conforme iba dibujando con el difumino las líneas del nudoso tronco y el enlace de las ramas gigantescas, volvia la cabeza diez veces por segundo hácia el lado por el que podia llegar Lazarine.

Dieron las once en el campanario del pueblo.

—Este reloj atrasa seguramente—murmuró el jóven.

Y miró el suyo para asegurarse mejor; pero tan solo faltaban cinco minutos.

Creyendo que se le habia parado lo aproximó á su oído, y el tic tac le probó que andaba.

Acordóse entonces de haber experimentado idéntica sensacion cuando por la noche esperaba á la señora de la Tour du Roy frente al número 5 de la Avenida de la Reina Hortensia.

—¡Qué animal tan raro es el hombre!—pensó Marcelo sonriendo.—¿Por qué le han de parecer desgracias todas las cosas del mundo en el momento en que la mujer amada se retrasa diez minutos?

De pronto dejó de latir su corazon; un ligero ruido, producido por dos botitas que pisaban las hojas secas, llegó hasta él y en seguida una figura esbelta y graciosa se dibujó entre los árboles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

Marcelo Laugier, temblando de emocion, reconoció desde lejos á la señora de la Tour du Roy, é hizo un brusco movimiento para levantarse y correr á su encuentro.

Lazarine le detuvo con un gesto, que equivalia á la órden de permanecer sentado é inmóvil.

Marcelo la obedeció.

La marquesa habia cambiado su traje de montar, poniéndose uno enteramente negro de irreprochable sencillez.

No llevaba sombrero; un velo de encaje rodeaba su cabeza como una mantilla andaluza, y este tocado imprimia un verdadero sello de originalidad en sus adorables facciones, mas páiidas que de ordinario.

Los largos rizos de su cabellera, escapándose por debajo del velo, flotaban sobre sus hombros despidiendo reflejos de oro. Nunca la habia encontrado Marcelo tan hermosa.

Lazarine avanzó con paso lento, y como una mujer que anda á la aventura, sin objeto premeditado.

De cuando en cuando detenia aún mas su andar, y se volvia aparentemente para soltar el vestido, que quedaba enganchado en algun zarzal, pero en realidad para cerciorarse de que la soledad era completa.

Pasó por fin el tronco del *Pátriarca*, se detuvo detras de Marcelo y adoptó la actitud de una mujer que examina con interés el trabajo de un artista.

—Continuad pintando, ó por lo menos figurad que lo haceis—dijo.—De este modo podremos hablar, y si alguno nos viese de lejos, lo cual es poco probable, pareceré tan solo una curiosa y no me veré comprometida.

—Obedezco—replicó el ex-oficial.—¿Pero por qué, querida Lazarine, temeis tanto comprometeros en el campo, cuando en Paris no retrocedíais ante ningun género de pasos por imprudentes que fueran?

—Aquí no es lo mismo. Los provincianos lo observan y comentan todo, se maravillan por todo, mientras que en Paris está uno aislado, y por decirlo así, perdido entre la multitud indiferente.

—En cualquier parte que se encuentra la marquesa de la Tour du Roy se le vé, y el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mundo se ocupa de ella—respondió Marcelo,—y prueba de ello es que una carta anónima (vos me la habeis escrito) ha venido á preveniros que estais vigilada y que se os espía.

—¿Habeis venido aquí para discutir?—dijo Lazarine sin poder ocultar su indignacion.

—De ningun modo...—dijo el jóven con calor.—Estoy aquí para deciros que os amo, y para oíros decir que me amais tambien.

—Ni el sitio ni el momento me parecen bien elegidos para un diálogo de este género—dijo la marquesa con un tinte de ironia mal disimulada que no escapó á la perspicacia del oficial, por mas que no le sorprendiera, acostumbrado como ya se hallaba á las genialidades de la señora de la Tour du Roy.

—Pues bien, adorada mia—respondió sonriendo,—indicadme el sitio y la hora donde podamos reanudar juntos este dúo de amor interrumpido hace tanto tiempo.

Colocada Lazarine tras de Marcelo, podia dejar manifestarse muy á las claras en su actitud y en sus facciones, los sentimientos que le dominaban, y así es que se encogió desdeñosamente de hombros.

—Ya hablaremos de eso—dijo,—pero ante todo quiero renovaros mi desagrado con motivo de vuestro absurdo duelo.....

—Ya os tengo dicho que no podia evitarle.

—Así me lo habeis escrito, pero no lo he creido.

—Nada, sin embargo, es mas cierto; fuí provocado sin motivo alguno, sin que mediàse el mas ligero pretexto, y provocado de una manera muy grave. ¿Podria acaso retroceder? A la menor vacilacion de mi parte hubiérais experimentado el mas completo desprecio hácia mí, y con razon.

—Segun eso, toda la culpa fué de vuestro adversario.

—Toda, absolutamente toda, desde el principio hasta el fin. Estoy seguro de que no me engaño afirmándolo así, por mas que sea un mal juez en propia causa.

—Siendo esto así, el jóven hijo adoptivo de Godefroy es indigno de todo interés—exclamó la marquesa.—¿Como, pues (y de ello tengo la prueba por una carta de mi padre que he recibido hoy), como, pues, repito, que paseis la vida metido en casa de ese principejo? Anteayer estábais aún allí, á pesar de mi ruego de que no viéseis á nadie en Paris antes de vuestra marcha.

Marcelo Laugier enrojeció como un hombre cogido en falta.

—El señor Leroux se equivoca—balbuceó.

—¿Acusais á mi padre de embustero?—murmuró Lazarine.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No es esa mi intencion.... pero.....

—No hay pero que valga—interrumpió la jóven.—La verdad es una.... ¿Estábais anteayer en casa del príncipe de Castel-Vivant? Esto es lo que os pregunto, ni mas ni menos.

—Efectivamente estaba, lo confieso.

—¡Ah! ¡lo veis!—dijo Lazarine con aire de triunfo.

—Solo—replicó Marcelo—que el señor Leroux no os ha enterado de lo que él mismo ignoraba. Esta visita no era sino de pura etiqueta, puesto que se trataba de dejar una tarjeta en casa de mi adversario.... Todo el mundo os dirá que un caballero no podria obrar de otro modo.... El jóven príncipe, deseando verme, habia dado órden de que se me introdujera si me presentaba.... ¿Podia negarme á acceder al deseo del herido?.... Esta vez no.... Y ciertamente no me pesa haber seguido al criado que me trasmitió el deseo de su amo, porque el príncipe de Castel-Vivant es un jóven muy simpático, y á quien me he alegrado tratar.

—Para ser amigo vuestro, segun parece—dijo Lazarine con ironía,—basta con provocaros sin ton ni son y conduciros al terreno de las armas. ¡Ah, poder de lógica masculina! ¿y qué os dijo ese jóven tan encantador?

—Nada que merezca repetirse. Hablamos de cosas insignificantes.

—¿Y para solo cosas insignificantes se permitió molestaros? No deja de ser esto muy inverosímil.

—Y sin embargo nada hay mas cierto.

—Mi nombre por lo menos no se pronunciaria en esa entrevista.

—¿Tendré necesidad de jurároslo?

—Nó, no jureis; quiero creeros, y os perdono de haberme desobedecido, una vez que vuestra desobediencia fué involuntaria.

Lazarine guardó silencio por espacio de algunos segundos, á fin de dejar tiempo á Marcelo para saborear la indulgencia de que habia querido darle pruebas, y en seguida repuso:

—Muy poco le ha faltado para que vuestro viaje no haya sido del todo inútil.

—¿Pues como?—preguntó el ex-húsar algo inquieto.

—Por una razon muy sencilla. He reflexionado que al escribiros que viniérais, habia cometido la simpleza mas grande del mundo, teniendo en cuenta que me era imposible ir á veros á la posada de *El Caballo blanco*, donde todo el mundo me conoce; imposible tampoco el recibiros en el castillo, donde os reconoceria Domingo; y por último, que hablando con vos en medio del campo ó en el fondo de un bos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, como lo hago ahora, corria el riesgo de comprometerme de un modo irreparable.

Marcelo no pudo contener un gesto de impaciencia, que produjo el aplastar contra el lienzo que pintaba el pincel que tenia en la mano, haciendo aparecer una gran mancha verde muy pronunciada en el diseño de el *Patriarca*.

—¿Qué teneis?—dijo Lazarine.—¿Qué es lo que os dá?

—¿Creeis que pueda oíros decir con sangre fria que os comprometeis—replicó el jóven,—y sobre todo que os comprometeis irreparablemente? Realizar el más querido de mis deseos; consentid en ser mi mujer, y la maledicencia tendrá que callarse.

Si en el momento de pronunciar estas palabras hubiera podido ver Marcelo la fisonomía de Lazarine, hubiese temido; tan grande era la fria expresion de cólera y de profundo desprecio que aparecia en su rostro, y tan amenazador el relámpago de ódio que brilló en sus ojos.

No obstante la violencia de su amor, cuya natural consecuencia era una completa ceguedad, no hubiera sido necesario mas que destruir de un golpe sus mas acendradas ilusiones.

Pero ya hemos dicho que se hallaba vuelto de espalda á la marquesa.

—Decididamente teneis la manía del matrimonio—dijo ésta con una risa forzada,—pero por lo menos ahora no se trata de eso; ya hablaremos de ello en mejor ocasion.

—Sea—dijo Marcelo.—pero suprimid entonces vuestro temor de comprometeros.

—Por lo pronto hablad mas bajo, mi querido amigo; y puesto que ese temor os preocupa, y la casualidad, que os proteje, me ha enviado en el momento en que menos podia creer poder arreglar este asunto, proporcionándome un medio para ello.

—¿De veras?—dijo con viveza el jóven.

—Sí.

—¿Y cual es este medio?

—Tomad vuestro lápiz y escribid en un extremo de vuestro lienzo estas dos palabras: "Casa Bréchu."

—Ya está; pero no comprendo.....

—Ya comprendereis despues. Recoged vuestros avios, volved á la posada de *El Caballo blanco*, meteos una centena de luises en vuestro portamonedas y decid á un chico cualquiera que os conduzca á la casa Bréchu.

—¿Y qué es eso de casa Bréchu?

—Un castillo de carton que os hará morir de risa. Un castillo feudal pintado á la ligera, y que se encuentra en la entrada del bosque á un cuarto de hora de aquí todo lo mas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y una vez en el castillo de carton ¿qué haré?

—Le direis á la heredera del difunto Bréchu que os han dado muy buenos informes de su propiedad; la apreciareis como buen conocedor, y por último, la alquilareis por tres meses mediante la enorme suma de nueve luises, pagados por adelantado; y en cuanto á ropa y bateria de cocina, lo arreglareis allá con la tia Pethiviers como mejor os parezca.

—Os escucho estupefacto—murmuró Marcelo,—y hasta estoy tentado de creer que os burlais de mí; ¿qué es lo que voy á hacer yo con ese castillo Bréchu de sesenta francos mensuales?

—Os instalareis en él desde esta noche.

—¿Solo?

—Completamente solo, puesto que precisamente el aislamiento que le rodea es lo que le hace inapreciable para nosotros. El posadero de *El Caballo blanco*, os enviará la comida dos veces al dia.... Por último, hareis que el cerrajero del pueblo os confeccione una llave que me remitireis.

—¿Pero os servireis de ella?

—Necia pregunta, amigo mio; si no hiciera uso de ella, no os la pediria.... De cuando en cuando, hácia las once ó á media noche, y cuando reine la oscuridad mas profunda, oireis el

ruido de una llave en la cerradura.... luego el crugir de un vestido.... y una mujer que entrará, y que seré yo.

—¿Pero esto es un sueño?—murmuró el jóven.—Un hermoso sueño, pero al fin sueño.

—¿Como así?—dijo Lazarine.

—Estoy bien seguro que no os atreveis á cruzar en medio de la noche el parque desierto y parte de la selva para uniros á mí.

—Os equivocais, querido. Soy muy valiente. El país es tranquilo, y llevaré ademas en el bolsillo un pequeño revólver, con el que no temeré á nadie.

—Si tal hiciéreis—balbuceó Marcelo, presa de súbita emocion,—me volvereis loco de felicidad.

—A fé de Lazarine lo haré como digo.

—¿Pronto?

—En cuanto tenga la llave.

—La tendreis mañana.

XXI

Las cosas se hicieron tal como la marquesa deseaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y una vez en el castillo de carton ¿qué haré?

—Le direis á la heredera del difunto Bréchu que os han dado muy buenos informes de su propiedad; la apreciareis como buen conocedor, y por último, la alquilareis por tres meses mediante la enorme suma de nueve luises, pagados por adelantado; y en cuanto á ropa y bateria de cocina, lo arreglareis allá con la tia Pethiviers como mejor os parezca.

—Os escucho estupefacto—murmuró Marcelo,—y hasta estoy tentado de creer que os burlais de mí; ¿qué es lo que voy á hacer yo con ese castillo Bréchu de sesenta francos mensuales?

—Os instalareis en él desde esta noche.

—¿Solo?

—Completamente solo, puesto que precisamente el aislamiento que le rodea es lo que le hace inapreciable para nosotros. El posadero de *El Caballo blanco*, os enviará la comida dos veces al dia.... Por último, hareis que el cerrajero del pueblo os confeccione una llave que me remitireis.

—¿Pero os servireis de ella?

—Necia pregunta, amigo mio; si no hiciera uso de ella, no os la pediria.... De cuando en cuando, hácia las once ó á media noche, y cuando reine la oscuridad mas profunda, oireis el

ruido de una llave en la cerradura.... luego el crugir de un vestido.... y una mujer que entrará, y que seré yo.

—¿Pero esto es un sueño?—murmuró el jóven.—Un hermoso sueño, pero al fin sueño.

—¿Como así?—dijo Lazarine.

—Estoy bien seguro que no os atreveis á cruzar en medio de la noche el parque desierto y parte de la selva para uniros á mí.

—Os equivocais, querido. Soy muy valiente. El país es tranquilo, y llevaré ademas en el bolsillo un pequeño revólver, con el que no temeré á nadie.

—Si tal hiciéreis—balbuceó Marcelo, presa de súbita emocion,—me volvereis loco de felicidad.

—A fé de Lazarine lo haré como digo.

—¿Pronto?

—En cuanto tenga la llave.

—La tendreis mañana.

XXI

Las cosas se hicieron tal como la marquesa deseaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marcelo Laugier, ébrio de gozo ante la perspectiva que le dejaba entrever la decision de Lazarine, volvióse sin perder momento á la posada de *El Caballo blanco*. Se desembarazó de sus artísticos atavios y se hizo conducir á la casa Bréchu por su rapaz, que se ganó cinco francos en premio de su complacencia.

Así como la señora de la Tour du Roy, le pareció el castillo gótico la cosa mas encantadora del mundo.

La señora de Pethiviers, adivinando un comprador ó un inquilino, le acogió con distincion y le detalló todas las bellezas del interior.

La cama, sita en el primer piso sobre columnas de madera blanca torneada, y pintadas á semejanza de nogal, le recordó, aunque muy vagamente, el magnífico lecho de Luis XIII del hotel de Orleans, y le pareció de feliz augurio.

—Todo está muy bien—dijo con seguridad y en tono sério.—No me han exagerado el mérito de esta propiedad. No la compraré, por lo menos en la actualidad, en que no puedo determinar si me convendrá establecerme definitivamente en el país, pero la alquilaré de muy buen grado. ¿Cuales son las condiciones?

La heredera del difunto Bréchu repitió textualmente cuanto habia dicho á Lazarine aquella misma mañana.

—Ahí teneis sesenta francos y tres meses pagados adelantados—repuso Marcelo alineando nueve monedas de oro sobre un mesa.

—¿El señor piensa entenderse conmigo respecto á la ropa y utensilios de cocina?—preguntó encantada la propietaria.

—Sin duda ninguna.

—Entonces serán tres luises mas por los tres meses.

—Ahí los teneis.

—Voy al momento á extender recibo al señor. La ropa está en esa cómoda.... Sábanas, servilletas, rodillas, nada falta; y por añadidura, el señor podrá disponer, si lo desea, del fusil de mi difunto sobrino.

—¿Donde está ese fusil, señora?

—En la sala de abajo, encima de la chimenea, con el frasco de la pólvora y el saco de perdigones. Si el señor usa la pólvora y los perdigones, me los abonará como es justo. Cuento con vos para este caso de indemnizacion, y si el señor es buen tirador, podrá matar faisanes y perdices todas las tardes sin salir del jardin.

—Decididamente esta casa es una residencia encantadora—dijo Marcelo sonriendo.

—Sí, señor; mi pobre sobrino la consideraba como la imágen perfecta del paraíso en la tierra; sin embargo de lo cual dejó de habitarla

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mucho tiempo antes de lo que hubiera deseado.

—¿Cuando podré entrar en posesion?

—En seguida; voy á hacer un lio de los cuatro trapos que tengo. El rapaz que está abajo lo llevará hasta el pueblo, donde no dejaré seguramente de encontrar un carruaje que me lleve á Pethiviers. Solo me detendré el tiempo preciso para comer mi sopa. Si al señor le gusta la sopa de coles, le ofrezco de muy buena gana una cazuela.

—Gracias señora; aceptaria si no fuese porque he almorzado ya.

—Tanto peor.

La heredera firmó el recibo, engulló por no dejar nada la enorme cantidad de sopa que ordinariamente servia para tres comidas, puso en un saco lo que decia que eran sus cuatro trapos, y dijo:

—Ya estoy pronta.

—¿Teneis dos llaves en la casa?—preguntó Marcelo.

—Nó, señor; no hay mas que una. Ignoro si mi difunto sobrino poseía alguna mas. No he encontrado mas que la que está en la puerta.

Cinco minutos despues se alejaba la tia de Pethiviers acompañada del rapaz, que iba brincando de alegria, merced á una segunda moneda que le dió Marcelo.

El ex-teniente no tardó en seguirlos.

Fuese á casa del cerrajero del pueblo, le encargó una segunda llave de la casa de Bréchu, y ofreció pagarla á doble precio si se la hacian para dentro de dos horas.

El cerrajero le prometió así, y cumplió su palabra.

Aunque Marcelo estaba completamente seguro de que Lazarine no iria á la noche siguiente á la casa de Bréchu, tenia interés en dormir en ella aquella misma noche. Pareciale que se aproximaba á su querida viviendo en la habitacion que habia visitado y á la que no tardaria en venir.

—Querido patron, os abandono—dijo al padre Richard.

—¿Como, otra vez? ¿Tan pronto?—repuso éste desconcertado.—¿Es que el señor no viene sino para volverse á marchar? Dos veces seguidas me ha hecho el señor concebir esperanzas de que lo iba á tener algun tiempo, y precisamente se marcha cuando principio á tomarle algun cariño.....

—Existen circunstancias atenuantes que á ello me obligan—dijo Marcelo riendo.—Os abandono, pero no voy muy lejos, y cuento con que os encargueis de suministrarme diariamente una comida abundante y variada.

—Lo haré lo mejor que pueda. ¿Donde vá

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el señor?—preguntó el bueno de Richard lleno de curiosidad.

—A la casa de Bréchu—contestó Laugier.

—¿La ha alquilado el señor?

—Sí, por tres meses.

—Es una idea propia de un artista. El señor estará mucho peor que aquí; en fin, eso no es de mi incumbencia.

—Me gusta mucho la soledad.

—Entonces no podíais haber hecho mejor eleccion. El sitio es un desierto. En cuanto se sienten los primeros frios, ya están los lobos por la noche. Bonita sociedad para un jóven; pero eso á mi no me importa; cuidaré de enviar las comidas muy bien predaradas. Solo que los manjares estarán frios cuando lleguen.

—Se calentarán en un hornillo que parece hecho á propósito para ello.

—Muy bien, el señor es filósofo; pero tengo entendido que un famoso cocinero de antaño, ha escrito, que *comida recalentada jamas valió nada*, y ese cocinero tenia razon.

Marcelo hizo provisiones de algunas cosas que faltaban en la finca del difunto capitan, entre las que figuraban, en primer término, dos paquetes de bujías, y á eso de las diez de la noche se instalaba en la casa de Bréchu con su maleta y sus útiles de paisajista.

Cuando se encontró solo en el cuarto del

primer piso, su nuevo domicilio le pareció mortalmente triste.

A la puesta del sol se levantó un viento huracanado. La débil construccion de madera, tan sonora como un bombo, se llenaba de ruidos extraños y de inquietantes vibraciones. El castillo gótico temblaba y crujía como un barco sacudido por la tormenta.

—Las ráfagas del equinoccio se llevarán indefectiblemente este tabuco—pensó el ex-húsar. —El difunto Bréchu, contando con pasar aquí una larga vida, daba pruebas de ser un hombre paradojal.

Cuando se restableció la calma; cuando el tugurio volvia á tener condiciones de estabilidad, dejábase oír en los bosques vecinos los chillidos de los mochuelos, parecidos á desgarradores gritos.

No obstante lo templado y vigoroso de su carácter, y á pesar de las esperanzas de felicidad, cuya realizacion se prometia muy en breve, Marcelo Laugier experimentó la influencia del casi siniestro en que se encontraba, se puso nervioso y melancólico, y le asaltaron negros presentimientos, sin que pudiera desecharlos.

—Formalmente aseguro que no me sorprenderia el que me ocurriera aquí alguna desgracia. Tenia una calma completa ante las baterias prusianas, y por primera vez en mi vida

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

experimento una viva inquietud sin causa apreciable para ello. Siento que algun peligro se cierne sobre mí. ¿Y de donde puede provenir? No lo sé, pero tengo la seguridad de que el peligro existe.

El ex-teniente habia adornado con bujías los candelabros de cobre facilitados por la heredera. Tomó uno de ellos, bajó al piso entresuelo, descolgó el fusil del difunto Bréchu, aseguróse de que estaba cargado y con el piston en su sitio, lo subió al primer piso, lo puso montado al alcance de su mano, cerró la puerta con dos vueltas de llave, se acostó y apagó la bujía.

Se durmió al momento; pero le asaltaron durante su sueño incesantes pesadillas.

Tan pronto la casa gótica, combatida por un formidable huracan, volaba como un globo, arrastrándolo con ella en las profundidades de un cielo oscuro surcado de relámpagos, y se deshacia de pronto, sintiéndose caer, caer sin fin. Tan pronto el castillo feudal, trasformándose en navío, del que él era el único pasajero, flotaba sobre olas monstruosas, entrando grandes masas de agua por todas sus puertas abiertas, por sus ventanas rotas, sumergiéndose poco á poco.

Marcelo sentia el agua helada que le rodea-

ba, alcanzar sus hombros, llegarle á la boca, á las narices, cubrirle, sofocarse y ahogarse..

Tan pronto se dejaba oír un inmenso crujido, una nube de polvo oscurecia la claridad del dia, y el edificio, hundiéndose, sepultaba al ex-húsar bajo un espantoso monton de escombros.

Todo esto no tenia nada de agradable; pero la mas terrorífica de todas las pesadillas fué la siguiente:

Habia venido Lazarine.... Marcelo, extremeciéndose de amor, la sentia deslizarse junto á él aspirando el perfume de su cuerpo. La noche de Orleans iba á principiarse de nuevo.... De repente la jóven se trasforma. En lugar del cuerpo suave y perfumado de la sirena de los cabellos de color de fuego, Marcelo no estrechaba en sus brazos mas que el cuerpo viscoso de una serpiente. Daba un prolongado grito de horror.... queria huir y no podia.... Los helados anillos del reptil se enroscaban alrededor de sus miembros, paralizaban sus movimientos y apretando cada vez mas, centuplicaban sus nudos y le ahogaban.... sin embargo, un poco antes de amanecer desaparecieron las fantasmas de la noche, y el inquilino de la casa Bréchu durmió por espacio de dos horas un sueño profundo.

Cuando se despertó, los rayos del sol entra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ban de lleno por las dos ventanas, dando al papel de la habitacion un tinte semejante al de la tapicería, y al mobiliario *pseudo-gótico* una apariencia de decoracion teatral vista en pleno dia.

Hácia las diez y media, una de las criadas de la posada de *El Caballo blanco* trajo en una gran cesta el almuerzo y media docena de botellas de vino de Turena.

—El patron me ha encargado dijese al señor que recibiria esta noche vino Beaujolais—dijo la sirvienta desembarazándose de su carga.

Marcelo almorzó con mucho apetito, y hasta se sintió alegre.

Quizá la estrella Vénus, estrella de los amantes felices, iluminaria las primeras horas de la próxima noche.

Esta esperanza, ó mejor dicho esta posibilidad, le produjo un arrobamiento real, no preocupándole en lo mas mínimo la trasformacion de la marquesa en serpiente.

A las doce menos cuarto, y provisto de sus indispensables útiles, se hallaba ya en su sitio, cerca de el *Patriarca*.

La señora de la Tour du Roy no se hizo esperar, presentándose á las doce en punto.

El diálogo fué breve y cortado.

—¿Qué hay?—preguntó Lazarine.

—Ya está todo hecho—respondió Marcelo.

—¿Ya estais instalado?

—Desde ayer noche.

—¿Como os encontrais en ese absurdo aposento?

—Me encuentro muy bien en cualquier parte adonde vos podais ir.

—¿Teneis la llave?

—Héla aquí. ¿La utilizareis esta noche?

—Pregunta es esta á la cual no puedo responder.

—¿Por qué?

—Voy al castillo de Gordes.

—¿Pensais pasar en él la noche?

—No lo sé. Eso dependerá del estado en que se encuentre mi hermana.

—Entonces no debo esperaros.

—Esperadme siempre, y no me espereis nunca; cuando pueda ir, iré. Convengamos en ello de una vez para siempre.... yo tengo la llave; encerraos, pues, dormid sin cuidado, y pensad al dormiros que tal vez yo podré despertaros. Ahora bien; os abandono. Mi carruaje enganchado espera, y mi servidumbre no sabe donde estoy.

—Hasta muy pronto. ¿Verdad?

—Sí, hasta muy pronto.

—¿Y me amais algo?

—De no ser así, ¿estaríais aquí? ¿Y estaria yo tampoco?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marcelo intentó besar una mano que se le retiró con mucha prontitud. En seguida Lazarine, guardando en su bolsillo la llave de la casa Bréchu, volvió á tomar el camino del castillo, dirigiéndose efectivamente á Gordes.....

XXII

En el castillo de Gordes, Máximo Giraud habia pasado la noche escondido entre las ramas y espiando el invernadero.

Renée no habia bajado.

Genoveva habia practicado agujeros casi imperceptibles en las puertas de la habitácion de Renée, y por ellos espiaba tambien á la jóven, sin que hubiese presenciado nada sospechoso.

—Indudablemente la envenenadora desconfia—murmuró el doctor, cuando esta admirable criatura le dió cuenta de su reciente espionaje. —Comprende que el vaso rotó y las señales impresas en su mano por el jugo venenoso han llamado quizá mi atencion. Duda.... tiene miedo..... pero viendo que nada hago se tranquilizará pronto, y tratará de continuar su obra.... Preciso es no darle tiempo para ello.

—¿Qué vais á hacer, señor Máximo?—dijo Genoveva.

—Hoy nada—replicó el jóven.—He rogado al conde que pusiese un coche á mi disposicion. Voy á Orleans de donde traeré sustancias que sin duda me serán indispensables, y que no se encuentran en la farmacia del castillo.

—¿Os vais señor Máximo?—exclamó la doncella palideciendo.

—Por unas cuantas horas nada mas.

—Pero tened en cuenta—prosiguió Genoveva—que mientras no esteis aquí, la envenenadora recobrará toda su audacia. El señor conde nada sabe, pensadlo bien. Tiene plena y entera confianza.... ¿y qué podré yo hacer sin vos?

—Lo podreis todo. En primer lugar, antes de mi marcha, traeré á la señora de Gordes una bebida que acabo de preparar, y que tomará delante de mí..... En seguido, y hallándoos presente, diré al señor conde que nuestra querida enferma no debe probar ninguna clase de bebida durante mi ausencia, y que os encargo vigilar para que así se cumpla. Podreis, por lo tanto, escudaros con mi órden como médico para que se respete tan rigurosa consigna, y si la miserable Renée tratase de faltar á ella (lo cual

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marcelo intentó besar una mano que se le retiró con mucha prontitud. En seguida Lazarine, guardando en su bolsillo la llave de la casa Bréchu, volvió á tomar el camino del castillo, dirigiéndose efectivamente á Gordes.....

XXII

En el castillo de Gordes, Máximo Giraud habia pasado la noche escondido entre las ramas y espiando el invernadero.

Renée no habia bajado.

Genoveva habia practicado agujeros casi imperceptibles en las puertas de la habitácion de Renée, y por ellos espiaba tambien á la jóven, sin que hubiese presenciado nada sospechoso.

—Indudablemente la envenenadora desconfia—murmuró el doctor, cuando esta admirable criatura le dió cuenta de su reciente espionaje. —Comprende que el vaso rotó y las señales impresas en su mano por el jugo venenoso han llamado quizá mi atencion. Duda.... tiene miedo..... pero viendo que nada hago se tranquilizará pronto, y tratará de continuar su obra.... Preciso es no darle tiempo para ello.

—¿Qué vais á hacer, señor Máximo?—dijo Genoveva.

—Hoy nada—replicó el jóven.—He rogado al conde que pusiese un coche á mi disposicion. Voy á Orleans de donde traeré sustancias que sin duda me serán indispensables, y que no se encuentran en la farmacia del castillo.

—¿Os vais señor Máximo?—exclamó la doncella palideciendo.

—Por unas cuantas horas nada mas.

—Pero tened en cuenta—prosiguió Genoveva—que mientras no esteis aquí, la envenenadora recobrará toda su audacia. El señor conde nada sabe, pensadlo bien. Tiene plena y entera confianza.... ¿y qué podré yo hacer sin vos?

—Lo podreis todo. En primer lugar, antes de mi marcha, traeré á la señora de Gordes una bebida que acabo de preparar, y que tomará delante de mí..... En seguido, y hallándoos presente, diré al señor conde que nuestra querida enferma no debe probar ninguna clase de bebida durante mi ausencia, y que os encargo vigilar para que así se cumpla. Podreis, por lo tanto, escudaros con mi órden como médico para que se respete tan rigurosa consigna, y si la miserable Renée tratase de faltar á ella (lo cual

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

respondo que no sucederá), tendreis el derecho de cerrarla el paso con estas sencillas palabras: *El doctor lo ha prohibido*, y el señor de Gordes os apoyará.....

—¿Lo creeis así?

—Estoy seguro de ello.

—Me dais algun valor, señor Máximo. Fortalecedme por completo, asegurándome cuando concluiremos con la envenenadora.

—Mañana.

En los ojos de la fiel doncella. brilló un relámpago de alegria, que se apagó súbitamente, y la hizo exclamar:

—¡Mañana! Todavia hay mucho de aquí á mañana.

—La hora de la justicia se hace á veces esperar—respondió Máximo,—pero al cabo tambien llega.

—Muchas veces llega tarde—balbuceó Genoveva.

Media hora despues de esta conversacion, dos mejores caballos que encerraban las cuadras del castillo de Gordes conducian al médico á Orleans, y la doncella se instalaba al lado de su ama con el propósito firme de no abandonarla ni un minuto hasta el regreso de Máximo Giraud.

Este último no se habia equivocado respecto á la inquietud de que estaba presa Renée.

Desde la víspera se apoderó de la jóven una angustia sorda, inútilmente combatida, y que no la dejaba un solo momento de descanso.

Hallaba muy extraño que el doctor hubiese querido probar por primera vez la medicina destinada á la jóven condesa, y mucho mas aún que se hubiese conformado con la inverosímil explicacion referente á las quemaduras de su mano.

—Seguramente no sabe nada de una manera positiva, y sus sospechas son nacientes; pero se halla sobre la pista, y esto ya es mucho. Desde el primer momento en que este médico de aldea puso los piés en el castillo, me figuré que iba á serme funesto. Tiene en su mano el hilo de la intriga, y por lo tanto no se detendrá; proseguirá su tarea y llegará á conseguir su objeto, aunque afortunadamente será tarde. Una vez muerta Juana, ¿donde estarán las pruebas que me acusen? ¿Como impedir el proyecto de este hombre, ó mejor dicho, qué medio habrá para desbaratarlo? Naufragar tan cerca de la costa sería lamentable. Actos de audacia como el que he emprendido no se disculpan mas que si salen bien. Me he detenido ante consideraciones de prudencia que no revelan mas que debilidad de mi parte, y por temor de ir muy de prisa he retrasado mucho camino. Preciso es ganar el tiempo perdido, jugar el todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin vacilar, coger, como vulgarmente se dice, la ocasion por los cabellos y acabar de una vez. La audacia solo puede salvarme.

Ya hemos visto que la ocasion que Renée esperaba no habia de presentársele aquel dia.

Lazarine, que salió de la Tour du Roy inmediatamente despues de su conversacion con Marcelo Laugier, llegó cerca de las dos de la tarde.

Encontró á Juana mejor, ó por lo menos no tan mal como el dia antes.

Verdad es que la condesita no habia tomado un solo átomo de veneno hacia cuarenta y ocho horas; parecia mas animada, por mas que pudiera tambien ser una luz engañosa, precursora de un próximo fin.

Comprendiéndolo así Renée, se dijo:

—¿Quién sabe si mañana por la mañana se habrá apagado esa luz sin necesidad de soplarla?

La marquesa, por el contrario, no contando con encontrar viva á Juana, sintió renacer una débil esperanza.

Comió con Raoul y Renée y se volvió á la Tour du Roy manifestando á su hermana y á su cuñado que no la esperáran al dia siguiente.

Máximo, detenido en Orleans por complicadas manipulaciones que mandó ejecutar en su presencia en la primera farmacia de la ciudad,

no volvió á Gordes hasta las once de la noche.

Cambióse entre él y Genoveva una rápida mirada, con la que el médico pareció preguntar:

—¿Qué ha hecho la envenenadora?

Contestóle la doncella que nada habia intentado.

Máximo, aunque muy cansado y algo enfermo, no quiso dejar á la buena Genoveva sola para velar el sueño de Juana.

Instalóse en el salon que precedia á la alcoba, mientras que Genoveva se tendia en una larga silla colocada dentro de la misma alcoba, y á través de la puerta del tocador, impidiendo de este modo la entrada en la estancia á René.

El médico y la doncella habian dispuesto hacer centinela uno despues de otro, y por espacio de dos horas cada uno. Pasadas éstas, el que velaba despertaria al otro, y se dormiria á su vez; programa que, cumplido exactamente, hacia que se pasase la noche con tranquilidad. Al cabo palidecieron las estrellas; una línea blanquecina dibujóse por el lado de Oriente, sobre el cielo aún oscuro. Era el alba naciente de aquel trágico dia que debia colocar frente á frente á dos formidables adversarios de los cuales representaba uno el crímen y el otro la abnegacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Hoy—pensó Renée,—concluiré con mi rival.

—Hoy—se decia á su vez Máximo,—concluiré con la envenenadora.

Jamás tamaño desafío pudo entablarse con mas implacable saña por ambas partes; ¿quién saldrá vencedor?

Hácia las nueve de la mañana el ayuda de cámara de Raoul le manifestó que Máximo solicitaba una entrevista.

—Introducid al doctor—respondió el conde.

Dirigióse vivamente al encuentro del jóven médico, pero se detuvo y palideció en el momento en que aquel franqueó el dintel de la puerta.

En efecto, el rostro de Máximo era el de un hombre portador de terroríficas nuevas. Sus facciones irregulares, pero sumamente simpáticas, expresaban á la vez su profunda tristeza moral en el colmo del paroxismo y su indomable energia.

—¿Qué ocurre, Dios mio?—balbuceó el conde.—¿Sabeis que me asustais? Mi querida Juana parecióme que estaba mejor hace un momento. ¿Quizá me he equivocado? ¿Acaso está peor desgraciadamente?

—Nó—respondió Máximo,—por crítico que sea el estado de la señora de Gordes, no se ha

empeorado de dos dias á esta parte, gracias á Dios.

—Pues entonces, ¿qué es lo que venís á decirme, querido doctor, y por qué traeis una cara tan descompuesta, que se presta á las mas negras suposiciones? Mirad, estoy temblando.... Si no se trata de la condesa, nada me causará dolor.

—¿Lo creeis así, señor conde?—replicó el médico.

—Tan seguro como lo estais oyendo.

—Quizá os equivoqueis.

—¡No! no me equivoco—replicó.—No siendo Juana la causa, lo demas del mundo me importa poco, ó por mejor decir, no existe para mí. No hay disgusto que pudiera hacer mella en la coraza de mi indiferencia.

—Se cree así—prosiguió Máximo,—y la coraza se hace astillas al primer golpe.

—Muy mal me conoceis, querido doctor.... Aunque vinieran á decirme *estais arruinado*, responderia con indiferencia: *¿Qué me importa?*

—¡Ah! ojalá no se tratase mas que de ruina..—murmuró el médico.

Raoul se estremeció.

—¡Si no se tratára mas que de ruina!—repitió.—¿Es, pues, muy grave de lo que se trata?

—¡Muy grave, sí!.... Mucho mas grave de lo que podeis imaginaros.

—Doctor, os tengo en concepto de hombre formal. ¿No hablais por lo tanto en broma? ¿Habeis meditado vuestras palabras? No puedo comprender cual es el golpe que me amenaza, y sin embargo, tiemblo de miedo.

—Y teneis razon, porque el golpe será rudo.

—Pues bien, id derecho al asunto sin vacilaciones ni reticencias..... tendré fuerzas y valor para oiros.

—Mucho vais á necesitar.

—Tendré todo el que sea menester. Hablad, pues.

—Ante todo, ¿estamos completamente solos?

—Completamente.

—Permitidme que me convenza de ello.

Máximo recorrió por dos veces la habitacion, alzó las cortinas y colgaduras, examinó las rendijas de las ventanas y cerró las puertas con llave.

Estas dilaciones, evidentemente calculadas, obedecian á un doble objeto.

En primer lugar, el doctor trataba realmente de asegurarse de que ningun oído indiscreto se hallaba al acecho de las espantosas confidencias que iba á revelar, y queria ademas persuadir al señor de Gordes de que era horrible lo que iba á saber. Por mucho que se le permitiese figurarse en el terreno de las conjeturas, lo horrible de la revelacion superará á todo.

Máximo se acercó al conde.

—¿Vamos, pues?—dijo este último, cuya anciedad é impaciencia era harto manifiestas.—¿Qué aguardais todavia?

—Ya nada.

—Hablad entonces, os lo suplico.

—Ante todo, dadme palabra de honor de tener calma, de permanecer tranquilo y hablaré.

—Os la doy.

—Escuchad, pues.

XXIII

Sobrecogido Raoul de un temor vago, que acrecia por segundos, fijaba en Máximo su mirada extraviada y esperaba con angustia oír sus primeras palabras.

—Reunid todo vuestro valor, señor conde—repitió el jóven doctor.—Preparaos, porque el golpe que vais á recibir es terrible, y la revelacion que voy á haceros es espantosa.

—Me habeis asegurado que el estado de la

—Doctor, os tengo en concepto de hombre formal. ¿No hablais por lo tanto en broma? ¿Habeis meditado vuestras palabras? No puedo comprender cual es el golpe que me amenaza, y sin embargo, tiemblo de miedo.

—Y teneis razon, porque el golpe será rudo.

—Pues bien, id derecho al asunto sin vacilaciones ni reticencias..... tendré fuerzas y valor para oiros.

—Mucho vais á necesitar.

—Tendré todo el que sea menester. Hablad, pues.

—Ante todo, ¿estamos completamente solos?

—Completamente.

—Permitidme que me convenza de ello.

Máximo recorrió por dos veces la habitacion, alzó las cortinas y colgaduras, examinó las rendijas de las ventanas y cerró las puertas con llave.

Estas dilaciones, evidentemente calculadas, obedecian á un doble objeto.

En primer lugar, el doctor trataba realmente de asegurarse de que ningun oído indiscreto se hallaba al acecho de las espantosas confidencias que iba á revelar, y queria ademas persuadir al señor de Gordes de que era horrible lo que iba á saber. Por mucho que se le permitiese figurarse en el terreno de las conjeturas, lo horrible de la revelacion superará á todo.

Máximo se acercó al conde.

—¿Vamos, pues?—dijo este último, cuya anciedad é impaciencia era harto manifiestas.—¿Qué aguardais todavia?

—Ya nada.

—Hablad entonces, os lo suplico.

—Ante todo, dadme palabra de honor de tener calma, de permanecer tranquilo y hablaré.

—Os la doy.

—Escuchad, pues.

XXIII

Sobrecogido Raoul de un temor vago, que acrecia por segundos, fijaba en Máximo su mirada extraviada y esperaba con angustia oír sus primeras palabras.

—Reunid todo vuestro valor, señor conde—repitió el jóven doctor.—Preparaos, porque el golpe que vais á recibir es terrible, y la revelacion que voy á haceros es espantosa.

—Me habeis asegurado que el estado de la

condesa no se ha agravado desde ayer—balbuceó Raoul.

—Y os lo afirmo de nuevo.

—Hablad, pues, sin vacilacion ni temor. No me faltará el valor, os lo aseguro.

—Hasta ahora habeis atribuido la extraña y misteriosa enfermedad de la señora de Gordes á causas naturales.

—Sin duda, y esta misma era vuestra opinion.

—Sí—respondió Maximo,—y continuaba teniéndola hasta hace tres dias.

—Y hoy ¿qué pensais?

—Dios ha permitido que esclarezca el asunto, no quedándome mas que la pena, ó mejor dicho el remordimiento de tan larga ceguedad. Señor conde, en vuestra casa se comete un crímen.

—¿Un crímen?—repuso Raoul poniéndose lívido.

—Sí, un crímen de los mas viles é infames que se conocen. Asesinan á la señora de Gordes.... Se le asesina por medio del veneno, ¡y esto desde hace muchos meses!

El conde hizo un gesto sumamente brusco, cuyo sentido comprendió Máximo.

—¿No me creeis?—repuso.

—No, no os creo—dijo el hidalgo,—no puedo creeros, porque lo que decís es imposible. Juzgais por las apariencias, que, aun sin conocerlas, declaro desde luego faltas y engañosas. ¡Un crímen cometido á nuestros propios ojos! ¡Vamos, esto es una insensatez!.... ¿Quién puede cometer este crímen y con qué objeto? ¿Existe acaso criatura humana capaz de aborrecer al ángel que todos amamos y desear su muerte? ¡Nó. doctor! ¡Mil veces nó! Y aun prescindiendo de la imposibilidad moral de ejecutarlo, ¿no teneis para nada en cuenta la imposibilidad material?.... Juana se halla rodeada de personas que la quieren, y que darian su vida por ella.... ni Renée ni yo la abandonanamos, y vos estais á su lado constantemente... por otra parte, la abnegacion de Genoveva es incomparable, como muy bien sabeis.... ¿Como es, pues, posible salvar la valla humana que constituye este cúmulo de afectos?.... ¿Qué mano es la que derrama el veneno? No olvideis, doctor, que Renée es quien presenta á su hermana las medicinas que recetais y que Genoveva prepara.

Raoul, que aún sostenia el ardor de sus conviccionnes, iba á continuar, pero Máximo Giraud no le dejó proseguir.

—Todo eso lo sé—repuso. -Nada olvido, y os repito que tengais valor. Me preguntábais hace un momento que de quién seria la mano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que vertiera el veneno, y sin querer habeis pronunciado el nombre de la envenenadora.

—¡Qué!—balbuceó Raoul.—¿Genoveva?

—Nó—repuso Máximo.—Renée.

—¿La hermana de Juana?

—Su hermana.

Al principio de esta conversacion el señor de Gordes se sentó, ó mejor dicho se dejó caer en una silla. Al oír semejante revelacion subió una oleada de sangre á su rostro, y colboreó de púrpura sus lívidas mejillas. Levantóse de un salto, cogió las dos muñecas de Máximo, y mirándole de hito en hito, quemándole con su aliento, le dijo en voz baja, ronca y casi amenazadora:

—¡Cuidado, doctor, cuidado! Parece que estais demente, la locura os extravia. Por fortuna nadie mas que yo os oye. Pensad bien que semejante acusacion, tan audazmente formulada, es algo mas que una imprudencia.....

—¡Sería hasta un crímen, pardiez, si no pudiera probarse!—interumpió Máximo.—¿Creeis acaso que lo ignoro?

—¿De manera que sosteneis la acusacion?

—Sin ningun género de duda.

—¿Y podreis probarla?

—Por completo.

—¡Hacedlo, pues!

Nuestros lectores conocen ya en toda su plenitud las pruebas que terribles, luminosas é indiscutibles obraban en poder del doctor, y que éste, con una sangre fria de que no se hubiera creido capaz en semejante ocasion, puso lenta y minuciosamente de manifiesto ante los ojos del conde.

No era posible discutir con la evidencia, y el señor de Gordes tuvo que escuchar tan horrendo relato, la cabeza inclinada, el rostro sombrio y los ojos, ora llenos de lágrimas, ora relampagueando de ira.

Su mano derecha se hallaba contraida sobre el pecho, y al retirarla, la pechera de su camisa vióse teñida con algunas gotas de sangre.

—¿He suministrado suficientes pruebas?—dijo Máximo.—¿Estais ya convencido?.

Raoul respondió *si* con un gesto de muda elocuencia.

—¡Su hermana!..—balbuceó en seguida como hablando consigo mismo.—¡Su hermana!... ¡Oh, Dios mio! Pero ¿por qué? ¿Por qué asesina á Juana, que tanto la quiere? ¿A Juana que la sonrie, recibiendo la muerte de su mano?

Levantó la cabeza, y dejando ver su rostro desfigurado por lo horrible de semejante acusacion, prosiguó:

—¿Luego es verdad?.... ¡Es efectivamente posible tanta infamia, y Dios lo permite!.... Aún existen en el mundo mónstruos humanos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mil veces peores que las fieras.... La raza Cain no ha muerto.... Revive entera en Renée. ¡Solo que Renée es mucho mas infame, mucho mas que Cain! ¡Abel no abrazó á Cain en el momento de cometer éste el fratricidio! Ante el brazo y la sonrisa de Abel, tal vez Cain hubiera vacilado.... Renée ni aun ante esto se ha detenido.

El señor de Gordes se retorció las manos. Un prolongado estremecimiento recorrió su cuerpo. Secáronse las lágrimas que corrian por sus blancas mejillas, y sus facciones adquirieron una formidable expresion de ódio y amenaza.

—¿Que expiacion bastará para tan inaudito crímen?—prosiguió diciendo con voz cada vez mas ronca.—¿Conoceis alguna, doctor? ¡El cadalso es aun poco! ¡Venid!

—¿A donde?—preguntó Máximo.—¿A donde quereis ir, y qué pretendeis hacer?

—Quiero apoderarme de la miserable.... arrancarla de esta habitacion donde ejecuta su obra, arrancarla con mi misma mano, y constituirme en su carcelero hasta la llegada de la justicia, á quien avisaré al momento.

—La justicia—respondió Máximo,—nada tiene que hacer aquí. No podeis nunca entregarla á la hermana de la condesa, muy bien lo sabeis.

—Preciso es, sin embargo, que la miserable tenga su castigo.

—Nuestro deber es desenmascararla.

—Nuestro primer deber es callarnos.

—¿Callarnos?—exclamó estupefacto el señor de Gordes.

—Sí.

—¿Acaso pretendeis que aparentemos ignorarlo todo?

—Justamente.

—Explicaos, doctor, porque no os comprendo.

—Vais á comprenderme. El otro dia decia á Genoveva, que como vos queria desenmascarar al momento á la infame: sabemos quien es la envenenadora, pero no conocemos el veneno, y necesito saberlo para tener una leve probabilidad de salvar á la señora de Gordes.

—Obligaremos á Renée á que hable.

—¿Y como?

—Por todos los medios posibles.

—¿Cual son los que pensais poner en práctica?

—Renée Leroux no teme á nadie en el mundo; demasiado probado lo tiene.

—Si esto no basta, apelaré hasta la violencia.

—Medio indigno de vos, y por otra parte completamente inútil.... Renée negaria lo mismo su crímen con una audacia diabólica, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aun cuando para ello fuese necesario emplear el tormento, permaneceria muda acerca del particular.

—¡Es, sin embargo, preciso que hable!—balbuceó el conde juntando las manos con ademan suplicante.—Es preciso tanto mas, doctor, cuanto que habeis dicho que la única probabilidad de salvar á Juana depende de la confesion de Renée.

—¿Teneis en mí confianza?—preguntó Máximo al señor de Gordes, como se le habia preguntado á Genoveva.

—Como en Dios—respondió el conde.

—Pues bien: si me permitís que os guíe por algunos momentos, si me prometeis no obrar sino con arreglo á mis consejos, creo poderos asegurar que la envenenadora hablará.

—Guiadme, doctor—respondió el señor de Gordes, con la misma sinceridad que lo habia dicho á Genoveva el dia antes.—En vuestras manos abdico mi libre albedrio. Mandadme obrar y obraré.... ¿qué es preciso hacer?

Máximo explicó su plan en pocas palabras.

Nuestros lectores le conocerán por sus resultados, pues en este momento sería, cuando menos, supérfluo el darlos á conocer.

—¿Contais con ese resultado, señor conde?—preguntó Máximo cuando hubo concluido de trazarlo.

—Tengo en él completa confianza—replicó Raoul.

Máximo tocó un timbre.

El ayuda de cámara apareció en el momento.

—¿Sabeis donde está la señorita Renée?—preguntó el señor de Gordes.

—Sí, señor conde, la señorita Renée se pasea hace un momento en la terraza delante del castillo.

—Id y decidla de mi parte que la agradeceré mucho venga á buscarme aquí.

—Está bien, señor conde.

—En seguida direis al jefe de la caballeriza que dé órden de enganchar un carruaje para el señor doctor, y que esté preparado para despues del almuerzo. Id pronto.

El ayuda de cámara cumplió sin perder un momento las órdenes que habia recibido respecto de la hermana de la condesita.

Renée iba y venia con paso lento y hasta automático, paseándose en la terraza por entre los tiestos de seculares naranjos, y las mitológicas estátuas de Coustou y Pigalle.

Deteníase momentáneamente sin apercibirse de ello, interrogaba con vaga mirada los lejanos horizontes del parque, ó mirando sin fijarse en ellas las flores de las cestas colocadas á sus piés.

¿En qué pensaba tan odiosa criatura? Nues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tros lectores pueden figurárselo tan bien como nosotros. Renée no tenia hacia mucho tiempo mas que una idea fija, en la que se resumian todas las demas.

Al saber que su cuñado deseaba hablarla sin tardanza, se sobresaltó, sus cejas se fruncieron y el estremecimiento de su nariz acusó una súbita emocion.

—¿Qué puede quererme?—preguntóse.

Durante breves segundos buscó sin encontrar la clave de este enigma, y haciendo un ademan que significaba claramente *suceda lo que quiera*, se encaminó resueltamente al castillo, dirigiéndose á la habitacion del conde de Gordes.

XXIV

Al franquear Renée el dintel de la habitacion del conde, hallábase algo mas pálida que de ordinario, aunque resuelta y completamente dueña de sí misma.

La presencia del doctor al lado de Raoul le

causó una sorpresa mezclada de desconfianza, que supo ocultar con maravillosa sangre fria.

Saludó con una ligera inclinacion de cabeza á Máximo, á quien trataba siempre con desden, y dirigiéndose al señor de Gordes, le dijo tendiéndole la mano:

—Buenos dias, hermano mio; acaban de decirme que deseais verme, y he supuesto naturalmente que cuando me mandabais llamar en lugar de venir á buscarme, se trata de algo importante y muy urgente, por lo que me he apresurado á venir.

Necesario le fué á Raoul una fuerza de voluntad poco comun para no dejar traslucir la revolucion que se operó en todo su sér al acercársele su hermana. Alteráronse los músculos de su rostro. Un fuego sombrio iluminó sus pupilas, que sus párpados inclinados velaron en seguida; respiraron sus facciones su habitual expresion de profunda melancolia, y su mano helada tocó la de la jóven.

—Gracias, hermana mia—repuso con acento que una súbita ronquera hacia apenas perceptible,—trátase, con efecto, de una cosa muy grave que necesitais conocer al momento. Pero decidme; ¿estais mala, no es verdad?

—¿Por qué me lo preguntais?—murmuró Renée.

—Vuestras mejillas tienen la palidez del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tros lectores pueden figurárselo tan bien como nosotros. Renée no tenia hacia mucho tiempo mas que una idea fija, en la que se resumian todas las demas.

Al saber que su cuñado deseaba hablarla sin tardanza, se sobresaltó, sus cejas se fruncieron y el estremecimiento de su nariz acusó una súbita emocion.

—¿Qué puede quererme?—preguntóse.

Durante breves segundos buscó sin encontrar la clave de este enigma, y haciendo un ademan que significaba claramente *suceda lo que quiera*, se encaminó resueltamente al castillo, dirigiéndose á la habitacion del conde de Gordes.

XXIV

Al franquear Renée el dintel de la habitacion del conde, hallábase algo mas pálida que de ordinario, aunque resuelta y completamente dueña de sí misma.

La presencia del doctor al lado de Raoul le

causó una sorpresa mezclada de desconfianza, que supo ocultar con maravillosa sangre fria.

Saludó con una ligera inclinacion de cabeza á Máximo, á quien trataba siempre con desden, y dirigiéndose al señor de Gordes, le dijo tendiéndole la mano:

—Buenos dias, hermano mio; acaban de decirme que deseais verme, y he supuesto naturalmente que cuando me mandabais llamar en lugar de venir á buscarme, se trata de algo importante y muy urgente, por lo que me he apresurado á venir.

Necesario le fué á Raoul una fuerza de voluntad poco comun para no dejar traslucir la revolucion que se operó en todo su sér al acercársele su hermana. Alteráronse los músculos de su rostro. Un fuego sombrio iluminó sus pupilas, que sus párpados inclinados velaron en seguida; respiraron sus facciones su habitual expresion de profunda melancolia, y su mano helada tocó la de la jóven.

—Gracias, hermana mia—repuso con acento que una súbita ronquera hacia apenas perceptible,—trátase, con efecto, de una cosa muy grave que necesitais conocer al momento. Pero decidme; ¿estais mala, no es verdad?

—¿Por qué me lo preguntais?—murmuró Renée.

—Vuestras mejillas tienen la palidez del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mármol, teneis ojeras y desfigurado el rostro; señales todas que, por desgracia, no engañan.

—Pues os engañan, por lo menos hoy. Estoy rendida de cansancio, pero no enferma.

—Hermana mia—respondió el señor de Gordes,—sois víctima del exceso de desvelos. El cargo de enfermera que os habeis impuesto con tan gran valor, supera con mucho á vuestras fuerzas.....

Renée dirigió á su hermano una mirada de desconfianza. Parecióle que las últimas palabras que habia oído fueron pronunciadas con un acento extraño; pero creyó que se equivocaba, y que solo la inflexion de la voz era la única causa de tan singular entonacion.

—¿Qué significa eso de abnegacion y de valor?—replicó.—Esas son palabras que parecen revelar virtudes que no tengo. La ternura es tan solo la que inspira mi conducta. Amo á Juana hasta morir por ella, y no contraigo ningun mérito consagrándola mi vida. Pero basta ya de ocuparnos de mí. ¿De qué quereis hablarme?

—De Juana.

—Me lo figuraba. ¿Qué teneis que decirme de esa pobrecita?

—Habreis observado, sin duda, como el doctor y como yo—repuso Raoul—que si desde hace dos dias no hay mejoria positiva en el estado de vuestra querida hermana, no hay tampoco mas gravedad. El mal se ha hecho estacionario y parece encauzado. Poca cosa es, y sin embargo es mucho.

—Tambien he hecho yo la misma observacion—replicó Renée,—y á pesar de todo no me atrevo á esperar.....

—¿Por qué? La esperanza es un bien supremo.

—Seguramente; pero si ésta no fuese mas que una tregua, si el mal recobrase su curso, ¡cuan profunda amargura vendria á reemplazar á la esperanza perdida! ¿Lo habeis pensado bien, hermano mio?

A Raoul se le concluían las fuerzas.

En lugar de responder, escondió el rostro entre sus manos.

Máximo habló en su lugar.

—Para evitar, Dios mediante, la inmensa decepcion de que tambien hablais, hemos resuelto, señorita, ó mejor dicho ha resuelto el señor conde, concediéndome una confianza que no merezco, intentar un último esfuerzo que le he propuesto.

—¿Y en qué consiste?—preguntó Renée en tono de marcada ironia.

—Estoy persuadido—contestó Máximo,—que en el estado casi desesperado en que se halla la señora condesa, es muy nocivo para ella

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el aire de este país, sobre todo aproximándose el invierno, por lo que me parece indispensable un cambio de clima.

—Olvidais sin duda, doctor, que el cambio de clima es imposible—replicó la jóven con amargura.

—¿Quién dice eso?—replicó Máximo.

—¿Pensais por ventura, hacer mudar de residencia á Juana?

—Sí, señorita, pienso en ello.

—¡Pero esto es una locura!—exclamó Renée. —¿Como la pobre niña, cuya debilidad es tan grande que se desmaya al llevarla de una cama á otra, habia de soportar semejante viaje? Antes de que pudiera recorrer veinte leguas habria muerto.

—Permitidme que no participe de vuestros temores, señorita. A la edad de la señora condesa, la naturaleza ofrece poderosos recursos. Existen ademas medios de prestar momentáneamente fuerzas ficticias al cuerpo exhausto, y me valdré de estos médios. En el extremo á que hemos llegado es menester jugar el todo por el todo con una audacia que, á no ser por esto, degeneraria en imprudencia. Allí donde se vea un solo gérmen de esperanza, es indispensable aprovecharlo, por débil y vaga que esta sea.

—¿Luego os llevais á mi hermana?—dijo bruscamente Renée.

—Sí, señorita.

—¿A donde?

—A Niza.

—¿Cuando?

—Mañana.

—Está bien. No os detendré, haré mis preparativos de viaje antes que vosotros.

El señor de Gordes levantó la cabeza.

—No prepareis nada, hermana mia—repuso con la misma voz enronquecida.—Excepto el doctor y yo, nadie acompañará á la condesa...

La fisonomia de Renée se descompuso de un modo espantoso, mientras que dirigia á Raoul una mirada enfurecida.

—Creo que he entendido mal; ¿pero no quereis decir que os marchais sin mí?

—Perdonad—replicó el señor de Gordes,—pero es precisamente lo que he querido decir.

—¿Pensais en separarme de Juana?

—Es preciso.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho yo para merecer este ultraje? ¿No me he consagrado á mi hermana noche y dia, sin tregua ni descanso, desde el principio de su enfermedad? ¿Quién hubiera hecho mas que yo?

—Nadie habria hecho lo que vos—respondió el conde.—Lo sé, y por eso precisamente

no quiero llevaros conmigo.... Si Dios ha dispuesto herirme sin piedad, si la tentativa que voy á ensayar fuera inútil.... si está escrito que mi querida Juana muera.... basta que haya un luto en la familia. Vuestro padre os ha confiado á mi ternura fraternal, me ha hecho responsable de vuestra vida.... y el cansancio os mata; creo hace mucho tiempo lo habeis dicho. Comprendo que vuestras fuerzas concluyen. Algunos dias mas de esta existencia imposible, bastarian para destruir la energia que os resta, hasta que, cansada y rendida, os pondríais mala tambien.... así que os declaro que esto no sucederá.

—Os lo suplico, hermano mio.

—No me supliqueis; sería completamente inútil.

—Me arrojaré á vuestros piés si es preciso.

—Sería en vano, mi resolucion es irrevocable, y ya os he dicho por qué.

—¿Habeis pensado en lo que sufriré lejos de mi querida Juana? Me moriré de inquietud y de tristeza.

—Nadie se muere de tristeza, pero si de cansancio.

—¿Qué vá á ser de mí quedándome sola?

—No os quedareis sola. Voy á mandar un propio á Lazarine.... Vendrá mañana á buscaros, al despedirse de Juana, y os quedareis

con ella ó ireis á reuniros con vuestro padre á Paris; por lo tanto, no temais el aislamiento.

Renée oprimió el pañuelo contra sus ojos, de los que salian relámpagos en vez de lágrimas.

—Sea—dijo,—cumpliré vuestro capricho puesto que vos mandais y es preciso obedecer; mas al separarme de mi hermana me causais una desesperacion inmensa.... ¡Oh! Raoul, Raoul, no os hubiera creido capaz de tan inútil crueldad—dijo la jóven, que prorrumpió en sollozos.

El doctor esperó algunos segundos para dar lugar á que pasase esta crísis, y en seguida repuso:

—Por dolorosa que sea una separacion, que la extrema debilidad de vuestro estado hace precisa (y en este punto soy de la misma opinion que el señor conde de Gordes), no rehusareis, señorita, el prestar vuestros solícitos cuidados á nuestra querida enferma hasta el momento de su marcha.... Cuento con ello, con tanta mas razon cuanto que hoy necesito de vuestro concurso.....

Renée apartó el pañuelo que cubria sus ojos enjutos, y miró fijamente á Máximo.

Este último prosiguió:

—Me voy á las doce á Rancey para abrazar á mi madre, á quien sin duda ya no veré hasta dentro de algun tiempo.... No volveré hasta

esta noche muy tarde.... Antes de marchar prepararé una bebida fortificante, con cuya virtud cuento. La señora de Gordes beberá la mitad á mi presencia, y os ruego, señorita, que le deis el resto á las tres en punto.

Renée inclinó la cabeza para ocultar la sombria llama que destellaban sus ojos, y dijo con voz que quiso hacer aparecer firme, aunque temblaba algun tanto:

—Haceis bien en contar conmigo, señor Máximo; cumpliré mi encargo hasta el fin. ¿Habeis dicho que á las tres?

—A las tres en punto, señorita.

—Será puntual. ¿Donde estará la bebida?

—En el laboratorio.

—Está bien; ¿teneis algun otro encargo que hacerme?

—Uno solo, y es que no digais á vuestra hermana una sola palabra referente á su viaje.

—¿Es decir que lo ignora?

—¿Como habia de saberlo si aún no hace una hora que lo hemos resuelto el señor conde y yo? Creo por tanto prudente, para evitar á la condesa toda clase de agitacion moral, no decirla nada hasta el momento de partir.

—Tranquilizaos, doctor, no hablaré.

El ayuda de cámara puso término á la conversacion anunciando el almuerzo.

Terminado éste, Máximo preparó una medicina, que dividió en dos partes iguales, haciendo beber á Juana una. En seguida subió al carruaje que lo habia conducido la víspera á Orleans, y los caballos partieron al galope.

Cuando el coche llegó á un punto en que ya no podia vérsele desde el castillo, el cochero detuvo los caballos.

Máximo se apeó y volvió furtivamente al parque, mientras que el carruaje emprendia de nuevo su rápida marcha con direccion á Hojas-Verdes.

XXV

La víspera de éste dia, al abandonar el castillo de Gordes para regresar al de la Tour du Roy, Lazarine se hallaba completamente decidida á no hacer aquella noche su primera visita á la casa Bréchu.

A cosa de las nueve entró en su cuarto. Se ocupó aunque muy poco de su hijo, despidió la nodriza, llamó á la doncella, á quien tambien mandó retirar despues de desnudarse, y po-

esta noche muy tarde.... Antes de marchar prepararé una bebida fortificante, con cuya virtud cuento. La señora de Gordes beberá la mitad á mi presencia, y os ruego, señorita, que le deis el resto á las tres en punto.

Renée inclinó la cabeza para ocultar la sombria llama que destellaban sus ojos, y dijo con voz que quiso hacer aparecer firme, aunque temblaba algun tanto:

—Haceis bien en contar conmigo, señor Máximo; cumpliré mi encargo hasta el fin. ¿Habeis dicho que á las tres?

—A las tres en punto, señorita.

—Será puntual. ¿Donde estará la bebida?

—En el laboratorio.

—Está bien; ¿teneis algun otro encargo que hacerme?

—Uno solo, y es que no digais á vuestra hermana una sola palabra referente á su viaje.

—¿Es decir que lo ignora?

—¿Como habia de saberlo si aún no hace una hora que lo hemos resuelto el señor conde y yo? Creo por tanto prudente, para evitar á la condesa toda clase de agitacion moral, no decirla nada hasta el momento de partir.

—Tranquilizaos, doctor, no hablaré.

El ayuda de cámara puso término á la conversacion anunciando el almuerzo.

Terminado éste, Máximo preparó una medicina, que dividió en dos partes iguales, haciendo beber á Juana una. En seguida subió al carruaje que lo habia conducido la víspera á Orleans, y los caballos partieron al galope.

Cuando el coche llegó á un punto en que ya no podia vérsele desde el castillo, el cochero detuvo los caballos.

Máximo se apeó y volvió furtivamente al parque, mientras que el carruaje emprendia de nuevo su rápida marcha con direccion á Hojas-Verdes.

XXV

La víspera de éste dia, al abandonar el castillo de Gordes para regresar al de la Tour du Roy, Lazarine se hallaba completamente decidida á no hacer aquella noche su primera visita á la casa Bréchu.

A cosa de las nueve entró en su cuarto. Se ocupó aunque muy poco de su hijo, despidió la nodriza, llamó á la doncella, á quien tambien mandó retirar despues de desnudarse, y po-

niéndose un peinador, dejando sus cabellos sueltos, se dejó caer en un sitial cerca de la cama.

Segura como estaba de no dormir, no pensaba en acostarse, y sosteniendo entre sus calenturientas manos su cabeza fatigada, púsose á examinar despacio su situacion en todos sentidos.

A medida que avanzaba en él, sentíase presa de un gran desaliento. ¿Como salir, con efecto, del atolladero en que la tenian sumida sus continuadas imprudencias, de las que la última no era la menos grave?

Marcelo Laugier, llamado por ella, la esperaba y la esperaria todos los dias. Contaba con el cumplimiento de una promesa que parecia hecha con completa libertad, sin sospechar que el único objeto de la marquesa al citarlo en el Loiret, era el de alejarlo del príncipe de Castel-Vivant.

Creiase amado, y cualquiera en su lugar hubiera creido lo mismo.

Lazarine no podia retardar mucho la entrevista; la enfermedad de Juana la proporcionaba un pretexto para contemporizar, pero mas tarde ó mas temprano sería necesario hacer uso de la doble llave que habia pedido. Si tardaba mucho, Marcelo Laugier, cuyo carácter inquieto y suspicaz conocia muy bien, se inquietaria,

llegaria á sospechar alguna traicion, y no viéndola llegar no vacilaria en presentarse en el castillo.

La marquesa queria evitar á todo trance que esto sucediese.

Para ello era menester cumplir la palabra empeñada; pero la idea de esta entrevista la asustaba no sin razon. El ex-húsar, hallándose solo, de noche, con una mujer adorada hasta la idolatria y en una casa sita en medio de un bosque, querria seguramente entrar en posesion de todos los derechos que juzgaba corresponderle.

¿Y de qué medios valerse para evitarlo?

Por otra parte, la jóven viuda no dejaba de comprender que una nueva debilidad solo serviria para soldar con mas fuerza la cadena que pretendia romper.

¿Qué hacer, pues, en este estado?

¿Suplicar á Marcelo, dirigirse á su corazon, esperarlo todo de su generosidad; y pedirle que se sacrificára él mismo para dejar en libertad á la que amaba?

La señora de la Tour du Roy no ignoraba que tenia muy pocas probabilidades de éxito con este proyecto, pero no desconocia tampoco que no hay nada imposible para algunas criaturas dotadas de un poder mágico, y ella sabia que era irresistible.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De repente levantóse bruscamente, diciendo casi en alta voz:

—La incertidumbre es el peor de los suplicios. No quiero sufrirlo mucho tiempo. Esta misma noche acudiré á la cita, y si mi perseguidor es inflexible, yo veré lo que he de hacer.... Si quiere guerra, la tendrá. Sí, guerra sin cuartel.

Y añadió en voz baja con una expresion de ódio, que por espacio de un segundo desfiguró su rostro:

—¡Cuanto no daria yo á quien me librase de este hombre!

Lazarine cogió con sus dos manos su cabellera, la retorció y la arregló sobre su cabeza con un peine de concha; envolvióse en un peinador de cachemira oscuro, hizo su tocado con una mantilla de encaje negro que caía sobre sus hombros, escondió en uno de sus bolsillos el revólver de que habia hablado á Marcelo, arma preciosa con culata de marfil, verdadero juguete de mujer, pero bastante para matar un hombre; puso en el otro la llave de la casa Bréchu y una caja de cerillas.... y segura de que nadie sospecharia su ausencia, puesto que su doncella estaba acostada, y sin duda dormia hacia mas de una hora, tomó un candelero, abandonó su cuarto, bajó al entresuelo por una

escalera excusada, abrió sin ruido una ventana, apagó su luz y se encontró en el parque.

Durante algunos segundos la oscuridad de la noche la desorientó. Parecia que llevaba una venda en los ojos. Vacilaba respecto de la direccion que debia tomar, y temia tropezar á cada paso con algun obstáculo invisible.

Pero pronto sus ojos se familiarizaron con las tinieblas; la oscuridad tan pronfunda tomó á su vista una trasparencia relativa, y se la hizo posible reconocer el camino.

Este por otra parte no era muy difícil de seguir.

Buscaba internarse en la calle de árboles que costeaba el muro del parque, y seguir por ella hasta llegar á la puertecita situada no lejos del pabellon rústico donde tuvieron su segunda entrevista Marcelo y Lazarine siete meses despues de la muerte del marqués de la Tour du Roy.

Las once daban en el reloj del castillo en el momento en que la marquesa llegaba á la puertecilla cerrada con cerrojo por el lado del parque, y que esta descorrió.

—Para llegar á donde voy—se dijo,—me basta con veinte minutos.

Y sin vacilar internóse por el sendero del bosque.

Lazarine llevaba su valor hasta la temeridad,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como ya sabemos, y se vanagloriaba de no tener miedo de nada; pero sin embargo, faltaríamos á la verdad en esta ocasion si no hiciéramos constar que un vago temor hizo latir mas de una vez su corazon durante esta nocturna excursion.

Tres ó cuatro veces se detuvo pensando que la seguian. Echó mano al revólver, y con mas sobresalto del que ella misma creia, prestó atencion por si percibia algun ruido.

Bien pronto no obstante se tranquilizaba, procurando convencerse de que el ruido que producia su sobresalto seria causado por la caida de alguna hoja de los árboles, por el pesado vuelo de un mochuelo ó por la huida de alguna liebre fugitiva.

Así, pues, volvia á continuar su marcha, y su paso, retardado un momento, se hacia mas rápido.

Al cabo de un cuarto de hora hallóse fuera del bosque, y diez minutos despues llegó frente á la casa Bréchu, habiendo recorrido un poco menos de media hora la distancia que la separaba del castillo.

Dirigió entonces la vista hácia el aparente castillo y vió brillar una luz en la ventana gótica del primer piso.

—Está esperándome—dijo Lazarine,—y eso

que le dije esta mañana que, segun todas las probabilidades, no vendria esta noche.

La jóven levantó el picaporte de la empalizada, atravesó el jardin inglés, cuyos árboles, segun la tia Pethiviers, deberian dar sombra cuando crecieran, llegó á la puerta de la casa, y quiso abrir con la llave que sacó del bolsillo.

Presentóse, no obstante, una dificultad.

En su corta visita á la casa del difunto capitan, Lazarine no se habia fijado bien en la situacion de la cerradura.

La buscó, no la encontró, é hizo sin querer un poco de ruido.

Impacientada en esta tardanza cuando llegaba al cabo de su empresa, iba á encender una cerilla; pero fué inútil, porque la puerta se abrió de pronto.

Marcelo, con una luz en la mano, apareció en el umbral.

Con su brazo derecho abarcó, sin pronunciar palabra, el talle de Lazarine, á quien atrajo suavemente al interior; y cuando hubo cerrado la puerta tras ella, murmuró con voz temblorosa de emocion:

—¿Con que es cierto que habeis venido, adorada mia? Os estoy viendo y no puedo creer á mis ojos. Paréceme que es sueño y que es imposible que esteis aquí. Con una noche tan

oscura podria esperaros, pero no podia figurarme que viniérais, y me decia:

—*¿Hay alguna mujer en el mundo, una sola, capaz de desafiar estas tinieblas y de afrontar la espantosa soledad de los bosques?*—Nó, respondíame, y sin embargo habeis venido y no habeis tenido miedo, adorada Lazarine.

—Ya os tengo dicho que soy valiente—replicó la marquesa.

—Esto es mucho mas que valentia—exclamó Marcelo,—esto se llama heroismo.

—Sea por el heroismo si os parece—dijo la jóven viuda en tono de mofa,—pero no permanezcamos aquí.... esta habitacion es mortalmente triste; vamos arriba.

—Cogeos de mi brazo.

—La escalera es muy estrecha para que pasemos los dos. Subiré muy bien sola. Pasad delante y alumbradme.

Marcelo obedeció.

Apoderóse de él una gran tristeza, reemplazando sin transicion la inmensa alegria que en un principio experimentó.

Lazarine estaba allí; pero la severidad de su aptitud, la sequedad de su acento, habia vertido, por decirlo así, un jarro de agua helada sobre el entusiasmo del jóven oficial.

Sin embargo, conforme fué subiendo de espaldas los temblorosos peldaños de la escalera

para mejor alumbrar á la visitante, fuese tambien serenando por grados.

—La señora de la Tour du Roy—se dijo—ha experimentado la desagradable impresion que comunican la soledad y las tinieblas. Se ha sobrecogido cansada, y á mas á un hombre lleno de energia le sucederia lo propio; pero esto pasará pronto, y dentro de algunos momen- volverá á ser la misma, abandonándose por completo á un amor de que tan palpable prueba me dá viniendo aquí; prueba harto elocuente é indiscutible.

Marcelo y Lazarine entraron en la habitacion decorada al estilo de la Edad Media y que ya hemos descrito.

La jóven se dejó caer en uno de los grandes sillones en forma de reclinatorios, y se soltó con impaciencia la mantilla de encaje que rodeaba su cabeza, pues se sentia verdaderamente cansada de la rápida caminata que habia hecho, y sonrosado el cútis de sus mejillas.

Parecia su boca cincelada en coral húmedo; sus pupilas irradiaban como esmeraldas bajo la doble hilera de sus largas pestañas. Al soltarse el velo habia casi deshecho su peinado, que en sedosas madejas caian en abundante riqueza sobre sus hombros y pecho.

Nunca la habia visto Marcelo tan seductora,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y para servirnos de la expresion de Renée, mas *embriagadora*.

Profundamente conmovido, transido de amor su corazon y todo su sér; se arrodilló ante ella, cogió sus primorosas manos, cuajadas de deslumbradores brillantes, y quiso aproximarlas á sus labios.

Lazarine las retiró bruscamente, diciendo con aire de mal comprida cólera:

—¿Qué es lo que haceis?

—¿No me es permitido besar vuestras manos?—balbuceó el jóven.—Todos los dias, en sociedad, un extraño, un indiferente, besa la mano de una mujer.... Esto no es mas que una simple galantería ó una prueba de educacion.... y me figuro que no soy para vos extraño ni indiferente; al menos así lo creo.

La señora de la Tour du Roy comprendió que para adelantar algo en lo que se proponia era preciso no mortificar al ex-húsar.

—Teneis mil razones, amigo mio—repuso,—y he hecho mal, lo conozco; pero sed indulgente conmigo, es preciso serlo y lo sereis. No he venido aquí á buscar pruebas de ternura, sino consuelo; sufro mucho, os lo aseguro. Estoy triste y soy muy desgraciada.....

—¡Dios mio! ¿Qué teneis?—dijo Marcelo.

—La condesa de Gordes se muere, y yo no estaria aquí si no me hubiese faltado valor para presenciar su agonia. Ya lo veis, Marcelo; tengo el alma transida de dolor.... Es menester que seais para mí un amigo, pero nada mas que un verdadero amigo. ¿Quereis serlo, no es así?

El desengaño era rudo, pero la exigencia de Lazarine se fundaba en un motivo tan respetable, que el no acceder á sus ruegos hubiera sido hasta cruel.

Marcelo, por lo tanto, respondió dócilmente, aunque sin tener conviccion de lo que hacia.

—Quiero todo lo que vos querais.

—Pues entonces—continuó la marquesa con una sonrisa melancólica,—aprovecharemos vuestra prudente resignacion pare hablar formalmente.

XXVI

—Aprovecharemos vuestra prudente resignacion para hablar formalmente—habia dicho la marquesa de la Tour du Roy.

Estas palabras pronunciadas por Lazarine,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y para servirnos de la expresion de Renée, mas *embriagadora*.

Profundamente conmovido, transido de amor su corazon y todo su sér; se arrodilló ante ella, cogió sus primorosas manos, cuajadas de deslumbradores brillantes, y quiso aproximarlas á sus labios.

Lazarine las retiró bruscamente, diciendo con aire de mal comprida cólera:

—¿Qué es lo que haceis?

—¿No me es permitido besar vuestras manos?—balbuceó el jóven.—Todos los dias, en sociedad, un extraño, un indiferente, besa la mano de una mujer.... Esto no es mas que una simple galantería ó una prueba de educacion.... y me figuro que no soy para vos extraño ni indiferente; al menos así lo creo.

La señora de la Tour du Roy comprendió que para adelantar algo en lo que se proponia era preciso no mortificar al ex-húsar.

—Teneis mil razones, amigo mio—repuso,—y he hecho mal, lo conozco; pero sed indulgente conmigo, es preciso serlo y lo sereis. No he venido aquí á buscar pruebas de ternura, sino consuelo; sufro mucho, os lo aseguro. Estoy triste y soy muy desgraciada.....

—¡Dios mio! ¿Qué teneis?—dijo Marcelo.

—La condesa de Gordes se muere, y yo no estaria aquí si no me hubiese faltado valor para presenciar su agonia. Ya lo veis, Marcelo; tengo el alma transida de dolor.... Es menester que seais para mí un amigo, pero nada mas que un verdadero amigo. ¿Quereis serlo, no es así?

El desengaño era rudo, pero la exigencia de Lazarine se fundaba en un motivo tan respetable, que el no acceder á sus ruegos hubiera sido hasta cruel.

Marcelo, por lo tanto, respondió dócilmente, aunque sin tener conviccion de lo que hacia.

—Quiero todo lo que vos querais.

—Pues entonces—continuó la marquesa con una sonrisa melancólica,—aprovecharemos vuestra prudente resignacion pare hablar formalmente.

XXVI

—Aprovecharemos vuestra prudente resignacion para hablar formalmente—habia dicho la marquesa de la Tour du Roy.

Estas palabras pronunciadas por Lazarine,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

produjeron en Marcelo una vaga inquietud. Aunque enamorodo perdidamente, no se hizo ilusiones respecto de ella.

Sabia que era frívola y harto ligera, ávida de lujo en todos conceptos, amiga de los placeres en todas sus manifestaciones, sin tener por el contrario ni un átomo de formalidad.

En su consecuencia, las palabras que acababa de emplear, y que hubiera podido encontrar muy naturales en boca de cualquier otra mujer, le parecieron de muy mal augurio, comprendiendo que la marquesa iba á plantear alguna cuestion desagradable para él.

Deseoso, por lo tanto, saber al momento si no lo engañaban sus presentimientos, limitóse á sonreir y preguntó:

—¿Entonces vamos á hablar formalmente?

—¡Sin duda alguna!.... Cualquiera diria que esto os causa extrañeza.....

—¿Por qué habia de extrañarme, conociendo que la conversacion estará conforme á la disposicion de ánimo en que os hallais?

—¿Acaso puedo evitar estar muy afectada cuando mi hermana se muere?

—Vuestra tristeza no puede ser mas justa, y desgraciadamente no tengo medios de poder consolaros, adorada mia; ¿qué teneis que decirme?

Lazarine tenia preparado su papel, y le habia estudiado por el camino con la perfeccion posible, razon por la que empezó á decir sin vacilar y con vos que parecia comovida:

—Si hay en el mundo algo de que os sea imposible dudar, es seguramente mi ternura para vos. Sobradas pruebas os he dado de ello.

—Y estas pruebas me han hecho el mas feliz de los hombres—dijo el ex-teniente,—siendo poco mi vida entera para pagaros con reconocimiento la felicidad infinita que os debo.

—Yo he compartido de esta felicidad—repitió la marquesa de la Tour du Roy,—era muy grande, pero era culpable; y como no debió nunca empezar, no debe tampoco continuar sin tener un término.....

—¿Todo esto quiere decir que ya no me amais?—repuso vivamente Marcelo, estupefacto de oír semejantes aforismos de moralidad frívola, tan opuesto al lenguaje habitual de Lazarine.

—Nó, amigo mio—replicó ésta,—y os equivocais mucho interpretando así mis palabras. No soy ni olvidadiza, ni caprichosa, pero llego á la edad en que es menester dar oídos á la razon.....

—¡Si apenas teneis veinte años!..—interrumpió el jóven.

—¿Qué importa esto, si la esperiencia de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cosas del mundo reemplaza para mí el número de los años? La suerte de mi desgraciada hermana acaba de abrirme los ojos. La vida es un tesoro frágil, cuya duracion es incierta.... Aquel que tal vez cuenta con un gran porvenir, suele tener un pié en el sepulcro.... ¡El deber no es una palabra vana!.... ¡Desgraciado de aquel que infringe las leyes de la humana moral y no se arrepiente! Yo bien sabia estas cosas, pero apenas si las comprendia, ni me fijaba aún en ellas.....

—¿Y por qué lo haceis hoy?—preguntó Marcelo con amargura.

—Dios me ha iluminado á la cabecera de la condesa de Gordes. Al verla morir como una santa despues de haber vivido como un ángel, he reflexionado..—dijo Lazarine.

—Luego lo que deseais es una ruptura entre nosotros—dijo el jóven estremeciéndose,—si no he comprendido mal.

—¡Yo no lo deseo, Dios mio!—prosiguió la marquesa.—Solo que mi conciencia no me permite el hacer eterno un vínculo criminal, y obedezco á mi conciencia con dolorosa resignacion.

—¿Vínculo criminal decís?—replicó Marcelo.

—Seguramente.

—¿Criminal en qué sentido?

—¿Me lo preguntais?

—Como que no lo sé.

—Demasiado sabeis que no podemos amarnos y ser el uno del otro.

—Por el contrario, lo que sé es que sois completamente libre y que yo lo soy tambien.... ¿Donde está, pues, el inconveniente? ¿Donde la falta?

Lazarine habia ido por mal camino.

Comprendiólo así, y se mordió los labios; pero ya era tarde.

Despues de un momento de silencio, Marcelo repuso:

—No creais, sin embargo, que trato de combatir vuestros nuevos propósitos.... Los apruebo.... y soy de vuestro mismo parecer. ¡Un vínculo clandestino es indigno de vos! Comprometeis vuestro honor y vuestra dignidad; hasta ahora perdeis vuestro propio decoro y os exponeis á perder la estimacion de los demas! Una mujer honrada no debe tener amante, y vos sois una mujer honrada.....

Lazarine levantó los ojos con estupor sobre aquel que pronunciaba semejantes palabras.

Esperaba haber visto retratada la burla en el semblante de Marcelo, y antes, por el contrario, veia que sus palabras eran en todo sinceras.

—Permitidme—prosiguió éste—que vuelva á insistir en una cuestion ya tratada por nosotros, y que aun esta misma mañana la habeis

eludido; cuestion que ha sido orígen de desavenencia, pero que en lo sucesivo no lo será, Dios mediante, porque no podeis honrosamente tomar mas partido que el que voy á proponeros... ¡Dejad de ser mi querida, adorada Lazarine!... ¡Sed mi mujer ante Dios y los hombres!

—¡Nunca!—murmuró la marquesa, á quien ya sabemos cuanto contrariaba la proposicion de Marcelo, y que no tuvo ya fuerza bastante para reprimirse.

En lugar de encolerizarse, el jóven sonrió:

—¡Jamás!—replicó,—ya habeis pronunciado esa palabra en otra ocasion.... Ya me la habeis arrojado al rostro con marcada muestra de cólera y de desprecio, y yo cometí la falta de responderos amenasándoos con la violencia... Pero tenemos faltas recíprocas si no olvidadas, perdonadas por lo menos desde hace mucho tiempo.....

—¡Ah!—pensó Lazarine,—ni olvidadas.... ni perdonadas.

—Hoy estamos sosegados el uno y el otro —continuó Marcelo,—y me conviene probaros que yo era culpable, aunque solo en la forma.... Os respondí en aquella ocasion que no podríais ser mas que mia, y que por virtud de los derechos adquiridos me impondria ya como amante, ya como marido. Esto fué muy inconveniente, convengo en ello, pero no dejaba de

ser cierto, y mi opinion no ha variado ni variará tampoco en este punto.

La señora de la Tour du Roy temblaba.

¡Ah! ¡De qué buena gana hubiera matado á este hombre, que tales cosas le decia, sin perder nada de su inalterable sangre fria!

—¡Querida Lazarine—repuso el ex-teniente con una nueva sonrisa,—convenceos de que antes de seis meses nos habremos casado, por la sencilla razon de que no puede uno sustraerse á su destino, siendo el vuestro el de ser mi mujer.... Ya sé que os cuesta mucho trabajo perder el título y el nombre de marquesa de la Tour du Roy para llamaros lisa y llanamente la señora de Marcelo Laugier, degenerando así de la nobleza en una señora de la clase media, por mas que esto, gracias á Dios, no sea mas que pura vanidad, y estas penas se pasan pronto. En cambio de este sacrificio, yo os prometo haceros tan feliz como no lo ha sido nunca mujer en el mundo.... Os adoro, estad segura de ello, pero tampoco os molestará mi culto.... Teneis hábitos de libertad, y no os privaré de ella, teniendo la persuasion de que no abusareis de una confianza tan honrosa para el marido como para la mujer.... Sois muy rica, pero yo tambien lo soy, y no solo dispondreis como os plazca de vuestra fortuna entera, sino que hasta disfrutareis de la mia por com-

pleto y sin tasa.... A mí me basta con muy poco, creedlo.... No tengo necesidades.... ¿Qué necesito?.... Un caballo de montar y algunos cajones de cigarros.... Esto no cuesta mucho.... Vuestro lujo será mi alegria.... y vuestros adornos mi lujo.... Vuestra divina hermosura necesita un marco digno de ella, y por lo tanto, cuanto mas espléndido sea, mas orgulloso estaré de veros.... Lazarine, querida Lazarine, ¿acaso puede asustaros semejante porvenir?

—Confieso que seduciria á cualquiera otra mujer que no fuera yo—dijo la marquesa,—pero he resuelto permanecer viuda.

—¿Viuda á vuestra edad?—exclamó Marcelo con renaciente amargura.—¡Vaya! ¡vaya! Bien sabeis que esto no puede ser, y solo lo decís por ganar tiempo.... No queriéndome ya, tratais de escaparos.... pero creedme, es inútil.... No prescindo de vos.... no prescindiré nunca. Mi hora final tendrá que sonar. Esperaré á que llegue. ¡Ah! si no existieran entre nosotros mas que los recuerdos de un amor que aún vive en mí, y que en vos ha muerto, renunciaria quizá á esta persecucion que os irrita de dia en dia, y que concluirá por trocar vuestra indiferencia en ódio, no lo desconozco; pero no soy dueño de abandonar el puesto ni de perder mis derechos; el vínculo que nos une

es mucho mas fuerte y mas indivisible.... Es nuestro hijo.....

Lazarine levantó la cabeza.

—¡Mi hijo—exclamó—es hijo del marqués Roberto de la Tour du Roy!

—Legalmente ya lo sé—respondió Marcelo,—y no temais; mas bien por él que por el mundo, tendré cuidado de no revelar nunca este secreto, pero tengo el derecho de amar á mi hijo y tendré el de decirle que le amo, el de velar por él y el de protegerle, educarle y hacer de él un hombre el dia que sea el marido de su madre. He aquí por lo que permaneceré siempre firme en mi propósito. Que querais ó nó, estudiadlo bien, Lazarine, sereis mi mujer para que mi hijo tenga padre ¿lo entendeis?.....

La señora de la Tour du Roy miró frente á frente á Marcelo.

—Lo comprendo—respondió.

—¿Y consentís en ello?—preguntó vivamente el jóven.

—¿Para qué—replicó la marquesa con voz lenta y apagada—puesto que os impondreis á pesar de todo, y puesto que aun á pesar mio, segun habeis dicho, dispondreis de mí? Siendo así, mi consentimiento es inútil.

—¡Sería tan feliz si lo obtuviera!.... ¿Por qué os mostrais irritada?.... ¿Qué os he hecho?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué es lo que os he hecho?.... ¿os ofendo?.... es por exceso de amor. Porque nuestro hijo sois vos.... siempre vos.... Lazarine, querida Lazarine, decidme que consentís en ello.

—Responderé mas tarde.

—¿Por qué diferirlo mas?

—Tengo necesidad de reflexionar.

—¿Serán muy largas vuestras reflexiones?

—No puedo saberlo.

—¿Como sabré vuestra respuesta?

—Yo mismo os la traeré.

—¿Pronto?

—Sí, quizá muy pronto.

—¡Mañana!

—Nó, mañana dormiré en el castillo de Gordes..... por consiguiente no me espereis y adios.

—¡Qué! ¿Ya os vais cuando apenas acabais de llegar?.....

Lazarine, sin responder, abandonó su silla, envolviéndose en su mantilla de encaje, y dió algunos pasos.

—¿Me permitireis que os acompañe?—preguntó Marcelo.

—Al contrario, os lo prohibo.

—¡Si supierais cuanto sufro pensando que vais sola de noche y por ese bosque!

—Haceis mal, porque no tengo nada que temer.

La jóven bajó, tendió friamente su mano á Marcelo, que la alumbraba, abrió la puerta del jardin y se perdió entre las tinieblas.....

XXVII

Lazarine salió del jardin de la casa Bréchu, y emprendió con acelerado paso el camino del castillo.

En presencia del ex-oficial, habíase contenido cuanto le fué posible; pero el mal resultado de sus gestiones causábale una especie de aturdimiento.

Su última esperanza de reconquistar la libertad habíase desvanecido, y la cadena que tan pesada le parecia se remachaba mas.

Su cabeza ardia; sus pensamientos confusos se revolvian en su cerebro como los desvarios de un calenturiento.

En menos de cinco minutos llegó al sitio en el que el sendero mal cuidado se internaba en el monte; recorrió aún diez ó doce métros y se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué es lo que os he hecho?.... ¿os ofendo?.... es por exceso de amor. Porque nuestro hijo sois vos.... siempre vos.... Lazarine, querida Lazarine, decidme que consentís en ello.

—Responderé mas tarde.

—¿Por qué diferirlo mas?

—Tengo necesidad de reflexionar.

—¿Serán muy largas vuestras reflexiones?

—No puedo saberlo.

—¿Como sabré vuestra respuesta?

—Yo mismo os la traeré.

—¿Pronto?

—Sí, quizá muy pronto.

—¡Mañana!

—Nó, mañana dormiré en el castillo de Gordes..... por consiguiente no me espereis y adios.

—¡Qué! ¿Ya os vais cuando apenas acabais de llegar?.....

Lazarine, sin responder, abandonó su silla, envolviéndose en su mantilla de encaje, y dió algunos pasos.

—¿Me permitireis que os acompañe?—preguntó Marcelo.

—Al contrario, os lo prohibo.

—¡Si supierais cuanto sufro pensando que vais sola de noche y por ese bosque!

—Haceis mal, porque no tengo nada que temer.

La jóven bajó, tendió friamente su mano á Marcelo, que la alumbraba, abrió la puerta del jardin y se perdió entre las tinieblas.....

XXVII

Lazarine salió del jardin de la casa Bréchu, y emprendió con acelerado paso el camino del castillo.

En presencia del ex-oficial, habíase contenido cuanto le fué posible; pero el mal resultado de sus gestiones causábale una especie de aturdimiento.

Su última esperanza de reconquistar la libertad habíase desvanecido, y la cadena que tan pesada le parecia se remachaba mas.

Su cabeza ardia; sus pensamientos confusos se revolvian en su cerebro como los desvarios de un calenturiento.

En menos de cinco minutos llegó al sitio en el que el sendero mal cuidado se internaba en el monte; recorrió aún diez ó doce métros y se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

detuvo casi de pronto, prestando atencion por haberle parecido sentir ruido.

Detras de ella, con efecto, sonaban pasos de hombre, que se extinguieron en el momento mismo en que se detuvo.

Volvió á emprender su camino, y de nuevo se oyeron los pasos de que hemos hablado.

Evidentemente la seguian.

Lazarine se encogió de hombros, comprendiendo bien que éste guardian invisible era Marcelo Laugier, quien, no obstante la prohibicion formal, se obstinaba en escoltarla entre las tinieblas para defenderla en caso de necesidad.

Un pensamiento de ódio cruzó su mente, y maquinalmente su mano derecha acarició la culata de su revólver.

—Si me dirigiera á ese hombre—pensó—y le alojara una bala en la cabeza, quedaria libre. ¿Por qué, pues, no hacerlo? Contra un enemigo implacable se usan todos los medios en caso de legítima defensa.....

Y la marquesa, montando el revólver, retrocedió y se dirigió á Marcelo, á quien ocultaban las tinieblas.

Detúvola, sin embargo, la reflexion.

—Nó—se dijo,—sería una insensatez... Por justa que fuese mi venganza, pareceria un crímen.... Mañana levantarian un cadáver en el

bosque.... La justicia querria saber quien era la víctima y descubrir al matador.... Se haria una informacion.... Se investigaria el pasado.... Se sabria que yo conocia á Marcelo Laugier, y no podria yo explicar como recibiéndolo en Paris no lo recibia en la Tour du Roy.... Su llegada misteriosa al país, coincidiendo con la mia, pondria sobre la pista á los agentes de policía.... Quizá se apoderarian de las cartas que he tenido la imprudencia de escribirle, y se probaria sin trabajo que nadie mas que yo podia tener interés en la muerte de mi amante.... De esta sospecha á la acusacion no hay mas que un paso... y por querer salvarme me perderia sin remedio.... No pensemos en ello.....

Convencida por la lógica irrecusable de estos argumentos, Lazarine guardó el arma en el bolsillo, volvió sobre sus pasos y prosiguió su camino hácia el castillo, adonde llegó sin ningun percance.

Nadie se habia apercibido de que habia pasado dos horas fuera de su habitacion.

Rendida de cansancio se acostó, y á pesar de todas sus preocupaciones no tardó en quedarse dormida.

El sueño es remedio todopoderoso y apacigua la calentura del espíritu, lo mismo que la del cuerpo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por la mañana se despertó la marquesa mas tranquila; parecióle menos comprometida la situacion que la víspera consideraba desesperada, creyendo que nada se oponia á la realizacion del plan diseñado en la carta que dirigió al príncipe Totor. Acogió hasta con júbilo la idea de dejar vegetar á Mercelo Laugier en la casa Bréchu, mientras que desapareciendo de improviso, sin dejar tras sí rastro ninguno, podia ir al extranjero á casarse con el hijo adoptivo de Godefroy.

Una vez princesa de Castel-Vivant, ¿qué podria intentar contra ella el ex-húsar? ¿Denunciarla á su marido?.....

Lazarine, aun cuando aborrecia á Marcelo con toda su alma, no dejaba sin embargo de apreciarlo.

Creíalo incapaz de una denuncia semejante, y sobre todo, ¿de que serviria esta delacion, que no podria en manera alguna modificar los hechos consumados?

La jóven viuda contaba ademas con adquirir sobre el príncipe Totor un dominio absoluto, y hacer á su marido ciego y aun sordo en caso necesario.....

Trascurrió toda la mañana en esta tranquilidad tan inesperada.

A la hora de costumbre, es decir, concluido

el almuerzo, Domingo trajo los periódicos y las cartas.

Dirigió una ojeada sobre estas últimas antes de abrirlas, y se estremeció.

Habia conocido las armas y la letra del príncipe.

Y aunque era muy natural que Héctor la escribiese, se sentia sin embargo presa de una gran inquietud, que la obligó á abrir el sobre con mano trémula.

Antes de reproducir textualmente la carta que leia con tal avidez, suplicamos de nuevo á nuestros lectores sean un poco indulgentes con el estilo algo chabacano en que se expresaba el ex-Begourde:

"Adorada Lazarine:

"Me siento cada dia mejor, y pudiera muy bien decir que estoy completamente bueno con relacion á la parte física, porque en cuanto á la moral estoy muy malo y vos sois la causa indirecta de ello.

"Habeis hecho todo lo posible por tranquilizarme en vuestra querida carta del otro dia con ocasion de la inesperada marcha de mi adversario; pero cuando se tiene como yo tengo perdida la cabeza y lleno de amor el corazon, no

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se puede tener tranquilidad tan fácilmente, sobre todo cuando una maldita estocada pone por un momento al desgraciado amante en la imposibilidad de velar por su tesoro.....

"Hubiera deseado á todo trance, os lo aseguro, que el ex-húsar renunciára al denigrante papel de perseguidor, pero no me ha sido posible; á mi pesar no tenia mucha fé en conseguirlo, y tanto me molestaba esta creencia que resolví á costa de todo proceder con entera franqueza y saber con seguridad á que atenerme.....

"Tengo un ayuda de cámara muy inteligente, que es una especie de Frontin de buena escuela, que hace y deshace una intriga como el mejor criado de una comedia.

"He necesitado solamente decirle: por razones que yo solo conozco, deseo saber qué ha sido del señor Marcelo Laugier, á quien hice el honor de batirme con él, y que ha abandonado Paris el mártes último.

"Mi buen Mascarilla se puso en seguida en su busca.

"Encontró al criado que estaba encargado por su amo de enviar al portero de la calle de Amsterdam para que buscase un coche.....

"Preguntó al portero.

"Averiguó el número del coche, y supo por el cochero que el factor del ferrocarril tenia órden de facturar los equipajes para Orleans....

"¿Es esto claro?

"El húsar se ha marchado á Orleans con el único objeto de aproximarse á vos.....

"Es muy posible que no le hayais visto todavia, pero podeis estar segura de que se oculta en los alrededores del castillo de la Tour du Roy y que os acecha lo mismo que el cazador á la perdiz.....

"De un momento á otro, y en el que menos lo penseis, se aparecerá por encanto como un diablo que sale de una caja de resorte.....

"Me habeis dicho que vuestro cuñado el conde de Gordes os protegerá enérgicamente si fuese necesario.

"No dudo que la proteccion de este caballero, que tiene la honra de pertenecer á vuestra familia, no sea muy eficaz, pero en materias delicadas comprendeis perfectamente, adorada Lazarine, que no se puede tener confianza mas que en sí mismo.....

"Pierdo el apetito, pierdo el sueño, me volveré loco sin duda alguna si esta situacion se prolonga un poco mas..... Pero por fortuna no durará mucho.... Me encargo de arreglarla.....

"Acaba de asegurarme el médico que, habiéndose cicatrizado por completo mi doble he-

rida, podré sin gran riesgo abandonar el lecho mañana y entregarme á mis habituales ocupaciones.

"De modo que pasado mañana por la mañana salgo para Orleans, y de allí iré en un momento á la Tour du Roy.....

"En la Grand-Cour estaria muy lejos.....

"Estad tranquila; no os comprometeré en lo mas mínimo.... Llegaré oculto bajo el velo de un pseudónimo que inventaré en el camino, teniendo buen cuidado de no presentarme en el castillo.

"Me acuerdo perfectamente que en esta poblacion existe una posada en que, si mi memoria no me es infiel, hay puesto como muestra un *Caballo blanco* pintado de una manera chabacana y con un colorido admirable.

"Allí es donde voy á instalarme bajo un pretexto cualquiera. Desde allí vigilaré los alrededores, y si teneis necesidad de mí para atajar insolentes pretensiones os bastará hacer la mas pequeña indicacion.... En diez minutos estaré á vuestro lado.....

La carta de Héctor concluia con frases apasionadas que creemos inútil reproducir.

La marquesa de la Tour du Roy la leyó hasta lo último, y cuando la concluyó hizo un gesto de desagrado.

No parecia sino que la fatalidad trataba de destruir uno tras otro todos sus planes, por muy bien combinados que estuviesen.

La imprevista marcha del príncipe iba á destruirlo todo.

Alojándose Héctor en la fonda de *El Caballo blanco*, no podia menos de saber que su rival acababa de dejar aquella misma morada para instalarse en la casa Bréchu.

Exasperado por la tenaz persecucion de Marcelo le provocaria nuevamente, sin ocultar esta vez sus motivos.

Infaliblemente habia de resultar una explicacion del ecuentro de los dos jóvenes, y entonces:... ¡adios millones! ¡adios título de princesa!.....

—¿Estoy vencida?—se preguntó Lazarine; respondiéndose: ¡Nó! ¡Lucharé hasta el fin!...

En este momento entró Domingo en el comedor.

—Mandad enganchar—le dijo.—Que enganchen al momento.

—¿Qué carruaje señora marquesa?—preguntó el antiguo ayuda de cámara.

—Una berlina.

La jóven volvió á su cuarto, cambió el peinador por un traje oscuro, cogió un pedazo de papel y escribió estas palabras:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Principe Hector de Castel-Vivant, *calle de Francisco I, Paris.*

"No vengais.—Voy yo.

Lazarine."

Domingo vino á anunciarla que aguardaba el carruaje.

Subió en él la marquesa diciendo al cochero:

—A Orleans.

Lazarine iba á Orleans expresamente para poner el telegrama, que no queria confiar á ningun criado.

A las seis estaba de vuelta.

La noche le pareció excesivamente larga; infinidad de proyectos contradictorios se agitaban en su mente. Decidió por último hacer su postrera visita á la mañana siguiente á Juana, y desde el castillo de Gordes irse directamente al ferrocarril para tomar el tren de Paris.

La nodriza de su hijo y la doncella irian al dia siguiente á buscarla al hotel de la calle de Murillo.

Un poco antes de media noche, y en el momento en que iba á acostarse, se modificaron de nuevo sus ideas, al menos parcialmente.

—Voy á arriesgar con Marcelo un supremo esfuerzo—pensaba.—Lo que me ha rehusado ayer quizá me lo conceda hoy.... Le diré apoyando en mi pecho el cañon de un revólver:

"No os amo ya.... La vida á vuestro lado me parece un suplicio peor que la muerte.... Devolvedme mi libertad, ó aquí mismo, á vuestra presencia, me mato." Tendrá miedo... cederá.

Tomada esta resolucion, no perdió un momento en ponerla por obra.

Lo mismo que la víspera, se puso una mantilla de encaje, se metió en el bolsillo una caja de fósforos-bujías, la llave de la casa Bréchu y el arma indispensable para realizar el golpe teatral en que cifraba tantas esperanzas.

Despues abandonó el castillo tomando las precauciones que el dia anterior.

Las doce y media daban en el momento en que salia de la selva para entrar en el camino que terminaba en el alojamiento del antiguo capitan.

Lo diáfano de la atmósfera y las innumerables estrellas que tachonaban el firmamento, hacian la noche casi trasparente.

El canto del buho interrumpia el silencio que lúgubre y profundo reinaba alrededor del castillo, y la marquesa sintió correr por su cuerpo un estremecimiento nervioso á su pesar; pero inaccesible á toda clase de temor supersticioso, no detuvo su marcha.

Llegó á la verja del jardinillo y levantó la vista.

Lo mismo que la noche anterior, una débil luz iluminaba los cristales del piso principal.

—Vela—pensó la marquesa.—¡Sabe que no debo venir, y sin embargo me espera! ¡Si la pasion fuese siempre así, es mil veces mejor no ser nunca amada!

Atravesó el jardin, sacó la llave del bolsillo, y sin trabajo, y sin ruido, abrió la puerta de la casa Bréchu, encontrándose en la sala del piso bajo y cerrando tras sí la puerta.

Una profunda oscuridad la envolvia.

Marcelo no oyó nada, permaneciendo indiferente, puesto que lo débil del muro habia hecho traicion al menor de sus movimientos.

—Lo sorprenderé—dijo Lazarine.—Mucho mejor.... La emocion que mi amenaza vá á producirle será mucho mas grande.....

La marquesa no podia orientarse en medio de tantas tinieblas.

La luz de un fósforo-bujía iluminó débilmente el cuarto bajo.

Esta claridad le fué bastante á la jóven para encontrar la escalera y subir lentamente los primeros escalones.

Concluida la cerilla se quemó los dedos, arrojándola para coger otra.

El final de la mecha mal apagada cayó fuera de los escalones sobre una porcion de virutas

amontonadas y revueltas entre la leña que habia en el sobradillo de la escalera.

Las delgadas cintas de madera se encendieron como si fuese pólvora, arrojando chispas sobre las materias combustibles que yacian á su alradedor.

Llena de espanto Lazarine, se precipitó anhelante para sofocar aquel principio de incendio, sin poder conseguirlo, porque ya chisporroteaban los leños.

La marquesa comprendió la magnitud del peligro, y estuvo casi á punto de gritar:

—¡Fuego, Marcelo! ¡Fuego! ¡Salvaos!

Pero precisamente en este momento un pensamiento diabólico atravesó su mente como la víspera.

Y ella murmuró:

—No soy yo quien te mata.... es el destino.... Este hombre puede morir.... me lavo las manos en este asunto.

Sin proferir una palabra, sin dar una voz de alarma, salió Lazarine del cuarto, que ya estaba invadido por el humo, y en el que ya se reflejaban siniestros resplandores.

Cerró la puerta con llave, cuidando de dejarla en la cerradura, atravesó el jardin, penetró en el camino y se alejó; pero despues de haber dado cincuenta pasos, se paró para mirar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En algunos momentos el incendio, alimentado por las leñas, las virutas y la escalera, que tambien era de madera, habia adquirido grandes proporciones.

Los cristales acababan de saltar hechos pedazos.

Las llamas salian por la parte exterior, y todo el piso bajo estaba convertido en un horno.

La caída del piso principal no se hizo esperar mucho tiempo, puesto que en un instante quedó completamente destruido; hubiera tardado mucho mas en consumirse un monton de paja.

Se sintió un gran ruido.

Una gran lengua de fuego subió hasta el cielo cuando el techo acababa de desplomarse.

Despues se desplomó todo.

Del castillo feudal quedaba solamente un monton de humeantes ruinas.

Aunque la casa Bréchu habia tardado algo en venir á tierra, no se habia visto ninguna clase de movimiento en su interior.....

Sin duda Marcelo, sorprendido en su primer sueño, habia muerto como herido por el rayo.

Lazarine estaba pálida, pero una expresion de salvaje alegria se dibujaba en su rostro.

—¡Libre!—exclamó.—¡Por fin soy libre!

Y vovió á tomar casi corriendo el camino de la Tour du Roy.

XXVIII

Hemos dejado á Máximo Giraud penetrando furtivamente en el parque de Gordes, y despues en el castillo, mientras que el carruaje de debia conducirle á Rancey continuaba su camino hácia Hojas-Verdes.

Genoveva le esperaba en la puerta excusada, que fué por la que penetró.

Muy pocas palabras se cruzaron entre el doctor y la criada.

—¿Ocurre algo de nuevo?—preguntó aquel.

—Nada, señor Máximo.

—¿La señora de Gordes?

—Siempre durmiendo con un apacible sueño.

—Es efecto de la pocion..... ya contaba yo con esto... ¿Donde está el conde?

—Al lado de la señora.

—¿Solo?

—Sí. La envenenadora no ha parecido todavia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En algunos momentos el incendio, alimentado por las leñas, las virutas y la escalera, que tambien era de madera, habia adquirido grandes proporciones.

Los cristales acababan de saltar hechos pedazos.

Las llamas salian por la parte exterior, y todo el piso bajo estaba convertido en un horno.

La caída del piso principal no se hizo esperar mucho tiempo, puesto que en un instante quedó completamente destruido; hubiera tardado mucho mas en consumirse un monton de paja.

Se sintió un gran ruido.

Una gran lengua de fuego subió hasta el cielo cuando el techo acababa de desplomarse.

Despues se desplomó todo.

Del castillo feudal quedaba solamente un monton de humeantes ruinas.

Aunque la casa Bréchu habia tardado algo en venir á tierra, no se habia visto ninguna clase de movimiento en su interior.....

Sin duda Marcelo, sorprendido en su primer sueño, habia muerto como herido por el rayo.

Lazarine estaba pálida, pero una expresion de salvaje alegria se dibujaba en su rostro.

—¡Libre!—exclamó.—¡Por fin soy libre!

Y vovió á tomar casi corriendo el camino de la Tour du Roy.

XXVIII

Hemos dejado á Máximo Giraud penetrando furtivamente en el parque de Gordes, y despues en el castillo, mientras que el carruaje de debia conducirle á Rancey continuaba su camino hácia Hojas-Verdes.

Genoveva le esperaba en la puerta excusada, que fué por la que penetró.

Muy pocas palabras se cruzaron entre el doctor y la criada.

—¿Ocurre algo de nuevo?—preguntó aquel.

—Nada, señor Máximo.

—¿La señora de Gordes?

—Siempre durmiendo con un apacible sueño.

—Es efecto de la pocion..... ya contaba yo con esto... ¿Donde está el conde?

—Al lado de la señora.

—¿Solo?

—Sí. La envenenadora no ha parecido todavia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Avisad al momento al conde que he venido, y desde el mismo momento en que venga á buscarme no os separeis un instante de la señora.

—No tengais cuidado, señor Máximo.

—Y sobre todo—añadió el médico,—no consintais á su hermana que le preste ningun servicio que pueda ser sospechoso.

Genoveva hizo un gesto enérgico, y su fisonomia, que habitualmente era dulce, tomó una expresion amenazadora.

—¡Nó! ¡Oh! ¡Nó!—contestó.—Vigilaré muy de cerca á la envenenadora. Mi querida ama no tiene nada que temer por hoy.... Estará bien cuidada os lo aseguro.... Tengo mi cuchillo....

—Nada de locuras, Genoveva—dijo el jóven precipitadamente.

—No tengais cuidado, señor Máximo; el centinela tiene su arma, y sin embargo no hace uso de ella si no en caso de que le ataquen.... Tambien yo soy un centinela.... soy un soldado.

Sí, soldado voluntario.... Voy á subir al cuarto del señor de Gordes..... id delante abriendo las puertas.... Si esa criatura infernal supiese que yo estaba en el castillo, adivinaria que se le tiende un lazo y lo comprometeriamos todo.

—Nada sabrá.

La doncella sirvió de guía á Máximo por entre escaleras de servicio y apartados corredores, hasta que llegó á las habitaciones del conde sin haber encontrado á nadie durante su camino.

Se encerró en el despacho de Raoul esperándole.

Pasada una media hora, el señor de Gordes llamó suavemente á la puerta diciendo en voz baja:

—Soy yo, querido doctor.

Máximo abrió en seguida; Raoul estaba pálido y le temblaban las manos.

—¿Qué teneis?—le preguntó el médico.

—Siento una pena muy honda—respondió el señor de Gordes.

—¡Valor y confianza!

—Valor... tengo... confianza tambien.... confianza en Dios... confianza en vos.... pero á mi pesar tengo una profunda angustia.... Tened presente que dentro de dos horas vá á decidirse la suerte de mi adorada mujer.... ¿Saldremos adelante en nuestra empresa?.....

—Tenemos de nuestra parte todas las probabilidades.....

—Y cuando hayamos vencido, si vencemos—añadió Raoul,—cuando la miserable sea confundida, cuando conozcamos el veneno, ¿habrá tiempo todavia para contrarrestar los progre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sos que haya hecho la enfermedad? ¿podremos salvar á Juana?.....

—Dios nos ha dado una arma para poder luchar y no nos abandonará.... En el fondo de mi alma y de mi conciencia os aseguro, señor conde, que tengo fé en el éxito, y desde el fondo de mi corazon os digo: Esperad.

El señor de Gordes estrechó entre las suyas las manos de Máximo.

—¡Ah! qué bien haceis en hablarme de esa manera—exclamó.—¡Me sosteneis! me consolais, y al escucharos me avergüenzo de mi flaqueza..... Al veros tan enérgico vuelvo á ser hombre.... Doctor, querido doctor, os debo la vida, porque si Juana muriese, conozco muy bien que yo por mi parte no habria querido vivir.....

Trascurrridos uno ó dos minutos de silencio, dijo el conde:

—¿Teneis todos los elementos, no es verdad?

—Sí, tengo todos los que se pueden tener. He estudiado á fondo los venenos vegetales que provienen de los arbustos cortados por Renée. He hecho preparar en Orleans los antídotos á mi presencia. Cualquiera que sea el veneno, puedo combatirlo en el instante.

—Pero—insistió el conde,—¿como es que Juana no ha muerto hace mucho tiempo estando atacada su existencia en su orígen?....

Esto es para mí inexplicable.... Me parece que tiene algo de prodigioso.

—Voy á explicaros eso en que convengo parece inverosímil y hasta imposible.... Gracias á la Providencia, la hermana de la condesa ignoraba por competo la toxicología. A las vez ha querido desorientar las conjeturas de la ciencia y precipitar los resultados de su espantosa empresa variando los venenos; pero tambien, gracias á la casualidad, al obrar de esta manera iba á parar precisamente á lo contrario de su objeto.....

—¿Y como, doctor?

—Del modo mas sencillo: los venenos se combaten mútuamente atenuando sus efectos morbosos.... Si la infame Renée hubiese administrado uno solo, y siempre el mismo, nada hubiese podido atajar la marcha del mal, y ya no existiria la señora de Gordes.....

Raoul levantó las manos y su alma en un trasporte de reconocimiento.

—¡Teneis razon, doctor!—murmuró en seguida.—Dios ha permitido que la envenenadora se cegase, porque no ha querido que realizase su obra hasta el fin.... Salvaremos á Juana.....

—Ahora, señor conde—dijo el jóven médico,—volveos al lado de vuestra querida enferma.....

—Todavia estaba durmiendo cuando me separé de ella.....

—Despertará muy pronto.... El efecto de la pocion que le causa este sueño es limitado, y ya toca á su término.... No olvideis nada de lo convenido.....

—Estad tranquilo.... Me saldré del cuarto un poco antes de las tres diciendo que volveré á la hora de comer.

—Es necesario.... La envenenadora, creyendo en vuestra ausencia, así como en la mia, y no sintiéndose vigilada importunamente, se considerará dueña del terreno.... No teniendo ningun temor, no vacilará.... Se aprovechará de esta ocasion, ¡la última!.... y habremos conseguido nuestro objeto.

—Comprendo: en esto y todo lo demas os dejo por guía.

El señor de Gordes estrechó nuevamente las manos de Máximo y se volvió al cuarto de la condesa.

Eran entonces las dos y cuarto.

Renée estaba medio recostada á los piés de la cama, en una actitud lánguida y fisonomia melancólica, teniendo en la mano un periódico abierto, que no leia.

Sentada Genoveva en el hueco de una ventana, tenia en la falda la costura, en la cual trabajaba lo mismo que Renée leia.

Inclinaba la cabeza y sus párpados estaban medio cerrados.

Se hubiera creido que, rendida por la fatiga, dormia; pero su mirada, aguda como la punta de una espada, no se apartaba ni un instante del rostro de la envenenadora.

En el momento en que el señor de Gordes abrió la puerta se volvió Renée hácia él, apoyándose en los labios un dedo. Este gesto significaba:

—Andad sin hacer ruido..... Juana no ha despertado.

El conde contestó con un movimiento de cabeza, y dominando su repulsion impuso silencio á su ódio, ocultando el horror que sentia, viniendo á sentarse al lado de la jóven.

Esta se inclinó hácia él, y le dijo en voz baja:

—Desde que salísteis del cuarto no se ha movido Juana.

La cabeza de la condesa descansaba sobre la almohada rodeada con la aureola de sus cabellos de oro.

El dulce y encantador semblante de este ángel, conservaba la palidez de la cera.

Un círculo amoratado rodeaba siempre sus párpados trasparentes; los labios estaban incoloros, aunque el resto de su fisonomia no conservaba aquel tinte indefinido y siniestro que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parecia el anuncio de una próxima agonia.

La interesante cara de Juana, dormida, anunciaba una calma profunda.

Su sueño era de un niño.

Raoul á su vez se inclinó hácia su cuñada.

—He venido para deciros que voy á dejaros sola dentro de un momento..—murmuró á su oído.

Renée tembló ligeramente, iluminando sus ojos aquella siniestra llama que ya conocemos.

—¿A donde vais?—preguntó sin mirar al conde.

—A dar órdenes é instrucciones necesarias á mis arrendatarios para una mudanza imprevista.

—¿Será larga vuestra ausencia?

—Volveré á la hora de comer; no podrá ser mas pronto.

—¿Qué debo decir á Juana cuando se despierte?

—Que he salido y que volveré en seguida.

—Está bien.

—No olvideis la recomendacion del doctor respecto de la medicina.....

—Tranquilizaos.... A las tres en punto iré al laboratorio para buscarla, y Juana la tomará hasta la última gota.... Es preciso que la pobrecita tenga fuerzas para partir mañana. Dios me es testigo del ardiente deseo que tengo de

equivocarme, pero me inquieta esta marcha y no auguro nada bien de ella.

—¿Por qué?

—En el estado de debilidad en que se encuentra mi hermana, gradúo una locura el viaje aconsejado por el médico. ¡Ah! El señor Máximo Giraud adquiere una responsabilidad terrible.

La envenenadora iba á continuar, pero no tuvo tiempo.

La condesa hizo un ligero movimiento.

—Se despierta—dijo el señor de Gordes.

Juana, en efecto, se despertaba.

Abrió sus grandes ojos de mirar cándido, y en los que parecian reflejarse el azul profundo de los cielos.

Se dibujó en sus labios una sonrisa.

Se incorporó apoyándose en los codos, y balbuceó con débil voz al principio, que despues reanimó:

—¡Qué bien he dormido, y que agradable es lo que he soñado!.....

—¿Que has soñado, hermosa mia?—le preguntó Raoul, cubriendo de besos sus mejillas y arreglando las almohadas para que apoyase la espalda.

—Figurate que estaba curada.... Era en primavera.... Un sol tibio brillaba en el firmamento puro y trasparente.... Renacia toda

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la naturaleza, y como los árboles y las flores, tenia yo tambien mi parte en la nueva sávia... Caminábamos juntos, querido Raoul, por medio de un paisaje encantador.... Tú me decias: *"Apóyate en mí, alma mia.... quiero sostenerte...."* Y yo te respondia sonriendo: *"¿Para qué es preciso sostenerme? ¡ya no tengo necesidad!"* Y empezaba á correr lo mismo que en el tiempo en que era niña, antes de conocerte, antes de amarte.... Me sentia tan fuerte y tan ligera, que me figuraba tener alas.... Casi temia el empezar á volar... Tú me gritabas... *"¡Vuelve á mi lado!...."* Obedecia alegre, y tú me tendias los brazos para que me arrojase en ellos, exclamando: *"¡Te amo!...."* ¡Ah! ¡me sentia llena de vida y muy feliz tambien! ¡Qué hermoso sueño, querido Raoul!.... ¡Sí! ¡quizá demasiado hermoso!.....

Se inclinó la cabeza de Juana y se humedecieron sus pestañas.

El señor de Gordes, sin responderle, la dió un abrazo y salió del cuarto diciendo á Renée:

—"¡No os olvideis!"

.....

Eran las tres ménos cuarto.

XXIX

El señor de Gordes se volvió á su cuarto penetrando en su despacho, donde le esperaba Máximo.

Entre los dos no llegó á cruzarse ni una sola palabra.

Raoul extendió la mano hácia el péndulo, y el doctor inclinó la cabeza por toda respuesta.

Estaban de pié el uno frente al otro, mirando con gran atencion la marcha del reloj; el horario estaba muy próximo al signo III y la manecilla se acercaba al XII. Pasaron cinco minutos.

—Ya es hora... venid...—dijo Máximo con voz tan baja que Raoul mas bien adivinó que oyó estas palabras.

El conde y el doctor ahogaban el ruido de sus pasos en el espeso tapiz de la galeria, y llegaron á una de las puertas del cuarto de dormir de Juana.

Esta puerta, que Raoul habia cerrado cuando salió, estaba ahora medio abierta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la naturaleza, y como los árboles y las flores, tenia yo tambien mi parte en la nueva sávia... Caminábamos juntos, querido Raoul, por medio de un paisaje encantador.... Tú me decias: *"Apóyate en mí, alma mia.... quiero sostenerte...."* Y yo te respondia sonriendo: *"¿Para qué es preciso sostenerme? ¡ya no tengo necesidad!"* Y empezaba á correr lo mismo que en el tiempo en que era niña, antes de conocerte, antes de amarte.... Me sentia tan fuerte y tan ligera, que me figuraba tener alas.... Casi temia el empezar á volar... Tú me gritabas... *"¡Vuelve á mi lado!...."* Obedecia alegre, y tú me tendias los brazos para que me arrojase en ellos, exclamando: *"¡Te amo!...."* ¡Ah! ¡me sentia llena de vida y muy feliz tambien! ¡Qué hermoso sueño, querido Raoul!.... ¡Sí! ¡quizá demasiado hermoso!.....

Se inclinó la cabeza de Juana y se humedecieron sus pestañas.

El señor de Gordes, sin responderle, la dió un abrazo y salió del cuarto diciendo á Renée:

—"¡No os olvideis!"

.....

Eran las tres ménos cuarto.

XXIX

El señor de Gordes se volvió á su cuarto penetrando en su despacho, donde le esperaba Máximo.

Entre los dos no llegó á cruzarse ni una sola palabra.

Raoul extendió la mano hácia el péndulo, y el doctor inclinó la cabeza por toda respuesta.

Estaban de pié el uno frente al otro, mirando con gran atencion la marcha del reloj; el horario estaba muy próximo al signo III y la manecilla se acercaba al XII. Pasaron cinco minutos.

—Ya es hora... venid...—dijo Máximo con voz tan baja que Raoul mas bien adivinó que oyó estas palabras.

El conde y el doctor ahogaban el ruido de sus pasos en el espeso tapiz de la galeria, y llegaron á una de las puertas del cuarto de dormir de Juana.

Esta puerta, que Raoul habia cerrado cuando salió, estaba ahora medio abierta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Máximo, que marchaba adelante, la empujó con alguna precaucion y paseó una rápida mirada por el interior del cuarto.

—Nadie..—murmuró volviéndose apenas.—Señor conde, podemos entrar.

La condesa estaba sola:... Las tres iban á dar.

Renée acababa de entrar en el laboratorio para buscar la pocion.....

Genoveva la habia seguido furtivamente despues de haber entreabierto la puerta que daba á la galeria.

Máximo se acercó precipitadamente al lecho.

Juana le recibió con una sonrisa.

—¿Ya de vuelta, querido doctor? ¿como así? ¿pues no estábais ausente?

En lugar de responderle, sacó el jóven de su bolsillo una cajita de carton, abriéndola.

Sacó de ella un pañuelo de fina batista, en el que vertió algunas gotas del contenido que habia en un frasquito microscópico.

—Señora condesa—le dijo en seguida, presentándole el pañuelo á Juana,—respirad esto, os lo suplico.....

—Obedezco siempre, ya sabeis—murmuró la pobre enferma.

Apoyó ligeramente en su nariz el fino lienzo ligeramente humedecido.

Al mismo tiempo un olor *sui generis* manifestó la presencia de cloroformo, esparciéndose por todo el cuarto.

No habia trascurrido la cuarta parte de un segundo cuando empezaron á temblar los párpados de Juana y su lánguida mano dejar de sujetar el pañuelo.

—¡Sostenedla!—dijo Máximo á Raoul,—La anestesia es completa.... Si cayera un rayo en este cuarto, la condesa seguramente no lo sentiria.

El señor de Gordes se apresuró á rodear con su brazo las espaldas de Juana, volviendo á ponerle la cabeza en las almohadas de una manera delicada y tomando las mayores precauciones.

A no ser por la tranquila respiracion de la condesa, se la hubiera podido suponer muerta, viendo sus ojos abiertos, fijos y sin mirada, de una manera extraña.

Al verla Raoul en esta situacion, un temblor nervioso agitó su cuerpo.

—¿Me jurais, doctor—preguntó con trémula voz—que no hay ningun peligro inmediato?

—No lo hay, os lo juro por mi honor—respondió Máximo.

Mientras esto tenia lugar en el dormitorio de Juana, Renée, con el paso lento y automático de una sonámbula, habia penetrado en el cuar

to que servia de farmacia y que se llamaba laboratorio.

Este cuarto era un poco bajo, porque estaba situado en el espacio de un piso convertido en dos hacia algunos años para poder construir una escalera de servicio, y estaba iluminado por una ventana que daba al parque.

Al frente de esta ventana habia una especie de ojiva con cristales que daba un poco de luz á un oscuro corredor que nadie frecuentaba, porque la construccion de la escalera le habia cortado la salida.

Renée entró.

Nunca su hermosa cabeza habia tenido un aire mas trágico. Sus grandes ojos de sombrias pupilas indicaban una resolucion feroz é irrevocable á la vez.

Su nariz se dilataba.

Sus labios, levantados por una risa inconsciente, dejaban adivinar el esmalte de sus hermosísimos dientes.

El conjunto de esta criatura admirable, era siniestro en este momento.

Se aproximó á la mesa que estaba colocada en medio del laboratorio.

Sobre la misma habia una botellita conteniendo la pócima que poco tiempo antes habia preparado Máximo, y cerca de ella estaba una

taza de porcelana de Sajonia y una cuchara de plata sobredorada.

La hermana de Juana cerró tras sí la puerta, dando dos vueltas á la llave para evitar cualquier sorpresa, por mas que la ausencia simultánea del doctor y del conde debieran ponerla al abrigo de toda clase de temor.

Si le hubiese podido ocurrir la idea de dirigir sus miradas hácia el óvalo, habria visto aunque vagamente, ó mejor dicho habria adivinado detras de los empolvados vidrios un rostro pálido y de mirada amenazadora, que era el de Genoveva.....

Pero no levantó la cabeza, y con mano segura, con la precision que se adquiere por la costumbre, completó su obra.

Ante todo sacudió la botella y llenó la taza casi enteramente, desabrochó los corchetes de la parte superior de su corsé y deslizando sus ágiles dedos por entre sus dos senos, sacó de este asilo inviolable, segun el casto Luis XIII, un diminuto frasco de cristal, cerrado con tapon esmerilado que contuvo en otro tiempo sales inglesas inofensivas.

Este frasquito estaba casi lleno de un líquido incoloro y de imperfecta trasparencia.

Renée lo destapó, vertió en la taza casi todo su contenido, y le agitó con la cuchara para que pudiese mezclarse; enjugó ésta cuidadosamen-

te, porque el metal acababa de ser atacado instantáneamente por un ácido, colocó el frasco en el sitio que antes ocupaba, abrochó los corchetes del corsé y se dispuso á abandonar el laboratorio.

Con una mano cogió la taza. Abrió la puerta con la otra y salió; despues, con aquel paso lento y automático, paso de sonámbula, se dirigió hácia su cuarto, que era preciso atravesar para poder llegar en línea recta al de su hermana.

A la vez que marchaba ella, se iba diciendo quizá por la milésima vez:

—Juana me ha robado todo, nombre, título, fortuna y corazon.... Empiezo por rescatar el nombre, la fortuna y el título.... Mas adelante, cuando sea la mujer de Raoul, reconquistaré tambien el corazon!.....

Llegó y atravesó su saloncito, su cuarto de dormir y su gabinete de tocador, que estaba contiguo al cuarto de la condesa.

Todas las puertas estaban abiertas.

Un silencio profundo, silencio de muerte, reinaba en el castillo.

—Todo habrá acabado antes de una hora—pensaba Renée.—Cuando vuelva Raoul no estará ya viva.

Entró en el cuarto de Juana en que no habia mas que dos anteportas de tapiceria. Separó una de las hojas y penetró. Pero no pudo seguir mas adelante.

Dos brazos extendidos le impedian el paso. A la izquierda estaba Raoul, á la derecha Máximo.

El señor de Gordes cogió la taza, que en el primer momento de sorpresa se dejó arrebatar Renée; al mismo tiempo decia el doctor:

—Esta vez es la dósis bastante fuerte para acabar de un golpe, ¿no es verdad?

Renée vaciló como el que en un desafío se siente herido de una manera mortal. Toda la sangre se le agolpó al corazon, adquiriendo la palidez mate de sus mejillas todos los tonos de los colores lívidos y verdosos.

Pero no era mujer que se entregara vencida sin haber luchado, y además, aunque la partida estaba en apariencia comprometida, quizá pudiera ganarse todavia.

Estos dos hombres sabian seguramente algo; el lazo que acababan de tenderle haciéndola creer en una ausencia falsa, era una prueba indiscutible.....

Pero, ¿qué era lo que sabian?

¿Tienen únicamente una sospecha, ó habian adquirido una seguridad?

Esto es lo que importaba saber al momento.

Renée se mostró tranquila.

Miró sucesivamente á su cuñado y al doctor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con una expresion de profunda extrañeza, y contestó con tono seguro:

—¿Estoy soñando?.... ¿Qué sucede?.... Os suponia á los dos lejos de aquí, y os encuentro cerrándome el paso con un aspecto propio del otro mundo.... No comprendo qué es lo que habeis querido decir, señor Máximo.... Y vos, Raoul ¿por qué me habeis quitado la taza?

—¿Y vos me preguntais por qué?—gritó el conde.

—Naturalmente, puesto que lo ignoro.

—¡Vais, pues, á saberlo!—respondió el doctor.—Es para entregarla á un reconocimiento facultativo y judicial en que tomaré parte, y para reconocer el veneno que debia matar á vuestra hermana.....

—¿El veneno?—repitió Renée haciendo todavia un esfuerzo para contenerse, aunque jadeante ya, como la fiera cogida en un lazo y que vé imposible la huida.—¿El veneno?.... ¿Pero he comprendido en verdad la monstruosa acusacion que encierran vuestras palabras?

—Habeis comprendido perfectamente, y la acusacion es tan formal como flagrante es el crímen. ¡Qué infamia! ¿Osais negar?

—¿Qué si me atrevo á negar? Sí, niego rotundamente. Niego con todas los fuerzas de mi indignacion, y únicamente respondo con mi desprecio á los infames que insultan á una mujer.

—¿Pretendeis ser inocente?

—Pretendo serlo, y lo soy.....

—Probadlo, pues.

—¿Y como?

—Bebiéndoos esta pocion.

Sin vacilar y sin reflexionar, contestó Renée:

—Estoy dispuesta á hacerlo.....

Máximo habia cogido la taza de manos de Raoul.

La presentó á la jóven, que la tomó, llevándola de una manera furiosa á sus labios y apurando su contenido hasta la última gota, y la arrojó á sus piés ya vacia.

—¿Estais contentos?—preguntó con una risa tan espantosa á la vista como al oido.

—Sí—contestó el doctor.—¡Estoy contento, porque se ha hecho justicia!.... La enormidad de la dósis que habeis vertido en ese brebaje obrará de una manera rápida en vuestro organismo, que aún está vírgen de veneno.... Antes de una hora estareis muerta, y mientras tanto nos constituimos en vuestros guardianes de vista.....

XXX

Al escuchar Renée estas terribles palabras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con una expresion de profunda extrañeza, y contestó con tono seguro:

—¿Estoy soñando?.... ¿Qué sucede?.... Os suponia á los dos lejos de aquí, y os encuentro cerrándome el paso con un aspecto propio del otro mundo.... No comprendo qué es lo que habeis querido decir, señor Máximo.... Y vos, Raoul ¿por qué me habeis quitado la taza?

—¿Y vos me preguntais por qué?—gritó el conde.

—Naturalmente, puesto que lo ignoro.

—¡Vais, pues, á saberlo!—respondió el doctor.—Es para entregarla á un reconocimiento facultativo y judicial en que tomaré parte, y para reconocer el veneno que debia matar á vuestra hermana.....

—¿El veneno?—repitió Renée haciendo todavia un esfuerzo para contenerse, aunque jadeante ya, como la fiera cogida en un lazo y que vé imposible la huida.—¿El veneno?.... ¿Pero he comprendido en verdad la monstruosa acusacion que encierran vuestras palabras?

—Habeis comprendido perfectamente, y la acusacion es tan formal como flagrante es el crímen. ¡Qué infamia! ¿Osais negar?

—¿Qué si me atrevo á negar? Sí, niego rotundamente. Niego con todas los fuerzas de mi indignacion, y únicamente respondo con mi desprecio á los infames que insultan á una mujer.

—¿Pretendeis ser inocente?

—Pretendo serlo, y lo soy.....

—Probadlo, pues.

—¿Y como?

—Bebiéndoos esta pocion.

Sin vacilar y sin reflexionar, contestó Renée:

—Estoy dispuesta á hacerlo.....

Máximo habia cogido la taza de manos de Raoul.

La presentó á la jóven, que la tomó, llevándola de una manera furiosa á sus labios y apurando su contenido hasta la última gota, y la arrojó á sus piés ya vacia.

—¿Estais contentos?—preguntó con una risa tan espantosa á la vista como al oido.

—Sí—contestó el doctor.—¡Estoy contento, porque se ha hecho justicia!.... La enormidad de la dósis que habeis vertido en ese brebaje obrará de una manera rápida en vuestro organismo, que aún está vírgen de veneno.... Antes de una hora estareis muerta, y mientras tanto nos constituimos en vuestros guardianes de vista.....

XXX

Al escuchar Renée estas terribles palabras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

retrocedió instintivamente, y flaqueándole las piernas se sujetó con ambas manos á las hojas de la anteporta.....

Pero este desfallecimiento físico y moral fué de una duracion instantánea.

—Venid—dijo Máximo cogiéndola por un brazo.

Pero se desprendió con un movimiento brusco, preguntando:

—¿A donde quereis conducirme?

—A vuestro cuarto.

—No tengo necesidad de apoyo.... iré sola....

Y con paso firme se dirigió al saloncito Luis XV, dejándose caer en un asiento, seguida de Raoul y del doctor, diciéndoles:

—Creo que no permanecereis aquí.....

—Os he advertido—dijo friamente Máximo—que éramos vuestros centinelas de vista.

—Quedaos, pues, puesto que deseais ser los carceleros de una mujer.....

Una mirada de ódio y desconfianza acompañó á estas palabras, sucediendo un largo silencio.

Renée, sentada, inmóvil y muda, con los brazos cruzados sobre el pecho, alta la frente y con gesto desdeñoso y mirada fija, parecia convertida en estátua.

El conde y el médico aguardaban de pié junto á la puerta.

Pasaron diez minutos.

—Ya lo veis bien, esto no era veneno—dijo la jóven.—Si lo hubiese bebido, sufriria, y estais viendo que no me pasa nada absolutamente....

—Paciencia—dijo Máximo.—Esperaremos.

Renée volvió á su silencio y á su inmovilidad.

Trascurrió un cuarto de hora que pareció un siglo.

El médico clavaba su mirada en el rostro de la hermana de Juana.

Poco despues se estremeció.

Aparecian ciertos síntomas, vagos todavia y apenas perceptibles, pero que daban un indicio seguro.

Por la frente de Renée rodaban gruesas gotas de sudor; se iba agrandando el oscuro círculo que rodeaba sus ojos; las pupilas se dilataban lentamente; un pequeño estremecimiento nervioso agitaba su nariz, y sus labios se contraían, pareciendo que se adelgazaban.

Renée luchaba á no dudar con una energia sobrenatural contra los primeros síntomas de un dolor insufrible.

Como el hijo de Esparta, ella sentia sin decir una palabra terribles mordeduras que le despedazaban las entrañas; como aquel mandaba á su semblante permanecer impasible; pero notando que el exámen de Máximo era mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

intenso, se sonrió de una manera despreciativa y murmuró por segunda vez:

—Ya veis que no sufro.....

—¡Paciencia!—replicó el doctor.

¿Qué puede la voluntad mas fuerte? ¿qué puede el valor mas firme contra un veneno que desgarra y quema, cuando empieza el espantoso trabajo de la desorganizacion general, cuando un volcan interno consume la carne palpitante?

Un ataque violento y rápido triunfó del estoicismo de Renée.

La desdichada se llevó las manos al pecho, echando hácia atrás la cabeza y lanzando un sordo gemido.

Raoul volvió la cabeza conmovido.

Máximo, sin piedad para la que no habia tenido ninguna, preguntó con frialdad:

—¿Direis todavia que no sufrís?

Renée respondió únicamente por un gesto de desden.

Se habia producido un paréntesis en su suplicio, y lo aprovechaba para luchar de nuevo contra ella misma y contra los que la habian aprisionado en su mismo crímen.

Esta fué la última lucha.

La tregua que el dolor habia concedido fué para tomar nuevos brillos y volver con mas ímpetu, con furia indecible.....

La envenenadora sintió correr plomo fundido por sus venas, sentia corroérsele los músculos, adquirir tension sus nervios y deshacérse los huesos bajo la influencia de aquel fuego, que adquiria sin cesar mayores proporciones.

Sus gemidos, débiles al principio, se convirtieron bien pronto en gritos salvajes.

Se desgarraba la cara con las uñas, se mordia los puños y la sangre corria por sus crispados dedos.

—¡Matadme!—balbuceó en medio de sus convulsiones.—¡Os lo suplico en nombre de Juana!.... ¡Acabad conmigo de una vez!.... ¡No me dejeis sufrir de esta manera!.....

Sobrecogido Raoul de terror, apoyaba las manos en sus oídos para no escuchar.

—¡Acabais de implorarnos en nombre de vuestra hermana!—dijo Máximo.—¡En nombre de vuestra hermana pedís la muerte!.... En nombre de vuestra hermana os ofrezco la vida.

Renée miró al médico con aire estúpido, como pudiera hacerlo un loco á su guardian.

—¿La vida?—repitió.

—¡Sí, la vida! Decidme el nombre del veneno que habeis empleado para la señora de Gordes durante las últimas semanas y el del que debia matarla hoy, y que os mata en este momento, y os juro por mi honor traeros el antídoto al instante.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y os juro por el mio—añadió Raoul,—no entregaros á la justicia, no precisamente por una compasion de que no sois digna, sino para evitar el cadalso á la hermana de mi mujer.

—¿Y si hablo salvareis á Juana?—preguntó Renée.

—Lo espero con la ayuda de Dios..—respondió Máximo.

—¡Entonces no hablaré!.... Venga la muerte..... Moriré contenta.... Juana me sobrevivirá muy poco.....

—¿Pero que os ha hecho esa desgraciada y tierna niña para que la odieis de esa manera?—dijo el conde.

—Yo os amaba.... ella me ha robado vuestro corazon.... ¡Me vengo!.....

—¡Miserable criatura!—exclamó Raoul con gesto amenazador,—¡cállate!

—Si me callaré, puesto que mi silencio es la sentencia de muerte de mi hermana.

Renée, con efecto, queria callarse.

Se consideraba segura de permanecer impasible hasta lo último en su feroz y bestial terquedad.

Pero no habia contado con la nueva crísis que estuvo á punto de anonadarla, haciendo de cada una de las fíbras de su cuerpo un manantial de sufrimientos insoportables, capaces de espantar á los atormentados de la Edad Media.

Durante algunos segundos se defendió como una serpiente arrojada sobre una plancha candente; crujian sus articulaciones como si estuviesen próximas á romperse en mil pedazos.

—Estoy vencida..—murmuró por último con una voz que tenia muy poco de humana.—Salvadme.... Me rindo.

—El nombre del veneno—dijo Máximo.

—El euforbio de Abisinia.....

—¿Es el jugo del euforbio el que habeis administrado á la condesa?

—Sí, desde hace quince dias.... y ése es el que yo he bebido.... salvadme, lo habeis jurado.....

—Y si Dios lo consiente, cumpliré mi juramento.....

El doctor se lanzó fuera del salon en que la miserable criatura sufria su justo martirio.

¡Quién hubiera podido reconocer en este momento á aquella Renée tan bella y tan jóven?...

Ya no tenia edad·

Su rostro, de correctas y puras líneas cinceladas en mármol de Carrara, se habia convertido en una máscara espantosa, lívida, salpicada de manchas azuladas.

Sus dientes crujian debajo de unos labios secos y amoratados.... Los ojos, vueltos dentro de sus órbítas, no dejaban ver mas que unos globos inyectados en sangre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una respiracion ahogada, semejante á un fuelle de fragua, henchia considerablemente sus costados.

De momento en momento, herida la jóven por un dolor mas agudo, presentaba menos resistencia y lanzaba un grito ronco que terminaba en un estertor ahogado.

Era un espectáculo aterrador.

El señor de Gordes, único espectador de esta espantosa agonia, sentia correr por todo su su cuerpo grandes estremecimientos convulsivos, que le helaban de los piés á la cabeza.

Le causaba horror este mónstruo que decia haberla amado.

La ausencia de Máximo duró muy poco.

A los cinco minutos estaba de vuelta, llevando un vaso lleno hasta los bordes de un líquido trasparente que se parecia al vino Jerez.

Presentó el vaso á Renée diciéndole:

—¡Bebed! es la vida.

Galvanizada por la esperanza de recobrar la salud, pudo incorporarse Renée.

Cogió el vaso con mano trémula.... Le aproximó á sus labios .... y bebió con avidez un sorbo de su contenido.

Era ya demasiado tarde.

Hinchada la laringe como pudiera estarlo la de un animal atacado de idrofóbia, arrojó el líquido.

Hizo una segunda tentativa.

Su mano temblaba cada vez mas.

El vaso se rompió entre sus dientes, y el ya inútil contraveneno inundó su pecho.

Renée comprendió entonces que todo habia acabado.

No podia beber.... No podia hablar... Pero podia sufrir mucho todavia.... Podia siempre maldecir.....

Levantó sus dos brazos al cielo, haciendo un gesto indescriptible de amenaza y de ódio.

Su cara de espectro adquirió una expresion espantosa.

Se pudo ver sin embargo que sus labios se agitaban para proferir una maldicion suprema, sin que pudiese oírse mas que un sonido vago, muy semejante al silbido de un reptil aplastado.

Este era el fin.

La envenenadora cayó de espaldas con los brazos en cruz y abiertos los ojos.

Durante unos dos segundos se agitó su cuerpo débilmente, se puso rígida despues, y no volvió á moverse mas.

—¿Está muerta?—preguntó Raoul.

—Está muerta—respondió Máximo.—¡Esta es la justicia de Dios!.... Nosotros habiamos perdonado..... Dios no ha querido perdonar.....

—Y ahora—murmuró el conde con voz su-

plicante,—¿salvareis ahora á Juana?.... ¿La salvareis? ¡Prometedme salvarla!.....

—La existencia de la señora de Gordes está en la mano de Dios—replicó el jóven,—antes no esperaba nada; hoy ya espero.

XXXI

Como Máximo Giraud acababa de decir, Dios habia hecho justicia hiriendo á la miserable, para quien la mas asquerosa agonia era un suplicio demasiado suave.

Pero la trágica muerte de Renée colocaba al señor de Gordes en muy difícil posicion bajo diferentes puntos de vista.

En primer lugar, tenia que ocultar á Juana la muerte de Renée, puesto que debia evitarle un golpe mortal y siempre peligroso hasta su completo restablecimiento, suponiendo la posibilidad de éste.

¿Pero como era esto posible?

¿Como arreglarse para ello?

Importaba tambien que la justicia no se mezclase en la muerte repentina de una jóven de diez y nueve años, que gozaba de buena salud, queriendo intervenir y abriendo una informacion pública para saber lo que habia ocurrido.

Inmediatamente, y despues de una larga conferencia tenida entre el señor de Gordes y Máximo, se encontró la solucion al doble problema.

Llamada tambien Genoveva, acudió ansiosa y pálida al saloncito, mientras que el conde la sustituía al lado de Juana.

Asombrada primeramente á la vista del cadáver, se alegró despues cuando supo que Renée habia ya, moribunda, revelado su secreto, y la fiel criada murmuró:

—He leido en un libro santo estas palabras de Dios: *El que á hierro mata á hierro muere.* Lo cual puede tambien significar: *El que mata con veneno con veneno debe morir.* ¡Esta es sin duda alguna prueba terrible de la verdad eterna!.... ¡Cuando se considera que la hermana de la señora era tan hermosa viva, y que ahora es un mónstruo!.... ¡Se parece su cara á la que sin duda era su alma!.....

Genoveva desnudó con algun trabajo el cuerpo deforme y rígido, y con ayuda de Máximo extendió á la muerta en su lecho tapándole la cara con una sábana, sin poder decidirse á colocarle un crucifijo en el pecho, segun le decia el doctor.

—¡Nunca!—dijo.—Hacedlo vos mismo si quereis, señor Máximo.... yo, por mi parte, rehuso hacerlo. ¡Seria un sacrilegio!

plicante,—¿salvareis ahora á Juana?.... ¿La salvareis? ¡Prometedme salvarla!.....

—La existencia de la señora de Gordes está en la mano de Dios—replicó el jóven,—antes no esperaba nada; hoy ya espero.

XXXI

Como Máximo Giraud acababa de decir, Dios habia hecho justicia hiriendo á la miserable, para quien la mas asquerosa agonia era un suplicio demasiado suave.

Pero la trágica muerte de Renée colocaba al señor de Gordes en muy difícil posicion bajo diferentes puntos de vista.

En primer lugar, tenia que ocultar á Juana la muerte de Renée, puesto que debia evitarle un golpe mortal y siempre peligroso hasta su completo restablecimiento, suponiendo la posibilidad de éste.

¿Pero como era esto posible?

¿Como arreglarse para ello?

Importaba tambien que la justicia no se mezclase en la muerte repentina de una jóven de diez y nueve años, que gozaba de buena salud, queriendo intervenir y abriendo una informacion pública para saber lo que habia ocurrido.

Inmediatamente, y despues de una larga conferencia tenida entre el señor de Gordes y Máximo, se encontró la solucion al doble problema.

Llamada tambien Genoveva, acudió ansiosa y pálida al saloncito, mientras que el conde la sustituía al lado de Juana.

Asombrada primeramente á la vista del cadáver, se alegró despues cuando supo que Renée habia ya, moribunda, revelado su secreto, y la fiel criada murmuró:

—He leido en un libro santo estas palabras de Dios: *El que á hierro mata á hierro muere.* Lo cual puede tambien significar: *El que mata con veneno con veneno debe morir.* ¡Esta es sin duda alguna prueba terrible de la verdad eterna!.... ¡Cuando se considera que la hermana de la señora era tan hermosa viva, y que ahora es un mónstruo!.... ¡Se parece su cara á la que sin duda era su alma!.....

Genoveva desnudó con algun trabajo el cuerpo deforme y rígido, y con ayuda de Máximo extendió á la muerta en su lecho tapándole la cara con una sábana, sin poder decidirse á colocarle un crucifijo en el pecho, segun le decia el doctor.

—¡Nunca!—dijo.—Hacedlo vos mismo si quereis, señor Máximo.... yo, por mi parte, rehuso hacerlo. ¡Seria un sacrilegio!

El jóven creyó que no debia insistir.

Genoveva dijo al cabo de un minuto:

—¿Qué es preciso decir á las gentes del castillo?

—Ni una palabra—contestó el médico.—Hasta nueva órden todo el mundo debe ignorar lo que aquí ha pasado, y que no entre nadie en este cuarto, para lo cual se cerrarán las puertas.

—Está bien, señor Máximo.....

Habiéndose convenido en esto, el jóven se fué al laboratorio, y Genoveva se volvió al cuarto de la señora de Gordes.

Sustraida Juana á la accion del cloroformo, salia por grados de aquella situacion de profunda torpeza y completa insensibilidad.

Abrió los ojos, paseando una mirada vaga en torno suyo.

El despertar del espíritu tardó mas tiempo que el despertar del cuerpo.

Por último, así como se disipa la niebla al calor de los rayos del sol naciente, así se disiparon las espesas brumas que entorpecian su pensamiento.

Juana sonrió á Raoul.

—He dormido con un sueño extraño—dijo,—me ha acometido de una manera brusca en el momento en que estaba mas despierta.... Se hubiera podido decir que me mandaban dormir. ¿Cuanto tiempo ha durado este sueño?

El señor de Gordes miró el reloj.

—Una hora próximamente—le contestó.

—¿Tan poco? Pues me parece que ha pasado un dia entero.... ¿Donde está el doctor?

Ahora fué Genoveva la que respondió.

—El señor Máximo está en la farmacia, señora, y está preparando una tisana que vá á traer en seguida.....

—¿Y donde está la pocion que debia tomar á las tres?

—Suplico á la señora condesa me perdone.... Porque accidentalmente he roto la botellita....

—Es una desgracia que, gracias al señor Máximo, podrá repararse dentro de un momento—dijo sonriendo Juana.—Por lo tanto no os aflijais, mi buena Genoveva.....

La doncella entonces cogió con tímida y respetuosa ternura la descarnada mano de su ama, apoyando en ella sus lábios.

Al cabo de algunos segundos dijo la condesa:

—No veo á Renée.... ¿donde está?

A esta pregunta, que la obligaba á ir con el pensamiento á donde estaba el espantoso cadáver, tembló Genoveva de piés á cabeza.

Raoul, con un tono que trataba de aparecer tranquilo y natural, replicó.

—¿Preguntas por Renée?... No podrás verla hoy, querida mia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Por qué?

—Está acostada.

—¿Enferma?—exclamó Juana muy inquieta.

—Enferma no, pero delicada.... Tenia un poco de fiebre al medio dia y es preciso tener prudencia, puesto que el sarampion reina hoy en la localidad y sus alrededores.... El doctor le ordenó que se acostase.... Ella no queria, pero yo he insistido y ha consentido por último.....

—¿Pero tú me aseguras que esto no será nada?—respodió Juana.

—¡Oh! absolutamente.....

—¿Veré mañana á mi hermana?

—Es probable.... á no ser que se declare el sarampion, lo cual no es imposible.

—¡Dios mio!—murmuró la señora de Gordes,—¡pero es peligroso el sarampion!

—¡De ninguna manera!.... Nadie muere por ello.... Solo que es contagioso, y por lo tanto es necesario y hasta indispensable que durante algunos dias haya una separacion completa.

En este momento entró Máximo, trayendo una medicina para la condesa.

Esta, despues de haberla bebido, volvió á preguntar.

El doctor confirmó lo que acababa de decir el conde, y añadió que la señorita Leroux presentaba algunos síntomas que indicaban como muy probable la aparicion de la enfermedad en el castillo, y que por lo tanto haria muy bien la señora de Gordes en acostumbrarse á la idea de no ver á su hermana durante una semana y quizá algo más.

El doctor se vió obligado á asegurale más de diez veces que el mal de que se trataba era de los más benignos.

Juana se resignó, y á la mañana siguiente, despues de haber pasado una tranquila noche, supo sin mucha extrañeza que el sarampion se habia declarado; que por lo tanto Renée no podia abandonar el lecho, y que la consigna impuesta por el doctor, impediria hasta el mismo Raoul á que fuese personalmente á enterarse de la salud de la jóven.

Al rayar el dia mandó el señor de Gordes ensillar el mas vigoroso de sus caballos de caza, partiendo á escape á Orleans, donde llegó en menos de una hora.

Dejó en una posada su cabalgadura blanca de espuma, y se dirigió, no precisamente al Palacio de Justicia, sino al domicilio particular del procurador de la República.

Este era un magistrado jóven muy distinguido, de gran instruccion, muy activo, y con una inteligencia de primer órden.

Compañero de colegio de Raoul, tenia con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

éste muy buenas relaciones, queriéndole y estimándole bastante, y siendo antes de la enfermedad de Juana uno de los más asíduos y apreciados visitantes del castillo de Gordes.

Raoul le hizo entregar su tarjeta, y á pesar de no ser una hora muy cómoda fué recibido al momento.

—¿Qué motivo os trae á mi casa tan demañana, querido conde?—exclamó el procurador de la República, estrechándole las manos cordialmente.—Espero que, cualquiera que sea el motivo, no tendrá nada que pueda ser desagradable.....

—No es al magistrado á quien me dirijo, es al amigo—dijo el señor de Gordes,—y vengo á pedirle el honor de dos familias, sobre quienes podria recaer una inmerecida vergüenza.

—¿Entonces se trata de una cosa muy grave?

—¡Se trata de una cosa que produce espanto!.... ¡Se trata de un crímen!.....

—¡Mirad lo que decís!—interrumpió vivamente el jóven,—nada del mundo, ni aun la amistad, serán bastantes á detener la accion de la justicia,

—La justicia suprema ha llamado la causa á su tribunal infalible, ha sentenciado y ejecutado la sentencia—dijo Raoul.—Ayer se expió el crímen.... El criminal está muerto.

—¿Quién lo ha matado?

—Dios.

Pasado un momento de silencio, dijo el magistrado:

—Habladme, amigo mio, os escucho.... y si mi deber no se opone á prestaros mi ayuda, contad conmigo.....

El señor de Gordes le refirió el terrible drama que conocemos con todos sus detalles.

A medida que el procurador de la República iba escuchando, palidecia gradualmente, sin ocultar la gran emocion que le embargaba.

Meditó un momento cuando el conde hubo concluido, y dijo despues:

—Habeis hecho muy bien en venir, y os marchareis tranquilo.... Os conozco lo bastante para poder creer firmemente que es verdad todo cuanto acabais de decirme.... Ya lo habeis dicho; la justicia divina qne nos ha de juzgar á todos, ha obrado. La muerte de la envenenadora nos deja desarmados, y la justicia humana no tiene nada que ver en esta tragedia de familia... No habrá informacion judicial. Dejad correr el rumor de que vuestra cuñada ha muerto de muerte natural... Proceded sin ningun temor al sepelio .. Salvad á la señora de Gordes, y atestiguadle la seguridad de mi profundo respeto.

Raoul manifestó su gratitud al magistrado, cuya inteligente bondad le sacaba de un com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

promiso que podia llegar é ser muy sério fácilmente, volviendo á tomar con la misma rapidez el camino del castillo.

Llegó en el momento en que el doctor acababa de anunciar á Juana que Renée tenia el sarampion.

El conde abrigaba el temor de recibir en este dia la visita de Lazarine.

Si la marquesa de la Tour du Roy llegaba al castillo, segun tenia anunciado, ¿qué decirle? ¿Como explicarle la reclusion de Renée en su cuarto por razon de una enfermedad tan repentina y tan inverosímil? ¿Sobre todo, como convencerla de esto?

Y si insistia, despues de todo, en ver á su hermana, ¿como disuadirla de su intento?

¿Seria preciso tambien contarle la misma historia que acababa de comunicar al magistrado?

Por una feliz casualidad no tenian razon de ser ninguna de estas preocupaciones.

Sería próximamente al medio dia cuando llegó un correo de la marquesa, que era portador de una carta de la misma.

La carta, que iba dirigida á Raoul, estaba concebida en los siguientes términos:

"Querido hermano:

"*Una circunstancia importantísima que nadie absolutamente podia prever y que seria muy*

largo explicaros, me obliga á partir al instante á Paris, sin darme tiempo de pasar por el castillo de Gordes.

"*Me espera el coche. Abrazad en mi nombre á mi querida Juana, hacedlo tambien con Renée, y no olvideis de que deseo saber todos los dias de Juana.*

LAZARINE."

La marquesa de la Tour du Roy no vendrá. Todo, pues, se allanaba.

Raoul dió un suspiro de consuelo.

Una hora despues contaba Genoveva en la reposteria que la señorita Renée habia caido enferma la víspera por la tarde y que su estado inspiraba algun cuidado al médico, el cual habia mandado que se le aislase por completo, porque su mal era contagioso

A la noche (siempre segun informes de Genoveva) el mal habia hecho grandes progresos y el doctor desconfiaba de poder salvar á la enferma.

A la mañana del dia siguiente no hubo nadie que se sorprendiera al saber que la señorita Leroux habia muerto en aquella noche y que se ocultaba la noticia á la señora de Gordes, muy delicada todavia para poder soportar semejante noticia.

Nadie queria á Renée.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre aquella multitud de servidores, no hubo quien se tomase el trabajo de fingir un sentimiento que no tenia.

Genoveva quiso por sí misma depositar el cadáver y coser el sudario que debia ocultar aquel rostro corroido y amoratado por el veneno.

El entierro tuvo lugar sin ninguna solemnidad, casi sin testigos.

No se invitó á nadie.

Los cánticos de la iglesia no acompañaron al féretro cuando éste salió del castillo.

El silencio era necesario.....

Juana no debia enterarse de nada.

La pobre niña, en efecto, no sabia nada absolutamente de lo ocurrido, y preguntaba todos los dias por su hermana.

—Está mejor—respondia siempre el médico, —pero será larga la convalecencia.

La condesa entró en el período de la suya.

A no ser que sobreviniese una complicacion imprevista ó un accidente, que no era probable, estaba asegurada su curacion.

XXXII

Lazarine como anunciaba en su carta al con-

de de Gordes, habia partido á Paris la mañana siguiente á la del incendio.

No podia ni queria estar una hora mas en el castillo de la Tour du Roy, porque un terror supersticioso le presentaba á sus ojos como una mansion de ódio.

Durante toda la noche habia creido ver al pié de su cama el fantasma de su amante quemado vivo.....

Hacia inútiles esfuerzos por demostrar su inocencia.....

En vano repetia que una casualidad independiente de su deseo se habia encargado de pegar fuego.

Su conciencia le decia que no habiendo dado un grito de alarma y no llamando á Marcelo, se habia hecho cómplice de las llamas que devoraban la casa Bréchu, y que habia cometido un infame asesinato sin que tuviera ninguna circunstancia atenuante.

Como consecuencia de esto era su marcha, ó mas bien su huida; pero conociendo el carácter de la marquesa, y aunque la impresion que hubiera podido causarle el drama que se habia desarrollado ante sus ojos fuese profunda, se borraria bien pronto, desde el momento en que se alejase de aquel sitio.

Por otra parte, semejante al preso que acaba de romper sus cadenas, Lazarine aspiraba en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre aquella multitud de servidores, no hubo quien se tomase el trabajo de fingir un sentimiento que no tenia.

Genoveva quiso por sí misma depositar el cadáver y coser el sudario que debia ocultar aquel rostro corroido y amoratado por el veneno.

El entierro tuvo lugar sin ninguna solemnidad, casi sin testigos.

No se invitó á nadie.

Los cánticos de la iglesia no acompañaron al féretro cuando éste salió del castillo.

El silencio era necesario.....

Juana no debia enterarse de nada.

La pobre niña, en efecto, no sabia nada absolutamente de lo ocurrido, y preguntaba todos los dias por su hermana.

—Está mejor—respondia siempre el médico, —pero será larga la convalecencia.

La condesa entró en el período de la suya.

A no ser que sobreviniese una complicacion imprevista ó un accidente, que no era probable, estaba asegurada su curacion.

XXXII

Lazarine como anunciaba en su carta al con-

de de Gordes, habia partido á Paris la mañana siguiente á la del incendio.

No podia ni queria estar una hora mas en el castillo de la Tour du Roy, porque un terror supersticioso le presentaba á sus ojos como una mansion de ódio.

Durante toda la noche habia creido ver al pié de su cama el fantasma de su amante quemado vivo.....

Hacia inútiles esfuerzos por demostrar su inocencia.....

En vano repetia que una casualidad independiente de su deseo se habia encargado de pegar fuego.

Su conciencia le decia que no habiendo dado un grito de alarma y no llamando á Marcelo, se habia hecho cómplice de las llamas que devoraban la casa Bréchu, y que habia cometido un infame asesinato sin que tuviera ninguna circunstancia atenuante.

Como consecuencia de esto era su marcha, ó mas bien su huida; pero conociendo el carácter de la marquesa, y aunque la impresion que hubiera podido causarle el drama que se habia desarrollado ante sus ojos fuese profunda, se borraria bien pronto, desde el momento en que se alejase de aquel sitio.

Por otra parte, semejante al preso que acaba de romper sus cadenas, Lazarine aspiraba en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toda su plenitud la satisfaccion de la libertad.

Ya no se interpondria Marcelo Laugier en su camino y no encontraria ningun obstáculo que le impidiese casarse muy pronto con el príncipe Héctor de Castel-Vivant.

La viuda del marqués Roberto iba por fin á realizar el sueño de su ambicion. Su insaciable orgullo y su avaricia sin límites estarian satisfechas, y la realidad iba á superar al sueño.

¡Se oia ya llamar princesa!

Ya veia pintada la cerrada corona en la portezuela de los carruajes.

¡Se consideraba de antemano reina del lujo y de la alta clase por vitud del rey del mundo, Su Majestad el Dinero, sumergiendo sus manos en una caja inagotable de que saldria el oro en cascadas resplandecientes para derramarlas sobre Paris admirado!.....

Se comprende muy bien que ante tales alucinaciones se desvaneciese muy pronto el espectro del ex-oficial.....

La marquesa llegó por la noche á su hotel de la calle de Murillo.

Al dia siguiente, á eso del medio dia, escribió estas palabras:

"No saldré hoy y no recibiré á nadie mas que á vos.

"Venid. Vuestra

Lazarine."

Y mandó que llevasen esta lacónica misiva á la calle de Francisco I.

A las dos, próximamente, llegó el príncipe.

Estaba todavia un poco pálido por la pérdida de la sangre, que habia sido mucha, y excepto en esto tenia su aspecto de siempre, sintiéndose tan fuerte como antes de haber tenido el encuento de Ville d'Avray.

Nuestros lectores adivinarán sin duda lo que debia ser y fué aquella entrevista.

Héctor se presentó franca y sinceramente enamorado. Lazarine hizo admirablemente una comedia de ternura. Sabemos ya que era una actriz consumada y que el príncipe la queria; su papel, por lo tanto, fué muy fácil.

El ex-Begourde deseaba saber las causas de una vuelta que no se atrevia esperar tan pronto.

—Preguntádselo á mi corazon...—respondió la marquesa bajando los ojos con un pudor digno de adoracion.—No he hecho mas que obedecerle... Vivir mas tiempo lejos de aquel á quien se le he entregado me parecia imposible.... Por eso he vuelto.

Héctor, á quien desvaneció remejante respuesta, cubrió de besos las manos de aquella sirena.

—Y no habeis oído hablar allí del *perseguidor?*—preguntó en seguida.

—¡Ni una sola vez!..—contestó Lazarine.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Engañado por informes falsos, ha debido induciros á error vuestro ayuda de cámara. Mucho dudo que el señor Laugier se haya presentado en los alrededores de la Tour du Roy... Si hubiese venido lo habria sabido.... En el campo se sabe todo.

—¡Ha hecho muy bien el húsar en abstenerse de hacerlo—exclamó el príncipe,—porque si hubiera sido necesario le habria llevado segunda vez sobre el terreno, estoy seguro de que esta vez habria tomado la revancha.

Continuó la conversacion, llegando á hacerse séria.

Hacia mucho tiempo que el matrimonio estaba decidido en principio; se trataba únicamente de fijar la época en que se habia de efectuar.

Se trató á fondo la cuestion,

Enamorado como estaba, manifestó Héctor mucha prisa, y segun su deseo, se habrian empezado al dia siguiente las publicaciones para casarse en el plazo que marca la ley.

Lazarine, que no tenia ya ningun motivo de inquietud, y que por consecuencia no habia razon para apresurarse, insistió en fijar un mes de plazo para su celebracion.

El hijo adoptivo de Godefroy discutió largo tiempo, cediendo por último.

—¿Pero al menos—preguntó—me recibireis todos los dias?

—Os lo prometo—dijo sonriendo la marquesa.

—¿Durante todo el dia?—continuó Héctor.

—¡Ah, no! ¡sería demasiado! ¡Desde las dos hasta las siete! me parece bastante.....

—¡Para vos, pero para mí!.... ¡Apenas tendré tiempo para hablaros de mi amor!.... ¿Pero me permitireis al menos que almuerce con vos alguna vez?

—Nó, querido príncipe.

—¿Ni una sola vez?

—Ni una sola.

—¿Por qué?

—Porque esto seria muy poco conveniente.

—¿Pero que importa esto?..—interrumpió Héctor.

—Somos de un mundo en que deben respetarse las conveniencias—dijo Lazarine.

—¿Os importa esto mucho?

—¡Que si me importa!

—Daré la consigna que deseais.

—¿Me permitireis que venga despues de comer á pasar la noche á vuestro lado?

Lazarine, sonriendo, hizo un gesto negativo.

—¿Por qué?—preguntó el ex-Begourde.

—Porque no hago intencion de renunciar al mundo, y cerrando mi puerta durante el dia debo abrirla por la noche.

—¿Pero si vais á recibir vuestros amigos, no puedo yo venir con ellos?.... Soy tambien

vuestro amigo ¡qué diablo! y dentro de un mes seré vuestro esposo.....

—Bueno, querido príncipe, venid siempre que querais; pero tened presente que si en mi salon hay veinte personas, será de vos en último término del que me ocuparé.....

—Me es igual, si de cuando en cuando me enviais al rincon en que esté una mirada, una sonrisa.....

—Bueno, habrá mirada y sonrisa.

—¡Sois un ángel!

—Ya lo sé.

—¿Y del *trousseau?*.... ¿Cuando nos vamos á ocupar del *trousseau?*.....

—No os ocupeis de ello.

Héctor quedó sorprendido.

—¡Como!—exclamó,—¿no quereis nada?

—Sí, querido príncipe, lo quiero y de lo mejor.....

—¡Entonces!.....

—Para tenerlo es mejor comprarlo. Solo que—interrumpió la marquesa,—no sois vos el que lo comprará.....

—¿Quién, pues?

—¡Yo!

—Mucho me hubiera gustado hacer esta compra recorriendo á vuestro lado las tiendas murmuró tristemente el príncipe Totor.

—Los hombres no entienden nada de los detalles de una *toilette* femenina.... ¿No conoceis mis aficiones?.... Soy original, casi excéntrica, convengo en ello. Me desagrada lo que le gusta á todo el mundo.... Cometeríais cien torpezas bajo mi particular punto de vista.... Compraré, pues, todas esas cosas que teneis intencion de ofrecerme, y tened por cierto que os permitiré pagar todas las facturas.

—Esto me consuela un poco—dijo Héctor.—Yo tomaré tambien mi partido, pero con una condicion.

—¿Cual?

—Que habeis de gastar mucho dinero.... mucho.... mucho.....

Lazarine se echó á reir de nuevo.

—Estad tranquilo—dijo,—bajo este punto quedareis contento.

—Cuento con ello, y os advierto que por las palabras *mucho dinero* entiendo sumas enormes.

—Os aseguro que el total no dejará nada que desear.... Ahora, querido príncipe, vais á hacerme el favor de dejarme.

Héctor se sonrrojó.

—¡Irme!—replicó—¡pero no pensais!.....

—No pienso nada absolutamente, al contrario.

—Entonces procedeis de mala fé.... Me habeis dicho *de dos á siete*.... y apenas son las cinco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—He hablado del porvenir.... nuestro convenio me obliga únicamente desde mañana.... Hoy me encuentro cansada por el viaje de ayer, y necesito descansar.... Ya veis que, á no ser por un egoismo injustificable, debeis dejarme de buena voluntad.

—Me voy—dijo el príncipe con viveza.

—Héctor, sois muy amable.....

—Entonces dejadme besar vuestra mano, adorada mia.....

—Aquí están mis mejillas.

Exaltado Castel-Vivant hasta el delirio por el favor que por primera vez le concedia la marquesa, salió del salon con aire de triunfo, para volver el dia siguiente á las dos en punto.

Al invocar Lazarine su cansancio para abreviar la conversacion, no habia mentido.

Estaba cansada verdaderamente, no tanto por el viaje como por la terrible nocbe que habia pasado la víspera.

Comió á las seis, aunque muy ligeramente; á las siete se acostó, durmiendo con un sueño tranquilo que no fué interrumpido por visiones desagradables ni apariciones que pudieran asustarla.

A las diez de la mañana se levantó tranquila, fresca y hermosa; su doncella le entregó un hermoso ramo que acababan de traer de parte del príncipe.

Digamos ahora de una vez que desde este dia no dejó Héctor de enviar todas las mañanas á la futura princesa un ramo que le costaba veinticinco luises.

Avisado la víspera, Julio Leroux vino á almorzar á la calle de Murillo.

Despues de haber preguntado con mucho interés por la salud de la condesa, *el mejor de los padres* supo de boca de Lazarine su próximo casamiento, por el que la felicitó calurosamente.

—¡Mas de un millon de renta!—exclamó,—esto es admirable y de soberbias proporciones! Y además princesa, mucho mejor, aunque debo decirte aquí entre nosotros, querida mia, que el ex-Begourde me hace, á pesar mio, el mismo efecto que un príncipe de comedia.... Por lo demas, ¡es un guapo mozo!.... ¿Pero como adivinar la suerte que esperaba á este rapaz hace poco tiempo, cuando yo le eché de mi casa?.... ¡Por qué le eché dos veces rotundamente, no me vanaglorío de ello!... Por lo demas, no le tengo mala voluntad.... A propósito, ¿no has oido hablar por allá de Marcelo Laugier?.... Se ha ido de Paris bruscamente, casi al mismo tiempo que tú.

Lazarine no respondió.

A las dos menos cuarto, dejó Julio Leroux á su hija para dejar su puesto á Héctor, cuya exactitud es inútil que mencionemos.

El dia siguiente supo Lazarine por una carta del conde de Gordes la repentina muerte de Renée producida por una calentura cerebral.

Raoul añadia que, gracias á la Providencia, Juana estaba mucho mejor, y el doctor Máximo Giraud empezaba á tener fundadas esperanzas.

A la marquesa le causó mucha mas estrañeza que sentimiento la noticia de este suceso; su cariño hácia Renée no tenia nada de entrañable. Vertió algunas lágrimas, digámoslo así de oficio, y por guardar las formas se vistió de luto y no pensó más en ello.

*
* *

Habian trascurrido unos quince dias.

El ex-Begourde habia seguido enviando diariamente su ramo de veinticinco luises.

Los nombres del príncipe Héctor de Castel-Vivant y Lazarine Leroux, viuda del marqués de la Tour du Roy, estaban fijados desde la víspera en la tabla de edictos de la alcaldía del décimo octavo distrito.

Los periódicos se ocupaban á porfía de este casamiento de la *high-life*, extasiándose en describir la prodigiosa belleza de la futura princesa, y contar el gran número de millones de que disponia la feliz pareja.

Acababan de dar las cuatro de la tarde.

Los criados sabian que la marquesa no recibia á nadie cuando estaba el príncipe, y que esta órden no admitia ninguna excepcion.

Sentado Héctor á los piés de Lazarine, tenia entre sus manos la alabastrina mano de su amada, besando uno por uno los dedos y aquellas uñas tan trasparentes.

De repente los dos enamorados hicieron un movimiento de sorpresa y disgusto.

Se realizaba un hecho increible.

La puerta del salon se habia abierto, presentándose en ella el ayuda de cámara sin que nadie le hubiese llamado.

La marquesa iba á preguntarle en tono severo la causa de su atrevimiento.

No tuvo tiempo.

El ayuda de cámara, inclinándose para dar un paso á una visita, anunció con voz sonora:

—¡El señor Marcelo Laugier!

XXXIII

El ayuda de cámara de la señora marquesa de la Tour du Roy, al anunciar de improviso el nombre de Marcelo Laugier, produjo uno de esos *efectos* que tanto agradan á los autores dramáticos y que arrancan un aplauso general.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El dia siguiente supo Lazarine por una carta del conde de Gordes la repentina muerte de Renée producida por una calentura cerebral.

Raoul añadia que, gracias á la Providencia, Juana estaba mucho mejor, y el doctor Máximo Giraud empezaba á tener fundadas esperanzas.

A la marquesa le causó mucha mas estrañeza que sentimiento la noticia de este suceso; su cariño hácia Renée no tenia nada de entrañable. Vertió algunas lágrimas, digámoslo así de oficio, y por guardar las formas se vistió de luto y no pensó más en ello.

*
* *

Habian trascurrido unos quince dias.

El ex-Begourde habia seguido enviando diariamente su ramo de veinticinco luises.

Los nombres del príncipe Héctor de Castel-Vivant y Lazarine Leroux, viuda del marqués de la Tour du Roy, estaban fijados desde la víspera en la tabla de edictos de la alcaldía del décimo octavo distrito.

Los periódicos se ocupaban á porfía de este casamiento de la *high-life*, extasiándose en describir la prodigiosa belleza de la futura princesa, y contar el gran número de millones de que disponia la feliz pareja.

Acababan de dar las cuatro de la tarde.

Los criados sabian que la marquesa no recibia á nadie cuando estaba el príncipe, y que esta órden no admitia ninguna excepcion.

Sentado Héctor á los piés de Lazarine, tenia entre sus manos la alabastrina mano de su amada, besando uno por uno los dedos y aquellas uñas tan trasparentes.

De repente los dos enamorados hicieron un movimiento de sorpresa y disgusto.

Se realizaba un hecho increible.

La puerta del salon se habia abierto, presentándose en ella el ayuda de cámara sin que nadie le hubiese llamado.

La marquesa iba á preguntarle en tono severo la causa de su atrevimiento.

No tuvo tiempo.

El ayuda de cámara, inclinándose para dar un paso á una visita, anunció con voz sonora:

—¡El señor Marcelo Laugier!

XXXIII

El ayuda de cámara de la señora marquesa de la Tour du Roy, al anunciar de improviso el nombre de Marcelo Laugier, produjo uno de esos *efectos* que tanto agradan á los autores dramáticos y que arrancan un aplauso general.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conmovida Lazarine como si fuera un autómata sometido á la accion de un poderoso resorte, se puso de pié, tan pálida como una figura esculpida en mármol blanco, con la boca entreabierta, trémulas las manos, abiertos los ojos en toda su magnitud y fija la mirada en la puerta.

Si un gran artista hubiera querido dar forma palpable al estupor mezclado con el mayor espanto, no hubiera podido encontrar nunca un modelo mas perfecto.

Héctor permanecia sentado sin comprender nada de esta repentina manifestacion de espanto, y miraba con extrañeza á Lazarine, murmurando en voz baja:

—En verdad que es prodigiosa la desvergüenza del húsar; pero ¿por qué tiembla la marquesa de ese modo? ¿Qué tiene que temer estando yo aquí?

Esta corta y muda escena se habia realizado en mucho menos tiempo que hemos tardado en describirla.

Marcelo entró muy tranquilo, sin aparecer terrible, y con apacible rostro mas bien que amenazador.

Saludó á Lazarine, y despues á Héctor, con el aire de buen tono que pudiera hacerlo el más perfecto *gentleman* al penetrar en un salon que le fuera familiar; y viendo la aterradora impresion que habia causado en la dueña de la casa, dijo á ésta sonriendo:

—Os causa espanto un aparecido, ¿no es verdad, señora marquesa? Y como los tiempos que corren son de verdadero escepticismo, no se tiene la costumbre de oír anunciar espectros. Tranquilizaos, el aparecido goza de buena salud. No habeis tenido vos la culpa, ¡ah, Dios mio! lo sé perfectamente, pero, ¿qué quereis? así ha sido.

A Lazarine le faltó la necesaria presencia de espíritu para desarrollar todo su pensamiento, y no encontrando nada que responder, permaneció callada, adivinando con medio instintivo que era inevitable una catástrofe.

Héctor habia abadonado su asiento mientras Marcelo hablaba.

Se atusaba de una manera nerviosa su cuidado bigote, miró al recien llegado con aire provocativo, y exclamó:

—¿Por último, caballero, ¿me explicareis?...

El ex-teniente le interrumpió.

—Os explicaré todo lo que querais que os explique—contestó,—y me tendreis á vuestras órdenes cuando os plazca, como querais y donde querais; pero antes os pido dos minutos de conversacion, seguro de que no os pesará habérmelos concedido, puesto que lo que tengo que deciros es de sumo interés.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sin embargo—empezó á decir el príncipe.

Marcelo le cortó por segunda vez la palabra, y continuó:

—Ignorais, querido adversario, que yo tenia el insigne honor de ser uno de los amigos de la señora marquesa, y que no habia adivinado, lo confieso para vergüenza mia, que esta señora, ingeniosa y ya práctica en ello se habia servido de vos contra mí como de un espadachin que busca querella por un precio estipulado. Solo que hay una diferencia muy esencial, vos trabajais gratis... por el honor.... ó mejor dicho, por amor.

—No os comprendo, y pregunto la aclaracion de este enigma—dijo Héctor desconcertado visiblemente, porque las palabras que acababa de oír le herian de una manera muy directa.

—¿La clave de este enigma?—repitió Marcelo.—Tranquilizaos, vais á saberla.... Entre la señora marquesa y yo hay pendiente una cuenta que debemos arreglar.... Será en vuestra presencia.... No estoy aquí con otro objeto, y he venido porque tenia la seguridad de encontraros aquí.

Lazarine, entre tanto, habia recobrado un poco de energia, y jugó el todo por el todo.

—Héctor—murmuró con voz suplicante,—demasiado sabeis que este hombre es mi enemigo..... y que desea perderme.... Si me amais, imponedle silencio.....

de ha-
e! ¡Te-
El ex-Begourde revistió entonces s de la
mia con el aire de un gallo de pelea en s prin-
zando la cresta. mi ho-
Iba ya á intervenir. nnias.
Marcelo se adelantó. lo diez
—Todas las provocaciones del mundo ar sin
inútiles en este momento—dijo,—guard patire-
pues, para mas adelante.... Debo hablar e uno
blaré. La señora marquesa tiene un me tá ter-
ra imponerme silencio haciéndome arroj estros
sus criados..... porque
—El consejo es bueno y voy seg os á de-
Lazarine dirigiéndose á una mesa empuñare-
un timbre. s.... lo cual
.. Procedamos por
—Mala y peligrosa ide quilamente.—¿Por a la marquesa de haber-
depositar en ma ar vivo.... ¿Insiste la señora
dencias que ecir que mi acusacion es falsa?
temos á la da la fuerza de mi indignacion!—
La ma azarine.—¡Sois un loco ó un infame!
mentido!
—Y Entonces será preciso que lo demuestre?
—Os eguntó Marcelo.
Mi —¡Os desafío en ello!
ca, r —Muchas gracias, señora marquesa. Me ayu-
cido á que mi papel sea mas aceptable. No
pena .... me justifico.....
—¡
Pefect

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sin e[illegible]o saludó sonrriendo, y continuó como hubiesen interrumpido:

Marcel[illegible] lo tanto, á pesar de las promesas y y contin[illegible]as, de que me ocuparé lo menos posi-

—Ign[illegible]bia visto, sin pestañear quizá, casarse el el insigr[illegible]e de Castel-Vivant con la marquesa de señora [illegible]r du Roy; pero mi conciencia de hombre confies[illegible]lo me impide dejar que un cumplido cageniosa[illegible], á quien estimo y que pude matar en vos con[illegible]ucha, venga á casarse con una persona querella[illegible] adorable por lo demas—pero que asa una difer[illegible]s amigos cuando estos llegan á estis... por e[illegible]

—No os co[illegible]o un gesto de horror y de increde este enigma—[illegible]

siblemente, porque las[illegible]aginaba ver ya á Laza oír le herian de una maner[illegible]ndo perdon.

—¿La clave de este enigma?—[illegible]rario, la jóven lo.—Tranquilizaos, vais á saberla..[illegible]no el reptil señora marquesa y yo hay pendiente [illegible] ta que debemos arreglar.... Será en [illegible]ame capresencia.... No estoy aquí con otro ob[illegible] ultray he venido porque tenia la seguridad de el... contraros aquí.

Lazarine, entre tanto, habia recobrado [illegible] expoco de energia, y jugó el todo por el todo.

—Héctor—murmuró con voz suplicante pupidemasiado sabeis que este hombre es mi [illegible]ny de migo..... y que desea perderme.... Si amais, imponedle silencio.....

—El hombre que, como vos acabais de hacer, insulta á una mujer, es un infame! ¡Tenedlo por dicho! La señora marquesa de la Tour du Roy será dentro de quince dias princesa de Castel-Vivant.... Su honor es mi honor, y os pido cuentas por vuestras calumnias.

—¡Ya lo creo! ¡Y os daré razon de ello diez veces mejor que una!—replicó el ex-húsar sin perder nada de su sangre fria.—Y nos batiremos todas las veces que querais, hasta que uno de los dos haya acabado con el otro. Está terminado y decidido; espero esta noche vuestros testigos, pero vais á escucharme antes, porque quiero que sepais á fondo porqué vamos á degollarnos.... y cuando lo sepais, empuñaremos la espada si aún os empeñais.... lo cual me permito dudar un poco... Procedamos por órden.... He acusado á la marquesa de haberme querido quemar vivo.... ¿Insiste la señora marquesa en decir que mi acusacion es falsa?

—¡Con toda la fuerza de mi indignacion!—exclamó Lazarine.—¡Sois un loco ó un infame! ¡Habeis mentido!

—¿Entonces será preciso que lo demuestre?—preguntó Marcelo.

—¡Os desafío en ello!

—Muchas gracias, señora marquesa. Me ayudais á que mi papel sea mas aceptable. No acuso.... me justifico.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El jóven sacó de su cartera una carta que presentó á Héctor, diciéndole:

—Leed.....

El príncipe tembló al reconocer la letra de Lazarine.

—Leed—repitió Marcelo.

Héctor devoró las cuatro páginas de la carta que habia dirigido á su antiguo amante invitándole á que fuese á la Tour du Roy.

Quizá no se haya olvidado que esta epístola terminaba con algunas frases que no eran nada ambíguas.

"En el intervalo de tiempo que trascurra entre el recibo de ésta y vuestra marcha de Paris (que será, segun espero, muy corto), no veais á nadie, ni aún á mi mismo padre.... Sobre todo no hableis nunca de mí... Tiembla vuestra voz cada vez que pronuncias mi nombre, y esta turbacion puede haceros traicion.

"No os digo nada de mis sentimientos.

"El paso que he dado hoy es mucho mas significativo que las frases mas elocuentes.

"*No participo de vuestra alegria respecto de la inesperada salud de vuestro adversario.*

"*Este loco pudo haberos muerto.... y por esto solo merecia la muerte.*"

—¿Y bien?—preguntó Marcelo cuando hubo concluido Héctor—¿está claro?

Bajos los ojos y sin responder, devolvió el príncipe la carta al ex-teniente.

Este último volvió á tomar la palabra.

En breves palabras contó su llegada á la posada de *El Caballo blanco*, su entrevista con Lazarine, el arrendamiento de la casa Bréchu, continuando en estos términos:

—La segunda noche no debia venir la señora marquesa.... Así me lo habia ofrecido.... Por lo tanto, yo no la esperaba, pero me era imposible dormir; cansado y fastidiado por los lúgubres graznidos del buho que aleteaba alrededor de mi cuarto, cogí la escopeta que habia en la casa de Bréchu, y me fuí de emboscada al bosque próximo con deseo de cazar algun mochuelo ó buho que pudiese espantar á los demas.... Trascurrida una hora de inútil ojeo, me volví á casa.... Ya iba á retirarme... Un vivo resplandor que salia de las ventanas del piso bajo llamó mi atencion.... La casa estaba ardiendo.... La señora marquesa no dió mas de cien pasos, se volvió y se paró, bien convencida de que yo dormia en el piso principal, mirando tranquilamente como se propagaba el incendio consumiéndolo todo.... Cuando la casa fué solo un monton de ruinas, creyéndose la señora marquesa libre de un importuno, ó lo que es lo mismo, creyéndose ya en completa libertad, volvió á tomar tranquila el camino de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su castillo. Estaba en salvo, y sin embargo, me hice el muerto.... Este era el único medio que me quedaba para averiguar qué imperiosa razon habia obligado á la graciosa señora marquesa para tomar conmigo medidas tan exageradamente rigurosas.... Queria saberlo y lo supe... La señora marquesa de la Tour du Roy queria adornarse con un título de príncesa, y juntar á sus numerosos millones los millones todavía más numerosos del príncipe de Castel-Vivant. Pero plenamente convencida de que mientras yo existiera en el mundo no podia casarse con nadie, la señora marquesa tomó el partido de quitarme de en medio.... Lo combinó todo de mano maestra. Pero desgraciadamente la casualidad se ha puesto de por medio, y cometo la sinrazon de vivir todavia.... ¿No es así, querida señora? ¿Sigo siendo un calumniador?.... ¿Es inventado por mí el crímen?

—¡Ah!—balbuceó Lazarine,—las apariencias me acusan, bien lo veo, pero no he pegado fuego voluntariamente.... ¡lo juro!

—Pero habeis dejado que tome incremento, peruadida de que yo estaba allí, sin dar una voz de alarma. No sois el asesino, está bien... pero sois su cómplice.... Esto viene á ser igual.

La marquesa de la Tour du Roy se volvió hácia el príncipe.

—Héctor—le dijo con el rostro bañado en lágrimas y con un acento lleno de pasion,—si hay alguien en el mundo que no tenga derecho á condenarme, ese sois vos..... Ese hombre, ese perseguidor, se ponia en medio de nosotros... He querido romper el obstáculo.... Si he cometido un crímen, lo he cometido por vos.... ¡Os amo!

—¡Está bien!—inrerrumpió Marcelo encogiéndose de hombros.—Le amais como me amábais en Orleans cuarenta y ocho horas despues de la muerte del marqués Roberto.... ¡En vuestro pecho no se rinde culto más que al dios millon! ¡Su Majestad el dinero posee todo vuestro amor!.... Dejad de representar una comedia inútil, y vivid en paz si es que os lo permite vuestra conciencia.... Quedad con Dios, señora.... Princesa, ahora que ya sabeis todo, ¿os venís conmigo, ú os quedais aquí?...

XXXIV

—¿Os venís conmigo, ú os quedais aquí, príncipe?—habia preguntado Marcelo Laugier.

Héctor tardó en responder á esta pregunta.

—Duda—pensó Lazarine.—¡Se quedará!

Efectivamente, el jóven dudaba. Porque si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su castillo. Estaba en salvo, y sin embargo, me hice el muerto.... Este era el único medio que me quedaba para averiguar qué imperiosa razon habia obligado á la graciosa señora marquesa para tomar conmigo medidas tan exageradamente rigurosas.... Queria saberlo y lo supe... La señora marquesa de la Tour du Roy queria adornarse con un título de príncesa, y juntar á sus numerosos millones los millones todavía más numerosos del príncipe de Castel-Vivant. Pero plenamente convencida de que mientras yo existiera en el mundo no podia casarse con nadie, la señora marquesa tomó el partido de quitarme de en medio.... Lo combinó todo de mano maestra. Pero desgraciadamente la casualidad se ha puesto de por medio, y cometo la sinrazon de vivir todavia.... ¿No es así, querida señora? ¿Sigo siendo un calumniador?.... ¿Es inventado por mí el crímen?

—¡Ah!—balbuceó Lazarine,—las apariencias me acusan, bien lo veo, pero no he pegado fuego voluntariamente.... ¡lo juro!

—Pero habeis dejado que tome incremento, peruadida de que yo estaba allí, sin dar una voz de alarma. No sois el asesino, está bien... pero sois su cómplice.... Esto viene á ser igual.

La marquesa de la Tour du Roy se volvió hácia el príncipe.

—Héctor—le dijo con el rostro bañado en lágrimas y con un acento lleno de pasion,—si hay alguien en el mundo que no tenga derecho á condenarme, ese sois vos..... Ese hombre, ese perseguidor, se ponia en medio de nosotros... He querido romper el obstáculo.... Si he cometido un crímen, lo he cometido por vos.... ¡Os amo!

—¡Está bien!—inrerrumpió Marcelo encogiéndose de hombros.—Le amais como me amábais en Orleans cuarenta y ocho horas despues de la muerte del marqués Roberto.... ¡En vuestro pecho no se rinde culto más que al dios millon! ¡Su Majestad el dinero posee todo vuestro amor!.... Dejad de representar una comedia inútil, y vivid en paz si es que os lo permite vuestra conciencia.... Quedad con Dios, señora.... Princesa, ahora que ya sabeis todo, ¿os venís conmigo, ú os quedais aquí?...

XXXIV

—¿Os venís conmigo, ú os quedais aquí, príncipe?—habia preguntado Marcelo Laugier.

Héctor tardó en responder á esta pregunta.

—Duda—pensó Lazarine.—¡Se quedará!

Efectivamente, el jóven dudaba. Porque si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no estaba sériamente enamorado, estaba al menos muy *antojado* de la marquesa, expresándonos con una palabra del *caló* parisien que constituía el fondo de su antiguo lenguaje.

El ex-teniente acababa de probarle de una manera terminante é indiscutible hasta que punto era indigna la señora de la Tour du Roy de la ternura de un hombre decente.

El príncipe comprendió esto muy bien, aunque para cierta clase de enamorados que tienen poco desarrollado el sentido moral, el amor no es completamente incomparable con el desprecio.

Héctor habia amado á la señora Bobino, á quien seguramente no estimó nunca; entre la pseudo-comedianta y el bribonzuelo se trataba únicamente de una intimidad puramente fantástica, qne habia empezado por casualidad, continuando por costumbre, y por último, muy fácil de romper al primer síntoma de mútua flojedad.

Con la marquesa era muy distinto.

No se trataba de un capricho, sino de un casamiento.

Pero como, aun cuando se trate del mas frívolo gomoso, mira más de una vez antes de hacer suya la mujer que al cansarse de un hombre lo achicharra en su casa sin experimentar el menor escrúpulo.

Uu presunto esposo que descorre de improviso el pasado del angel que adora, y encuentra en él semejantes excentricidades, se hace forzosamente un poco pensador, y se pregunta con cierta desconfianza: *"¿Es prudente que me case?"* Y de mil veces se decide por la negativa, novecientas noventa y nueve.

Así tambien fué como se respondió el príncipe, despues de haber recorrido en algunos segundos toda la escala de las reflexiones rápidamente analizadas en las anteriores líneas.

Pero, al tomar su resolucion, sintió que el corazon se le oprimia, pareciéndole que algo se le saltaba dentro.

Sin embargo puso buena cara, y viendo que Marcelo continuaba interrogándole con la mirada, exclamó con tono muy seguro:

—¡Ah! ¡Ya lo creo que parto con vos!.... Los procedimientos que han empleado contra vos me parecen muy enérgicos... No me siento con vocacion bastante para exponerme á la prueba del fuego.... Habeis escapado; gracias á vuestra vuena estrella.... Yo quizá no hubiera salido adelante.... Y no queriendo correr este peligro, saludo á la señora marquesa, despidiéndome y poniendo á sus piés mis respetos.

Héctor saludó á Lazarine, y cogiendo el brazo de Marcelo salieron juntos.

La marquesa de la Tour du Roy quedó sola en su salon en medio de sus arruinadas esperanzas y aterrada al principio.

Pero á la postracion del primer momento, sucedió un acceso de rábia que fué de muy corta duracion.

La jóven fué á colocarse delante de un espejo, mirándose de piés á cabeza, como tenia costumbre de hacer siempre que queria reanimar su vacilante confianza.

Fijos sus ojos sobre su imágen, se fué endulzando poco á poco su mirada, y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios, murmurando:

—Con una belleza como la mia, puedo ganar todavia cualquier partida por muy comprometida que esté... Héctor se ha ido con Marcelo, pero volverá.... El amor propio le echa hoy.... mañana le volverá á traer el amor....

Y llena de confianza, esperó Lazarine á la mañana siguiente.

Héctor no fué ni al dia siguiente tampoco.

Al tercer dia apareció Julio Leroux, siendo estas sus primeras palabras:

—Hola, querida mia, ¿qué ocurre? ¿Con que has concluido con el ex-Begourde?

—¿Por qué me preguntas eso?—dijo la marquesa.

—Porque tu príncipe de pacotilla acaba de partir para Mónaco en compañía de K.... de los Bufos.... una atolondrada que habia hecho suertes. Príncipe de teatro, cantante de teatro... no salimos de teatro... pero no debe procederse de esa manera cuando ya se han fijado los edictos. ¡Ese Begourde es simplemente un cualquiera!.. Yo por mi parte no habia variado nunca de opinion, y estoy contento por haberlo hecho así.... ¡Conozco los hombres!

Lazarine se encogió de hombros sin contestar ni una palabra. Su orgullo habia recibido una profunda herida. Su corazon no habia tomado la mas pequeña parte en nada.

—Pierdo un príncipe—decia,—aunque fuera príncipe de pacotilla.... ¿Qué me importa? ¡Soy bastante bella para encontrar un rey! ¿Quién sabe!

A la semana siguiente, la abundante y coqueta normanda, que paseaba todos los dias en el parque de Monceau al niño marqués despues de almorzar, no volvió á la hora que tenia costumbre.

Naturalmente se supuso que las galantes insinuaciones de algun militar le habrian hecho olvidarse de la hora....

Se envió á buscarla.

Habia desaparecido.

Lazarine tuvo ataques de nervios, prorumpió en gritos agudos, y declaró que se iba á volver loca.....

Avisado el comisario del distrito, pasó éste una comunicacion á la prefectura.

La policía de seguridad, tan bien organizada que, segun la expresion del pueblo, es capaz de encontrar una aguja en una carga de heno, se puso en movimiento en seguida y revolvió á Paris.

Sus investigaciones no dieron ningun resultado.

Ni la normanda ni el heredero del marqués Roberto parecieron.

Lazarine redactó y envió á todos los periódicos un anuncio en que prometia cien mil francos al que diese noticias de la nodriza y del niño.

Semejante suma, como podrá suponerse, despertaba muchos deseos de ganarla.

Pero nadie pudo obtenerla por haber suministrado el informe mas insignificante.

Por último, ocho dias despues de la desaparicion del niño, un desconocido entregó una carta sin firma en la calle de Murillo, cuya letra reconoció la marquesa de la Tour du Roy al primer golpe de vista.

La carta era de Marcelo Laugier, y éste era su contenido:

"No busqueis á *mi hijo*.... Le he recogido.... Si no era mi derecho, era al menos mi deber. Tenia para recogerlo motivos imperiosos. No quiero que posea una fortuna robada por su nacimiento, y que no podria corresponderle bajo ningun título de una manera decente. Soy bastante rico para que él á su vez pueda serlo, y si en algo os interesa su felicidad, yo os aseguro que será feliz. ¿Qué habríais hecho de él? Un gomoso. Yo haré un hombre. Vivo en el extranjero con *mi hijo* al abrigo de toda investigacion. No tengo necesidad de recomendaros un prudente silencio respecto de esta carta. Interés vuestro es callaros.... No podeis decir el nombre del raptor, porque para ello tendríais necesidad de revelar un secreto que os importa guardar mucho mas que á mí.... Además, ¿qué os importa el niño, puesto que os queda el dinero?"

Lazarine tuvo muy bien cuidado de no divulgar lo que acababa de saber.....

Continuó fingiendo un gran dolor y prometiendo, por medio de los periódicos, recompensas cada vez mas crecidas. Pero en su interior estaba completamente tranquila y armada de filosofía.

Marcelo habia tenido razon, ¡Le quedaba el dinero; el niño le importaba poco.

* * *

El invierno habia concluido.

La convalecencia de Juana habia sido larga. Habia sido muy difícil conseguirla, á pesar de los mas tiernos y escrupulosos cuidados con que la rodeaban; por fin triunfaron estos de los estragos causados por el veneno de la flor oriental en la delicada organizacion de la condesa; el éxito coronó por fin tantos esfuerzos, tocando ya á su término esta convalecencia larga y difícil.....

Las dos de la tarde daban en el reloj de Gordes.

Un alegre sol de primavera iluminaba la templada atmósfera. Por todas partes surgian botones henchidos de sávia. Los insectos revoloteaban alrededor de los capullos, y las golondrinas formaban sus nidos.

Por vez primera se encontraba Juana fuera de su cuarto y del castillo.

Habia podido bajar la escalera, aunque lentamente, y apoyada en el brazo de Raoul y de Genoveva, y estaba ahora recostada en una butaca cerca del parterre, esmaltado de nacientes flores, aspirando un aire puro y perfumado.

La condesa habia vuelto á adquirir su su hermosura y quizá un poco mas. La sangre empezaba á circular rica y caliente en sus venas, coloreando de rosas la epidérmis de sus delicadas carnes. Habia desaparecido su delgadez. En cada movimiento suyo aparecia una nueva gracia.

Solamente le quedaba una mirada triste y una sonrisa melancólica.

¿Por qué?

Los negros vestidos de Juana responden á esta pregunta.

La señora de Gordes sabia la muerte de Renée hacia ya algunas semanas, y que le habian ocultado mucho tiempo; ignorando y debiendo ignorar para siempre las causas aterradoras de aquella muerte, lloraba como la mejor y mas cariñosa de las hermanas á la infame criatura de quien habia sido víctima.

Máximo Giraud, cuya presencia no era ya necesaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habitualmente en el castillo de Gordes, se habia vuelto á Rancey hacia dos meses.

Raoul le habia suplicado juntas las manos que aceptase una fortuna.....

Sus súplicas habian sido inútiles contra la inflexible resistencia del jóven doctor.

—No tengo necesidad de ser rico para ser el médico de los pobres, señor conde—habia respondido.—Dejadme la inmensa alegria que experimento por haber salvado con la ayuda de Dios á la señora condesa de Gordes, y no recibir como pago mas que vuestra estimacion y reconocimiento si creeis que me debeis un poco.... Creedme, estoy bastante pagado.....

Máximo se habia alejado murmurando muy bajo:

—¡Valor ahora! Nc tengo derecho á quejarme.... Sin mí hubiera muerto Juana.... La he salvado; he tenido, pues, mi parte de felicidad.

Raoul, medio arrodillado, tenia entre sus manos una de las de Juana. Sonriéndose le hizo una señal para que se acercase; y cuando ya sus purpurinos labios estaban cerca de los oídos del conde, murmuró:

—¡Esto es verdad, estoy curada!... Ya es, pues, verdad que voy á vivir!.... ¡Mira, me consideraba perdida y se me desgarraba el corazon!... Y no era la muerte lo que me desesperaba... era el dejarte... y yo ocultaba mi desesperacion por no aumentar la tuya.. ¡Oh, benditos sean aquellos sufrimientos!.. Si hubiese snfrido menos, no habria conocido todo lo que me quíeres, y no sabria tampoco de la manera que te adoro.... Es tan dulce vivir cuando se ha creido morir.... y cuando se ama y se es amada... ¡Raoul, querido Raoul, qué bueno es Dios!.....

Lágrimas de ternura rodaron por las mejillas de Juana. Los labios de Raoul se las enjugaron.

Al cabo de una hora, la condesa, como estaba débil todavia, se sintió un poco cansada y quiso recogerse.

El señor de Gordes y Genoveva la condujeron á su cuarto acostándola, y quedándose dormida al momento con ese sueño reparador que sigue á las primeras fatigas de una convalecencia.

Raoul hizo seña á Genoveva de que le siguiese á su cuarto.

—Buena Genoveva—le dijo,—vuestra presencia en mi casa ha sido una bendicion del cielo.... El valor y la abnegacion constituyen vuestra naturaleza... Lo que nadie habia visto, lo vísteis vos... Habeis tenido una participacion muy grande en la curacion de la condesa,.... He contraido con vos una deuda inmensa.... y ha llegado el momento de pagarla.

—A mí no me debeis nada, señor conde—balbuceó la doncella.—Queriendo á mi ama, no hacia mas que cumplir con mi deber; eso es todo. Es tan tan natural el reconocimiento, que no es una verdadera virtud... ....

—Quiero que seais rica—continuó Raoul.

—¡Rica! ¿y para qué?—interrumpió Genoveva.

—Para no depender de nadie.... para no tener necesidad de trabajar.....

—Pero yo quiero trabajar.... ¡yo quiero pender de la señora condesa!—exclamó esta criatura admirable.—No me ofrezcais dinero, señor conde, os lo suplico.... Lo rehusaré á pesar del respeto que tengo á vuestra voluntad.. ¿Es acaso que se pueden pagar con dinero el cariño y la ternura?... ¡nó! ¡nó!.... Pero si quereis absolutamente recompensarme aunque no haya hecho nada para merecerlo, prometedme tenerme siempre á vuestro servicio.....

—¡Sí, siempre.... siempre.... os lo prometo.... os lo juro!—contestó Raoul muy conmovido.—No nos dejareis nunca.

Despues de un pequeño silencio, añadió:

—Teneis dos hijos, Genoveva.

—Sí, señor conde.... están en el cortijo.... con el tiempo serán buenos labradores y entenderán bien su oficio.....

—Serán mas que eso, Genoveva.... llegarán á ser hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres instruidos, hombres útiles á su país, quizá hombres notables.... Desde mañana dejarán el campo para empezar estudios formales... mañana mismo pondré á nombre de ellos en casa de mi notario cien mil francos, de los cuales recibirá cada uno la mitad cuando lleguen á su mayor edad.....

Cayó Genoveva sollozando á los piés del conde, le cogió las manos queriéndoselas besar, y diciéndole:

—¡Ah, señor conde.... señor conde.... todo eso para los hijos de una pobre criada.... eso es mucho, es cien veces mas de lo que yo pudiera esperar!

Raoul la levantó.

—Ya no sois una criada, Genoveva—le dijo,—sino una persona de nuestra familia.....

Y casi para sí mismo dijo por lo bajo:

—¡Oh, pueblo, qué grande eres cuando eres bueno!....

***

Si nuestros lectores desean saber lo que fué de LAZARINE y EL PRINCIPE TOTOR, MARCELO LAUGIER y su hijo, JULIO LEROUX y GODEFROY DE CASTEL-VIVANT, despues de haberse realizado los sucesos que acabamos de narrar, habrán de leer, no la segunda parte, sino la segunda série de la obra comenzada bajo el título de SU MAJESTAD EL DINERO, y que se titulará: *Su Alteza el Amor*, constituyendo entre ambas un gran drama en cientos de actos, cuyas variadas escenas se representan en el gran teatro del universo.

FIN.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA PARTICULAR PROPIEDAD DEL
Lic.
Santiago
Roel
García

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

